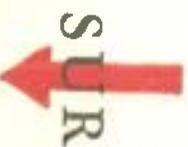


LANZA DEL VASTO

LAS
CUATRO PLAGAS

Versión castellana de
ROBERTO E. BIXIO

BUENOS AIRES



Título del original en francés
LES QUATRE FLEAUX

Editado en francés por
Editions Denoël, París, 1959.

© 1959 by Editions Denoël
© 1961 by Editorial Sur

Tapa de ESTEBAN MAS

IMPRESO EN ARGENTINA

Queda hecho el depósito
que indica la ley 11.723.

*Deeds! Profeta, no profetices! Vi-
dente, no veas! Dinos más bien cosas
agradables.*

ELIAS

I

GÉNESIS DE LAS PLACAS
Y
SU APOCALIPSIS

1. DE LAS CUATRO PLAGAS CREADAS POR EL HOMBRE

Cuatro son las plagas que azotan a las ciudades humanas y los reinos desde el comienzo de los tiempos: Miseria, Servidumbre, Guerra y Sediación.

Pasivas son las dos primeras y activas las otras dos. Son pasivas las dos primeras porque el hombre las padece sin crearlas. Son estados de cosas y no sucesos, un mal crónico, endémico, que reina en toda época y bajo todo régimen, el rescate, al parecer, de toda civilización.

Son activas las otras dos porque el hombre las prepara, premedita y conduce, aun cuando sean diferentes de los actos voluntarios por su carácter ineluctable y como fatal.

A decir verdad, estallan las guerras y las revoluciones porque el hombre padece miseria y servidumbre. Las dos segundas plagas dimanarían de las dos primeras y reobran sobre éstas, agravándolas.

2. DE LOS REFORMADORES Y PREDICADORES DE MORAL

Los pensadores preocupados por este problema se dividen en dos grupos opuestos: de un lado están los Reformadores para quienes todo el mal procede de una sociedad y de una economía mal ordenadas y que sostienen que cabe asegurar a todos y para siempre la abundancia, la libertad, la paz y la justicia con sólo que se cambie de sistema; del otro lado, los Predicadores de moral que afirman que todas las confusiones y desórdenes provienen de la maldad y de los vicios de los hombres y que el cambio de sistema no les hará eludir el castigo que merecen.

Nada más cierto que el cambiar de régimen y mejorar las leyes sin cambiar a los hombres ni hacerlos mejores es como barrer una estancia sin abrir la ventana: el polvo levantado (por lo menos el que no se haya tragado) volverá a caer en el suelo.

Nada más cierto que si el hombre fuera enteramente bueno, el peor sistema —la esclavitud, por ejemplo— no tendría nada de malo. Si el amo fuera sabio y justo y el servidor abnegado y amante, ¿a quién perjudicaría la esclavitud?

Mientras que un régimen excelente porque supone la dignidad y la conciencia se convierte, si se lo aplica a pueblos sin dig-

nidad ni conciencia, en fuente de interminables desórdenes y se presenta como el más apropiado para favorecer en gran escala la maldad.

Los Reformadores se engañan pues si creen haber hallado un expediente para salvar al mundo. Pero esto no prueba que los Predicadores de moral tengan razón ni que puedan aportar el remedio adecuado.

No hay duda alguna de que si los hombres estuvieran desposeídos de todo valor y de toda virtud, de que si fueran incapaces de lealtad, de valentía y de perseverancia, se hallarían al abrigo de las dos plagas activas tal como lo están, para su gran ventura y para siempre, los monos.

El explicar las catástrofes sociales por la inmoralidad de los hombres es como señalar por causa de la marea el viento huracanado que agita el mar. Por cierto, los pecados crean desórdenes y confusiones innumerables, semejantes a las olas que vuelven temblar la marea, pero la agitación de la masa total de las aguas, que se llama marea, tiene una naturaleza completamente distinta y depende de otras causas.

3. DE LA COLERA DE DIOS

La tradición universal revela y repite que las Plagas son efecto de la colera de Dios. En verdad, no se hallará sentido alguno a estos fenómenos periódicos, no se extraerá ningún beneficio de estas formidables lecciones si no se ve en ellas, por encima de un mundo que se justifica y se glorifica, el signo y rugido de una Reprobación perpetua.

Mas, que nadie se engañe, las plagas son manifestaciones de la Justicia de Dios, cuya medida ignoran nuestros juicios morales.

Y éste es el momento de señalar enfáticamente que existen errores no condenados por la moral, a los que tanto los buenos como los malos se entregan a más y mejor, que todos admiten y aprueban, y de los cuales todos se aprovechan confusamente. Y así es cómo, con toda lógica y con toda justicia, las Cuatro Plagas confundien, como por azar, a todos los hombres en el Castigo.

La moral no puede alzarse contra semejantes errores porque éstos son la fuerza misma de la civilización, al paso que la moral es el reflejo de la civilización en la conciencia y su mantenimiento en la voluntad.

Sólo la Religión puede explicar tales errores, con los que están amasadas las costumbres y las leyes frente a los que la conciencia sólo se turba de manera intermitente y confusa porque está demasiado constante y completamente envuelta en la red

que ellos mismos forman para poder verlos. La religión llama por su nombre, que es el de pecado, a tales errores.

Sin embargo, distingue de toda falta moral a aquel Pecado universal, impersonal y fundamental que califica de Original y presenta esta verdad profunda en una narración que los Demasiado-inteligentes consideran por unanimidad una fábula ingenua

4. DEL PECADO ORIGINAL

La Biblia enseña que el Pecado de Adán consiste en el mal de haber comido del fruto del conocimiento del bien y del mal. Sólo un ingenio puede hallar clara esta extraña fórmula algebraica: el mal consiste en haber comido del fruto del conocimiento del bien y del mal. En semejante ecuación la incógnita aparece a uno y otro lado del signo igual, en un lado solo: "el mal consiste en..." (X=), y del otro combinada con varias operaciones que es preciso realizar para que la ecuación quede resuelta y el mal revelado.

Comer significa tomar y degradar para que el hombre incorpore algo a sí mismo.

Fruto significa goce y provecho.

El Pecado consiste entonces en haber incorporado a sí y degradado el conocimiento por goce y provecho.

Adán poseía el conocimiento en toda su verde y viviente plenitud puesto que el conocimiento era un árbol plantado en el centro de su dominio. Dios no le vedaba mirar el Árbol ni sentarse a su sombra. Alzado como una escala hacia el cielo, el Árbol del Conocimiento estaba hecho para la contemplación y la adoración, estaba hecho para los ojos y no para los dientes. Adán no debía arrancarle el fruto para morderlo y dar con él satisfacción al vientre.

5. DEL PLACER Y DEL DOLOR

El Bien y el Mal se presentan en su relación inmediata y viva como Placer y Dolor; el Placer, para llevar adelante la vida según su necesidad, para que posea más vida; el Dolor, para detenerla en las pendientes mortales. El hombre es el único ser que ha hecho del placer y del dolor un conocimiento, es decir una ciencia, un arte y un cálculo. Es el único ser que, otendiendo a la naturaleza y mordiendo el fruto, suscita el placer fuera y más allá de los límites de la necesidad, y aun en detrimento de la vida, y que elude hasta tal punto el dolor que llega a falsear las señales de sus defensas y a impedir las reacciones saludables.

Esta es la principal razón de ser de las civilizaciones, con sus pompas y sus obras, con su lujo y sus delicadezas, con sus vanidades y sus agitaciones, con sus ciencias y sus leyes. Los hijos de Adán—y de Caln—fundaron las ciudades para instalarse en ellas, para amurallarse dentro de ese Pecado respecto del cual la moral nada tiene que decir.

6. DEL PECADO Y DE LA CIVILIZACION

El conocimiento de lo bueno y lo malo, la especulación sobre lo agradable, la ciencia de lo útil y la utilización de la ciencia, la subversión de la inteligencia apartada de la Verdad y que se complace en la comodidad, he ahí el Pecado en que todos nacemos, en que se nos instruye y educa, en que nos empeñamos honradamente, en que sobresalimos "semejantes a dioses" conforme a la promesa de la Serpiente. Y la contranaturalidad que así creamos, artificios espontáneos, señuelos voluntarios, excesos indispensables, se llama civilización.

Se dice que el hombre está compuesto de un cuerpo y de un alma y esto basta para definirlo tal como Dios lo creó. Añádese que el alma y el cuerpo se oponen y así se explican las virtudes y las faltas.

Pero he aquí que entre lo natural y lo espiritual surge un tercer plano: el de lo artificial.

Que no se juzgue indigno de consideración este plano porque está desprovisto de fundamentos, pues es allí donde, suspendido en su error y en su vanidad, el hombre se manifiesta casi enteramente en el estado a que quedó reducido por su propia culpa a partir de la caída. Semejante plano es el escenario donde se presenta la comedia humana y el drama de la Historia: es el terreno en que se construyeron Babilonia y Babel, París, Nueva York o Moscú.

Esta tercera naturaleza, vacía en sí misma, extrae su sustancia de las otras dos y se desarrolla a expensas de éstas. Mediante la busca del Placer fuera de toda razón y medida orgánica, llega a fabricarse una animalidad superiormente existente y que obra en detrimento de la salud del cuerpo, al paso que, por la curiosidad de la inteligencia y la busca del éxito, por la exaltación de los sentimientos en la busca de la felicidad, llega a inventarse una espiritualidad en detrimento de la salvación del alma.

La naturaleza, elaborada y desnaturalizada, y el espíritu, degradado y civilizado, se amalgaman en este tercer plano donde el contraste se borra y, en virtud de la educación, la ejercitación y la costumbre, acaban por acomodarse a él.

Tal plano no está ni sobre la tierra ni en el cielo; se halla

a algunos peñaños por encima del suelo, en el tablado de la convención, que es el mundo de los personajes donde hemos de desempeñar nuestro papel, que es nuestra vida en la ciudad donde saciamos deseos más o menos ficticios, donde padecemos necesidades más o menos ficticias, donde sentimos satisfacciones y desventuras más o menos imaginarias.

La persona humana, con el nombre, el puesto y la función que la definen, con sus vestidos para mostrar su dignidad social y para cubrir su cuerpo relegado a la vergüenza y la sombra, (donde por lo demás lo ceba y mimó a escondidas), con su vanidad más activa que sus apetitos, con su cultura y sus modos de ser aprendidos, se halla así constituida en el pecado, es perpetuamente culpable ante la naturaleza y está en posición falsa ante Dios.

Cuando Rousseau declarara que el hombre es naturalmente bueno y que la civilización lo pervertió, suele reprochársele que no haya tenido en cuenta el Pecado Original. Pero quien así lo censura no ha considerado el vínculo que une tal civilización con tal pecado, vínculo que, por lo demás, tampoco percibió el propio Rousseau. Si establecemos semejante vínculo, es dable integrar la fórmula, mediante algunos papirotazos, en la doctrina tradicional. Siempre que, por "naturalmente bueno", se entienda que es bueno tal y como Dios lo creó "a su imagen y semejanza", que fué bueno mientras siguió siendo tal y como Dios lo creó y que se pervertió en la medida en que se hizo a sí mismo semejante a un Dios, en que se construyó un paraíso con su propia mano—fuera del terrestre y del celeste—, donde alzó torres para desafiar al cielo. Y que quien preside sus obras es el "Príncipe de este mundo", el que ofrece a Jesús todos los reinos de la tierra diciendo: "Tengo poder sobre todas estas cosas y las doy a quien quiero". Y Jesús dice de este mundo: "Me odia porque atestiguo contra él que sus obras son malas".

Pero el retorno a la naturaleza no es tan fácilmente realizable como creen los ingenuos discípulos de Jean-Jacques y no basta para ello con abandonar la ciudad. Pues ello es que el trabajo de las generaciones nos ha desnaturalizado por entero y no podemos borrarlo en un día ni mediante un acto exterior ni tampoco sin un socorro sobrenatural.

7. DEL ALIMENTO

El hombre es el único animal que no halla su sustento en la faz de la tierra. Las hierbas, las bellotas, los granos, las raíces con que los otros seres vivos se conforman, le saben a zarzas y espinas.

He aquí la condena que pesa sobre la descendencia de Adán:

está condenada a no poder comer sino demasiado bien, pena ridícula que es fuente de fatigas y obligaciones, de peligros y catástrofes innumerables.

No es por la conformación de sus entrañas por lo que el hombre difiere en esto de los otros animales, sino por sus facultades mentales, por la inmensa curiosidad de su gusto, siempre en posesión de cosas raras y nuevas, que acaba por volverle repelente, inapetibles y finalmente nocivas las cosas próximas y comunes. Ello es que el aplicar, desde el comienzo, el "conocimiento de lo bueno y de lo malo" a la más natural de las necesidades, ensanchó primero la necesidad como un abismo, a fin de disfrutar más al colmarlo y luego la extravió, la impacientó, la entretuvo, fatigando así el órgano y debilitándolo.

La costumbre por doquiera difundida de no comer sino alimentos cocidos, salados y sazonados, vuelve a la más natural de las necesidades tributaria del artificio, en realidad en una costumbre viciosa, a menos que se trate de la dieta de un enfermo. El abuso agradable se convierte por costumbre en necesidad que somete y enfermidad que uno cuida.

Pero la tierra no ofrece sin que se la fuerce semejante cantidad y variedad de alimentos. El hombre lo logra sólo mediante el sudor, y he lo ahí condensado a trabajos forzados a perpetuidad, de generación en generación. Y como el trabajo supone método, cálculo, invención, saber, he ahí que la divina inteligencia se empeña en la tarea de multiplicar el placer oscuro, vil y a menudo repetido. He ahí cómo son comidos el conocimiento y su fruto.

8. DE LA BEBIDA

Pero hay una necesidad más elemental que el hombre convirtió en monstruoso capricho: el beber. Y la astucia que en esto despliega es mucho más notable, pues fabricó aguas de fuego que excitan la sed en lugar de apagarla.

9. DEL SUEÑO

El sueño es aquella necesidad que sólo necesita de sí misma para satisfacerse. El animal fatigado se echa en tierra y se duerme. ¿De qué le valdría al hombre ser tan ingenioso si no hubiera hallado el modo, ya que no de modificar el sueño, de rodearlo de molestias? Produjo el sorprendente aparato de resortes que se denomina lecho, así como la estancia en que él está, atestada de muebles y colgaduras, con las espesas paredes, las puertas provistas de cerrojos, las ventanas con cristales, los postigos contra la lluvia, el viento, los animales y los ladrones. De esta suerte, por un giro de nuestra inteligencia, hemos logrado que

nuestro reposo cueste casi tantas fatigas como nuestros placeres nos cuestan penas.

10. DE LA COMODIDAD

Pero si relacionamos con el sueño todas las comodidades y las blanduras de que nuestra pereza gusta rodearse, veremos entonces a qué torbellino conduce la prudente preocupación de ahorrar fatigas. Pues, para evitarnos algunas tareas menudas como encender la lámpara o el fuego, ir a pie de un lugar a otro o de un piso a otro, es preciso, con toda evidencia, que millares de hombres se afanen en el fondo de las minas y en las fábricas, entre ruidos y humaredas de infierno, de modo tal que nuestro leve alivio no es más que el desplazamiento de una formidable carga, el cual desequilibra la balanza de la justicia, de la concordia y de la paz. ¿Es de extrañar que la cólera del Cielo caiga sobre los hombres? Hasta tal punto es cierto que el Conocimiento de lo Bueno y de lo Malo que hemos saboreado nos lleva a buscar lo bueno para encontrar lo malo.

11. DEL PLACER DEL AMOR

Sin duda en torno del acto de amor y de procreación la curiosidad de lo bueno y de lo malo se dió a las elaboraciones más interesantes, hasta convertirlo en todo y en lo contrario de todo.

Si el Señor dividió a los seres vivos en machos y hembras y les ordenó crecer y multiplicarse, ello indica que es su voluntad que se unan carnalmente. Y su bondad quiere que tal unión esté acompañada de alegría, de belleza, de plenitud, como lo atestigua toda la naturaleza en cada una de sus primaveras.

Sin embargo, el hombre no puede seguir a la naturaleza en esto, aunque no a causa del Pecado, sino desde antes de éste, en virtud de su dignidad de criatura con conciencia de Dios. Pues la naturaleza de la Naturaleza es profana, pero la naturaleza del hombre es religiosa.

La maravilla que se experimenta ante el acto de amor y de procreación es una de las dos fuentes de la religión, siendo la otra el estupor ante la muerte.

En el momento en que la chispa de la procreación lo atraviesa, el hombre se siente transportado por una potencia a la que ni conoce ni ignora, a la que reconoce como un misterio.

De esta suerte, para que el acto de amor y procreación sea lícito, es menester que semejante acto tenga por móvil el amor, por fin la procreación y por condición la consagración religiosa. El buscar en la unión carnal el propio goce en lugar de entre-

garse a ella para la superación de la vida y la alegría de la concordia equivale a morder el fruto prohibido, a robar el Don.

Y precisamente porque el placer puro (puramente animal) no le está permitido ni le es posible, el hombre se abandona a la lujuria. Pues su conocimiento, capaz de conferir al amor la plenitud de su sentido, que es matrimonio y sacramento, le suministra, según la lógica de la caída, los medios de eludir aquellas solemnes trabas, de eludir también, como accidente enojoso, la fecundidad que es la razón de la unión, hasta de eludir la unión de los corazones, que jamás está exenta de graves inquietudes y de sentimientos dolorosos, para arrastrarlo en pos del placer, eludiendo aun — si dispone de medios suficientes — la fatiga y el hastío.

Mas siendo lo que es el orgasmo corporal — intenso y defraudador — y durando lo que dura — un instante — sólo se lo puede aumentar mediante la ensoñación y la decoración. ¿Para qué sirven los ricos adornos del salón y del jardín, de la mesa y de la cama, los perfumes y las canciones, los bailes, las fiestas y los viajes? La fatuidad mundana, el insolente regocijo de un eständalo de moda o la voluptuosidad celosa del secreto, los estremecimientos del riesgo y la intriga pueden sazonar el orgasmo corporal, produciendo en el vacío una resonancia imaginaria.

Allí, en la conquistista de esa cosa superflua que parece flor suprema y el fin más alto de los esfuerzos, se hundan las riquezas de las naciones, las virtudes cívicas, las estructuras familiares y la fe religiosa. De ello resultan, si, algunas plagas sociales como la prostitución y el abandono de niños en los hospitales, también resulta el lustre de las civilizaciones, pues con éstas ocurre lo mismo que con el chorro de agua, cuya caída ondeante nos place contemplar.

12. DEL VESTIDO

Pero el resultado más notable del "Conocimiento" aplicado a este propósito preciso es sin duda la necesidad del vestido.

Convertido para el hombre en una necesidad primordial semejante a la alimentación, el vestido le exige cuidados y trabajos poco más o menos iguales. La moral nos obliga a usarlo al paso que la Biblia nos lo muestra como la primera consecuencia del Pecado, desde antes de la condena.

Por otra parte, el sentido común nos invita a relacionar su uso con el cuidado de preservar el cuerpo del frío, del sol, de las cosas sucias y de los contactos irritantes. Pero sin embargo es admisible la paciencia con la cual obtenemos y soportamos de él efectos contrarios de éstos. El vestido vuelve el calor más penoso y el frío más peligroso. Al retener los sudores y las

impurezas del cuerpo, agrava su suciedad; al ablandar la piel y el vello, aflige al hombre con una sensibilidad de desollado, lo torna vulnerable y lo expone a las enfermedades. Si nos parece necesario en muchos casos, ello se debe a que el propio vestido ha creado la necesidad por la cual ahora nos resulta necesario. Para el cuerpo humano no es más sano andar siempre vestido que para una planta crecer en un sótano.

La explicación racional del fenómeno se revela pues ingenua. Pero la Biblia lo aclara; cuando se refiere a los cinturones de hojas de Adán y de Eva, no habla de la lluvia ni del buen tiempo, sino que invoca la vergüenza.

Sí, la vergüenza y el respeto del sexo, nacidos a la vez del llamado conocimiento del Bien y del Mal, porque este conocimiento arroja en el alma el latido de la contradicción. Y he aquí que ante los signos del sexo, el hombre se turba como nunca vacila entre la delicia y la repulsión, entre el estupor y la risa y ya no sabe si adora o execra.

Pero también, ¿por qué este órgano de doble sentido, creado para dar la vida — de ahí su atractivo — y por otra parte para producir la inmundicia — de ahí la repugnancia que inspira?

El vestido suprime la oposición disimulando el órgano y convierte a la cosa impura en objeto sagrado. Permite que se le consagre un culto universal y tácito, que se llama pudor.

La moral universal enseña que el vestido tiene por fin el moderar los deseos alejando la vista de su meta precisa. En realidad, aleja el aspecto mezquino y repugnante del sexo para destacar desmesuradamente su prestigio y su misterio. Quitaba su visión a los ojos para ofrecerla multiplicada y profundizada a la imaginación y ponerla así en el corazón y en la sangre. En realidad, el vestido es, para el civilizado, el más poderoso instrumento de seducción. A él le debe el ser un animal interno-perante en todo tiempo, el único ser esencialmente vicioso.

Pero el juego de escondite del deseo y del hastío no es el único para el que el vestido resulta un elemento indispensable. No lo es menos para el juego escénico de la modestia y de la pretensión, que no es otro que el de la civilización misma.

El vestido pertenece al tercer plano, al de lo Artificial, del cual es un elemento constitutivo.

Si el vestido no responde a ninguna necesidad del cuerpo, es en desquite necesario hasta el punto a la persona que, sin él, no habría persona posible pues sin traje ni decoración no habría teatro.

La necesidad que satisface el vestido es la de *representar*. Y semejante necesidad es la de la Persona que, para ser, debe borrar la desnudez de su nada y mostrar el signo de su pretensión. La satisfacción la obtiene aquel vacío que sirve de al-
ma al personaje y que, por esto mismo, se llama *variedad*.

La primera pretensión que exhibe el vestido consiste en conferir generosamente a toda persona una apariencia de ángel o de estatua, aboliendo el vientre y sus funciones malolientes, como para realizar la falaz promesa de la Serpiente: seréis semejantes a dioses.

El vestido coloca a la persona en su lugar en la escala social y dicta la actitud y la respuesta a los actores que la rodean. Por el solo hecho de presentarse vestida, toda persona manifiesta sus títulos, sus honores y sus derechos y celebra la porción de autoridad de que está "investida".

El vestido es la red que la sociedad arroja sobre la carne humana para incorporársela, consumirla, meterse en su bolsa. Esto explica el receloso, quisquilloso rigor con que persigue la menor extravagancia o carencia de vestimenta, cosa que realiza sin código, sin policía y sin tribunal puesto que en semejante materia todo ciudadano se erige en juez y ejecutor de la sentencia, las penas aplicadas van desde las risas y frases equívocas hasta la lapidación.

El vestido es siempre una librea, una marca y un instrumento de servidumbre. No obstante, jamás ocurrió en la historia que los pueblos se hayan rebelado contra tal servidumbre; y jamás intentarían liberarse de ella¹ pues es voluntaria o inconsciente, por lo cual, por lo demás, resulta más profunda y tanto más opresiva. Pues el vestido no queda a flor de piel, sino que implica cierto porte, cierta conducta, cierto lenguaje, ciertas reacciones y ciertos prejuicios, ciertas "opiniones personales"; ciertos hábitos convertidos en una "segunda naturaleza" y, mediante éstos, acaba de tomar posesión del hombre, quien finaliza por olvidar su alma y aun su cuerpo y por vaciarse de su sustancia para llevar toda su vida enmascarada por el vestido. Y cuando el hombre se enajena hasta el punto de confundirse con el personaje que representa, el Príncipe de este Mundo tira de todos los hilos y, tanto en los desfiles como en las batallas, lo hace maniobrar a su antojo.

13. DEL TRABAJO

El Conocimiento del Bien y del Mal hizo un castigo del trabajo del hombre. Ocurre lo mismo en el orden divino de las cosas: así como el conocimiento no es pecado, el trabajo no es castigo; pero no debía haberse comido el fruto.

El trabajo estaba instituido en la alegría del Paraíso. Dios —está escrito (Gén. 1)— le había dado al hombre un huerto

¹ Hay que exceptuar la secta de los Turlupius de la Edad Media, que acabó tráficamente. Así como una secta rusa —la de los Doukhoroves— que emigró al Canadá. También a los Neads Shrivetas, de las selvas de la India, que a veces descendían a la ciudad.

"para que lo labrara". Si, para que, mediante su obra, tomara parte en la Creación, que es la más fuerte alegría del amor. Y semejante obra de Adán se realizaba en la concordia y en la paz como un don de caridad a la tierra y una ofrenda al cielo. En el centro del jardín cultivaba el Arbol del Conocimiento para que allí floreciera, y sus ramas se mezclaban con las del Arbol de la Vida, de modo tal que podría llamarse Arbol-del-Conocimiento-de-Vida, y Adán, maravillado y temeroso, lo miraba alzarse como un himno.

Peró al arrancar el fruto y al hincar en él los dientes, al comerlo para adueñarse del conocimiento y para engrandecerse, separó el fruto del Arbol y se separó a sí propio de todo, violando el orden divino de las cosas. Al separarse, se empujó hacia. Al introducir en su ser empujó hacia el Conocimiento, demasiado grande para él, perdió su equilibrio nativo para oscilar en la inquietud y la agitación. La inquietud y la agitación engendraron la multiplicación de necesidades, de ansias, de curiosidades, de embiciones, de vanidades que lo llevan a enfrentar un sinnúmero de tareas interminables. He aquí cómo el hombre logró hacer del trabajo una pena y una cadena.

Los artistas son los únicos seres que conservaron algún recuerdo del trabajo de Adán antes de la caída, los únicos que cultivan el jardín sensible por placer y para ofrenda, sin dañar a ninguna criatura, dóciles a las leyes de la naturaleza y a las inspiraciones del espíritu. La condenación alcanza a todos los otros trabajadores en la medida en que se alejan de lo Bello para tender a lo Útil.

El Conocimiento del Paraíso era el vivo conocimiento de lo Uno. Adán, al arrancar el Fruto del Arbol, realizó un conocimiento separado y doble: Conocimiento del Bien y del Mal, de lo Verdadero y de lo Falso, de lo bello y de lo Feo, del Sujeto y del Objeto, un conocimiento exterior que consiste en oposiciones.

Del mismo modo su trabajo se convirtió en un trabajo de oposición y de separación. El más separado de todos los señores, el que quiere adueñarse de todo, comerlo todo, saborearlo todo, registrarlo todo y despojarlo todo, dominarlo todo y saberlo todo, debe, por fuerza, entregarse a un trabajo forzado, ingrato y violento. Semejante trabajo consistió en transformar el árbol de fresco follaje en una estaca, la seta profunda en un cuadrado de labranza, el animal que correteaba o vuella en un asado; consistió en rasgar, rajar, torcer, abatir, agujerear, enclavijar, forzar, desnaturalizar; consistió en descortezar, secar, quebrantar, triturar y coser. Arado del labrador, cuchilla del carnicero, hacha del leñador, martillo del herrero o sable del soldado, las herramientas y las armas son del mismo metal. La guerra es un

trabajo entre otros y los trabajos útiles libran la guerra a toda la naturaleza.

14. DEL CONOCIMIENTO

No obstante, en la extraña aventura y las duras pruebas a que lo arrojó, el Conocimiento continuó siendo el más fiel compañero del hombre, el mejor de su bien, aquel de que dimanan los otros, la más fuerte de sus fuerzas, la que lo movió a combinar los esfuerzos, evitar los peligros, eludir los obstáculos, eliminar las pérdidas, multiplicar los resultados. Fue él quien le suministró herramientas y armas, quien le enseñó técnicas y técnicas; fue él quien salvaguardó su realeza hasta en el exilio.

El menor castigo que Adán habría podido esperar era que Dios le retirara el Conocimiento, por el robado. Pero el Señor, profundo y discreto en su justicia, lo confirmó, por el contrario, en la plena posesión de él, diciendo: "He lo ahí transformado en uno de nosotros, en un ser que conoce el Bien y el Mal". Y en lugar de privarlo de aquella chispa que le arrebatará por abuso lo deja en libertad de llevar el abuso hasta sus últimas consecuencias, hasta donde el hombre quiera, y de experimentar sus efectos hasta que comprenda y eche marcha atrás o hasta que se destruya.

Por más turbia que sea el alma del usurpador, por más ambigüas que sean sus obras y maniobras, el conocimiento del hombre no queda en modo alguno manchado: conserva su pureza y sus poderes ilimitados de esta divina. Sólo aparece falseado en su dirección. Aun unido a las más bajas necesidades, entrega al investigador la clave de las cosas, le pone entre las manos los resortes de las criaturas, lo introduce en el orden secreto del mundo y prueba la verdad de sus descubrimientos mediante la eficacia de los resultados.

15. DE LA SABIDURÍA

Es preciso añadir además que la humanidad no defraudó en todos los puntos y sin ninguna excepción la confianza que se le mostró; por doquiera hubo hombres que consideraron este Conocimiento arrancado a Dios como el medio más seguro de volver a unirse a él.

Tales fueron los maestros antiguos, los filósofos viajeros, los ascetas solitarios o los sacerdotes reyes como Melquisedec, que se elevaron a los misterios mayores de la Esencia divina y del destino del alma, así como a los misterios menores de las sustancias y de las causas, de esas revoluciones cíclicas denominadas Naturaleza o Historia.

Gracias a ellos, mantuvieron vivas en todas las tradiciones humanas las verdades primordiales que constituyen la Revelación primitiva. Gracias a ellos, jamás se quebró el vínculo entre este mundo, envuelto en el error y las deficiencias, y Dios, de cuya verdad extrae su ser y de quien se aparta hasta el día en que hubo de encarnarse el propio Conocimiento, la simiente del árbol, el Logos, para redención de los pecadores.

Así como el sentido del beneficio fue la causa del Pecado Original, del apartamiento del Conocimiento, el carácter distintivo del Conocimiento puro consiste necesariamente en que pone a prueba en sentido inverso. Se orienta hacia el lado del Sacrificio. Es más, insituye el Sacrificio, cuya virtud liberadora comprende, y afirma así el principio de toda religión. El Conocimiento es el núcleo oculto de las religiones.

Es sagrado, es decir ante todo aislado y secreto. Constituye para el mundo una tabla de salvación y para los males del mundo una salida porque es completamente ajeno a las ambiciones y codicias terrenales.

Nada podía ser pues más importante que conservar la pureza de la Ciencia y preservarla de la contaminación de los impuros. Pero todo hombre es impuro, tanto por naturaleza como por nacimiento, hasta que no se haya purificado, preparado, separado de la común corriente, consagrado.

De esta suerte constituyése en el corazón de todas las civilizaciones un orden sacerdotal responsable de velar por lo que el hombre posee de más precioso.

Por lo tanto, no fue para defender privilegios que se instituyeron estas castas de difícil acceso, estas escuelas cerradas, estas órdenes severas, sino para responder a la propia razón de ser del hombre.

Nadie entraba en ellas sin haber sido sometido a pruebas; la primera prueba exigida consistía en no acudir a la Ciencia para tomar algo de ésta sino para darse a ella por entero. Nadie entraba en ellas sin adoptar una regla de vida rigurosa, sin pronunciar votos y juramentos que comprometían hasta la muerte.

Y semejante Conocimiento, al cual el adepto se entregaba con todo su ser, debía abrazarlo en su totalidad. No le estaba permitido elegir, desmembrando la Ciencia y mutilando su entendimiento, una rama de él y cultivarla aisladamente, según las inclinaciones de su talento. Pues tal Conocimiento era una vida unidad y tenía un objeto único: la unidad viva escondida en el yo de quien conoce. Pero como todas las cosas poseen una unidad escondida, lo cual ocurre con Dios en grado supremo, el Conocimiento de Sí conduce al conocimiento interior de todas las cosas.

Semejante conocimiento en que el conocedor y lo conocido

son una y la misma cosa obra sobre aquél a quien habita y lo transforma de raíz; no es una suma de nociones sino un honiar de virtudes, no es sólo ciencia sino conciencia y sabiduría. El hombre por completo ajeno a tal conocimiento permanece en las tinieblas exteriores aun cuando se intelecto funcione a la perfección; y aun cuando no sea culpable de ningún crimen, es cómplice del Pecado.

El acusar a las castas sacerdotales de haber mantenido conscientemente en la ignorancia a los pueblos es un modo bien insensato de juzgar la conducta de los sabios. Éstos habían reconocido de antemano que el transmitir el conocimiento, tal y como lo habían recibido, a las gentes que no aceptaban ni las condiciones ni las consecuencias de él no era más que golpearse contra lo imposible. Pero en la medida y bajo las formas en que podía recibirse, la verdad iba ganando terreno, pues la naturaleza de la luz consiste en irradiar. Y cuanto las civilizaciones antiguas tienen de válido y de significativo muestra que semejante medida fué amplia y bellas sus formas. Ante todo, las fiestas solemnes la representaban para todo el pueblo, la enseñaban de modo encubierto pero deslumbrador. Los ritos familiares la hacían penetrar en la intimidad de los hogares más humildes, la plantaban en el corazón de los niños. Los poemas y los mitos hacían circular por doquiera las grandes imágenes de aquella verdad. Pero fué por mediación de las artes y de los oficios que ella obró más eficazmente sobre el hombre común, sobre el hombre de carne y de deseos.

16. DE LA SABIDURÍA DE LAS ARTES Y LOS OFICIOS

En efecto, el trabajo es el castigo del Pecado, pero la razón del castigo estriba en la purificación. El trabajo presenta dos facetas: por un lado, trabajar consiste en tender a un provecho y padecer las consecuencias de la falta, y por otro en obedecer al Creador y cooperar con él en cierto modo, dominarse, ponerse a prueba, ejercitarse, perfeccionarse, expresarse, servir en fin a la familia humana en las necesidades comunes.

Y he aquí cómo el oficio podía convertirse en una escuela de iniciación espiritual tanto por la enseñanza que acompañaba el aprendizaje como por la regla de vida que regía el taller o la carpintería, por los ritos y observancias religiosos, por los juramentos que ligaban entre sí a los miembros de la corporación. Aun cuando perteneciera a un grado inferior, ya que estaba más que a medias hundido en el mundo, el oficio no dejaba de exigir una ciencia y una profundidad considerables, particularmente aquél cuyo nombre significa Rey-de-los-Oficios: la Arquitectura.

¹ Arte significa principio y príncipe. Teína significa oficina.

No es sólo regío en razón del número de obreros y de la diversidad de obras que comanda y coordina, sino que también lo es porque transmite lo útil en bello, en pensamiento, en adoración, ya que su principal función consiste en construir templos "a imagen del cielo en todas sus proporciones", en transcribir a un lenguaje de piedra y de duración los ritos, las liturgias y la sangre de las leyendas populares así como los números y los emblemas de la filosofía hermética; también lo es porque su ley, que se denomina estilo, se impone a todo artesano que da forma a un objeto cuyas proporciones hablan, cuyo ornamento canta, enseña o atestigua, sea una escudilla, un arnés o un zueco. No es conmovedor pensar que la milia más difícil y delicada del trabajo humano consiste en decorar, vocablo que significa, "hacer honor", trabajo casi siempre mal remunerado, si no del todo gratuito? ¿Y para obtener qué utilidad? Para que aquél que posee la mano o los ojos sobre el objeto halle cada vez en él un llamamiento de su origen, de su destino y de la vía de salvación: el sol, la luna o la cruz.

17. DE LA MAGIA

Pero existe un Arte en cuya virtud el conocimiento se adelanta a los deseos humanos sin pasar por el trabajo: es la Magia. En parte alguna el aspecto divino del Conocimiento y del lenguaje aparecen tan claramente, puesto que la Magia, semejante a Dios, dice: que esto sea, y la cosa es. Por ello provoca siempre estupor, inquietud, envidia, y suscita imitadores que son charlatanes cuando engañan a las gentes y locos cuando se engañan a sí mismos. De ahí la opinión generalmente difundida hoy de que la magia sólo tuvo poder sobre la ignorancia y la credulidad de las gentes, que es ilusoria e imposible. Pero semejante opinión tropieza con muchas pruebas históricas de lo contrario, con muchos testimonios dignos de fe, y hasta con los de la Escritura.

El hombre que cae en poder del Mago pierde la conducción de su vida porque la voluntad de otro se proyecta sobre el corazón de su ser, sobre la fuente de su conciencia, captada por aquella, y así el otro se sirve de él como de un instrumento. Pero este mismo poder de seducción el Mago puede ejercerlo sobre los animales, como lo prueba (si se rehusa creer en la remota leyenda de Orfeo) el ejemplo cotidiano de la flauta del encantador de serpientes; también puede ejercerlo sobre las plantas, a las que ciertos yoguis hacen crecer, dicese, como un chorro de agua con sólo mirarlas; en fin, sobre los acontecimientos y sobre los elementos por la virtud de las fórmulas, de las figuras, de los números, de los ritmos y de las armonías que son cifras correspondientes a la forma esencial inscrita en las

cosas y que sirven de clave para entrar en lo recordado de ellas. Sin duda, así procedían aquellos filósofos desconocidos, llamados Alquimistas, quienes, insuflando su influjo vital en los cuerpos minerales, operaban en ellos transmudaciones que hubiesen llevado siglos para cumplirse en las entrañas de la tierra....

En todas las religiones paganas, el Sacerdote y el Mago se confunden en mayor o menor medida. Si bien en las tradiciones hebraica y cristiana se distinguen y hasta se oponen, esto se debe a que hay en ellas una clara noción del Pecado Original.

El Sacerdote y el Mago manejan los mismos poderes y generalmente el segundo lo hace con un saber, un arte y una eficacia que el primero no posee, pero la diferencia entre ambos estriba en esto: que el Mago considera la magia del mismo modo que el poeta la poesía, es decir la tiene por una cualidad que le pertenece legítimamente, que gobierna a su antojo y de la que puede esperar gloria y fortuna, al paso que el Sacerdote no se considera jamás dueño de la Potencia divina que lo habita; sólo es un servidor y su ministro; la llama mediante la oración y se convierte en su canal al vaciarse de sí mismo.

Hay malos sacerdotes, y sobre todo los hay mediocres, tibios e ignorantes y el mal que hacen a la religión es inmenso. Por otra parte, hay magos de corazón generoso que multiplican en torno suyo las curaciones y los beneficios. Pero en estas materias ni las buenas intenciones morales ni los felices resultados prácticos pueden compensar este hecho: el Mago hincó el diente en el fruto del Conocimiento y, si es semejante a un dios, lo es por haber escuchado a la serpiente. Así Apolonio de Tiana, con todos sus prodigios, jamás iluminó ni dió la salvación a nadie, cosa que puede hacer el más humilde de los sacerdotes al más grande de los pecadores, llevándole de noche la absolución y el viático.

Muy poco sabemos de la Ciencia de los Antiguos, de donde ciertos contemporáneos concluyen con mucha impertinencia que los antiguos sabían pocas cosas. Pero las obras grandiosas que dejaron y que somos capaces de comprender sólo en escasa medida, y en modo alguno capaces de rehacer o de igualar, nos muestran, por el contrario, impregnados de un profundo conocimiento. Y no me refiero sólo a sus obras ilustres pues hasta el menor vaso, el menor utensilio, la menor canchín popular conservan un secreto impenetrable para nosotros.

Sabemos por lo demás que ponían tanto cuidado en ocultar sus conocimientos como nosotros ponemos en exhibir los nuestros.

Pontífice o augur, sabio o hechicero, mago o maestro de ceremonias, Caballero del Templo o Noble Viajero, ninguno de ellos, así hubiera sido iniciado en los subterráneos de una pirámide

o en el sótano de un destilador de filtros, ninguno de ellos traicionó su secreto a lo largo de los siglos. Antes de correr el riesgo de que le arrancaran los suyos en las torturas que la esperaban, la última pitagórica prefirió cortarse la lengua con los dientes.

8. DE LA VULGARIZACIÓN O PROFANACIÓN

"Avaricia y celos", dicen las gentes de hoy. Todos los hombres "tienen el mismo derecho a la verdad". ¿Acaso podemos conservarla como un privilegio de casta o como una posesión privada? Nuestra vulgarización científica, con los riesgos que comporta y las perspectivas limitadas que obra, aparece más generosa.

Sí, si llamamos generoso a quien, para rendir honor a la igualdad de derechos, ofrece su mujer a todos los transeúntes a cambio de un pago.

Sí, si llamamos generoso a quien, sin prever las consecuencias de su gentileza, obsequia un revólver cargado a niños que juegan. Por mi parte, yo llamo al primero un canalía desfachateado y al segundo un insensato sin excusa; y doy los mismos títulos a quienes profanaron y prostituyeron la ciencia a quienes la opusieron a la religión, la separaron de la sabiduría, la disociaron hacia fines de lucro y de dominación; a quienes vendieron los secretos de la naturaleza a las empresas industriales y a los gobiernos, comprometiéndola paz y deshonrando la guerra, a quienes destruyeron los oficios, las corporaciones, la artesanía, la libertad y el honor del trabajo de las manos; a quienes interrumpieron la circulación de vida que se establecía entre el Culto, las Artes, los oficios y las costumbres: a quienes reemplazaron el ritmo parejo del corazón, del paso, del brazo, por el torbellino siempre acelerado de la maquinaria; a quienes difundieron por todas partes el ruido, la prisa, la perturbación, el cuidado, la fealdad, la monotonía; a quienes multiplicaron hasta el infinito los instrumentos de constreñimiento, de destrucción y de muerte.

Pero no corren el peligro de que los pueblos indignados los persigan y los cuelguen. Los aturdidos hasta los llamarán libertadores y bienhechores, pues su moral carece de medida para juzgar acto tan inaudito. A decir verdad, el crimen se sitúa más allá del Bien y del Mal. Y constituye, desde el comienzo de la Historia, la renovación más acabada del Pecado Original.

He ahí el Rito del Conocimiento mordido, masticado, saboreado, tragado y he ahí la embriaguez y el envenenamiento que de ello resultan. Y he ahí la segunda Caida, la condenación acaso definitiva de la especie humana, he ahí que comienzan a recrudecer las Plagas.

19. DEL SACRILEGIO DE OCCIDENTE

El Occidente cristiano es quien perpetra el sacrilegio; aquéllos mismos por quienes Cristo derramó su sangre a fin de lavarlos de la mancha original, aquéllos mismos que reniegan del Salvador y renuncian a la misión de predicar la salvación para consagrarse a la misión, del todo contraria, de sojuzgar el mundo y devastar la naturaleza son los que se vuelven para escuchar a Satán con arrobamiento y muerden el cebo que éste les ofrece.

Cierto es que la Serpiente no les había hablado jamás con voz más seductora. Les dijo: Vedme a mí, que llamáis animal y materia; soy la punta viva del ser. Mostráos tan espirituales como yo. Gracias a mí poseéis el Conocimiento del Bien y del Mal. El Celoso intentó quitároslo o embrollarlo para volver a colocaros en la oscuridad o la servidumbre. Seamos lúcidos y simples: el Bien es el Placer, el Mal es el Displacer. El sacrificio es desagradable y por lo tanto malo; la virtud es fastidiosa, y por lo tanto mala; la sabiduría es tediosa, y por lo tanto mala. Sacudir el sueño religioso y os despertaráis semejantes a dioses. La verdad que os liberará consistirá en conocer las fuerzas de la naturaleza y en servirlos de ellas. Entonces volareis por los aires, entonces unciéis el fuego a vuestros coches, dominaréis el rayo y le haréis hacer vuestras comidas; en fin, todas las cosas que deseéis se fabricarán por sí solas a una orden vuestra. Renunciad a vuestras necias renunciaciones. Considerad sólo vuestro saber y vuestro poder y veréis que todas estas cosas están en vuestras manos... Y al ver que todo aquello era cierto, los hombres no pudieron pensar que habían sido engañados.

El propio Dios reconoció que aquello era cierto y les abandonó una vez más lo que habían arrebatado, diciendo: "Los arrojaré de delante de mí faz, no sea que pongan también la mano sobre el Árbol de vida".

He aquí por qué toda la ciencia de los hombres jamás comprenderá nada de la vida. Sólo penetrarán en los infiernos de la materia muerta, donde quedarán hundidos; nada de vivo puede salir de ellos; sólo producirán cosas muertas y que lleven en sí la muerte. Ellos mismos forjarán su castigo, fabricarán su muerte.

Y si queremos saber cómo ocurrirá esto, escuchemos al apóstol San Juan, que lo vió de antemano y que lo dijo en el Capítulo XIII del Apocalipsis.

20. DE LA BESTIA QUE EMERGE DEL MAR

Luego vi emerger del mar una Bestia que poseía diez cuernos y siete cabezas, y sobre los cuernos diez coronas, y sobre las cabezas nombres de blasfemias.

La Bestia que vi era semejante a un leopardo, sus pies eran como los de un oso y sus fauces como las fauces de un león.

El Dragón le dió su poder y su trono y una gran autoridad.

Y vi una de las cabezas como herida mortalmente, pero la herida mortal se curó.

Y todo el mundo seguía con admiración a la Bestia. Y adoraron al Dragón porque este había dado autoridad a la Bestia.

Y adoraron a la Bestia, diciendo: "¿Quién es semejante a la Bestia y quién puede combatir contra ella?"

Y le fué dada una boca para profetir palabras arrogantes y blasfemias. Y le fué dado obrar durante cuarenta y dos meses.

La Bestia abrió la boca para blasfemar contra Su nombre y Su tabernáculo, y contra los que habitan en el cielo.

Y le fué dado hacer la guerra a los santos y vencerlos.

Y le fué dada toda la autoridad sobre todas las tribus, todos los pueblos, todas las lenguas y todas las naciones. Y todos los habitantes de la tierra, aquellos cuyo nombre no fué escrito en el Libro de Vida del Cordero que fué inmolado, la adoraron.

¡Quién tenga oídos, que oiga! He aquí la perseverancia de los santos! Si alguien somete a cautiverio, el mismo será sometido a cautiverio. ¡Si alguien mata con el hierro, preciso será que muera por el hierro!

El Mar, masa indefinida, ajena, fría, reverberante, preñada de tempestades y de riquezas, es la Materia, sus potentes abismos y la cambiante superficie de los fenómenos.

Y la Bestia que emerge del Mar es la Ciencia de la Materia, monstruo tentacular y de brillantes escamas. Posee siete cabezas, tantas como Donde del Espíritu y Pecados capitales, y he ahí que cuenta con siete cabezas más de las necesarias para comprender las cosas, había cuenta de que se trata de un animal.

Y hay diez cuernos dispuestos, no se sabe cómo, en las siete cabezas; no importa que sea difícil representarse semejante distribución desigual con tal de que se traduzcan las figuras en pensamientos.

En lenguaje bíblico, cuerno significa fuerza victoriosa. Y esa abundancia confusamente acrecida de fuerzas victoriosas emer-

ge de las múltiples cabezas que rematan el cuerpo de la Bestia, que emerge del mar.

Cada una de sus fuerzas le asegura prestigio y realceza (Corona), hasta la realceza total: las Diez Coronas.

Las cabezas llevan nombres de blasfemias, pues aquel pulpo salido de las tinieblas gélidas, que medra y se hincha tumultuosamente, aquel pulpo dispar es un insulto al Dios único, al Padre que está en los Cielos.

Es voraz la Bestia Ciencia porque, como el hombre, su curiosidad quiere matarlo todo, atravesarlo todo a sí y reducirlo; por añadidura se ha puesto al servicio de los apáticos bestiales y de los juicios caprichosos del hombre. Y, mediante ella, el hombre hará triunfar a su propia bestia sobre todo lo demás y convertirse en un azote para toda la tierra. Es voraz la Bestia Ciencia: la Bestia que yo vi era semejante a un leopardo, sus patas eran como las de un oso y sus fauces como las fauces de un león: posee la suavidad repante del leopardo manchado como la serpiente, la pesadez del oso y el orgullo del león.

Se nos explica que el Dragón le dió su poder, su trono y una gran autoridad.

El capítulo anterior (Apocalipsis XII, 9) nos hace conocer al Dragón por su nombre: se llama el Diablo o Satan, el que seduce toda la tierra.

Aquí los sabios estallarán en risas unánimes. No son de los que creen en el Diablo. Pero el afirmar que no existe es el mejor servicio que se le pueda hacer. El hombre le da entonces pleno poder sobre sí, pues jamás trabaja más libremente que cuando lo hace bajo la máscara de la inexistencia.

Pero acaso digan: dejemos de lado la chanza y también la imaginación. Hagamos con claridad y en el lenguaje del siglo XX: es cierto que no creemos en el Diablo ni tampoco en su Contrario Celeste, pero creemos en la Verdad. La deseamos, amamos y perseguimos con abnegación, intrepidez, perseverancia. Las aplicaciones, buenas o malas, que los hombres hacen de ella no nos conciernen; no nos sentimos responsables de ellas. La investigación de la Verdad es una disciplina severa, casi ascética, a veces heroica. Y nada hay más puro, más elevado, más luminoso que la Verdad. Es el mayor atributo de lo que se suele denominar Dios.

A lo que hay que responder que la Verdad constituye el complemento de lo Uno, del Yo, de la Sustancia, de la Vida, del Origen y del Fin de todo, en una palabra, todo lo que la aludida ciencia ignora sistemáticamente.

21. DE LA VERDAD DE LA CIENCIA MODERNA

La verdad científica sólo atañe a la medida y articulación de los fenómenos¹. Indefinitamente extensible en la superficie, es poco más o menos nula en profundidad. No penetra nada, sino que explica², enteramente exterior, y pasa al punto a la aplicación. No es más que un pliegue del manto de la verdad.

Si, la verdad es el más puro, más elevado, más luminoso atributo de Dios. Quien busca a Dios a través de ella, encuentra a Dios. Quien busca a Dios directamente, halla también la Verdad, así como el poder. Pero quien busque el atributo sin buscar a Dios se hallará en la senda de Satán.

El primer nombre de Satán es Lucifer, que quiere decir El-que-Lleva-la-Luz. Y era el primero después de Dios hasta el día en que, al querer pasar a ser el primero sin Dios, fué precipitado por el vértigo de su propia altura, deslumbrado y quemado por su propia luz.

Todo mago que se adueña de verdades y de poder es un pequeño Lucifer al borde del abismo. En cuanto al sabio cerrado a los misterios de Dios y que sólo cree en sus propias luces, es un hechicero caído. Es un juguete en manos del Príncipe de este Mundo, que seduce toda la tierra. Sea lo que fuere, la verdad científica es un rayo del sol de Satán; posee su resplandor fúnebre y frío.

22. DE LA FILOSOFÍA

Y vi una de las cabezas como herida mortalmente, pero la herida mortal se curó. La cabeza herida de nuestra ciencia es la Filosofía. Otrora fué la cabeza única de la ciencia y tenía figura humana. Su hermoso rostro se llamaba Sabiduría. Comprendía todo conocimiento en la órbita de la meditación y de la adoración.

Pero ahora que las ciencias surgen independientes de ella y del Principio, la Filosofía se confundió con ellas y presenta la misma jeta. Y está herida.

¿Herida por quién? Por ella misma, por sus propios dientes que son sus dos caminos.

Desde hacia siglos se había vaciado de toda vida interior, de toda virtud mística y no se alimentaba más que de abstracciones, cuando Bacon y Kant le dieron a entender que, para salir del círculo de vértigos y contradicciones adonde la ence-

¹ Fenómeno significa apartencia.

² Explicar significa desplegar hacia afuera.

traba la anemia, debía hincar el diente en la carne, jugosa de sangre, de los hechos. Entonces capituló ante las ciencias físicas, que son las otras seis cabezas, intentando complacerlas e imitarlas; pero al no hallar su verdadero puesto entre ellas, se distinguió por su herida y por su aire de extravió.

23. DE LA ADORACIÓN DE LA BESTIA

Y todo el mundo seguía con admiración a la Bestia, agrega el Apóstol, aportando una especie de poder cómico para señalar el carácter de este siglo.

Y adoraron al Dragón porque éste había dado autoridad a la Bestia. Y lo llamaron Dragón: Matería, y creyeron en la Materia, en lugar de creer en Dios; creyeron que era la Sustancia, la Potencia, el Ser, la Vida, la Verdad, la Via, y le consagraron todos sus pensamientos.

Y adoraron a la Bestia diciendo: "¿Quién es semejante a la Bestia y quién puede combatir contra ella?" Si, ¿qué responder a una demostración matemática? Aun cuando uno tuviera la elocuencia de los profetas y hablara el lenguaje de los ángeles, ¿cómo resistir a las probetas y a las estadísticas? El hombre de Dios dice que cree, el hombre de Ciencia dice que sabe, y toda la tierra seguirá admirada al segundo, e irá tras la Bestia.

Y le fué dada una boca para profetizar palabras arrogantes y blasfemias. Esta boca, no lo dudemos, le fué dada a la cabeza herida, a la Filosofía, única capaz de lenguaje humano. Como no sabía masticar nada de positivo como las otras cabezas, servía tanto mejor para escupir negaciones, para negar y renegar de lo que había adorado. Pero su arrogancia fué muy distinta de la de los falsos profetas de antes, que pretendían estar inspirados por Lo Alto, pues la nueva filosofía negó toda inspiración y se movió de ella, puso en duda todo lo que procede del espíritu y lo negó.

Y le fué dado obrar durante cuarenta y dos meses. Confiamos que es difícil evaluar qué representa esta medida puesto que tales meses duran desde hace más de un siglo. Pero reten-gamos por lo menos esto: que tendrán un fin.

La Bestia abrió la boca para blasfemar contra Su nombre y Su tabernáculo, y contra los que habitan en el cielo. Se atrevió a atacar al mismo Dios, a quien calificó de ilusión, a la Iglesia, a la que acusó de impostura, y a los santos, a quienes trató de locos.

Si la Ciencia fuera lo que una legión de hombres vanos piensa, es decir la investigación de la verdad en el orden de la naturaleza, ¿qué razón tendría para alzarse contra la Religión, cuyas verdades pertenecen a otro plano y se hallan fuera del alcance

de sus instrumentos, no guardan proporción con sus medidas? Sus ataques no prueban nada contra la religión; sólo traiciona el espíritu demoníaco que anima a la Ciencia.

Y le fué dado librar la guerra contra los santos y vencerlos. Vencellos significa apartar de ellos a los hombres y apartar a las almas de la santidad.

24. DE LA SEGUNDA CAÍDA

Y le fué dada toda autoridad sobre todas las tribus, todos los pueblos, todas las lenguas y todas las naciones. Y todos los habitantes de la tierra, aquellos cuyo nombre no fué escrito en el Libro de Vida del Cordero que fué inmolidado, la adoraron.

Terrible profecía que prueba que no hemos hablado en vano de una cabal Renovación del Pecado Original. La Segunda Caída del hombre tendrá pues la misma extensión universal que la primera. Se transmitirá de generación en generación y será corroborada por la educación y por el ordenamiento de la vida social. Llegará a ser la disposición normal del Civilizado. Sólo escaparán a la fatal empresa aquellos cuya alma y cuya naturaleza estén orientadas hacia el Amor y hacia el Sacrificio; hacia el Amor, que es la Razón de la Creación del mundo y su fundamento, y hacia el Sacrificio de amor, que es su redención.

¿Quién tenga oídos, que oiga! Si alguien somete a cautiverio, él mismo será sometido a cautiverio. Este es el momento decisivo de recordar a los rebeldes que ansían la libertad que están volviendo la espalda a la liberación y forjando con resonantes golpes su propia cadena.

Quiénes se vanaglorian de domar las formidables fuerzas de la naturaleza inferior se verán dominados y encadenados por ella. Aquel que aplique todo su espíritu a la materia quedará prisionero del Espíritu de la Materia, y el Espíritu de la Materia es necesidad, división, tinieblas y muerte.

Si alguien mata con el hierro, preciso será que muera por el hierro. Aquel cuya inteligencia cesa de ser vida del espíritu para convertirse en arma de combate e instrumento de dominación, caerá bajo la ley de la materia, que es necesidad, división, tinieblas y muerte.

25. DE LA BESTIA QUE EMERGE DE LA TIERRA

Luego vi emerger de la tierra otra Bestia, que poseía dos cuernos semejantes a los de un cordero y que hablaba como un dragón.

Ejercía toda la autoridad de la primera Bestia, en presencia de ésta, y todos los habitantes de la tierra adoraban a la primera Bestia, cuya herida se había curado.

Oraba grandes prodigios; hasta hacia descender el fuego del cielo a la vista de los hombres.

Seducía a los habitantes de la tierra por los prodigios que le era dado hacer en presencia de la Bestia.

Deciendo a los habitantes de la tierra que construyeran una imagen de la Bestia que escribía la herida de la espada y que vivía.

Y le fué dado animar la imagen de la Bestia, y hacer que la imagen de la Bestia hablara y que todos aquellos que no adoraran la imagen de la Bestia fuesen muertos.

E hizo que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, recibieran una marca en la mano derecha y en la frente y que nadie que no ostentara la marca pudiera comprar o vender.

El nombre de la Bestia es el número de su nombre. He aquí la sabiduría. Que quien tenga inteligencia calcule el número de la Bestia, pues es un número de hombre y su número es 666.

Se nos había preparado para la aparición de la segunda Bestia con amenazas de servidumbre y de muerte.

La segunda Bestia emerge de la tierra, elemento duro, sólido y sobre el cual los hombres marchan para volver concreta y palpable la obra del pulpo científico.

Nosotros conocemos a esta segunda Bestia mejor que el apóstol San Juan a quien sólo se presenta como una visión infernal. Esta Bestia es la Máquina, en cuyas garras nos debatimos acualmente.

No posee más que una cabeza, pero su faz es doble y su voz satánica desmiente sus cuernos de cordero.

Los cuernos de cordero dicen: "Soy el nuevo Mesías; traigo la liberación a los pueblos y las promesas del Futuro."

"Acercaos, hijos míos, y ved cuán complaciente soy."

"El antiguo Mesías os mostraba el sueño de Paraíso en el otro mundo, pero yo estoy en condiciones de ofreceros el Paraíso en este mundo."

"Os predicaba la pobreza y yo os aseguro la abundancia. Os señalaba el camino estrecho y yo os ofrezco la vía ancha."

"Os predicaba el sacrificio, pero yo os liberaré por el bien-estar."

"Hablabá para unos pocos elegidos, ¡pero yo soy la salvación de la masa!..."

Y su voz de dragón clama: "¡Guerra! ¡Guerra y rebelión! ¡Desencadenamiento de las potencias de Abajo! ¡Dialéctica y Fatalidad de la Historia. Habéis caído en la trampa, y ya no podéis volveros atrás. ¡Ah, ahí! ¡Ya no podéis volveros atrás! ¡Adelante! ¡Hay prisa! ¡Que continúen el tumulto, la pestilencia,

el vértigo y el espanto! ¡Adelante, adelante y de cabeza al abismo! El hombre se hallará atrapado, enloquecido, desgarrado, triturado, anulado... ¡adelante los millones de hombres y viva el Progreso!

26. DE LA MÁQUINA

La Máquina nada es sin la Ciencia, y por eso está escrito que ejercía toda la autoridad de la primera Bestia en presencia de ésta. Y todos los habitantes de la tierra adoraban a la primera Bestia, cuya herida había curado.

No es por sí misma por lo que la ciencia se gana la adoración de las multitudes ignorantes, sino por sus efectos maravillosos en la Máquina.

Y éste es el momento de volver (puesto que el texto vuelve a ello varias veces) a la herida de la cabeza filosófica y de explicar cómo se curó.

Pues la herida mortal de la filosofía consiste en haber renegado de sus propios principios y de su propia verdad, injustificables ante las demás ciencias. La herida consiste en que ni ella ni las otras ciencias hacen presa en la Cosa-en-Sí, en el Ser, ni nada enseñan respecto de los Fines últimos.

—¿Y la cura?

La cura consiste en que al común de los hombres no le importa en lo más mínimo que el conocimiento llegue a la verdad con tal de que, gracias a la máquina, tenga eficacia.

Oraba grandes prodigios; hasta hacía descender el fuego del cielo a la vista de los hombres. Si, cuanto las fábulas antiguas referían de maravilloso, cuanto los magos de otra era realizaban de sorprendente, todo esto se verificó por obra del trabajo de hombrécitos enteramente desprovistos de poesía y de todo sentido sobrenatural. Y he aquí que el sentido de lo maravilloso vino a extinguirse muy pronto y que los últimos magos murieron llevándose su secreto. Ahora el poder del rayo está unido a todos los trabajos de los hombres y hasta a las tareas domésticas, de modo tal que el sentido común acepta ahora como normal la cosa más asombrosa.

Es propio de Europa escandalizarse de lo que es aceptado por el sentido común. ¡Es un loco caído de la luna el que denuncia como una jargueta del diablo las prácticas sancionadas por el sentido común!

Seducía a los habitantes de la tierra por los prodigios que le era dado hacer en presencia de la Bestia.

Seducir quiere decir extraviar mediante mentiras. Resulta bastante claro (aunque no para todos) que los beneficios prometidos y producidos por la Máquina son celadas.

Dícese que, para cazar un mono, basta con vaciar un coco, fijarlo a un tronco y colocar en él un puñado de apetitoso alimento, después de haberle practicado una abertura apropiada. En cuanto el mono cierra el puño sobre la presa, no puede retirar ya la mano por la abertura y se debate gimniendo sin soltarla hasta que lo cazan.

Dícese también que la vista de un mono atrapado no impide en modo alguno que el siguiente quede también atrapado.

Esta historia del mono muestra la exacta medida de libertad, de necesidad, y de absurdidad, de inocencia y de audacia, de razón práctica y de ridicula irreflexión en la caída del hombre en la celada de la Máquina.

"Te haré ganar tiempo", dice la máquina cuando habla como un cordero; y en cuanto el hombre se rinde a la seductora invitación, ocurre que todo el tiempo de su vida está devorado por la prisa.

"Te ahorraré esfuerzos", promete, y esto hasta para que el hombre quede apresado en la trampa inextricable de las colasales industrias.

"Te daré el bienestar" (¿quién resistiría a tantas solicitudes?), y al punto el aire queda apesadado, turbio, el hombre se agita y atana como un muñeco, sólo reinan el hacinamiento y el cuidado; se comen víveres en lata, se vive en rascacielos; se cocina en la cocina-fábrica y sólo falta la universal deflagración que ponga punto final al desbordamiento...

Deciendo a los habitantes de la tierra que construyeran una imagen de la Bestia que exhibía la herida de la espada y que jurara. (Dícese que la herida es de espada porque es justa, y la Bestia merecía verdaderamente la muerte, pero vive y hasta con vida redoblada pues participa de aquella fiebre llamada agitación utilitaria.)

27. DEL ESTADO

Y le fué dado arimar la imagen de la Bestia, y hacer que la imagen de la Bestia hablara.

La imagen de ese saber sin sabidura, de un poder sin dirección, sin fin y sin límites, quedará fijada en la máquina que ya no estará hecha de bronce y acero sino de un metal aluminado y pariente cuyas piezas y resortes serán hombres vivos. Y el ídolo del Estado Mecanizado se encargará de imponer a los habitantes (para no decir los prisioneros) de la tierra lo que niegan a Dios: un culto, ceremonias, el servicio y el sacrificio entre el terror y el arrobamiento.

Y que todos aquellos que no adoraran la imagen de la Bestia

fuesen muertos. La dictadura de la Bestia no gasta bromas en materia de religión.

E hizo que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, recibieran una marca en la mano derecha y en la frente y que nadie que no ostentara la marca pudiera comprar o vender.

La marca impresa por la Máquina en el hombre, en la mano derecha—en todo lo que hace—y en la frente—en todo lo que piensa—, significa que, como todo ídolo, acaba por parecerse a su ídolo, significa que se transforma en máquina, en una pieza o engranaje. Animó la Maquinaria y la Maquinaria le paga quitándole el alma y reemplazándola por un mecanismo más cómodo.

Esta dicho que *nadie que no ostente la marca podrá comprar o vender* para mostrar así que el modo mecánico se estableció ante todo en los oficios y los comercios y que reina sin misericordia para ir extendiéndose poco a poco a todo lo demás.

28. DEL NÚMERO SEISCIENTOS SESENTA Y SEIS

El nombre de la Bestia es el número de su nombre. He aquí la sabiduría. Que quien tenga inteligencia, calcule el número de la Bestia pues es un número de hombre y su número es 666.

Se ha intentado identificar con un nombre propio aquel "número de hombre" y hay quien reconoció allí el nombre de Nerón, pero la explicación es insatisfactoria. Preciso es considerar el número Seis en la plenitud de su sentido.

Uno es el Principio.

Dos la creación, la criatura, la División.

Tres la Perfección: la Distinción en la Unidad.

Seis está compuesto de dos trinidades que se oponen, relación en que la perfección del Tres está en los elementos y la debilidad del Dos en la cohesión del conjunto.

Este número señala pues el punto en que las altas virtudes, las nobles ambiciones, los hermosos descubrimientos del genio se enfrentan de dos en dos para crear un desastre igual a su grandeza.

Este número constituye el signo de nuestro tiempo, cuyo mal no procede tanto de nuestros defectos y de nuestras faltas como de las verdades en que cree y de la energía con que las defiende y las impone.

De semejantes verdades nacen los progresos técnicos y sociales que se presentan bajo apariencias tan capciosas que resulta difícil descubrir en ellos las causas directas de los más grandes azotes.

Por ello el Apóstol advierte: He aquí la sabiduría.

Sin embargo es evidente que el mundo va de una guerra a una revolución para acabar por lanzarse a una guerra más total. Asimismo es evidente que la guerra se va haciendo más total y la servidumbre más completa a medida que progresan la ciencia y la maquinaria.

¿Por qué, pues, resulta tan difícil enlazar las dos cosas en un solo concepto y ver así que no forman más que una sola cosa, de la cual es preciso guardarse?

Porque *he aquí la sabiduría*, y la sabiduría es cada vez más rara en este siglo.

Por lo demás, la disposición del número de la Bestia, constituido de tres seis en hilera y como en perspectiva decreciente, parece indicar que designa la época en su conjunto así como la cascada de catástrofes que a ella se enlazan en los tres planos del mundo y, también, que resulta vano enlazar al número un nombre de hombre.

Pero, ¿qué significa entonces (después de dos advertencias sobre la dificultad de la pregunta): *Es un número de hombre y su número es 666?*

Ahora bien, todos sabemos que el número del hombre es Cinco. Seis lo supera, por lo menos en apariencia, pues los números pares son de esencia inferior, ya que se relacionan con el Dos y pertenecen al plano *natural*, al paso que los números impares son sagrados porque dimanan del Uno.

Decir del número 666, el de la diabólica Bestia, que es un "número de hombre", equivale a decir que el hombre ha querido superarse de manera exterior y en el plano de lo *natural*, en todos los planos de la naturaleza. Y tal es la causa de la catástrofe.

1. DEL ESPRITU DEL JUEGO

Cuando éramos pequeños sabíamos distinguir bien un muchacho malvado de un niño prudente. Niño prudente es aquél que trabaja y, cuando ha terminado sus deberes, se va a jugar; un muchacho malvado es aquél que juega todo el tiempo, juega cuando debería trabajar, aparenta trabajar y continúa jugando a escondidas.

He ahí nociones justas y claras. Lástima que, más adelante, hayamos confundido las cosas y hayamos olvidado esta filosofía pueril y honrada.

Lo que es cierto respecto de los niños lo es más aun respecto de los hombres. Los hay buenos y prudentes: los que trabajan.

Los hay nefastos: los que juegan apartando trabajar.

Es un hecho el que una de las causas principales de las Grandes Plagas que diezman el género humano desde el comienzo de la historia haya escapado, al parecer, a los pensadores, sean éstos Reformadores o Predicadores de Moral.

¿Se les escapa en razón de su ligereza?

Acaso sorprenda oírlo nombrar por su nombre pues tal nombre no inspira ni terror ni horror. Hasta es un nombre bastante agradable: el Espíritu de Juego.

Pero si es preciso, según hemos dicho, relacionar las Plagas que padecemos con el Conocimiento-del-Bien-y-del-Mal, considerado como el mal de que los otros dimanar, y si este "Conocimiento" nos ha conducido insensiblemente a la investigación sistemática de lo Agradable, debíamos esperar, siguiendo el hilo de nuestros razonamientos, encontrar el Juego, que es el esfuerzo encaminado más directamente hacia el Placer.

2. DE LA INOCENCIA DEL JUEGO

Sin embargo, nada está mejor asociado en nosotros que el Juego y la Inocencia.

Sí, ante la moral, aun cuando con ciertas reservas.

El juego es un libre desarrollo de la vitalidad en vista del placer, y ésta es la definición de su inocencia.

Para el animal y para el niño vueltos hacia su placer como la planta hacia la luz, tratase, en efecto, de inocencia. Pero el Hombre, que está provisto de razón, solo permanece inocente en el juego cuando ansía, junto con el placer, la razón del pla-

cer. Y la razón del placer del juego es el ensanchamiento vital de que es signo el placer.

Por lo tanto sólo se prestan al juego las partes de su ser que pueden ejercitarse a antojo y desarrollarse en mayor o menor medida, como por ejemplo el vigor y la agilidad de los miembros, la rapidez de las combinaciones mentales, del cálculo y de la fantasía. Pero los centros vitales profundos, los órganos y el corazón, no pueden ser de la partida; al excitarlos a voluntad, no se los desarrolla sino que se los agota y se pone en ellos la perturbación y el desorden. Entonces el juego de que se trata no se llama ya juego sino vicio.

La excusa y justificación del juego consiste pues en su carácter esencialmente superficial. Y lo que es cierto respecto de las cosas del cuerpo lo es más aun respecto de las cosas del espíritu. Si se toman a broma los misterios divinos, el juego cesa de ser juego para llamarse sacrilegio¹.

El hombre que juega para divertirse vuelve a hallar su infancia y su animalidad y no es esto lo que condena el juego sino que esto es, por el contrario, su excusa y su justificación. Pues así como el sueño es un descenso a un plano inferior del ser, un reposo saludable, del mismo modo el juego descansa y recrea en razón de su ingenua sencillez. Pero si se prolonga indefinidamente y absorbe a todo el ser, el hombre ya no se zambulle en él sino que se aboga. Y así como la complacencia en el sueño se transforma en pereza y figura entre los pecados capitales, del mismo modo el abandono al juego es disipación y decadencia.

El juego sólo se excusa y justifica si es ligero, si no tiene consecuencias. Sólo es bueno cuando se lo abraza y se lo abandona con desapego. El que se dedica al juego empederadamente, el que se consagra a él, se entrega a una pasión devoradora y abre una puerta a la locura.

Si, la excusa y justificación del juego están en su fugacidad. Para que el juego sea inocente es menester que el jugador se abandone a él sin segundos pensamientos. Pero apenas el juego se convierte de útil en útil, apenas al placer de un enriquecimiento vital se añade la pasión de ganar y hasta ésta sustituye a aquél, entonces el Diabolo entra en el juego que ha de provocar el peligro y la ruina pública.

3. DEL RETOZO

Pero examinemos los juegos inocentes para ver hasta qué punto lo son:

El más sencillo es el retozo. Es común a los animales, a los

¹ Así, el filósofo que juega con la verdad es un sacrilego. ¡Las deudas de juego de cuantos "filósofos" pagó la sangre de los pueblos!

niños, a los hombres. Consiste en dejar desbordarse desordenadamente una energía excesiva o que ha estado sometida a un reposo forzado. Paseos, escalamientos, deslizamientos y carreras, zambullidas, saltos, gritos. Son juegos inocentes y sanos.

No obstante, hay que distinguir entre juegos honestos y juegos vedados. Apenas un órgano se excita y se toma libertades teniendo sólo en vista el placer, pásele de la recreación a la perversion. Tal es la razón por la cual aun el juego más inocente es un vicio venial. El juego agrada en la medida en que excita y excita en la medida en que envenena. Y si llega a resultar necesario en una vida ordenada y civilizada, sólo es como contraveneno: contra el veneno del constreñimiento.

De la consideración del retozo surge pues el primer carácter del juego: el de abuso peligroso, de vicio latente.

4. DE LOS JUEGOS FIGURATIVOS

De una especie superior son los Juegos Figurativos, pues exigen jugadores dotados de imaginación tales como el perro, el gato, el mono, el niño de toda edad hasta la edad de la barba y del pelo blanco.

En ese nivel, las fuerzas no surgen el ser viviente como un chorro de humo de una máquina recalentada sino que crean, al liberarse, un simulacro que las expresa, y revisten, en caso necesario, a determinado objeto exterior de una forma inopinada y provisional. De esta suerte, el gatto convierte el pedazo de papel mojado por el viento en una presa que no se cansa de necesitar y de matar una y otra vez.

De esta suerte proceden los niños cuando dan a hombres, animales y cosas, nombres fabulosos y figuras fantásticas y cuando se distraen y se olvidan de su identidad.

Pero la industria humana da cuerpo a las imágenes del juego en objetos particulares: los juguetes. Muñeca de trapo, caballo de madera, soldado de plomo, berco de papel.

El juguete más rudimentario es el sonajero: objeto que se agita, hace ruido, brilla y obrando sobre los sentidos un estímulo repetido, atrae la atención hacia afuera. La esencia del juego ya se expresa en el sonajero: Diversión, contrario etimológico de *Comersión*; Distracción, contrario de *Reconocimiento*, contrario de *Reflexión* y de *Vida Interior*.

Todos los juegos figurativos son distracciones, modos de salir de sí sin entrar en los otros. El juego consiste en cambiar de estado, de edad y de lugar con ayuda de juguetes y también de diversos adornos, de actitudes, gestos y mimicas. La niña de cuatro años se transforma en madre y abuela; el escolar tímido, en explorador, bandido o general; el joven pícaro, en príncipe; la joven princesa, en pastora. Son juegos inocentes.

Sin embargo es preciso hacer notar que su fundamento es la Ficción, que de la Ficción al Engaño, al Engaño, al Error no hay más que un paso, y que ese paso se da muy rápido sin que uno ni siquiera lo sospeche.

Extraigamos de la consideración de los Juegos Figurativos otro carácter del juego: el hastío de lo real, el desprecio de la verdad.

5. DE LOS JUEGOS ORGANIZADOS

En el plano siguiente se colocan los Juegos Organizadas, inacesibles a los animales y a los niños pues exigen el uso de la razón. No son inocentes, no son para los inocentes. Constituyen los medios con los cuales el Civilizado escapa a los contratiempos de la civilización, de la escuela, de la oficina, de la fábrica, del salón; al de estar aprisionado entre cuatro muros, forzado a inmovilidad corporal o a la repetición de un mismo ademán; al de verse obligado a las palabras corteses y a las muecas amables dirigidas al primero que se presente. El salvajismo que el Civilizado se ve obligado a tragarse en todo momento se toma el desquite en el juego. Por ello la pelota, el pugilato, las carreras, los concursos, todos los juegos organizados son simulacros de lucha.

Pero el animal racional no puede reaccionar contra su razón y contra sus costumbres civilizadas sin tener en cuenta a una y otros, y así los Juegos Organizadas toman algo de su contrario: el trabajo y la convención. De esta suerte se introducen en el juego un técnica como en la práctica de los oficios, una teoría como en los estudios, obligaciones y prohibiciones arbitrarias así como preocupaciones de elegancia como en los usos de la alta sociedad. Pero tales retrasos y tales obstáculos hacen más difícil el placer y, por lo tanto, más precioso.

De la consideración de los Juegos Organizadas se desprenden nuevos aspectos del juego: la Hostilidad, el gusto por la ociosa complicación, la apariencia de un asunto excesivamente serio.

El carácter de hostilidad no está ni siquiera excluido de los retos más ingenuos. El cabritillo ensaya sus cuernos, el gato sus zarpas, el perro sus dientes, el niño sus puños. Por lo demás el juego preferido del niño consiste en romper sus juguetes. El reto más cabal del hombre es el juego cruel de la caza. Los juegos figurativos revelan cierta rebelión, cierto rechazo de lo real, una huida que es la forma negativa de la lucha; eso, cuando no figuran batallas y suplicios. Ningún juego predispone a la caridad, a la benevolencia ni siquiera el juego de la muñeca cuando ésta inclina la rizada cabeza en actitudes enternecedoras.

6. DE LOS JUEGOS DE AZAR

Hay, en fin, una cuarta especie de juegos: los Juegos de Azar, que en modo alguno son inocentes. En ellos el jugador se complace en ver la desigualdad natural de los jugadores reemplazada por la injusticia de la suerte, el esfuerzo o el talento por el riesgo.

Revelase de esta suerte un último carácter del juego: el Placer de la Injusticia.

No es pues sorprendente que se pueda llamar malo a quien juega incesantemente. El juego desarrolla en tal hombre la excitación de los sentidos, la distracción, la atracción por lo exterior, el gusto por lo falso, la injusticia y la agresividad, en suma todas las características de la malignidad bajo el manto de la inocencia.

7. DEL JUEGO Y DEL TRABAJO

El juego constituye una distensión como el reposo, pero es un reposo al revés pues la distensión se produce en la excitación y el exceso de actividad, de modo tal que el solaz conduce, casi siempre, como el trabajo, a la fatiga.

Como el trabajo, el juego es una actividad; como el trabajo, posee su fin y sus reglas propias. Pero es un trabajo al revés. Pues el fin del trabajo consiste en producir algún objeto o resultado útil mientras que el juego no produce nada y su fin no es otro que permitir el propio juego.

El fin del juego es nulo en sí mismo; consiste en arrojar aquella pelota en aquel agujero, en tomar o detener tal peón, en recoger todos los naipes o deshacerse de ellos...

La ley del trabajo consiste en lograr el fin más deseable en el tiempo más breve y mediante el menor esfuerzo. La ley del juego consiste en interponer el número más grande de obstáculos, en exigir los más grandes esfuerzos para alcanzar un fin insignificante y nulo.

Quando el trabajo pone en acción a varios trabajadores, la ley del trabajo pide que colaboren, que uno lleve la viga que otro ha de colocar, que uno sostenga la pieza que otro escudará o martillea, de modo tal que la división del trabajo hace la unión de los trabajadores. Pero cuando el juego pone en juego a varios trabajadores, la ley del juego les impone que unos impidan a otros alcanzar el fin. Y si se trata de un juego solitario, la ley del juego servirá por sí sola de adversario tenaz y predictor.

Si los juegos son el contraveneno de las inquietudes y de los negocios, redoblan el envenenamiento cada vez que añaden a la excitación del juego el estímulo de la ganancia.

Mídense la nobleza de un juego por su gratuidad. Así, en el ajedrez la ganancia no existe, en los naipes la ganancia y la habilidad figuran por mitades y en los dados la ganancia y la pérdida constituyen todo el juego. Ocorre que en el límite ya no existe juego en modo alguno, como en la ruleta. Si los juegos organizados son obras falsas y artes huecos, los juegos de Azar son falsos juegos y constituyen un doble fingimiento (es posible llegar a una tercera falsificación haciendo trampas...)

Quien se entrega a los juegos de azar no ejercita ninguna suerte de fuerza o de talento. Esteriliza todos los impulsos del cuerpo, del corazón o del espíritu. Por lo tanto, ésta es la más estéril e insensata especie de juego.

8. DEL JUEGO Y DE LA GUERRA

Si el juego es a menudo un trabajo falso, tan absorbente como el productivo, cabe decir que la mayor parte de los trabajos y de los oficios, y singularmente de los más honoríficos y lucrativos, son falsos juegos, sin inocencia y sin alegría.

El primero de tales juegos, el más azaroso, el más glorioso si no el más provechoso para quienes se entregan a él, es inconscientemente la guerra y el oficio de las armas.

Así como los juegos son simulacros de combate, la guerra es un falso juego. Por falso entiendo que a veces se la considera una empresa útil y se esperan de ella resultados felices.

Nuestros antepasados sabían de sobra que la guerra era un juego más excitante que la caza, más intrigante que el ajedrez, pero la gente de hoy lo ha olvidado.

Quienes no hallan placer en él se dedicaron a descubrirle causas razonables y no han dejado de encontrarlas en las "necesidades económicas de los pueblos".

En realidad, en los tiempos en que la victoria comportaba el sometimiento a la esclavitud de los vencidos, la distribución del botín, de las mujeres y de las tierras a los ciudadanos del pueblo vencedor, la guerra se presentaba (si pasamos por alto el riesgo de los reverses) como una empresa económica irreprochable.

Por lo menos a primera vista, pues Roma, que había conquistado el mundo, se perdió por entero en la empresa ya que sus hijos dejaron los huesos en expediciones lejanas mientras esclavos manumitidos o mercenarios bárbaros ocupaban su puesto en el Foro o en el Palatino.

Pero apenas la brutalidad militar se combina con la prudencia civil y los escrupulos jurídicos, la guerra se convierte en una operación que da déficit. En su célebre estudio titulado *La Gran Ilusión*, Angels demuestra mediante cifras que las guerras de hoy se libran sobre todo en detrimento de los vencedores y que

toda anexión, toda ocupación colonial perjudica antes que favorece a las naciones.

Es extraño que tan pocas veces se haya observado que el engrandecimiento de un Estado no lleva beneficio alguno a los ciudadanos que lo componen, pues en caso contrario los ciudadanos de los Estados pequeños como Suiza o Suecia serían los hombres más desheredados del mundo; en cuanto a los de la República de San Marino se debatirían en los horrores de una sofocación perpetua al paso que los habitantes de un gran Estado como Rusia, China o India respirarían la abundancia y el esplendor.

De modo que si los pueblos aun hoy se empeñan afanosamente en ensanchar sus fronteras, ello no es indicio de que busquen su propio interés sino de que les interesa el juego. Todo juego comporta un fin convencional, por ejemplo el de meter esta pelota en aquel agujero. Los héroes que lograron ensanchar las fronteras de sus países experimentan una satisfacción comparable a la de un equipo de atletas que consiguen meter la pelota en el agujero. Esta satisfacción y el ruido de los aplausos les hace olvidar que nada han hecho de bueno y que cuanto se ha ganado es que una pelota haya entrado en un agujero.

Y no es que se libre la guerra por placer y de modo desinteresado. Al contrario, los hombres se precipitan a ella animados de furiosas ambiciones (por lo demás pueriles y que siempre quedan defraudadas), después de cálculos arriesgados (y por lo demás absurdos). Del mismo modo, los clientes de los garitos se encaminan a su ruina llevados por una loca codicia de ganancia y no por prodigalidad.

Pero este juego es un vicio. La guerra es el Gran Vicio Público que consiste en jugar con la sangre de los hombres.

Una razón tan seria como la del hambre de ningún modo explica la guerra. De lo contrario, los pueblos más hambrientos, los hindúes por ejemplo, no serían también los más pacíficos, al paso que los que preparan y desencadenan las guerras mundiales son los más ricos de todos y están tan provistos de tierras, de oro, de industrias, que antes parecen derramar su superabundancia que buscar nuevos recursos.

Una razón tan sensata como la de la necesidad de ningún modo es causa de la guerra. El trabajo basta para satisfacer la necesidad. Para conjurarla, el hombre siempre halla recursos más expeditivos y seguros que la fortuna de las armas.

La causa de la guerra no es la necesidad sino el Abuso: la pretensión de superar al otro, el gusto de aplastar al semejante, el mal de tener demasiado que lleva al hombre a perder el sentido de los límites y a hacerlo caer en el furor de poseer

más, en el frenesí de tener razón. Todo ello no es necesidad sino excitación del exceso: locura del juego.

Una razón tan natural como el odio de ningún modo es causa de la guerra. Los enemigos hereditarios pueden muy bien estimularse y admirarse, como era regla otrora, o ignorarse por completo antes de ir a trenzarse y mezclar su sangre en el campo de batalla. El odio ha sido siempre la consecuencia de las atrocidades de la guerra. Y sobre todo afecta a los que no combaten.

Tampoco ha de creerse que el amor a la Patria sea necesariamente lo que anima a los combatientes, ni el sentido del deber, ni el espíritu de sacrificio; los más encarnizados y valerosos resultan ser a veces mercenarios indiferentes a la causa que sirven. No, es el adiestramiento del juego.

Es motivo de incesante asombro el comprobar que jóvenes honrados, buenos padres de familia, felices piadosos y caritativos, se entregan, apenas visten un uniforme, a toda suerte de asesinatos y devastaciones con tranquila complacencia. ¿Qué ha ocurrido para que se explique semejante vuelco? La suspensión de la conciencia, que es lo propio del jugador.

Decid a los niños que juegan al tren sobre cuatro sillas en altura que las sillas son sillas, que sus patas no son ruedas, que el piso no es un riel; admitirán que se trata de sillas pero subirán a su tren y partirán a toda velocidad después de haber saltado. Del mismo modo un soldado, si reflexiona, reconoce que el enemigo es un hombre como él, un buen hombre que piensa en sus hijos y echa de menos su casa, pues esto es tan fácil de ver como ver que una silla es una silla. Sin embargo, apenas ese buen hombre aparece en el horizonte, toma puntería como cuando se dispone a disparar sobre un muñeco de la feria. Antes de abatirlo lo ha vaciado de su humanidad, tal como el juego lo exige.

De este modo se perpetran infinidad de crímenes inocentes y gozosos sin que haya criminales. Los jefes obran en nombre del pueblo ciego y de leyes automáticas. El pueblo obra bajo las órdenes de los jefes. ¿Quién es el responsable? El responsable es la Gran Irresponsabilidad sistemática y la inconsciencia voluntaria de los jugadores.

9. DEL JUEGO DE LA POLÍTICA

No hablaré de los Diplomáticos que son los amables y astutos guerreros de los tiempos de paz, los jugadores públicos de naipes y ajedrez, ni de sus hermanos clandestinos, los espías, falleros con patente, y pasaré a la segunda especie de falsos juegos, a ese gran juego de la sociedad que se llama la Política.

En tiempos de los Reyes, estaban reservados a un círculo ce-

rrado particularmente petulante y corrompido: la Corte. Era la puja por obtener cargos, prebendas, sinecuras, títulos, pensiones. Sólo se medraba por la adulación, la calumnia, las cábalas y las intrigas galantes.

Perc hoy que la calle entró en la Corte y que la multitud es soberana, el privilegio de aquella petulancia y corrupción se difundió por todas partes. Ya no existen la máscara de la corte ni la elegancia de superficie, pero la que subsiste es la hipocresía. La mentira se ha vuelto más insolente, más grossera la zalamería, a causa de la vulgaridad del Nuevo Tirano. La arrobación los celos, la envidia se multiplicaron junto con el número.

La política es ahora un juego organizado para el que se adiestran equipos llamados partidos y a los que se designa mediante un color o por el lugar que ocupan en el circo en que lidian.

Entretanto, los espectadores, por millones —las naciones enteras— patelean, vociferan, huchean, apuestan, doblan la apuesta a sus favoritos y a los ganadores probables. Los pasos de danza de la opinión enardecen los cerebros. Los cráneos excitados estallan. La agitación sacude la ciudad y devora hasta el campo, perturba la vida de la fábrica y el taller, divide las familias, reaviva dolorosamente los viejos rencores, colma las almas sencillas de prejuicios ficticios y odios artificiales. Y entonces, apenas si la guerra puede, a último momento, operar la Unión Secreta, unión que consiste en desviarlos hacia una creación común, en incitarlos a una nueva forma de diversión.

10. DEL JUEGO Y DEL COMERCIO

La tercera especie de falsos juegos se conoce bajo el nombre de Comercio. El comercio más expeditivo y concentrado es sin duda el comercio de los valores, la especulación bursátil, que en nada se distingue de los juegos de azar, de aquéllos en que el hombre juega el honor de su mujer y la herencia de sus hijos. Esta actividad consiste en producir crisis, cracks, quiebras y en prosperar gracias a la ruina del prójimo.

Pero todo Mercader especula, por lo menos hasta cierto punto, sobre el valor, puesto que entre el costo, medida del esfuerzo que se consume para producir una mercadería, y el precio, medida del deseo de poseerla, subsiste una tensión variable que constituye el resorte de toda la circulación comercial. Sin introducir riqueza nueva alguna en el mundo, el mercader obtiene la suya del intercambio. Juega con el fruto del trabajo de los demás.

El falso juego del comercio implica, por lo demás, un verdadero trabajo: el transporte y la distribución de los productos. Pero este trabajo útil y la justa y modesta retribución del mis-

mo interesan tan poco al Comerciante que los delega casi siempre en otros para dedicarse por entero a las sagaces combinaciones que le valdrán una fortuna (palabra que significa azar y deja suponer, por lo tanto, que se la gana jugando).

El Comerciante dirá que trabaja, que se afana del alba hasta la noche, que se preocupa y desolma. Pero el calavera se agita más que el batanero y el futbolista más que el agricultor.

Conforme a la Ley del Juego y contrariamente a la Ley del Trabajo, el Comerciante obra contra todos los otros comerciantes. El juego consiste en ofrecer más rápido y a precios más bajos una mercancía de mejor aspecto, y en ganar así una carrera que, en efecto, se llama Competencia.

Al multiplicar los contactos humanos, los aportes extranjeros, al favorecer los placeres, las comodidades, las curiosidades, el Comercio es un factor activo de civilización. Por lo menos de cierto género de civilización, del cual nos sentimos tentados a creer que es el único, habida cuenta de que es el nuestro, como fué el de la Grecia antigua y de la Italia del Renacimiento. Civilizaciones profanas y exteriores, cuyo florecimiento se produce tan rápidamente como su putrefacción, y que se opone a las misteriosas y milenarias culturas de China, India, Egipto, fundadas en el Rito y no en el juego.

El Comercio supone la libertad, la aporta y la desarrolla. No nos engañemos: tratase de libre juego y no de libre arbitrio, y menos aun de Liberación tal como la entienden los Sabios y los Santos. Libertad de empresa porque, sin ella, el Comercio no podría respirar. Libertad de costumbres porque las costumbres sobrias y severas lo estorban al paso que las costumbres relajadas lo hacen prosperar. Libertad de pensamiento y tolerancia porque el pensamiento es indiferente al comerciante, porque ignora lo absoluto y desea ignorarlo, porque nada tiene que hacer con la Verdad ya que le agradan las verdades, el choque y el juego de las verdades contrarias. Por ello todas las civilizaciones comerciantes escarnecen y minan las revelaciones de la Fe, pero consideran sagrada la opinión de cada cual.

Acompaña a veces al Comercio un rito florecimiento artístico, a condición de que las Artes que favorece suministren a la venta objetos de alto precio y una diversión más y de que olviden su dignidad originaria y fundamental, su valor mágico, profético y ritual. El Comercio es un factor activo de corrupción y su desarrollo creciente va agravando ésta, pues introduce por doquiera el veneno de la rivalidad, la falsificación de los productos y los valores, la fiebre de la agitación, la torpe acuñación de todas las cosas y la prostitución de las conciencias.

Sobre todo en los períodos agitados (en los que más prospera), el Comercio enriquece al azar y de pronto a tantas gentes vulgares, incultas y estúpidas que los cuadros de la alta sociedad

se derrumban y los nuevos ricos se apoderan de todos los puestos de comando. Ahora bien, a diferencia del Rey, del Sacerdote, del Noble, el enriquecido no ha recibido consagración ninguna, ni siquiera convencional, no goza de ningún prestigio, ni siquiera mal fundado, no posee autoridad alguna, ninguna preparación para la precedencia, de modo tal que el pueblo queda sin dirección. Nadie sirve al enriquecido por deber, ni lo obedece por respeto o confianza ni lo imita porque lo admira y lo ame. Solo puede reinar por la corrupción.

El Comercio destruye los vínculos terrestres y carnales del hombre, destruye los grupos orgánicos y naturales en que tenía sus raíces: granja paterna, parroquia, corporación. El torbellino de los negocios muele a los pueblos, reduciéndolos a multitudes en que cada hombre se enriquece en medio de los otros e ignorándose, como el pez de los bajos fondos que busca su presa.

El Comercio conoce el antiguo adagio de que es preciso dividirse para reinar. Instaaura el Régimen de la Separación. Procura abrir un abismo entre el que produce la mercancía y el que la consume, abismo que él sólo puede salvar hasta el punto de que llega a aparecer como blanqueador y salvador. El año de la Feria se entrega a juegos de prestidigitación admirables, escamoteándonos ante las narices los objetos más comunes para presentarnos otros en su lugar, exóticos y maravillosamente empacados. Gracias a sus gentiles provisiones, en una playa de Bretaña se compra pescado llegado más que fresco de París y en una aldea de Brie, a diez pasos del establo, se abre una lata de leche condensada procedente de Canadá.

Podría creerse que artimañas tan complicadas pertenecen al orden de lo superfluo, pero basta que sobrevenga una crisis, (que, por lo demás, no deja nunca de llegar) para que se advierta que se han vuelto indispensables y que nuestra vida depende de ellas. El hombre sólo se nutre de pan, pero en cuanto adquiere inteligencia, aprende a jugar y a nutrirse con su juego. El Comercio se afana en decorar, en distraer, luego en desnaturalizar y en falsificar los productos. Reconócese en esto un rasgo ordinario de los jugadores: el desprecio de lo real, el gusto por los subterfugios y los disfraces.

So color de dar a la mercancía un aspecto más atractivo, de facilitar su preservación, transporte y manipuleo, se la desfigura de modo tal que se convierte en una cosa completamente distinta, o bien se echa mano de una cosa completamente distinta para representar al producto demandado y reemplazarlo. De esta suerte aparecieron materias de fantasía: la hojalata, el hierro batido, el cromo, el níquel, el horniégón, la galatita, el celuloide; puedan llamarse fantasías de la mezquindad, pues confieren a las cosas de este siglo su aspecto chato, falso, vacío, insignificante. Tal es el esplendor de las nuevas verdades. La invención

de los maliciosos se eleva en este dominio, a una suerte de poesía burlesca hasta el punto de que los vemos hacer satchichones con madera, crema con albúmina de caballo, café con higos podridos, seda con vidrio, lana con leche y aun manteca con aire¹. Con madera verdadera hacen madera falsa. Los pollitos nacen por obra del calor artificial y los terneros por obra de la inseminación artificial; las gallinas ponen huevos cuadrado listos ya para la expedición². Del mismo modo, dirigen la opinión por la propaganda y la prensa y juegan con ella según su conveniencia.

El país más próspero en tráfico comercial se ve reducido a alimentarse con conservas en lata, promesa de marchitez para las generaciones futuras. Blanqueando el azúcar y el arroz, se los priva de sus sustancias nutritivas. Se colorean y perfuman las bebidas, y no me refiero sólo a las bebidas alcohólicas sino a los anodinos jarabes, caldos y limonadas, por medio de venenos violentos. Pero eso significa una ganancia redoblada para el comercio, así como para el de los productos químicos y farmacéuticos.

Se han ensañado con el pan con una insistencia particular: el único pan que ofrecen las panaderías —me refiero, desde luego, al pan blanco y dorado— es uno de los fraudes alimenticios más perniciosos. Hemos olvidado hasta el recuerdo del gusto del pan verdadero, de aquél del cual nuestros abuelos extraían su fuerza y sin duda algo de sus virtudes, de aquél que Cristo paría con los suyos diciendo: es mi carne, el pan de veras, que tiene el color de la tierra. También se han ensañado con la tierra: al enfermarla con abonos químicos, la fuerzan y la agotan hasta el punto de que sólo dará cosechas disminuidas en sustancia y cargadas de toxinas desconocidas. Y mientras ensayan métodos de explotación cada vez más contrarios al sentido de la naturaleza y a las tradiciones campesinas, el desierto conquista todos los años algunos trozos más de tierras cultivables. Pero esto no significa nada puesto que pronto el negocio sustituirá a los productos agrícolas, enojosos y groseros en gran medida, por piladoras nutritivas "prácticas", "económicas", "higiénicas" e "ideales", científicamente sazonadas con vitaminas.

Pero, ¿acaso la Distracción no es de todos los artículos el más nuevo y, por lo tanto, el más venturosamente ventajoso para el Comercio? El hombre no sólo se alimenta de pan, lo sabeis de sobra, ¡oh, hombres de negocios!, y si sois realistas y queréis engordar, ¡dadle la nada a comer pues es lo que más le agrada! No dejesis con la boca abierta a esos millones de ociosos a quienes los ca-

¹ Eratzta alemán extraído del hidrógeno, que debe consumirse crudo. Si se lo expone al fuego retorna a su naturalidad y desaparece.

² Huevos de cascara blanda puestos por la gallina directamente en la lata (Zarados Unidos).

prichos de la fortuna y el trabajo mecanizado arrojaron a la plaza pública. El público es un gran bebé, presentadle vuestras sonajeros. Sólo pide sentirse atraído, no tiene nada mejor que hacer que perderse, nada le apremia más que huir de sí mismo. Vivir distraído es vivir como si no se viviera, es descargarse del propio ser, es ir hacia la disipación, la dispersión, la nada. Bebebu, el Rey-de-las-moscas, lo sabe, pues reina sobre la multitud y sobre el hombre vulgar. Y vosotros, puesto que habéis hincado el diente más que los otros en el "Conocimiento", ¡jugad a hacerlos jugar y sacad provecho de este plácido desastre! Rodead al transeúnte de carteles colorados, de luces intermitentes y de ruidos ensordecedores, de espejos y de escapatates. Apenas hayáis logrado que fije su mirada, ofrecedle un artículo brillante; ya no hará cuestión de precio pues la distracción pre-dispone al gasto. Para él es una fantasía, para baratija, una chuchería; para vosotros, dinero cantante y sonante. Llevadlo a un bar donde la música azucarada, sacarinada o espesa de drogas ayude a hacer ingerir las bebidas alcohólicas y las bebidas alcohólicas ayuden a hacer ingerir la música; y una y otra cosa ayuden a llenar de dinero vuestra caja. El teatro, la novela, los clubs nocturnos, los cafés cantantes de baja estofa, los bailes populares, el molino de las Locuras, el cine, las revistas ilustradas, la radio que suena en todos los pisos de todas las casas, producen y reproducen distracción y, aun cuando ésta sea barata, el mercado siempre es bueno para los ojos. Éste es también el principal oficio de la Gran Prensa, para servir a la cual bosques enteros quedan reducidos a papel.

Preparaos para los triunfos de las Ferias Internacionales y, ese día, erigid torres eifel, monumentos vacíos en honor de la distracción, a fin de que esta diosa os sea siempre propicia.

No menospreciéis la elegancia y sopesad la vanidad que en modo alguno es vana para el hombre industrial que procura distracciones: los trapos, los afeites, los perfumes, el rizo de los cabellos, las joyas verdaderas o falsas, hasta los botones son asuntos importantes.

Estableced loterías y pujas para ser los que más ganéis en todas las rondas. No olvidéis las Carreras, donde las fortunas se hacen y deshacen de modo ejemplar. Pero sobre todo alentad con todas vuestras fuerzas aquello que, con un viejo vocablo francés debidamente barbarizado, se llama hoy los Sports. Aprobad con énfasis todos los discursos en que se sostenga que los deportes aprovechan a la salud de la nación, sobre todo a la educación de la juventud, e intentad por lo menos aprovecharos de ellos vosotros también. Éste es el signo de una de las plagas del siglo. Es la droga, pero el abuso de la droga es, a su vez, una plaga.

La plaga de que son signo los deportes es la degradación del

trabajo. Precisamente se exaltan tanto los juegos porque el hombre no encuentra ya alegría alguna en el trabajo. Una clase de privilegiados inventó los deportes para prevenir la degeneración corporal que amenaza a los ociosos. Si algunos deportes, como el fútbol, el ciclismo y el pugilismo, han adquirido el aspecto de una pasión popular, ello se debe a que el mismo trabajo manual está mutilado por la fábrica y el intelecto vaciado por la rutina de la oficina.

En cuanto a los deportes practicados por profesionales, brutos celebrados como héroes y arquetipos, para el pueblo se reducen a una ocupación sedentaria, a un acaloramiento agresivo, a una excitación insensata y decididamente malsana. Pero es un excelente estimulante para las rivalidades internacionales y una buena preparación para la guerra.

¡Si sois serios, hombres de negocios, no olvidéis la bufonería! De la caricatura política a la canción procaz, del circo a la ópera, del dibujo animado a la novela humorística, la Risa es una mina que da buenas ganancias. *La Risa es el éxtasis de la distracción*. Un público que muere de este cebo no corre peligro de saciarse nunca pues está totalmente vacío.

El mono que tira de la cola de sus congéneres adopta el aire apremiado y preocupado que conviene adoptar. Imitado cuando habláis por teléfono a fin de que podáis convencernos a todos, y a vosotros mismos, del carácter excesivamente serio de vuestro asunto.

11. MEDIODÍA A LAS DOS DE LA TARDE

Dícese del tonto que complica innecesariamente las cosas que busca el mediodía a las dos de la tarde. Tal es lo que hacen todos los jugadores puesto que la regla del juego consiste en multiplicar los obstáculos ficticios. Y nuestra civilización debe definirse como la-que-encontró-el-mediodía-a-la-una. A fin de justificar esta singular denominación y de salvar las apariencias de la gravedad (maldito sea quien ríe en una partida de naipes), túvose el cuidado de alegar una explicación económica. Indudablemente, en tiempos de guerra o de crisis y contando con el afecto de la sorpresa, púdose obtener mediante esta maniobra el cierre de todas las tiendas del país una hora antes y, de este modo, ahorrar la iluminación. Pero en cuanto el abuso del lenguaje se torna definitivo, la ventaja se anula. La única razón que podemos dar de esto es que el gusto por la falsificación es tan fuerte en estas gentes que nada puede escapar a él, ni siquiera el sol.

12. DEL JUEGO DE LAS FINANZAS

Si la moneda sirve de medida del valor de cambio de las cosas y si toda moneda exhibe la efigie del Estado que la garantiza, ¿qué decir del Estado que se convierte en monedero falso? Lo menos que se pueda decir es que el régimen liberal, que es el de los jugadores, ha acabado por elevar la fullería al nivel de una institución de Estado. Actualmente, cada gobierno mexicana como mejor le conviene la máquina de fabricar billetes para marcar las cartas de sus cuentas y dejar a su sucesor en una falsa situación financiera. Pero la superchería, demasiado conocida para engañar a nadie, se convierte en una simulación gratuita y convenida, en un juego cuya bufonada escapa a todo el mundo. El juego consiste en degradar los valores que sirven de base para medir los valores, lo cual se asemeja al perro que gira en persecución de su cola. Esta truhenería sólo afecta a los siglos: llámase 10 a lo que es 1, juego 100 a lo que era 10 y, al final de esta historia de locos, cada cual se encuentra millonario y tan Juan Lanas como antes. De este truco resulta una impresión general de desiluzamiento en el vacío. Entre tantos financieros que estudian el modo genial de devolver la confianza, apuesto que no habrá ni uno capaz de resolver el problema de una vez por todas, esto es, de llamar francamente un franco a un franco y, para probar que la cosa no es para reír, sacar tanto oro como sea necesario de los sótanos del Banco, donde para nada sirve mientras allí quede enterrado.

Más éstos son aún juegos inocentes, comparados con la depreciación de la moral y el envilecimiento del hombre.

En un mundo en que cada uno depende de todos para las menores necesidades, del mismo modo que de su madre el niño de pecho, mientras que todo abandono, toda gratitud, toda ternura quedan rigurosamente excluidos de tal dependencia, pues cada cual mira al otro como un simple medio utilizable para conseguir sus propios fines, la más viva y fina alegría que pueda esperar del prójimo consiste en burlarlo según las reglas del juego. Entonces el dinero llega a ser el único sostén de la vida, el único vínculo que une a los hombres, la única medida de todo y hasta del hombre mismo. Entonces el Bien y el Mal quedan reducidos al Beneficio y a la Pérdida, la inteligencia a la astucia, las virtudes a la ambición de dinero y a la avaricia, la alegría al crédito, la dicha a la posesión, el honor a la capacidad de gastar. Entonces el tiempo, que es nuestra vida, "es dinero", como dicen hoy quienes venden su vida y la de los otros.

13. DE LOS JUEGOS DEL PROGRESO

El cáncer del "Progreso" es debido a la fiebre de los negocios. ¡Un caso único! En realidad, irátase del más hermoso, más reputado, más interesante, más estudiado, más admirado y más envidiado cáncer del siglo. Por la labor irresistible, el desencadenamiento de las máquinas y la descomposición química, abre a la humanidad futura perspectivas ilimitadas sobre el infierno terrestre y el suicidio colectivo.

14. DE LA VELOCIDAD

El principal fin del "Progreso" consiste en la creciente aceleración de las comunicaciones y de los transportes. Este es uno de esos fines semejantes a los que pueden proponerse los jugadores, fines insignificantes y nulos, pelotas metidas en agujeros, fines que sólo sirven para permitir el juego. Y en realidad, la velocidad obtenida sirve para el desarrollo del Comercio, fuera de lo cual no sirve para nada ni a nadie.

Es fácil demostrarlo: los países donde el hombre se esfuerza más penosamente, se expone a los más grandes riesgos y se entrega a los gastos más fuertes para procurarse máquinas rápidas, a fin de ganar tiempo, son aquellos en que todo el mundo está siempre apresurado y retrasado, donde las gentes hurrañas y como acosadas dicen: no tenemos tiempo. Parecen no saber lo que les ocurre. Sin embargo, la cosa no es difícil de comprender: el tiempo, la velocidad, no son objetos, riquezas que pueda acumularse ni sobre todo poseer en común. El tiempo es una medida, una relación, y su realidad es relativa: si poseo un automóvil y gano tiempo, sólo lo gano en relación con los que marchan a pie. Si todos viajan en automóvil, ya nada gano. Cuando el conjunto del tráfico se acelera, el que avanza a un ritmo de marcha normal queda en inferioridad de condiciones. Lejos de ganar tiempo, la aceleración general acorta el tiempo, sin hablar de todo el tiempo que se pierde arreglando y reparando las máquinas-para-recuperar-el-tiempo.

Hay un cuento de Andersen que nos divirtió cuando éramos niños y que hoy podría instruirnos: la historia del niño a quien un hada malvada le había hecho la historia del niño a quien la bola-de-hilo-de-su-tiempo, admirable juguete cuya posesión casi lo igualaba a los dioses. Cada vez que sentía hambre o sueño, le bastaba con tirar del hilo del tiempo para encontrarse sentado a la mesa o acostado en un lecho. Cada vez que sentía un deseo o una curiosidad, tiraba del hilo y los satisfacía. En

sus sueños infantiles tiró del hilo para divertirse y para eludir los azotes, la gramática y la aritmética. Cuando joven, tiró furiosamente del hilo para satisfacer sus languideces amorosas y mitigar las penas de su corazón. Cuando hombre maduro, tiró del hilo para despejar las pesadumbres y arreglar sus negocios. Luego, a medida que los placeres se volvían más raros, tiró del hilo cada vez con mayor frecuencia. Después de algunas semanas advirtió que se había vuelto viejo y decrepito y reconoció, aterrado, que el hada se había burlado de él. Sintió amarga nostalgia por las cosas idas, pero nadie puede, ¿no es cierto?, volver hacia atrás. Experimentó una extrema angustia, de la que no sabía cómo liberarse como no fuera tirando del hilo, cosa que hizo, y murió.

Del mismo modo proceden los hombres con las máquinas, que son cuerdas para eludir el esfuerzo y apresurar el tiempo.

Decir que la ventaja de semejante movimiento es nula, es decir demasiado, pues las perturbaciones que de él resultan son profundas, las pérdidas inmensas y los peligros mortales.

Cuando toda una civilización se agota girando en redondo, cada vez con mayor rapidez, molliendo el vacío, vaciándose de su sustancia para transformarla en velocidad, y se pone a celebrar su fiebre como un signo de salud, ello significa que enloquece y se precipita al abismo.

Pero, ¿acaso no ofrecen ante todo todas las características del sonajero esos autitos ensordecedores, esos coches estruendosos, esos toboganes y esos cohetes voladores que proyectan al aficionado a la velocidad a los cuatro lugares del mundo? Dícese que son económicos, pero esto es una burla pues son ruinosos. Dícese que son prácticos, pero ésta es otra ficción, pues estorban, se traban uno con otro, se chocan produciendo pérdidas. En los años de paz y en los días de fiesta matan y mutilan a más hombres que una guerra.

Vuelven locos a tantos hombres como el alcohol. Los Estados Unidos, más adelantados que nosotros en todas las cosas, cuentan ya con diez millones de locos, con los cuales se puede llenar un asilo tres veces más poblado que París.

Pero la inmensa ventaja que presenta consiste en distraer, en llevar-hacia-afuera, en brillar, en ensordecer y en matar el tiempo.

Y la unánime y furiosa negativa de los hombres a escuchar todo discurso que tienda a apartarlos de esos objetos se explica ante todo por el pueril apego a los juguetes, por la pasión neuropática del juego.

15. DEL ENVEJECIMIENTO

Un pensador cristiano¹ se ha interesado por las técnicas de envejecimiento y a él debemos el término. Designa así el trato que las policías de las dictaduras militares o populares de hoy hacen padecer a sus enemigos, mediante el cual minan los más íntimos recursos de su resistencia y los hacen descender tan bajo en la abyección que las víctimas ya no pueden, en los últimos suplicios, ni siquiera beneficiarse con la piedad de los pueblos ni convertir su muerte en un testimonio o en una protesta validos. Lo logran mediante torturas científicas, tanto más atroces cuanto que son menos espectaculares, y tanto más eficaces si tales torturas se ocultan bajo apariencias ridículas; mediante penalidades y amenazas, pero también mediante engaños burdos y faras, mediante la repetición lacerante de minúsculos estímulos psicofarmacológicos, mediante inyecciones y mediante drogas. En los campamentos de represalias hemos visto así al hombre revolcarse en la inmundicia y arrastrarse, espiar y vender a sus compañeros de miseria, ejecutar con un cuchillo a aquél que le señalaron. Del mismo modo en los procesos soviéticos vemos cómo un ex dignatario se entrega a "confesiones espontáneas" que llenan de estupor al mundo civilizado, se denigra a sí mismo con arrebatos, mientras su mujer y sus hijos rivalizan en renegar de él y reclamar su cabeza. Ni siquiera el martirio de un obispo deja de convertirse en una pantomima lastimosa y repulsiva.

Semejantes procedimientos, que son violación del alma y deshonra del nombre de humano, nos colman de horror. Pero ellos es que jamás reflexionarán suficientemente sobre estas convulsiones del conocimiento con el poder de las tinieblas quienes, ante los desdrenes que aquí denunciamos sin complacencia, se sienten inclinados a adoptar una solución de fuerza mediante una revolución de derecha o izquierda¹.

Dicho esto, los dictadores de derecha o izquierda no pueden fastidiarse de haber inventado estos métodos. Se limitaron a aplicarlos con una lógica más rigurosa y con mayor sencillez.

¡Decid, buenas gentes, decid! Esas bufonadas con la simiente humana a que se entregan los sabios, y que son la más pífida y profunda injuria que pueda hacerse a la especie, ¿no se hacen en Buchenwald ni en las cárceles soviéticas del Circulo polari? ¡Decid! ¿Y quién inventó el pitecántropo? ¿Acaso un nazi, o bien un bolchevique compuso ese monstruo con una tibia de

¹ Gabriel Marcel, *Les Hommes contre l'Humanité* (Gion, Paris).

² Pero ya vemos, no sin extrema inquietud, que en el ejército francés se establece un "servicio pitecológico", cuyos procedimientos se inspiran en los métodos nazi, ruso y chino.

hombre y una mandíbula de chimpancé? ¿Quién expuso tan complacientemente aquella novedad en la Feria que sirvió de rito inaugural de nuestro siglo? ¿Y para qué se exhibió aquel monstruo sino para escarnecer al hombre en sus aspiraciones eternas?

Si, ¿de dónde sale este nuevo árbol genealógico de las especies, que nada tiene que hacer con el Árbol de Vida de la Biblia, ni con el Yggdrasil de los nórdicos, ni con el Árbol de Brahma, de dónde sale el Árbol cuyo tronco es un molusco, cuyos vástagos son peces, cuyas espigas son cangrejos o insectos, cuya rama principal es un reptil y un sapo, cuyas ramas menores son cuadrúpedos y cuya flor es el *homo sapiens*? No importa que la ciencia sólo pueda atar sus coyunturas con cuerdas, pues un mito es un signo y vale por su significación. ¿Qué significa si no la voluntad de arrancar a Dios de la creación, de quitarlo del Comienzo, de reemplazarlo por el Azar y por la Competencia, que son los grandes dioses del Comercio?¹

Y esos acertijos y embrollos que se presentan bajo el nombre de crítica bíblica, así como la fábula de la inautenticidad de las Sagradas Escrituras, ¿acaso un nazi o un bolchevique hubiera tenido la paciencia maníaca, la solapada malicia de divertirse en juegos semejantes? ¿Y qué decir del mito de la inexistencia de Jesucristo —¡hola, escamoteador!, ¿a qué juego jugamos?—, el mito dos veces mentiroso que hace de Jesús de Nazareth un mito a fin de hacer desaparecer a Dios y al Hombre de una vez, como quien no quiere la cosa?

¡Decid! ¿Y la inflación de todas las palabras más preciosas para el corazón humano, como la palabra Libertad, como la palabra Amor?

¿Y qué decir de esas legiones de novelistas que nos tienen sumergidos en un lago de mierda hasta que confesemos espontáneamente, contra nosotros mismos, que el hombre no es más que mierda? ¿Y qué de esos giros de la Moda, en que se ejercita la verba socarrona y acaso vengadora de sus creadores, casi todos pederastas, y qué decir de la ridícula gravedad con que sus víctimas la siguen? ¡Rosa, lirio, lirio! ¡Oh, flor de poesía, oh fuente de la espuma, hija de Eya, virgen dulce o madre venenosa, he!a aquí que se contornea, pintada y teñida, enharinada

¹ Mutaciones favorables sobrevenidas "por error" y mencionadas por la herencia (genar), acumuladas como los capitales. Y la lucha por la vida (competencia); visiones mercantiles de la naturaleza.

Volvemos sobre el tema en este libro, pero sobre todo en el *Comentario del Génesis*. Una vez más, no se trata tanto de discutir acerca de la parte de verdad objetiva de esa corriente de opinión como de presentar el motivo de la pasión que mueve a tantos hombres, sin ninguna preocupación objetiva, a bandir este argumento, del que los sabios más adelantados comienzan a reconocer la fragilidad al paso que multitudes cada vez más numerosas lo convierten en artículo de fe. Debe releerse hoy *El Hombre Eterno* de Chesterton; refreará los cerebros malorados.

como los payasos, disfrazada acaso de hombre, mujer que funa y silbái ¡O bien disfrazada de niña —¡cucú!— o bien acaso de muchachito y sacudiendo en pantaloncitos cortos sus formas rebotonas, confesión espontánea de extremado envilecimiento!

¿Y qué decir de los estragos del alcohol, que corroe y destruye la raza, y contra el cual nada puede decirse pues la Dictadura del Negocio intimida? ¿Y qué de la habitación en cajas de hornigón todas iguales? ¿Y qué de la carcaca incesante y la cercante de los motores, de la condena a música-forzada-a-perpetuidad y de la televisión para todos? ¿Puede acaso llevarse más allá la técnica de Embrutecimiento de las Familias? Y si este trato de que es objeto el hombre es en apariencia inocente, que nadie lo crea menos capaz de deshumanizar.

16. DEL ENVILECIMIENTO COLONIAL

Pero si se pregunta cuál es el lado sangriento del problema, que se consideren las conquistas coloniales y ya nadie tendrá nada que preguntar.

En ellas, desde hace tres o cuatro siglos, las técnicas de envilecimiento —y para colmo el envilecimiento por la técnica— se desplegaron en todo su escandaloso horror por el mundo entero, con la alta aprobación y el sostén de los regímenes liberales.

"Para que todos los habitantes de la tierra, todas las tribus, todos los pueblos, todas las lenguas, todas las naciones, queden marcados con la marca de la Bestia", para que en todas las selvas, todos los matorrales, todas las montañas, el hombre sea acosado como un animal salvaje, encerrado como ganado, empujado en rebaños a puntapiés y latigazos, puesto bajo el yugo en las plantaciones, unido a las negras tareas de la mina, embarcado en el fondo de las bodegas para ser vendido y consumido en otros continentes.

Para que todos los reinos del mundo se arruinen y confundan, con sus glorias y sus cultos, con sus costumbres y sus vestidos, con sus cantos, sus danzas y sus leyendas, con su libertad nativa y su genio original. Para que todo eso caiga en el polvo del color gris utilitario, para que allí donde se oían los profundos murmullos de la selva y los tam-tam, humée una zona de cemento armado y hojalata que confiese al sol que la Civilización Occidental es una enfermedad de la tierra.

La cosa grande y terrible se realizó sin ruido, casi sin despliegue de fuerzas. Haciendo reverberar chucherías de vidrio ante sus ojos, explotando su sencillez, domesticándolos mediante promesas, inoculándoles el gusto por el alcohol, incitándolos a batirse entre ellos, las potencias mercantiles consumaron la desagregación de los pueblos¹.

¹ Si la religión cristiana se difundió a favor de estas conquistas, ello es

He aquí cómo una de las cinco grandes Razas de la Humanidad, la Roja, demasiado avisada para dejarse seducir, demasiado noble para rendirse, quedó casi totalmente exterminada.

Otra, la Negra, está casi en todas partes sometida y pisoteada. La tercera, la Amarilla, hondamente herida, reaccionó y respondió con un odio implacable. Y la cuarta, la Malaya, toma el mismo camino. Pronto estas dos últimas, y no mucho más tarde las otras, se desmembrarán de sus opresores pero, ¿curarán de la contaminación? Pues el odio es también un envilecimiento. Y si éste odio les hace adoptar contra sus enemigos las técnicas que aprendieron de éstos, el envilecimiento por la técnica, ¿podrán desmembrarse de ellos?

El pensador cristiano citado llega a preguntarse si toda nueva técnica no será, en cierto sentido, técnica de envilecimiento; y le parece que no puede dejar de serlo para todos aquellos que se aprovechan de sus facilidades sin hallarse en condiciones de comprenderla y, por lo tanto, de elevarse a su altura. Si hay algo de cierto en esta observación, se percibe por qué la tecnocracia (y las filosofías negativas que le sirven de base) se muestran más corrosivas aún en las razas que sólo pueden recibir pasivamente o volverse abyectas y ridículas imitándolas torpemente.

Pero la observación no va suficientemente lejos pues la empresa de la técnica también envilece, de modo más secreto pero tanto más real, a las gentes más capaces de asimilarse su espíritu, puesto que es por sí misma, como lo hemos probado, una subversión del Espíritu, un envilecimiento del Conocimiento Original y de la Antigua Sabiduría.

17. DEL JUEGO MÁS SACRILEGO

Este es el momento de examinar el más sacrilego de los falsos juegos, el que se esconde bajo el título de Investigaciones de la Ciencia Desinteresa.

El desinterés es lo que caracteriza al hombre de Dios, al artista inspirado, al héroe, al bienhechor caritativo, pero es también el rasgo saliente del buen jugador en el sentido de que éste sólo se interesa por su juego. Aun aquí que juega a la ruleta con una pasión devoradora es todo lo contrario de un avaro.

porque Dios vea, porque algunos Santos se alzaron contra la corriente, porque, en fin, el "Diablo no siempre gana". Del mismo modo, la poca católica conciencia romana abrió el camino a los Apóstoles y preparó la Silla de Pedro. Dícese esto para justificar a Roma por lo contrario de Roma; pero si Roma no hubiera existido, la palabra de Dios habría hallado otras vías. Y ahora que los imperios coloniales se desmoronan por doquiera descubriese con evidencia hasta qué punto hubiera sido preferible, para el honor de Cristo y para la peregrinidad de la obra de conversión, que su palabra hubiera llegado de otro modo a los pueblos de color.

El desinterés del Investigador cuesta caro: más que las noches de Monte Carlo.

La puesta no consiste sólo en millones y millones de dólares, sino en millones y millones de vidas, en la supervivencia de la especie y del planeta.

Pero el acertijo aguza excitantemente su curiosidad. Los largos cálculos, las pacientes manipulaciones, los súbitos hallazgos que constituyen los golpes de suerte del juego solitario se sitúan entre la excitación o las ensañaciones de la droga y la inspiración poética. El círculo mágico del juego mantiene todas las facultades en suspenso y aprisionadas.

Un célebre profesor de Göttinga tropezó con una raíz cuadrada o con un electrón y cayó de bruces en la calle. Los transeúntes se precipitaron para levantarlo, pero el profesor tomó a mal la indiscreción: "¿No ven ustedes que reflexiono?", exclamó. ¡En, sin embargo, era evidente! ¡Si seremos imbeciles! Habríamos debido comprender, por aquel gran patatrás, qué dirección tomaban tales reflexiones.

El sabio no puede dejar de ver, aunque sólo de modo abstracto, las convulsiones cósmicas que pueden resultar de sus descubrimientos. Si recibe un sobresalto, la verdad es que se siente más exaltado que antes, habida cuenta de la agresividad instintiva, infantil, latente que se descarga en todo juego. Lo mismo cabe decir de lo subconsciente.

El Diablo se encarga de adormecer la conciencia susurrando, por medio de las mil voces del mundo: "La ciencia es buena por sí misma. Algunos dicen que la técnica es neutra, pero, a decir verdad, siempre es buena, buena tanto para el mal como para el bien. Tú eres puro. En cuanto a las aplicaciones de tu ciencia, ello conculerme a los que se valen de ella. ¡Atentaráis contra su libertad de usar de ella bien o mal! ¡Acaso eres el guardián de tu hermano? Tú estás por encima de la refriega, por encima del juicio. Tienes, como los dioses, la vida y la muerte en la mano."

Como quiera que sea, este ángel de pureza necesita mucho dinero. Los aparatos, las instalaciones, las bibliotecas, son juegos costosos. Primero se produce la aproximación entre aquel alto desinterés y los intereses bastardos y, por último, se consuma una fusión indisoluble entre ellos.

En una palabra, el Gobierno y las Grandes Firmas comparan a la prostituta.

Pero el sabio no ha de vérselas únicamente con su problema, con su rompecabezas, con su solitario. Existen también los otros jugadores, los queridos cofrades a quienes es preciso tomar la delantera.

¡Todos los golpes bajos son buenos, todas las zancadillas, con tal de llegar antes a la meta!

¿Adónde?

¡Más lejos!

Pero, ¿y la meta?

¡Más lejos aún!

¿Y la meta final?

¡Más lejos que el vecino!

¡Acaece así que se llega más lejos de lo que uno desearía, pues no hay meta, no hay llegada.

Pero hay un fin: la caída.

La competencia científica comienza a convertirse en un deporte internacional. Convócase en el circo del orbe terrestre a un público delirante para asistir a los concursos de los petardos-de-Plutón¹ o de los cohetes-contra-el-cielo. Y con la boca abierta, los ojos agrandados, las gentes admiran los sputniks y los luniks y nada ven.

Resulta cómica la rabia y la desesperación de quienes no pudieron escupir los primeros su boita a la luna, tanto como la gloria de quienes dicen haberlo logrado.

El que ríe último ríe mejor. ¡Estáis en la luna, buenas gentes! Pero no sabéis de qué se trata. ¡Sin embargo, ya veremos qué ocurre cuando llegue la hora de jugar el todo por el todo.

¡Inecesario es decir que estas observaciones y otras sobre la "ciencia" no se refieren a las ciencias humanas, que no admiten otra aplicación que no sea filosófica o moral, como la historia, la arqueología, la filología, el estudio de los textos antiguos, de las religiones, de las artes, de las costumbres...

Por lo demás, todas las ciencias (comenzando por las médicas) presentan un lado por el cual siguen siendo puras. Entre los sabios, algunos se abstuvieron de aplicarlas y el doctor Fausto no siempre firma el pacto explícitamente. Algunos son antes víctimas engañadas por el Demonio que mercenarios y secuaces de éste.

Sirva de testigo el pobre Einstein, hombre humilde, candoroso y dulce que reconoce, el último día de su vida, el fruto de su árbol y lanza un grito de espanto ante el abismo, advertencia suprema a quienes condujo al borde del precipicio. Dieciocho sabios alemanes se negaron a vender el mundo a la Muerte. Otros vacilaron y a veces se resistieron y protestaron.

La traición contra el espíritu en la cual la mayor parte están complicados no les es, por lo demás, imputable personalmente: es el pecado de todo nuestro mundo.

¹ Bombas de plutonio. Plutón es el dios del Infierno.

18. DEL ENVILECIMIENTO DEL TRABAJO

Uno de los estragos más funestos causado por los desbordamientos de la técnica es sin duda el envilecimiento del trabajo humano.

Nunca como en este siglo se habló tanto de la nobleza del trabajo, nunca como ahora se instituyeron Fiestas del Trabajo... y se ha llegado hasta a hacer una Revolución Mundial en nombre de los Derechos del Trabajo... En el ardor del juego de mananza política y en la charanga verbal que lo acompaña apenas se advirtió que los más nobles oficios desaparecieron y, ante todo, la Regia Arquitectura y hasta la alfarería, de prehistórica antigüedad, con sus secretos, su ciencia completa y su artesanía. La obra manual ha sido desnaturalizada, fragmentada, vaciada de sentido. Semejante procedimiento de descomposición y, a la larga, de eliminación del trabajo del hombre, se realiza por medio de la máquina y se llama Industria.

19. DE LA INDUSTRIA MECANIZADA, OTRO GRAN JUEGO

Y aquí hallamos una última especie de falso oficio.

El Industrial no merece en modo alguno el título de Patrono, que significa Padre de Familia, Maestro de Taller avezado en la práctica de su arte. Es un jugador, como el Comerciante.

Es un juego organizado y un juego de azar que exige tipos militarmente disciplinados y jefes audaces y avisados. Preciso es contar con los competidores, con las fluctuaciones del mercado, del crédito, de la moneda, con el régimen aduanero y el fisco, con las empresas coloniales, con los últimos inventos científicos, con la política exterior de las naciones. Entre tantos factores de convergadura mundial, la tarea de los brazos ocupa el lugar más modesto. No es más que una mercancía entre los otros elementos de la producción, y una de las menos costosas cuando la oferta abunda gracias a la presión de la necesidad.

Pero de todos modos, es un "pasivo" que conviene "reducir", sobre todo después que otros jugadores, los Revolucionarios de Profesión, han hecho del descontento popular una fuerza capaz de llevarlos al poder trastornando los negocios.

Los jefes de empresa responden a los obreros, que amenazan suspender el trabajo para obtener salarios suficientes, comprando una máquina que los reemplaza por centenares. Cuando se dice que la máquina que se inventó para ahorrar esfuerzos al hombre, se habla con superior candidez; la verdad es que se la inventó para servir a los detentadores del capital y ahorrarles la paga de sus hombres.

La desocupación no es, pues, un efecto accidental de la introducción de la máquina en las fábricas sino que es el fin perseguido por el Industrial.

Los protectores del obrero podrán degañarse para obtener buenos salarios pero no pueden forzar a la industria a tomar obreros inútiles. Semejantes reivindicaciones de igualdad vienen a lograr, en fin de cuentas, que la condición de asalariado se transforme en privilegio, al paso que se forma un subproletariado de obreros sin trabajo.

El trabajo que no puede suprimir la máquina, lo domina con toda su quisquillosa potencia, lo degrada y lo encadena. El hombre se ve reducido a servir a las máquinas, a convertirse en una máquina. Su trabajo deja de ser consador para ser agotador, enloquecedor por la repetición, abrumador por la monotonía. El trabajo va exigiendo al hombre cada vez menos fuerza, cada vez menos habilidad e inteligencia, y así el hombre que le consagra todos los días de su vida va siendo cada vez menos fuerte, cada vez menos hábil, cada vez menos inteligente y, sin embargo, cada vez tiene menos conciencia de su decadencia. Condenado a la desocupación, el obrero especializado, es decir, formado, no es sino una pieza desechada que se arroja como un desecho. Para impedirle alterar el orden público, el Gobierno se ve obligado a mantenerlo, y, para ello, a redoblar los impuestos y a causar ruinas que aumentan el número de mantenidos.

20. EL ENVILECIMIENTO POR EL CONTROL

Algunos piensan que mediante un control severo y completo, cabe coordinar la economía, suprimir los abusos. En realidad, el Régimen Liberal sólo muriendo puede curar de su fiebre. Púese aplastar al activo, inventivo, astuto Comerciante bajo el pie del Funcionario inerte, inepto y preocupado por conservar su puesto; cabe preferir al parasito saltarín, del tipo de la pulga, el parasito plantado en la misma piel, de la especie de la garrapata. Es entonces cuando el permiso, la patente, el certificado, la papeteleta, la ficha, el sello, la visa, la montaña de papeles obstruye todos los caminos y tapa el horizonte. Es entonces cuando los buques se amontonan en los puertos, cuando las mercaderías se pudren en las estaciones ferroviarias, cuando el asistado público reemplaza y supera todos los excesos anteriores del beneficio personal y cuando la incuria de las oficinas sobrepasa la injusticia de los tiranos.

21. EL ENVILECIMIENTO POR LOS OCIOS

A pesar de las lecciones de la experiencia, otros continúan pensando que basta con dejar pasar y dejar hacer para que todo se ordene y arregle por sí mismo. Desde hace un siglo, las crisis siguen creciendo, pero dicen que son "crisis de crecimiento". ¡Al fin, lo que se llama *sobreproducción* se convertirá en *abundancia* o *bajos precios*, para satisfacción de todos; lo que se llama *desocupación*, extendiéndose a todos, se convertirá en *ocio* y será algo *agradable*! Nuestra civilización de jugadores descabellados y de trabajadores empuñados se dió a soñar en un paraíso artificial y mecanizado donde todo el mundo se verá libre de trabajar, donde las máquinas trabajarán por nosotros, donde sólo habrá que regular la distribución de los bienes y la organización de los ocios.

La cosa no es tan nueva como se cree. La decadencia romana ofrecía este espectáculo: todo un pueblo se arrastraba y botezaba bajo los porticos reclamando "Panem et Circenses", que, traducido, significa: *Derecho de huelga y Ocios Organizados*.

¿Qué puede aportar el reemplazo definitivo del Trabajo por el Juego? ¿Por los ocios, ya sean "organizados" o "educativos" y, por añadidura, obligatorios? Poseemos bastantes datos sobre la naturaleza del Juego para preverlo.

Si los ocios perpetuos aseguran a la clase ociosa de toda sociedad una degeneración rápida, la molice, la vanidad, el libertinaje ¿qué puede esperarse para el pueblo entero si no una decadencia sin fondo?

Decir que "se libera al hombre del trabajo" equivale a decir que se lo libera de su liberación.

Pero no nos alarmemos más de la cuenta frente a un estado que probablemente jamás existirá o que jamás podrá perdurar. Pues no es posible que el pueblo, introducido así en el Paraíso del Juego, no halle más divertido prenderle fuego.

22. DE LA GRAN CÓLERA

Hoy amenaza la gran cólera del pueblo laborioso con poner fin al juego. De ese pueblo que ya no es pueblo sino masa y cuyo trabajo no es ya un trabajo humano sino una tarea deformada, prostituida por la máquina, y cuya vida es comprada por hora y por día. Y así como en el trabajo ese pueblo depende del que dirige el trabajo, en la rebelión dependerá del que dirige la rebelión.

Sí, le llegará el turno de jugar a los trabajadores —a esos

trabajadores maquinales—, de jugar con la ametralladora y la granaca. Y sus comisarios se instalarán en los palacios de los Emperadores. Pero los juegos demasiado buenos no duran mucho.

Los trabajadores deberán regresar al trabajo, una mañana, bajo la mirada de sus nuevos amos. Los amos poseerán todas las tierras, todo el dinero, todas las máquinas, todas las armas, el ejército, la policía, la prensa, los transportes, la armada y el partido, así como el derecho de vida y de muerte sobre cada uno de ellos.

Los jugadores mediocres habrían desaparecido; el irritante espectáculo de su chillona, jactanciosa prosperidad habrá cesado. Pero la victoria sobre ellos será acaso tan vana como vanos ellos eran. Pues los trabajadores, dedicados como antes a tareas ingratas y oscuras, recibirán, como antes, sólo una mínima parte de los bienes producidos por ellos: serán más que nunca *tasables*, *movilizables* y *deportables* a voluntad; como siempre, estarán prontos a mantener a sus opresores y a exaltarlos.

Los amos guardarán la apariencia sobria y laboriosa necesaria para ocultar su juego. Su juego, que es el mismo de sus predecesores imperiales: la Conquista.

Los trabajadores olvidarán su servidumbre y su miseria pues se interesarán en gran medida en el juego de sus Amos, que consistirá en librar una guerra de conquista contra todos los pueblos de la tierra. Guerra que se llamará: Liberación de todos los Trabajadores del Mundo.

23. EL JUEGO DEL DIABLO

He hablado de juego y no de fulleros, he hablado de soldados y no de bandidos, he hablado de comerciantes y no de ladrones; no he hablado de monederos falsos sino de industriales; he hablado de hombres políticos y no de depósitos.

Las grandes males que acabo de describir no son obra de los malvados sino de hombres honrados que viven conforme a las leyes.

Son ellos y sus leyes quienes hacen el juego del Príncipe de este Mundo.

24. DEL JUEGO, DEL MAL Y DE LA NADA

El estudio del juego no es un juego. Es un grave trabajo de conciencia, de graves consecuencias.

El juego es un engaño consciente y una vanidad voluntaria. Pero, ¿es acaso posible continuar engañándose cuando uno sabe que se engaña?

—Por los mil giros del juego —responde el Espíritu del Juego— logro crear esa cosa imposible.

—¿Y por qué?

—¡Porque ello me agrada y porque me burlo de los Porqués! De este modo el Juego se sitúa en el límite entre la Inocencia y el Pecado.

Su inocencia consiste en su ignorancia del Bien y del Mal y en su incapacidad para uno y otro, derivadas de su falta de asentamiento en lo real; su inocencia no es más que una suspensión en el vacío, una distracción.

Pero la Distracción constituye la inversión del Espíritu, arrancado a la Verdad y vuelto hacia el Placer.

Sería pues el colmo del Pecado, el pecado-contra-el-espíritu, para el cual no hay remisión. Pero el peso de semejante condena no puede recaer sobre algo falto de realidad.

La falta moral se anula porque el juego no es nada.

Pero aun esa nada, la Nada, es el Pecado en su pureza.

Pues en el juego el espíritu se aparta deliberadamente de lo verdadero para consagrarse a la ilusión, de la plenitud para regocijarse en la vanidad, de Dios para darse con corazón alegre a la nada.

Y tal es el "Pecado": más allá del bien y del mal, en la fuera del bien y del Mal, en el origen de su perpetua oposición, de nuestra caída y de nuestras luchas, sí, tal es el Pecado.

La moral se equivocaría si juzgara mal el juego, pues el juego no merece juicio alguno. No es un acto sino una vacantea entre dos actos, el suspiro de un momento perdido, un poco de espuma, una pompa de jabón... Nada más justo que se pague un buen precio por una buena comida, pero no por el olor que sale por el respiradero de la cocina, por más apetitoso que sea. Y ante ningún tribunal humano o divino habré de responder del sueño de la noche pasada, por malo que sea.

Nadie puede recusar aquí la coartada de la nada.

Pero, ¿cómo se llama la nada cuando devora al ser?

Se llama el Mal.

Y la más grave consecuencia que quepa sacar del estudio del juego consiste en comprobar que, si bien el juego trastruce a placer las imágenes del mundo y las manipula sin preocuparse por la verdad, este mundo a su vez (no la creación de Dios sino la Babel de los hombres), este "mundo" imita las apariencias del juego y se libra a las mismas inversiones y manipulaciones con los mismos fines de excitación, de capricho y de placer, y es así como se precipita hacia la nada.

Es así como las fiestas y glorias de este mundo revisten tan fácilmente la imagen de la Danza Macabra, que es la ilustración más adecuada al título del presente libro.

25. NOTA COMPLEMENTARIA SOBRE EL TRABAJO

Por obra del trabajo, la enfermedad nativa del hombre se transforma en su fuerza. La enfermedad del hombre consiste en su incapacidad para hallar en la tierra su subsistencia; a diferencia de los otros animales, debe procurar a ella por su trabajo. Y su doble enfermedad consiste en que no puede bastarse a sí mismo pues sus necesidades exceden su industria. Debe, pues, unirse a otros para trabajar y de esta unión procede su fuerza, proceden todos sus bienes, de los cuales el mejor es la propia unión.

El hombre conoce dos otros móviles de la unión: la necesidad de defenderse y la atracción del amor. Pero si la defensa sella la unión de un grupo humano, lo hace contra otros grupos y es una unión sustentada en un odio común y que separa y desgarró por lo menos tanto como uno. La atracción del Amor se funda en el lado másorable del hombre —el sentimiento— y en cualquier momento puede convertirse en su contrario. Por naturaleza, el amor sólo es capaz de irradiación sobre un campo limitado, como el de la familia o un círculo de íntimos; y hasta sólo en raras ocasiones llena de modo constante y satisfactorio límites tan estrechos.

Pero el trabajo es una razón de unión y una unión aconsejada por la razón. No se opone a otras formas de unión sino que las corrobora pues justifica la defensa y fortalece el amor y lo entiende.

A menudo se oye decir que el trabajo ennoblece al hombre, frase que se asemeja a esta otra: la virtud siempre es recompensada. Simplicidades pedantes si se pretende expresar con ellas hechos, pero tocas populares de las exigencias de la justicia.

En realidad, es noble quien ordena, y quien ordena ante todo que lo sirvan; noble es aquel a quien todo el mundo sirve y no sirve a nadie, si bien no quepa decir que no sirve para nada.

El trabajo es en todas las sociedades lo propio de las clases viles y serviles.

Así fue desde el comienzo. Dios dijo al culpable Adán: "Comerás tu pan con el sudor de tu frente". Pero los hijos de Adán se echaron a reír a espaldas de Dios y pensaron: ¡entretendremos el modo de comer nuestro pan a costa del sudor de la frente de otros!

Considérese la Historia. ¿No se dice acaso que las personas felices no tienen historias? La Historia es pues la de nuestras desgracias; a decir verdad, constituye un largo catálogo de

asesinatos, opresiones y rebeliones. El descontento de Dios brama sobre la historia.

Y su Cólera parece dirigirse tanto a los que lo honran como a los que reniegan de él, pues derrama las calamidades sobre los buenos y sobre los malos.

Ello acaso se deba a que todos, buenos y malos, se burlan de su mandamiento menor.

El menor, pero el primero en el tiempo, el más antiguo: Trabajarás para comer.

¡Era tan menor, tan antiguo que los hombres lo olvidaron! Y el olvido es tan general que nadie advierte que lo ha olvidado, que nadie sabe que está en falta.

Es el mandamiento que fija la condición humana después del Pecado, es un castigo, sí, pero el castigo de un Padre bueno y amante, un instrumento de purificación e introducción al rescate.

¿Cómo—pregunta Tolstoi—observarás el más importante mandamiento, que es amar a Dios y amar al prójimo como a ti mismo, si no observaste el mandamiento menor?

Amar al prójimo consiste en dar de comer a los que tienen hambre y en vestir a los que están desnudos.

Es lo que yo hago—dirá el rico—con mis limosnas, así como con mis compras y con los salarios que aseguro a los trabajadores...

Pero no sólo no alimentas ni vistes a nadie sino que eriges que te mantengan sin hacer nada. Pues es el trabajo del prójimo el que te alimenta y te viste. Pagas a los trabajadores para obtener un beneficio del trabajo o de los productos del trabajo, pero ¿de dónde sacas tú el dinero con que les pagas si no de ellos mismos y de su trabajo?

Para trabajar hay que ser fuerte e inteligente. Pero consíderese la Historia y recomócese:

que es la historia de los hombres fuertes e inteligentes que han hallado el modo de no trabajar,

un modo de forzar o de inducir a otro a trabajar para ellos. Enriquecerse y adueñarse del poder, apoderarse del fruto del trabajo sin trabajar, sojuzgar y poseer a los hombres que mediante su esfuerzo les aseguran ocios y abundancias, ¡tal es el negocio de los hombres inteligentes y fuertes! Y he ahí toda la Historia.

Pero, me dirán ustedes, el enriquecerse y el adueñarse del poder no son cosas que se logren sin grandes afanes. Muchos son los que tratan de conseguirlas pero raras las que las obtienen, y éstos deben deslomarse para ello. Es cierto. Pero esto no prueba que trabajen. Hay otras actividades distintas del trabajo: el juego, por ejemplo, o el combate, actividades decapitadas, febriles, exasperadas, que no son trabajos y que

hasta son lo contrario del trabajo. Ahora bien, el enriquecerse y el dominar son tareas que participan del juego y del combate. El comercio, las empresas industriales, la especulación y las finanzas, las intrigas y la publicidad, la política y la diplomacia, la guerra, las conspiraciones, que son los caminos ordinarios por donde se llega a la fortuna y a los honores, son competencias y juegos pero no trabajos. La extinción de las pasiones, el enriquecimiento, el orgullo furioso, las inquietudes, las ruinas, los desastres, son el producto normal de esta suerte de trabajos al revés, según hemos mostrado a lo largo de estas páginas.

Pero, como ninguno de los que se entregan a semejantes ritualidades feroces y funestas produce los bienes que dilapidan tan gloriosamente, es menester que la carga de producirlos recaiga dos veces, diez veces, cien veces agravada, en los hombros del trabajador, quien trabaja para sí mismo y para todos aquellos que no trabajan, quien trabaja para satisfacer las necesidades, sí, pero también las exigencias desordenadas del juego. Ahora bien, el trabajador es el más desarmado de los hombres, el más desheredado, el más desgraciado, el menos hábil y, de no ser por ello, habría hallado el medio de pasarse del lado de los jugadores y habría comprendido cuán fácil es ganar millones, cuando por un salario mínimo debe reventar de fatiga. He aquí como aquel a quien todos deben el pan y la vida permanece en la oscuridad del desprecio y se desloma en medio de una indecible penuria. Y la civilización que se apoya en él lo hundirá tanto más abajo cuanto ella sea más grande y fastuosa. Considerad al trabajador agobiado y pensad en los rachinos humanos que cuelgan de sus miembros, en la pirámide alzada sobre su espinaza; pues trabaja para el mercader, para el soldado, para el cogitinto, para el banquero, para el que escribe discursos y para la que vende su cuerpo, para el que digiere pequeños francos y suelta insulseros en los salones, para el ratero y para el ministro, para la balcerina y para el presidente; lleva sobre sí castillos, hoteles, casinos, lacayos, espías y oficiales, coches, trenes y cañones...

Como la ascensión social se opera sin escuelas, los que se desprenden de la mano y se elevan se ven forzados a subirse a los hombros y a la cabeza de aquéllos a quienes hunden. De esta suerte se forma el infierno del trabajo manual, por obra de la dureza de los hombres y no de la Justicia divina.

Y no es sólo el peso de las tareas más agobiadoras, más sucias, más degradantes, aquellas que todos se niegan a recibir, a menos de verse obligados a ello, no es sólo ese peso lo que aplasta a los "inferiores", sino también la vergüenza de

verse vencidos y pisoteados así como la sed de venganza que los ahoga.

La violencia que procede del odio, de la cólera o de los demás instintos malos, es accidental y superficial; sus estragos son limitados y cabe juzgarla o reprimirla. Pero la injusticia es la causa permanentemente de la violencia. Será una fuente permanente de revoluciones, pero la justicia no nacerá de la violencia y, si el pueblo laborioso espera liberarse abatiendo al Noble, al Rico y a sus servidores, es víctima de un espejismo pues en su lugar surgirá el Político, el Político, el Técnico, quienes jugarán un juego más estrecho y pesarán sobre él con una bota tan dura que pronto echará de menos el escarpión de baile de sus antiguos amos.

Si de la negativa a trabajar deriva todo el desorden social, la Revolución No Violenta ha de tomar el camino inverso y afirmar la aceptación voluntaria y deliberada del trabajo como una obligación de justicia. Los primeros en dar este paso han de ser los beneficiarios del sistema vigente. ¿Es acaso difícil decirse: no quiero disfrutar de lo que cuesta a otros tanto sudor y sangre? Muy pronto, cuando uno está convencido de que el beneficio que obtiene es indebido, siente repugnancia hacia él.

Tal es lo que le ocurrió a Tolstói en la cumbre de la celebridad, y a Gandhi, hijo de ministro y abogado próspero; lo mismo aconteció a los centenares de discípulos de ambos. No se puede decir que haya en esto un gran mérito pues apenas se trata de renuncia. Renunciamos a un bien o a un derecho. Pero rechazamos lo que es injusto y vano. A diferencia de los franciscanos, que iban en busca de la pobreza mendicante, nosotros los gandhianos adoptamos la pobreza laboriosa (pues otra es nuestra misión) por las razones que enuncié. Y allí encontramos, como ellos, con el mismo asombro, "el perfecto regocijo".

Pues lo que habíamos aceptado como una carga ruda y neceria se nos aparece ahora como un tesoro y como un don de Dios.

Todos los trabajos, y especialmente los trabajos burdos repugnantes, estúpidos, constituyen para nosotros un poderoso alimento espiritual. Nada más fácil que llevarlos a cabo orando, meditando o cantando, que imprimirlas un ritmo y hallarles una significación. Nos llevan a dominar nuestro cuerpo al mismo tiempo que nos dispensan salud y alegría. Ponen una tapadera a las pasiones desordenadas, una mordaza a las charlatanerías de la imaginación. Encontramos en ellos un acuerdo con nuestros compañeros, la fuerza de querer y la paz del corazón.

Sin embargo, el Reino y el jardín no están ni "en la tierra" ni "en el cielo" sino que están "en nuestro corazón". De esta

suerte, el Trabajo Primero consiste en trabajar sobre sí mismo, cultivo y culto de lo Único Necesario.

Y desarrollo arduo de ese grama que es el Gusto de Ganar, y así como de la cizaña, siempre abundante y a veces agradablemente florecida, de la Distracción.

Razón de la guerra desde la época de las cavernas: eludir el Trabajo. Según este principio de la Ciencia del Bien y del Mal, le resulta menos ventajoso al hombre extraer su subsistencia de la tierra por medio de una herramienta que de otro hombre, con ayuda de un arma.

Derre el pillaje, cosechar de pronto el fruto del trabajo de todo un pueblo durante varios siglos, sí, pero la parte mayor del botín consiste en apoderarse del hombre. Todo es entonces ganancia; se lo encadena al trabajo a él y a su descendencia. Para nosotros, los vencedores, serán los frutos, para nosotros las orgías y los juegos, y entre otros fuegos el de correr y subyugar a otros gentes.

Y he ahí la esclavitud. El único fin, la única ganancia del trabajo del esclavo, consiste en trabajar lo menos posible y en evitar los golpes, el pago que para el conquistador la obediencia militar constituye otra esclavitud y un trabajo forzado hasta la muerte.

De este modo, el trabajo concluido lleva al esclavo a doblar el espinazo y arrastrarse hasta la hora de la rebelión y del desquite, y la guerra nace así de la servidumbre nacida de la guerra.

Otro proveedor de esclavos es el temor de la guerra, y así se ve al final de la Antigüedad a hombres libres "ponerse a disposición de hombres del arma, del señor, para obtener su protección. Y éste, grande y generoso, se la concede, poniéndolos a trabajar en sus tierras. Y he ahí la servidumbre."

Otra proveedora de esclavos es la miseria. Y he ahí al proletariado o servidumbre democrática.

Otros proveedores son el temor del trabajo duro y del aislamiento egresivo, así como el temor de las incertidumbres de la independencia. Y al final de los tiempos modernos véase a ricos y pobres que acuden en gran número a ponerse a disposición del Gobierno, a quien sirven para que éste los proteja.

El cuidado de eludir el trabajo y de que su carga abrumara los hombros del prójimo está en el principio de un sinnúmero de trabajos, agravados por una lucha sin fin. El fin no consiste en satisfacer una necesidad sino en sobrepujar al rival. El ganador de la carrera se hará acreedor al título de poseedor. Para él serán las buenas cosas de la vida mientras pone a trabajar a los desposeídos.

Luego, un día los trabajadores declaran la guerra a los poseedores, y los esfuerzos que realizan por rechazar su servidumbre tienen por efecto el refuerzo del Poder y una servidumbre más rigurosa.

En fin, el horror y el desprecio por el trabajo hallan su expresión más elaborada en la invención mecánica, medio irresistible de subyugar al trabajador, de eliminar al artesano libre aplastándolo, de eliminar y reemplazar al obrero rebelde, de devorar al sumiso y luego arrojarlo como un desecho. La Ciencia-del-Bien-y-del-Mal enseña al hombre a liberarse de su trabajo por medio de la máquina, y de la vida por el encadenamiento a la máquina.

POSESIÓN Y POSEIDOS

3

Cuatro son las necesidades elementales del hombre: el pan, el vestido, el techo y la herramienta.

Liberarse de ellas consiste ante todo en reducir las cuanto sea dable y luego en proveer a ellas por el medio más simple, que es el trabajo de las manos.

Dios y la naturaleza pusieron entre lo que la boca pide y lo que la mano sabe hacer una relación tan bien medida que los ajustes más sagaces y más difíciles no pueden reconstituirla una vez que ha sido quebrada.

Allí donde los brazos de un hombre solo no bastan, impónese la feliz y dulce necesidad de agruparse y de compartir la faena según las fuerzas y los talentos de cada cual, y el fruto según las necesidades.

Nada más vano que nos pasemos aun mil años devanándonos los sesos para hallar una solución, rompiéndonos mutuamente la cabeza para ensayar otras combinaciones, pues no las hay.

Pero los malevolos muchachos aparentan buscarlas, trabajar, reflexionar, pero la verdad es que continúan jugando.

1. COMO EL CONOCIMIENTO DEL BIEN Y DEL MAL EN- GENDRA LA POSESION

Aquí comienza un nuevo capítulo, aquí la materia se eleva un peidazo. Pues hasta ahora hemos permanecido a ras de tierra, considerando el Bien y el Mal sólo en su acepción corporal, como Placer y como Dolor. Pero ahora, alzados al plano de lo artificial, volveremos a hallarlos bajo formas ficticias que se prestan a nuevas combinaciones, más avanzadas en el orden de la Caida.

Si el Conocimiento-del-Bien adquirido en el Pecado, induce al hombre a la busca sistemática del Placer, para llegar a los apuros, fricciones, frustraciones y peligros que se van multiplicando incesantemente, el Conocimiento-del-Mal, por otra parte (que consiste en el temor de todas las pérdidas y privaciones posibles), nos rodea de una obra de defensa donde quedamos aprisionados.

El Temor-de-la-Carencia es, desde luego, un producto del intelecto. No podría provenir de los sentidos puesto que su objeto es una falta, pero una falta que no se siente sino que se concibe como posible. Proviene pues del mal de "conocer". Y cuanto cuanto es humano con una defensa que se llama Posesión.

El poseer no es un dato natural sino un hecho social y racional.

La posesión de un bien no atañe sólo al poseedor y al objeto poseído, sino también a la totalidad de no poseedores que deben reconocer que están excluidos de aquella posesión. Ahora bien, si es un hecho social, es preciso señalar ante todo su carácter negativo y separador. Pues la posesión erizó a la tierra de barreras y muros, alzó entre los hombres obstáculos de todas clases, visibles e invisibles.

Si es un producto de la razón, menester es asombrarse de la irregularidad de su florecimiento; y allí donde abunda se la llama *Fortuna*, que significa *Suerte: lo contrario de Razón*.

Es el fruto mordido del Conocimiento. Nos acostumbramos ya a ver invertidas las promesas de la Serpiente a medida que se van realizando.

2. CÓMO LA POSESIÓN ENGENDRA LA MISERIA

Por ser un producto de la razón, la posesión se plantea con un valor general, pero como aquella razón sucede a la Caída, la Posesión generaliza su contrario: la Miseria.

La Miseria y la Opulencia son el reverso y el anverso de la misma moneda.

En realidad, poseer quiere decir excluir o no quiere decir nada en modo alguno.

Y ningún tratado de Economía o de Filosofía explica y demuestra mejor la naturaleza de la Posesión que una tabla clavada a un poste donde se leen estas simples palabras: *Propiedad Privada. Prohibida la entrada.*

Aun cuando la naturaleza proveyera a todas las necesidades de todos, el temor-de-la-carencia, que es vago y sin límites y que mueve a cada cual a una acumulación limitada de bienes, acabaría siempre por instaurar la carencia y justificar el temor, por un círculo vicioso.

Por un giro de nuestro Conocimiento-del-Bien-y-del-Mal, la excesiva prudencia crea el peligro, y la excesiva avidez, la penuria.

Basta con que algunos quieran poseer para que todos se vean forzados a ganar para no morir. De esta suerte el abuso hace del abuso una necesidad y un derecho.

Pero la carencia que la riqueza crea en torno suyo resulta necesaria para su mantenimiento. Es evidente que el valor de la moneda que tengo en mi bolsillo depende enteramente de su falta en el bolsillo de otro. Si a nadie le faltara, nadie ansiaría tenerla y para nada serviría.

Ahora bien, el hombre que es rico en medio de un pueblo de pobres se halla entonces considerablemente más rico que si lo rodearan vecinos ricos, dispone de más medios de enriquecimiento.

Posee asimismo una conciencia más clara y un goce más pleno de sus posesiones.

El goce de un bien es un hecho lindamente natural; pero el goce de una riqueza es, para hablar con propiedad, un conocimiento-del-bien-y-del-mal y del bien por el mal, un goce realzado por el cálculo y redoblado por el contraste. El goce específico de la riqueza consiste en gozar de gozar de aquello que otro no puede gozar.

Por lo demás, no es absolutamente necesario gozar de lo que se tiene para regocijarse con la consideración de que los otros no lo tienen. Esta satisfacción puramente especulativa, tan falsa como negativa, se denomina orgullo. Y el orgullo es el color de la riqueza, así como el amarillo es el color del oro.

3. POR QUÉ UN BIEN SE LLAMA UN BIEN

Un bien es un objeto poseído que proporciona motivo de goce. Un goce pasado no es ya nada. Pero el objeto que la razón reconoció por un bien conserva su nombre para siempre. El bien adquiere desde entonces una consistencia objetiva que todos pueden comprobar y en la cual todos deben consentir. Hasta se mide con exactitud la cantidad de bien condensado en dicho objeto. Tal medida se llama valor. Sólo a la razón humana le ha sido dado elevarse a los juicios de valor.

En realidad, ningún animal se muestra capaz de conceder tanto interés al deseo de un objeto futuro o sólo probable, o, en fin, posible o aun improbable, tanto interés, si no más, que a lo que satisface su necesidad presente. Ningún animal sabría conservar un objeto que le ha servido pero ya no le sirve, ningún animal es capaz de apreciar un objeto por el solo motivo de que es difícil que otro lo posea, ni extraer placer de un objeto por la sencilla razón de que tal objeto agrada a otros que no lo poseerán.

Pues es preciso un alto grado de Conocimiento para llegar a tanto refinamiento en la absurdidad.

Sin embargo, la razón considera necesaria la propiedad y buena la riqueza; y la moral la respeta y la aprueba.

4. DE LA MALIGNIDAD DE LA RIQUEZA

Al parecer, la posesión favorece el amor y hasta constituye, según la opinión común, el fundamento indispensable de los hogares. Si el rico se rodea de altas murallas y de guardianes vigilantes, lo hace para abrir, un día de fiesta, las puertas a la esposa, al amigo predilecto, al huésped que trae un mensaje de un pariente que se halla en un lugar distante, y aun la puerta de la antecocina al pobre que llega de parte del Buen Dios...

Para hablar con franqueza, la riqueza es una ofensa directa a la humanidad sufriende, a la que rechaza en bloque.

Aleja del rico hasta la visión de los males cuya riqueza es en parte la causa y le impide así socorrerlos, aun cuando su naturaleza lo incline a la piedad.

Reduce su amor al capricho de las preferencias. Le hace saborear los homenajes y los agradecimientos y así su beneficencia no hace más que añadir un elemento decorativo al colmo de su amor propio.

Nadie puede amar al prójimo si antes no se ha hecho pobre, pues sólo a este precio puede encontrar al prójimo cara a

cara y conocerlo en la experiencia de su necesidad. Pero, ¿cómo amar a quien se ignora?
La riqueza es la ignorancia concertada del prójimo.

* * *

Se me preguntará: "Si es preciso ser pobre para amar al prójimo, ¿qué podremos darle entonces? ¿No sería vacía la caridad?"

Todos aquellos que se hicieron "pobres por el espíritu" pueden responder: ellos mismos encontraron qué es preciso hacer para ayudar, sostener, calentar, alimentar, cuidar, iluminar, salvar, pues la caridad procede del corazón y no de la bolsa. Sería un criminal quien, viendo desde el puente del buque a un hombre que se ahoga, se contentara con apartar la mirada. Pues bien, todos los ricos hacen eso, por lo menos los que no echan a los náuticos al fondo con golpes de remo.

El que este espectáculo que por doquiera se ofrece a las miradas sea tan poco notado constituye uno de los más asombrosos y significativos defectos de aquel "conocimiento" con que la fascinadora Serpiente gratificó a la especie humana.

5. DE LA DESGRACIA DE LOS RICOS

Tienen ojos para no ver y su inteligencia está oscurecida por la dureza del corazón.

Encuntre a un desdichado que se deslomaba ganando dinero. —Pero, ¿por qué, dígame, por qué, si ni siquiera tiene tiempo para gastarlo ni disfrutar de él?

—Tengo un hijo —me explicó—. Por él me sacrifico.

El año siguiente fuí a presentarle mis condolencias, pues había muerto su hijo.

No lloraba, ni siquiera pensaba ya en ello, no tenía tiempo de pensar en nada; acababa de doblar su capital.

* * *

¿Han observado cómo se afanan los insectos en torno de su larva?

¿Con qué impecable labor de artistas, con qué infatigable solicitud maternal?

Por medio de una pinza retiran ustedes el huevo ante sus ojos y pongan en su lugar una piedrita.

Los insectos arrullarán la piedrita, la fajarán para el invierno, le prepararán buenas comidas para cuando despierte. ¡Ni más ni menos que como los hombres!

Tienen ojos para no ver.

* * *

¿Por qué se priva aquél otro, aquel Rico, el más temible de todos, aquel Rico flaco, devastador como la muerte?

Para apilar monedas, para amontonar billetes, para agregar ceros al total de sus columnas.

Si arranca dinero a todo el mundo, no lo hace tanto por amor al dinero (con el que nada hace) como por odio a los hombres. Expresa su odio tomando, así como otro expresa su amor dando.

Por lo demás, se oía a sí mismo, como a los otros. Se oprimió con la misma inhumana asperidad, ejecutando así el castigo de su crimen, que viene a resultar otro crimen.

Sonríe ante su riqueza, que es el alimento de su odio. Cada moneda que detema es una alegría retirada a algúen. Su tesoro le hace tocar con el dedo su poder, que consiste en impedir, en desviar en su favor.

Pero desprecia demasiado a los otros para jactarse ante ellos de la magnitud de sus ventajás, desconfía demasiado para exponerse a su envidia.

Ocultá pues bajo tierra su tesoro y se entierra con él.

* * *

Colocóse en la tumba del rey su diamante más hermoso.

¿Quién posee ahora la joya?

* * *

—¡Eh, buen hombre! ¿Qué posees?

—Mucho dinero.

—¿Qué haces con él?

—Lo cuento y vuelvo a contarlo. Sé que tal cosa me hará bien. Entonces lo cuento y lo miro.

—¿Lo consideras muy útil?

—Sí, muy útil.

—¿Cuándo te sirve?

—Cuando lo gasto.

—Y cuando lo gastas, ¿lo posees?

* * *

Hay ricos pesados y ricos livianos.

Éste no era de ningún peso.

La riqueza permite a quienes la disfrutan proceder conforme a su capricho. Su capricho consistió en no hacer nada.

Para adquirir la riqueza sólo tuvo que nacer.

Su única ocupación consistió en gastar.

Supo evitar las fatigas y los afanes, absteniéndose de todo trabajo y de toda empresa.

Supo evitar los contagios de la tristeza, alejando de su vista a todos los desdichados.

Supo evitar las lágrimas y las preocupaciones, guardándose de amar.

Supo correr de placer en placer sin accidentes y casi sin interrupción.

Luego un día, inopinadamente, se mató.

Todos se asombraron. Se preguntaban: ¿Qué acontecimiento oculto podía haber causado aquella desesperación?

Pero todo fué en vano. Sus amigos sabían de sobra que estaba muerto desde hacía mucho tiempo, que erraba en el infierno poco profundo del tedio sin fin.

El tedio es el vacío que halla aquel que busca los placeres para perderse en ellos.

El corazón disipado por el placer se disuelve en la nada.

Cada distracción distrae una parcela del ser. El tedio es el mezzquino abismo de una vida sin sentido.

* * *

¿Y éste, el pobre Pobre?

Poseído por las riquezas que no posee.

Róido, devorado por una carencia que es un mal imaginario. Enfermo por la riqueza del prójimo:

Todo lo que sobra a los otros le hace vomitar.

No es que tenga hambre; no tiene apetito. No le procura gusto alguno lo que posee.

No sueña con robar, ¡porque es un hombre honrado! No acepta regalos, ¡pues es orgulloso!

Si se volviera rico de pronto, por un golpe de fortuna, no se sabe qué haría.

¡El mismo no sabría qué hacer ni qué decir.

¡Pero esas cosas ocurren siempre a otro!

Fija una mirada directa, profunda, ardiente, en la hermosa mujer que desciende de un coche.

Fija en aquella garganta, donde brilla un collar de perlas, su odio directo, profundo, ardiente.

* * *

De todos los magos, el Rico es el que concertó con el Diablo el pacto más ventajoso:

Compró al Diablo.

Se lo puso en su bolsa.

Tiene ahora en sus manos los signos, las fórmulas y palabras mágicas que hace afluir las buenas cosas, sonreír o morir a los hombres y suspirar a las mujeres.

Todo puede comprarlo: la tierra y los frutos de la tierra, los viajes y los cielos extranjeros, la aventura o el reposo, los honores y las condecoraciones, la importancia política, la música, los libros, los cuadros, las estatuas, los jardines, las fiestas, los

bailes y también a la ballarina, la salud con las drogas, la juventud y la belleza con los adornos y los aceites, el olvido con las bebidas alcohólicas, el amor con los obsequios, la buena reputación con las limosnas, la inmortalidad con una tumba y la felicidad vendiendo su alma.

* * *

Para comprar con qué comprar y vender, vendieron todo el tiempo de su vida y todos sus pensamientos, de modo tal que al fin ya no hay nadie que aproveche la transacción.

La felicidad de los Ricos consiste en poseer. ¡Por lo tanto, mal-dito sea el ser!

6. CÓMO LA POSESIÓN ENGENDRA LA GUERRA

El poseer consiste en asegurarse contra la necesidad y defenderse de toda causa de preocupación. Consiste en no necesitar de nadie y en defenderse de las ingerencias y exigencias del prójimo. Pero para que la propiedad nos defienda, hemos de defenderla y el defenderla equivale a librar la guerra.

De suerte que se posee para tener la paz, pero se libra la guerra porque se posee.

Casi siempre, y por no haber comprendido esta ineluctable conexión, los partidarios de la paz, cuyos sectas se multiplican hoy, se ven reducidos a la impotencia, a pesar de sus buenos deseos. Rechazan las armas y atacan el instrumento de la guerra: el ejército. Pero ignoran la causa de la guerra y nada emprenden contra ella.

No digo que la posesión sea la única causa de la guerra. No obstante, es la más importante y la mejor justificada (en la medida en que ella misma esté justificada).

Las razones y los furros que mezclan su ruido al estallido de las guerras pueden encubrir la verdad fundamental de que la guerra se debe al apego de los hombres a sus bienes, grandes o pequeños. Pero un caso simple nos pondrá ante la evidencia.

Imaginemos a un pionero que desmonta un terreno ganado al desierto o al bosque. Descapa, terraplana, irriega, rotura y siembra. Y he aquí que el día de la cosecha el campo es objeto del pillaje por una banda.

¿Qué hará este hombre el año siguiente? Aunque quisiera volver a comenzar, no podría hacerlo, pues debe subsistir. ¿Y quién impedirá a aquella banda que renueve todos los años los actos de pillaje? ¿Y aun llevarse junto con la cosecha a su mujer y sus hijos para convertirlos en esclavos?

Digo que se armará. O bien abandonará aquellos parajes peligrosos para ir a establecerse en el corazón del país habitado, lo

cual no es resolver en modo alguno la cuestión sino dejar a otros el cuidado de resolverla.

Pues si, en el corazón del país habitado, puede disfrutar en paz de sus bienes, ello se deberá a que un ejército impide la invasión del territorio y una guardia civil la incursión de los bandidos y la usurpación de los vecinos.

Si aquel hombre que disfruta de sus bienes se niega entonces a pagar los impuestos y a prestar los servicios que contribuyen a la defensa de la frontera, se hallará en medio de la paz como un gusano metido en el fruto ¹.

El que por razones de conciencia procede de este modo adopta una actitud de mártir, al paso que quienes lo rodean lo consideran traidor y cobarde. Practica la más elevada de todas las valentías, que consiste en pensar de modo contrario al de todo el mundo, en afrontar el desprecio con orgullo y el odio con calma. Las gentes que lo declaran loco no pueden responder a sus razones cuando él afirma que no cabe admitir dos justicias, una de palabra, que es universal e inmutable, y otra de hecho, que es local y cambiante, una para tiempos de paz y otra para tiempos de guerra, una para los amigos y otra para el extranjero, una para proclamar que matar es un crimen y otra para publicar que es una obligación y una gloria.

El hombre prudente que quiera juzgar en el debate sólo tiene que preguntarse:

Si el hombre que se niega a empuñar el fusil rechaza con la misma indignación toda herencia y todo título de propiedad así como toda protección del Estado sobre lo que le pertenece, puesto que está averiguado que, sin protección, no podría disponer pacíficamente ni un instante de ningún bien (ya sea su mujer, sus hijos, su libertad, o su propio cuerpo).

Si el hombre que muestra tanto horror por la guerra siente el mismo horror por lo que la vuelve inevitable,

Si rechaza toda injusticia, comenzando por aquellas de que él mismo se aprovecha, temeroso de proceder como el amigo que se niega a pagar la cuenta después de haber comido y de haber invitado a otros a comer,

Si quien se opone por razones de conciencia tiene conciencia de cuanto implica su negativa,

Entonces se resistirá tanto a la paz como a la guerra, reconociendo que se conviene en llamar guerra a la que estalla y paz a la guerra que se oculta.

Si deseas la paz, no prepares la guerra.

¹ El lector no ha de considerar esto como una justificación incondicionada de la "Guerra defensiva" ni como un ataque a quienes se oponen a la guerra por razones de conciencia sino que ha de corregir estas argumentaciones con las del último capítulo.

Si quieres la paz, no te niegues a empuñar las armas.

Si no quieres la guerra, restablece la paz.

Para ello hazte pobre.

7. DE LA POSESIÓN-PODER O SOBERANÍA A LA POSESIÓN, GOCE O PROPIEDAD

La plenitud de la posesión es la Soberanía.

El soberano posee tanta tierra y otros bienes como pueda conquistar y defender.

Aquí la posesión y el poder se confunden. Por lo demás es la misma palabra ¹.

Aquí el derecho y la fuerza se confunden.

Aquí la conexión entre posesión y guerra no puede escapar a nadie.

* * *

La Propiedad es una especie degradada de la posesión soberana: disminuida exactamente en la mitad.

El propietario conserva el derecho de ocupación y de goce, pero pierde el derecho de defensa a mano armada, que queda transferido a la colectividad y a sus jefes.

Esto es así para evitar la guerra de todos contra todos en todo instante; para reforzar la colectividad y crear zonas de paz relativa.

El derecho de defender por nosotros mismos nuestros bienes y aun nuestra persona está enteramente reemplazado hoy por el derecho de recurrir a la fuerza pública en caso de necesidad, de reclamar el arbitraje de los tribunales en las querrelas; por el voto, el impuesto y el servicio militar.

En verdad, es sorprendente que el servicio militar, que no es nada menos que la prueba de la servidumbre total y el aprendizaje de la muerte no sea considerado en parte alguna un duelo, una calamidad y un castigo sino que los hombres corran a alistarse lanzando gritos de alegría. Ello es que portar armas ha sido siempre un privilegio enviable antes que un deber y una carga penosa: una participación en la dignidad soberana.

* * *

El desposeer de sus armas a los poseedores no ha sido empresa fácil. Fueron necesarios siglos de esfuerzos y olas de sangre.

El régimen feudal marca la transición entre los derechos soberanos y la simple propiedad.

En este estado, el país aparece desprovisto de ejército regular, pero cada parcela de él está armada en la persona de los poseedo-

¹ No creo forzar la etimología explicando *posseer*, *possidere* por *posse* *suffere*; poder resistir.

res, cada uno de los cuales se encarga de defender sus campos, sus burgos, sus castillos. El Rey es aquél que los reúne bajo su bandera para hacer una campaña común. Nadie recibe sus armas del Rey. Cada cual se arma a sí mismo y toma su rango según la importancia de su dominio. Su soberanía sobre su dominio es casi completa, como la del Rey; la ejerce sobre un dominio menor (y a menudo apenas menor). A veces el Rey debe dejar de lado al enemigo para abatir su poder sobre uno de sus grandes vasallos y reducirlo a la obediencia. Por todo el país la guerra entre los vecinos es un arroyuelo y la guerra del Rey un río; es el destino de los arroyuelos desembocar en un río.

En el otro extremo está el esclavo. Le están vedadas las armas; nada tiene que defender y él mismo es una parte de los bienes que se defienden.

Bajo muchos regímenes, el pueblo se halló estrictamente apartado de las armas. Lejos de ~~saborear~~ tal ventaja y tal liberación, siempre consideró esto el estigma de la servidumbre, una privación y una vergüenza.

Al integrar su ejército con todos los hombres válidos, el Estado moderno respondió a una aspiración secular del pueblo; llama a los poseedores y a los no poseedores a tomar su parte alicueta de la soberanía perdida. Este siniestro alcohol a todos embriaga.

* * *

El que combate tiene el derecho de poseer.
El que posee tiene el deber de combatir.

El único que no combate es el esclavo, pues está poseído.

* * *

Pero tú, mercenario extranjero, ¿por qué te bates, qué defiendes?

¿Qué vienes a hacer aquí?

¡Ah! Ya lo veo:

A vender tu sangre por una reducida soldada.

* * *

La sentencia de Proudhon: *la propiedad es el robo* escandalizó y al mismo tiempo tuvo fortuna en el siglo pasado.

La sentencia es dura. No podemos aceptarla sin reservas. Pero es menester avanzar un paso más si hemos de decirlo todo. Es menester atreverse a pensar:

La posesión es el asesinato.

El asesinato obligatorio que se llama guerra.

8. DE LA CONFUSIÓN DEL YO CON LA COSA POSEIDA

¡Si seremos insensatos! ¿Por qué nos afanamos tanto? ¿Acaso el cuerpo no es más que el vestido? ¿Acaso la vida no es más que el alimento?"

Pero si me expongo a morir para defender mis bienes, ¿acaso no prefiero el vestido y el alimento a la vida de mi cuerpo, sin la cual el vestido y el alimento nada valen?"

¡Sí, ya lo sé! La vida del cuerpo depende en parte del alimento y en ocasiones, del vestido.

Aun el animal salvaje defiende hasta la muerte su cubil; y el perro enseña los dientes si alargamos la mano hacia el bocado que posee.

¡Ah, si los hombres pudieran tener la moderación de las fieras! Si pudieran tener la lucidez de los asnos y de los búfalos para discernir lo que es necesario de lo que es fútil, lo superfluo de lo embarazoso, lo excesivo de lo abrumador.

Pero la Ciencia-del-Bien-y-del-Mal les dió ojos para no ver ni siquiera lo que ven las bestias.

9. DE LA EXALTACIÓN Y DECEPCIÓN QUE DE ELLO RESULTAN

La sabiduría enseña: "Apenas los hombres se entienden y sus voluntades se funden, se sienten fuertes, felices y libres".

Pero la Ciencia-del-Bien-y-del-Mal, que es la ponzoñosa y rastre- ra sabiduría de la Serpiente, propone otro axioma: "Al contun- dirte con las cosas, bajo el signo de la posesión, engrandecerás tu persona, tus goces y tu poderío, a despecho de los hombres y de Dios".

Siguiendo la lógica serpentina, resulta que el hombre asimila lo que es suyo a lo que es el mismo y, mediante un giro de intelli- gencia, se incorpora a sí todo lo que posee. Al punto se siente crecer hasta las dimensiones de un dios. Aprende a amar sus bienes como a sí mismo, a amarlos como si fueran él mismo, pero un él mismo prodigiosamente dilatado y, por lo tanto, más pre- cioso.

Entonces el poseer, que era algo convencional y exclusivo de la razón, se torna afeción carnal, pasión, encarnizamiento.

¡Entonces, oh Fiecos, cuán desdichados y vulnerables sois, vos- otros cuyos miembros se proiongan hasta más allá de los mares y cuyos órganos se exponen a merced de los climas y de los vientos! Pues el vasto mundo está colmado de azares y el menor sinsabor os hace auillar de dolor como una mutilación, un vacío en vuestro cofre os retuerce las entrañas y os provoca ictericia,

un desorden en vuestros libros contables os comunica una con-gestión cerebral.

¡Mal vano! ¡Tortmentos inventados, pesares gratuitos, penas abstracas, pérdidas ficticias que afectan el corazón como una vana enfermedad! ¡Pero no sentís la pérdida, que avanza!

10. DE LAS SANGRIENTAS CONSECUENCIAS DERIVADAS DE LA CONFUSIÓN

Apenas aceptamos arriesgar nuestra vida en defensa de nuestros bienes, nos sentimos autorizados, de acuerdo con la moral ser-pentina, a matar a quien los ataque.

¿Quién podría reprocharnos el preferir nuestros bienes a la Sangre del prójimo, puesto que los hemos preferido a nuestra propia sangre?

Cuanto más uno sea lógico y moralista, mejor sabrá extraer de un principio equivoco una serie de proposiciones irrefutables y monstruosas.

Pero el encadenamiento de todos los teoremas de la Ciencia-del-Bien-y-del-Mal concluye en la muerte. Pues "quien desvanha la espada, perece por la espada" y quien combate para conservar sus bienes cae en el combate y pierde en él los bienes junto con la vida.

Al simple mandamiento de Dios: "No matarás," se superponen en pilas los códigos de honor, los códigos de la Ley, los códigos morales, para enseñarnos los mil y un modos de matar con toda tranquilidad de conciencia.

En todos los delitos y los crímenes, el espíritu de Lucro entra en más de la mitad.

Pero si contamos el número de agravios, de ruinas, de homicidios que la moral del siglo encubre, recomienda u ordena, tanto en tiempos de guerra como en tiempos de paz, semejante número supera en mucho el doble de los delitos y de los crímenes que ella condena.

En realidad, la moral del siglo es una rama de la Ciencia-del-Bien-y-del-Mal, particularmente celosa de conservar la herencia del Fruto-del-Pecado, es decir el Lucro.

11. LO QUE PUEDE ESPERARSE DEL PUEBLO Y DE SU VOLUNTAD DE PAZ

Suele decirse que los Pueblos odian la guerra, al paso que los Ricos y los Poderosos la desean. Sobre esto no cabe abrigar duda alguna, y resulta de la conexión necesaria de la riqueza con la guerra.

Sobre esto no cabe abrigar duda alguna si por pueblo entende-

mos los pobres. Nada más cierto que el siervo de la edad media o el paria de la India considera la guerra un juego de príncipes, un exceso culpable e insensato poco le importa quien gane o pier-da; y para él, todo hombre de armas, ya devaste el país para atacarlo, ya para defenderlo, es un enemigo y una especie de demonio.

Suele concluirse de esto que el día en que el pueblo pueda hacer oír su voz en los gobiernos, impondrá en ellos su voluntad de paz, y que todo paso hacia la democracia es un paso hacia la paz.

Es de la mayor importancia que todos aquéllos que quieren servir a la paz dejen de lado este señuelo.

De lo contrario, se extraviarán en la política y se confundirán con quienes sólo invocan la paz para atraerse a los ingenuos y lograr el triunfo de su partido y no por amor a la paz.

Y el mejor modo de deshacerse de semejante ilusión consiste en encarar los hechos en lugar de agitar opiniones.

Y he ahí los hechos: quien estableció el servicio militar obligatorio fué la Revolución Francesa (medida impracticable inacep-table y hasta inconcebible en el Antiguo Régimen). La entrada en la democracia constituye el primer paso hacia la guerra total. He ahí los hechos.

La Revolución Rusa señala un nuevo avance de la democracia. Por ello hasta se llegó a armar a las mujeres.

Hoy cada uno de los dos "Bloques" se jacta de estar a la cabeza de la democracia. Por ello cada uno de los bloques prepara la mejor bomba.

Es imposible ignorar la historia hasta el punto de no reconocer que en todos los tiempos y en todos los países la guerra adquiere, con la democracia, una popularidad, una ferocidad y un ímpetu particulares. Las ciudades griegas, Roma, las Comunas italianas de la Edad Media fueron hogares de guerras encarnizadas. Cul-tivábase allí, y se jactaban de sentirlos, aquel odio y aquel des-precio por el enemigo que toda regla caballeresca, toda tradición de nobleza rechazan o ignoran.

He ahí los hechos, pero, ¿cuál es la razón de ellos? Es la que ya conocemos: la conexión entre guerra y riqueza.

El régimen popular tiene por efecto, sea multiplicar la pequeña propiedad, sea dar al Gran Número la impresión de que posee una parte igual del bien común; así, la agresividad posesiva se apo-dera al punto de nuevos objetos.

La noble indiferencia, que era privilegio del pobre, abandona el corazón del pueblo. La generosidad, que le hacía compartir con los vecinos sus raras gangas, se seca apenas los bienes no le llegan ya por azar sino que le pertenecen por derecho. Pierde su filosófica indiferencia; junto con la pobreza, pierde su ironía y su desdén por los asuntos públicos. Exige ahora que el todo de

que depende su pequeña parte sea defendido; y helo ahí presto, a la primer alarma, a aullar y derramar sangre.

Su humor combativo no será menor porque su parte sea merquina. Se mide por la grandeza del apego, y no por la de la riqueza. Ahora bien, los pobres sienten más apego a sus bienes que los ricos, cosa que es posible comprobar en todas partes y que se explica sin esfuerzo.

No hay que creer que la posesión colectiva predisponga a un grado menor de agresividad que la propiedad privada. La guerra constituye siempre una defensa del bien común. El que nada posee en realidad depende más directamente del bien común y se interesa más inmediatamente en defenderlo. Las Repúblicas Soviéticas son, pues, necesariamente militares y belicosas, tanto como las otras democracias y aun más que éstas.

12. DE LA POSESIÓN COMO VICIO

La posesión es la exaltación artificial del instinto de conservación.

El instinto de reproducción, asimismo, se exaspera y convierte en lujuria por poco que la Ciencia-del-Bien-y-del-Mal se aplique a ello, y comienza a funcionar en el vacío o a contra naturaleza para rematar en la esterilidad.

Ahora bien, el instinto de conservación, elevado al plano racional del interés, de los derechos y de los deberes, es lo que lleva al hombre a la aceptación apasionada de la guerra y, por lo tanto, de la muerte.

13. DE LA GUERRA DE LOS PUEBLOS RICOS Y DE LOS PUEBLOS POBRES

Acostumbrase considerar la guerra un retoño de barbarie, un desquite de los pueblos desheredados y primitivos sobre los civilizados y decadentes. Sería una saludable renovación de la Historia.

El caso se produjo y tenemos como ejemplo las invasiones bárbaras. Pero el impulso continuo de la Historia va en sentido inverso. El pueblo rico y civilizado es casi siempre el agresor.

Ante todo porque cuenta con medios adecuados; sus armas y sus métodos aniquilan la bravura y la resistencia del salvaje.

Y además —según parece— el rico obtiene tantas ventajas batiendo al pobre como el pobre batiendo al rico.

El civilizado descubre en las tierras de los salvajes riquezas ignoradas por sus habitantes y sabe convertir a sus habitantes en servidores y trabajadores manuales para la explotación de

tales riquezas, así como en soldados y en polizontes para el mantenimiento de la servidumbre.

En este sentido es cierto que la barbarie de la guerra difunde la civilización. Una de las más divertidas malicias de los civilizados consiste en hacer creer a los mismos vencidos que los batieron y los mantienen subyugados nada más que por amor a ellos, por su propio bien.

Hasta el día en que el simple se transforma subrepticamente en maligno y se sirve entonces del maligno que creía servirse de él, se equipa, se instruye y se arma a costa del explotador y acaba por arrojarse del territorio.

Cuando se batan dos pueblos igualmente adelantados, los motivos pueden ser distintos. Pero cuando un pueblo rico y civilizado ataca a uno bárbaro y pobre, lo hace siempre con fines de lucro.

De esta suerte el espíritu de ganancia produce la guerra, que produce la servidumbre; y esta servidumbre produce la guerra, que produce la pérdida y la ruina; hasta tal punto es cierto que la Ciencia-del-Bien-y-del-Mal es una serpiente que se muerde la cola.

14. COMO LA POSESIÓN ENGENDRA LA SERVIDUMBRE

Pero la riqueza no tiene necesidad de ir a buscar tan lejos sus esclavos. Su preferencia por el salvaje, por el negro, por el extranjero, nada tiene de exclusiva. Puede ahorrarse las fatigas y los riesgos de las aventuras de ultramar, así como las expediciones armadas. No siente escrúpulos ni tiene dificultad en subyugar al conculdadano, esto es al primo y al hermano.

Si en un país donde toda la tierra está repartida, un hombre posee cien o mil veces más de lo que necesita, resulta de ello que, probablemente, en alguna parte cien o mil hombres no poseen absolutamente nada.

Pero poco importa, la Ciencia-del-Bien-y-del-Mal está allí para resolver la ecuación y procederá al punto a realizar la operación elemental llamada *imbricación de las fortunas*.

¿De qué vivirá el que nada posee? De su trabajo. Nada más justo, nada más honesto y normal. Pero, ¿cómo trabajar sin tierra, cómo fabricar sin herramientas, cómo subsistir diariamente hasta la recolección de los frutos de la tierra o la venta del objeto fabricado?

Los otros pueden enriquecerse intercambiando sus productos, pero quien nada tiene sólo puede venderse a sí mismo.

En efecto, ¿dónde hallará la tierra, la herramienta, el taller y el alimento sino en casa de quien posee la tierra, la fábrica o la tienda? ¿Y qué sería del desdichado si el poseedor no lo recibiera? Por lo tanto, con el gorro en la mano y la cabeza

gacha va a ofrecerte el humilde servicio de sus brazos vigorosos, pues si el otro rehusa o simplemente tarda en darle ocupación, puede verse condenado a la vagancia, al hambre, a la mendicidad, acaso a la muerte.

El otro dispone generalmente de tiempo y puede elegir. Por ello decidirá según mejor le convenga. Suministrará al trabajador los medios de trabajo, a condición de que queden reservadas para él la dirección y el fruto del trabajo.

El Rico aparece pues como el proveedor, el conductor, el salvador del pobre, tanto a sus propios ojos como a los ojos de todo el mundo y hasta a los del pobre, el cual se siente perpetuamente en deuda y en falta, cosa que subraya mediante los signos del respeto y la solicitud. En general, con convicción, a menos que se trate de alguna persona rara y original o de una época de agitaciones excepcionales. Cada cual, por lo demás, tiene conciencia de que ese homenaje no tiene relación alguna con la conducta o el valor propio de aquél a quien se dirige. La especie de cosa con que se relaciona no la conocen ni la naturaleza, ni la razón, ni el espíritu; ningún animal la percibe ni la olfatea, y hasta la ignora el sabio. Las gentes la llaman Distinción de clases, una ficción social que por lo demás carece de utilidad social¹.

Este es uno de los nudos del Conocimiento-del-Bien-y-del-Mal que espejea serpenteando.

Por el contrario, ante todo juicio recto, la deuda y el déficit perpetuo están del lado del Rico, pues es el Pobre quien entropiece al Rico al paso que es el Rico quien pone al Pobre en la pobreza y en ella lo mantiene en la medida de lo posible.

En realidad, el más rico de los hombres, reducido a sus propios medios y no contando con otros servidores que sus manos, apenas podría extraer de sus grandes bienes lo que le es necesario para no morir y debería confesar que, por naturaleza, es tan pobre como los más pobres.

Si es mil veces más rico que otro, ello indica que mil pobres trabajan para él. Si diera a cada uno una milésima parte de lo que gana por intermedio de ellos, ¿qué le quedaría? Si diera a uno de ellos algo más de lo exigido por la tarifa habitual, correría el peligro de ver pronto que el ingrato se iba a comer los frutos de un campo que habría cultivado por sí mismo. Al darle lo menos posible, se asegura inmejorablemente su fidelidad. El dar más de lo debido no sería generosidad sino imbecilidad y hasta injusticia. Sería injuriar a todos los otros poseedores, poner en peligro el orden establecido, comprometer el futuro. En resumidas cuentas, vale más soltar un puñado de monedas

¹ A diferencia de la de los grados en el ejército, cuya necesidad funcional es evidente.

en el sombrero del mendigo a quien nada se debe y que desaparezca. Hasta tal punto es más fácil ser generoso que justo. Sin duda, es también menos oneroso.

15. DE LA QUIEBRA FRAUDULENTA DE LOS MECENAS Y FILANTROPOS

Refiérese que se inventó el juego de ajedrez para distraer de sus penas a un rey oriental, retenido en el lecho por una herida de guerra.

El Rey se mostró tan contento que hizo llamar al inventor y le prometió bajo juramento que le concedería lo que pidiera.

—Pon cuatro granos de trigo en el primer cuadro; cuatro veces cuatro en el segundo, es decir dieciséis; dieciséis veces dieciséis en el tercero, y así sucesivamente hasta el último. Tal es la recompensa que pido a Tu Grandeza.

El Rey quedó maravillado de la modestia del sabio, aunque algo defraudado, pues le hubiera agradado manifestar su favor mediante obsequios más brillantes, como caballos, joyas y pañales...

Sonriendo, hizo llevar a su presencia tres o cuatro bolsas de trigo. Se derramó el contenido sobre el tablero, que quedó tapado por el montón de trigo. Pero el beneficiario insistió en que se le hiciera una cuenta exacta.

El Rey acabó por advertir que todas las cosechas del reino no bastaban para satisfacer la exigencia de semejante exactitud.

—¡Jaque mate al Rey! —dijo el sabio, y se echó a reír.

Jaque mate a la grandeza, a la gracia, a la caridad de todos los que hacen trampas en el juego y quieren cubrir su deuda con una irrisoria profusión de dones inconsiderados.

16. DE LA RIQUEZA U OCIOSIDAD

Uno de los principios de la Ciencia-del-Bien-y-del-Mal consiste en que la propiedad es necesaria para la protección del trabajador y la continuidad del trabajo.

"Si no posees tu campo —enseña— otro podría venir a cosechar lo que sembraste."

Pero la imbricación de las fortunas, que es una consecuencia general del mismo principio, establece que, de modo continuo, legal, regular, secular, quien cosecha es justamente quien no ha sembrado ni ha realizado trabajo alguno, ningún otro trabajo que el de ser poseedor del campo.

Y si el poseedor ocupa a cien obreros en su viña o en su taller, acaso gane, sin hacer nada, tanto como los cien obreros juntos con todas sus energías y todos sus esfuerzos.

—Sí, pero él es la cabeza, y una cabeza vale más que centenares de brazos.

Tal vez; sin embargo, un poseedor no ha de ser necesariamente un jefe; así como compró brazos, puede comprar la inteligencia: pagará a un administrador, a ingenieros, a inspectores, a capataces, y, libre de tareas y de preocupaciones, puede irse a dormir o dar una fiesta.

Tal es el caso de los grandes propietarios ausentes, de los hombres de mundo dedicados a vacaciones a perpetuidad, de los grandes y pequeños "accionistas", así llamados porque están dispensados de toda acción en las empresas que les "pagan los dividendos" y hasta a veces de toda noción de los negocios de ellas.

Suele ocurrir que el propietario de un pequeño campo trabaja, pero jamás lo hará el de un gran dominio. Consecuentemente, podemos extraer la conclusión de que cuanto más se posee menos se trabaja.

Lo cual no impide que la Ciencia-del-Bien-y-del-Mal enseñe que la riqueza se justifica "porque es el fruto del trabajo".

Pero lo propio del Conocimiento-del-Bien-y-del-Mal consiste en deducir, sin errores lógicos ni de cálculo, el Mal del Bien; y en hacer derivar lo falso de lo verdadero sin saber cómo.

De esta suerte la fórmula: "La riqueza es el fruto del trabajo" se transforma, por conversión algebraica, en: "El fruto de la riqueza es la ociosidad". Resultado que la experiencia verifica. La riqueza es madre de la ociosidad que, según es resabido, es madre de todos los vicios.

Está de más decir que un rentista es un hombre sin oficio ni función.

La riqueza es un derecho sin deberes.

17. DE LA RIQUEZA Y DEL TRABAJO

—¡Es falso! —diréis—. Por lo menos es superficial. No existe ningún enlace necesario entre la riqueza y la ociosidad y sostenemos, por el contrario, que la riqueza es siempre la condición del trabajo.

"Y aun cuando el rico sea ocioso, no cabe decir que no sirve para nada: sirve para ser servido. Sirve para hacer circular el dinero, el cual vale tanto más cuanto menos quede estancado. Es preciso ignorar los rudimentos de la Economía Política para creer que las prodigalidades del rico constituyen una pérdida o un daño, pues ellas hacen vivir al joyero, al sastre, al músico, a la ballarina, al jardinero y al poeta, a todos los proveedores, a todos los trabajadores; y hasta el lejano minero recibe, allá en el fondo de la mina, su pequeña parte de beneficio.

"Pero, lejos de ser ocioso, el rico es a menudo un patrono que dirige a los obreros, un hombre de negocios muy ocupado, un empresario que gobierna la empresa, un hombre que trabaja activamente creando nuevas condiciones de trabajo para una infinidad de obreros."

—La riqueza es condición del trabajo, concedido. Pero esta definición exige un complemento que nos pondrá de acuerdo: es la condición del trabajo ajeno.

—¿De acuerdo? ¡No! —replicáis con noble indignación, con piadosa indignación, con una indignación que procede de la piedad filial.

Pues vuestros abuelos, ¿no es cierto, lectores? no debieron su fortuna más que a sí mismos y a su trabajo; la amasaron, ¿no es cierto? centavo por centavo, ahorrando de su flaco salario.

Sí, pero mientras el abuelo metía una moneda tras otra en la media, siguió siendo trabajador y pobre, más pobre que el trabajador que gasta todo su salario, más trabajador porque le era preciso ganar para alimentarse y también para alimentar su media.

Durante aquellos tiempos jamás le ocurrió que hallara en la media de lana un centavo más de los que había puesto en ella. Y mientras no gastaba su dinero, vivió como si no lo poseyera. Pero si lo hubiera gastado, pronto se hubiera quedado sin nada.

Empero, un día pudo declararse hombre rico. ¿En qué signo se conoció esto? ¿En que tuvo una casa, criados y coches? Sí, pero sobre todo en este signo: que en adelante podría gastar sin que su haber disminuyera.

¿En virtud de qué encantamiento, de la varita de qué hada su bolsa se había convertido en una fuente?

La historia del abuelo nada tiene de mágica ni de fabulosa. No lo gastó, tampoco lo guardó. Lo colocó. Hizo fortuna en un negocio de bonetería, no ¿es cierto, lector? Hizo fortuna, pero jamás hizo un gorro.¹

18. TRES RAZONES QUE DIVORCIAN A LA RIQUEZA DEL TRABAJO

Acaso el trabajo y el ahorro hayan proporcionado la base de una fortuna, a menos que haya intervenido un golpe de suerte, un golpe de astucia o un golpe de fuerza.

Aun cuando el trabajo y el ahorro proporcionan la base de las fortunas, existen en nuestras sociedades dos instituciones fundamentales para asegurar que, de modo legal, regular, secular,

¹ "Tendremos a separar toda especie de propiedad de toda especie de trabajo" Bismundt, *Nuevos Principios de Economía Política*, II.

el que gasta y goza será aquél que no trabajó ni ahorró: la Herencia y la Dote.

Por otra parte, el Salario, o venta-del-trabajo-humano-por-hora-y-por-día, aprisiona al trabajador en una clase o, por mejor decir, lo coloca fuera de toda casta, lo constituye de manera legal, regular, secular en esclavo y consuma la separación del Trabajo y la Riqueza.

19. DE LOS TRES, DE LOS SIETE, DE LOS NUEVE FELICES, DE LOS TRES POBRES Y DE LOS TRES DESDICHADOS

Tres personas tienen la libertad de hacer fortuna:

El industrial.
El comerciante.

Seiete personas tienen posibilidades de hacer carrera:

El médico.
El abogado.

El educador.
El funcionario.

El administrador.
El militar.

El hombre de Iglesia.
Nueve personas pueden soñar con la gloria:

El artista o el escritor.
El sabio o el inventor.

El ingeniero o arquitecto.
El campeón.

El explorador.
El héroe guerrero.

El filósofo o maestro espiritual (sabio o loco).
El profeta (verdadero o falso).

El político o conductor de hombres.
Tres serán siempre oscuros y pobres, pero libres:

El campesino.
El artesano.

El vagabundo (este último es el único libre de toda traba y de toda riqueza).

Tres serán siempre pobres, oscuros y siervos:
El criado.
El destajista.

El obrero.

Una brillante carrera comporta siempre cierta prosperidad al igual que, obligatoriamente, cierto tren y fausto.

Cuando llega, la gloria trae consigo alguna forma de opulencia. Pero tanto para los siete como para los nueve, el éxito pecu-

niario es accesorio; es más bien la condición que el fin del servicio. Sólo los tres primeros de la lista (el industrial, el comerciante, el financiero) no conocen otro fin, otro oficio ni otra gloria que enriquecerse.

Por esta lista parece que los beneficiarios del régimen superan en número a los que lo padecen, pero ello se debe a que en las clases "distinguidas" las distinciones abundan más a medida que el número se restringe, al paso que la masa del pueblo se aplasta en las seis últimas capas.

Esta masa es la única que asume el trabajo duro que nadie quiere hacer y del que todo el mundo debe aprovechar.

Pero lo que constituye el tormento y el fermento de nuestra civilización es la imbricación de las fortunas del primero y del último de la lista. Es aquí donde chirría el engranaje.

20. DEL CAPITAL DE MARX, DEL VALOR COMO TRABAJO INCORPORADO A LOS OBJETOS

El mérito de Marx consiste en haber señalado este escándalo permanentemente, en haber intentado dar a semejante chirrido una voz humana. Y el mérito de los Comunistas consiste en haber intentado corregir la máquina de la injusticia, haciéndola girar en sentido inverso.

Para resumir *El Capital* de Marx en media página y traducir a lengua popular la serie de proposiciones que se desarrollan a lo largo de volúmenes en su pesado aparejo de argumentos, documentos, polémicas, estadísticas y encuestas, digamos:

El trabajo humano es una mercancía. Se la halla en el mercado al precio fijado con arreglo a la ley de la oferta y la demanda. No obstante, no es un "valor" con las otras mercancías, pues al paso que éstas no son más que lo que son, el trabajo humano "es un valor que produce otros valores".

Por más que un objeto sea despreciado de aquí allá, que se lo venda caro o no, su valor intrínseco sigue siendo el mismo, puesto que el objeto es el mismo. Pero el trabajo humano produce objetos y es lo que confiere a todo objeto su valor, haciéndolo ingresar en la esfera de lo útil; por lo tanto es la fuente única del valor.

Quiénes miden el valor por el precio son víctimas del "espejismo de la moneda", pues conceden a los objetos y al oro un valor en sí. Pero el verdadero valor de un objeto debe definirse y medirse como una cierta cantidad de trabajo humano incorporado al objeto.

Tal medida exacta es el número de horas de trabajo que un obrero medio necesita para producir el objeto.

Pero entonces, ¿cuál es el valor del trabajo del obrero medio?

Lo mismo que el de cualquier otro objeto, el tiempo que necesita para producirlo: el tiempo que el obrero necesita para subvenir a sus necesidades.

Sea media jornada de trabajo. Y a este precio el industrial "compra el trabajo o, por así decirlo, la fuerza de trabajo" (dando al obrero nada más que lo justo para que subsista), pero exige de él la jornada entera, y ese exceso de trabajo arrancado por la fuerza constituye la "plusvalía" con que se enriquece. Por lo tanto es un parásito y un ladrón...

Del mismo modo, el que compra un objeto por veinte francos y, sin añadirle nada, lo revende por cuarenta, es un ladrón...!

21. OBSERVACIÓN QUE ECHA TODO POR TIERRA

"Bien entendido —observa el autor— el trabajo que se destina a fabricar un objeto inútil no es trabajo y no confiere valor alguno al objeto." Pero el autor no repara en que esta simple e infantil observación echa por tierra toda la teoría, fundamento del "socialismo científico".

No hay que creer, en efecto, que la fabricación de un objeto inútil sea un caso extremo y, por así decirlo, imposible, ni tampoco que sea la obra de un demente presa de una obsesión. Ocurre todos los días que en la industria más diligentemente dirigida se produzcan objetos parcial o totalmente inútiles: cada vez que se produce una mercadería que no halla comprador. Ningún objeto es útil en sí mismo; sólo lo es por relación con quien se sirve de él. El comprador es pues juez soberano en materia de utilidad y de valor y su sanción consiste en negarse a comprar.

Basta que se difunda la moda de andar sin sombrero para que los millones de sombreros producidos por el sombrero se conviertan en objetos inútiles. Lo cual no significa que su fabricación no haya exigido trabajo sino que todo el trabajo "incorporado", jornada tras jornada, a tales sombreros no introdujo en su fieltro "valor" alguno.

La falsedad de la tesis procede de la filosofía materialista de que deriva. El materialismo es un error que consiste en tratar los problemas de la vida y del espíritu según métodos que probaron su eficacia en el estudio de las cosas de la materia. Las cosas de la materia se ven impulsadas por causas. Una causa viene del pasado y empuja al acontecimiento por detrás como una bola impulsada a otra. Las cosas de la vida, las cosas huma-

¹ Claro que se encuentra en Engels (exégesis autorizado de Marx) la cuestión de la "plusvalía" comercial planteada "independientemente de toda cuestión de dolo o de violencia". Sin embargo, por más que relea el pasaje no veo cómo, dentro de los límites de la teoría de Marx, Engels pueda atribuir el beneficio comercial a algo que no sea dolo.

nas sobre todo, son movidas por fines, y el fin está colocado en el futuro y atrae a sí al acontecimiento. Una causa es una fuerza; un fin es una dirección, una idea, una imagen. Todas las cosas humanas, comprendida la economía también, que a veces se califican de "material", aparecen suscitadas por fines. El hombre trabaja para obtener alguna cosa de la que tiene una imagen, para satisfacer un deseo reconocido o previsto. Con relación a este deseo se ordena toda la economía y un valor se convierte en un valor. Una cosa sólo posee valor si por una parte es deseable y, por otra, difícil de obtener. Un objeto no tiene valor porque se haya trabajado para fabricarlo y poseerlo sino que se trabajó para poseerlo porque detenta un valor o habrá de detentarlo.

Lejos de que el trabajo "produzca un valor", cabe decir que el trabajo explota un valor produciendo la abundancia puesto que, cuanto mayor sea la cantidad de objetos que produzca tanto más disminuirá el valor de éstos.

Señalemos al pasar que Marx emplea incesantemente la palabra "valor" para significar "riqueza". La inexactitud de los términos elementales y de las definiciones fundamentales muestra suficientemente con qué "ciencia económica" tratamos: ciencia de aparatos; y con qué "filosofía", una polémica y no un estudio de la naturaleza de las cosas ni una reflexión.

22. DE UN OBRERO MEDIO MULTIPLICADO POR N

Si es cierto que el valor de un objeto no es "en realidad" sino la suma-de-las-horas-de-trabajo-de-un-obrero-medio-incorporada-a-ese-objeto, preguntó cuál es el valor de un bosquejo de Rembrandt?

Si, qué número de horas de trabajo ("simple" o "compuesto") de un obrero medio están incorporadas a los bosquejos de Rembrandt?

Pero, ¿tiene "en realidad" algún valor el bosquejo de Rembrandt?

Por poco que le reconozcamos un valor, habrá que concluir que la teoría de Marx no tiene ninguno.

"No confundamos el valor estético con el valor comercial del objeto —se me dirá—, y no elijamos un ejemplo excepcional y complejo que todo lo confunda."

Respondiendo: el ejemplo está excepcionalmente bien elegido para mostrar del modo más simple que la definición de Marx no explica ni el valor estético ni el valor comercial de un objeto. Añadamos que el solo hecho de dar estos dos calificativos al sustantivo valor supone en este sustantivo un sentido que admite a uno y otro.

A un buen número de objetos, sino a todos, se aplican varios órdenes de valores que, por lo demás, se conexionan entre sí. Aquí, en este bosquejo de Rembrandt presentado en el *Hôtel des Ventes*, se ve claramente que el valor estético y el valor comercial, sin confundirse en absoluto, mantienen entre sí relaciones ciertas.

23. DEL VALOR COMO CATEGORIA

Equivale a contorsionar el lenguaje, y por consiguiente a faltar a la lógica y la probidad intelectual, el tomar una palabra tan corriente como la de "valor", de usos múltiples pero claros y enlazados entre sí, e imponerle una definición que la confina en el dominio de lo económico, es más, en un sistema particular de producción —el de la industria moderna— fuera del cual esta definición no tendría sentido alguno.

Pero el Valor no es nada menos que una categoría de la Razon universal, con el mismo título que la Cantidad o la Calidad. Constituye hasta la síntesis¹ de la Cantidad y de la Calidad: su fusión en un tercer término que comprende a uno y otro. Así el valor es la Cantidad-de-Calidad, la medida y el grado de calidad que hay en el objeto, en la persona, en la obra o en la idea... sí, o en la mercancía.

Instituidos estos principios, o más bien recordados, o, más simplemente, restablecidos estos derechos de la lengua y del diccionario, no podemos escapar a la comprobación de que el Juego de la Oferta y la Demanda como determinación del valor de las mercaderías es la única ley científica y la única base de la economía.

El Trabajo-como-medida-del-Valor es una doctrina que no pertenece a la Ciencia Económica sino que extrae sus justificaciones morales de la riqueza. Jamás, bajo ningún régimen, dió lugar a una medida efectiva de los Valores; el trabajo no reemplazó a la moneda en los países marxistas. En ellos como en todas partes, la medida del valor del trabajo la da el dinero, y no el trabajo da la medida del valor del dinero.

Por lo demás, Marx no inventó la teoría; la tomó, sin examen crítico, de los economistas ingleses del siglo XVIII. Goza aún hoy de gran predicamento, aun entre los teóricos no marxistas, a pesar de las absurdidades a que conduce.

¹ Lo dijo en el sentido hegeliano del término, si bien Hegel tiró y tropesó con esta "síntesis" y dejó de realizar la síntesis como tantos otros (véase su *Logica*), como por ejemplo su predecesor Kant, que no la incluyó en su *Tabla de Categorías* (ver *Crítica de la Razon Pura*). Escribo esta nota para aquellos que se divierten con los rompecabezas de la filosofía clásica.

24. DEL VALOR COMO POTENCIA DEL BIEN

El Valor es al Bien lo que la Potencia es a la Fuerza: una reserva que aguarda en las profundidades la hora de entrar en acción, una plenitud tan abundante que no puede desplegarse toda ella en el presente y en un lugar determinado. Dante llama a Dios

... Il Valore Infinito

El Valor es la sustancia del Bien.

25. DE UN OBRERO FANTASMAL

He ahí sublimes digresiones, consideraciones que la ciencia no debe tener en cuenta —seaso se me diga.

La cuestión consiste en saber si son verdaderas o falsas. Pues, si son verdaderas y si la Economía concibe sus teorías y realiza sus cálculos como si fuesen falsas, todas sus cuentas quedarían invalidadas.

Es lo que le ocurrió a Marx con su instrumento de precisión científica para medir el valor, quiero decir con su *Obrero Medio*. Creyó, sin duda, encontrar en tal concepto una base sólida al abrigo de las controversias metafísicas, un punto de partida real y concreto, pero esta-medida-de-todos-los-obreros-de-todos-los-oficios-de-todos-los-tiempos-de-todos-los-países es una generalidad desprovista de toda consistencia, y el número de horas que este ser creado por la razón pasa realizando trabajos indeterminados nos deja sumidos en la vaguedad y el vacío en cuanto al valor del producto.

26. DE LOS SEIS FACTORES DE LA PRODUCCIÓN

El trabajo humano no es, como pretende Marx, el "único valor que produce otros valores" o, para traducir la fórmula a términos correctos: la única riqueza que produce riqueza. Veo otros cinco: la Tierra, el Ganado, la Herramienta, el Dinero, la Intelligencia.

Ante todo, la Tierra, que vale por sí misma y no en virtud del trabajo, puesto que es la condición inevitable, irremplazable y universal del dicho trabajo y la primera de las "Materias Primas". Puede producir frutos por sí misma y valer más cuando es virgen.

Cierto que, para apoderarse de las riquezas de la tierra, preciso es realizar en ella algún trabajo, aunque más no sea el de la recolección. Ciertamente que casi siempre es preciso cultivarla y

que, en última instancia, el cultivo puede transformar el desierto en jardín y la montaña en mina de oro, lo que prueba que la tierra sola no basta; pero no nos proponemos decir que la tierra sola basta puesto que reconocemos, en total, seis factores de producción que se fecundan unos a otros de múltiples modos. Marx es quien pretende que uno de esos factores —el trabajo— es suficiente, olvidando que el trabajo humano no es una creación divina y no extrae nada de nada, que siempre se ejerce sobre algo que está dado, olvidando al Creador. Todos los errores del sistema derivan de semejante olvido.

A la tierra como fuente de riqueza es menester enlazar, además de la Agricultura, los bosques, los manantiales, las hierbas y los frutos silvestres, las canteras, las minas, los ríos y los arroyos, las grutas y los abrigos, así como la caza y la pesca.

El Ganado es caza encerrada; se multiplica naturalmente, y no a fuerza de brazos y sudor, y sólo exige un trabajo de vigilancia y custodia, sin proporción con el producto.

El trabajo humano se ejerce siempre sobre algo por medio de algo que es la Herramienta. Ahora bien, la herramienta tampoco es una "mercancía que es lo que es y vale lo que vale allí donde está y de cualquier modo que se la maneje": es una riqueza que produce otras riquezas, en estrecha relación con el trabajo, sin duda, y de dos maneras: como producto del trabajo y como medio de trabajo. Su razón de ser consiste en reducir el esfuerzo y en multiplicar el producto.

Bajo la forma de máquina, llega hasta a reemplazar el trabajo y sustituir al hombre.

El Dinero no es tanto Riqueza como signo de riqueza e instrumento de intercambio. De las mercaderías desprende el valor, así como las turbinas, los acumuladores y los cables desprenden la fuerza de la caída de agua, la transmiten y distribuyen. De esta suerte el dinero es un motor del tráfico y constituye no sólo el resultado de las operaciones y la forma bajo la cual se registra y se cuenta, sino también uno de los medios, una de las causas, a veces la única, de los beneficios.

Bajo la forma de capital, es decir de acumulación en las mismas manos de recursos disponibles, la fuerza productora del Dinero proviene de su poder de atracción y de coordinación para el establecimiento de una empresa colectiva. De esto resulta una riqueza que el trabajo humano no produciría sin él. Produce beneficiando a quienes lo poseen, pero también, y en diferentes grados, a quienes lo sirven.

En fin, existe una sexta fuente de riqueza: la Inteligencia.

¹ Ejemplo aquí el término en el sentido de Marx, como trabajo del obrero medio pagado por hora y por día. No es precisamente de este modo como entendamos un trabajo de veras humano, como se verá más adelante.

Desde luego, la examinamos aquí como factor de producción y no como valor espiritual. Comprende: la capacidad técnica, la invención, la iniciativa, el sentido de las combinaciones y de la oportunidad. La falta de este sexto factor torna a los otros cinco inoperantes.

Lo cual prueba que toda la economía es un asunto del conocimiento.

Sí, el mismo Fruto del Conocimiento.

27. DE LOS DIEZ PERSONAJES EN BUSCA DE UNIDAD

El rasgo dominante y el orgullo de nuestra civilización en su progreso consisten en haber erigido grandes maquinarias económicas en que cada uno de los seis factores de la producción se complica y entorpece, hasta el punto de constituirse en algo independiente del resto, y se halla en manos de hombres diferentes, de grupos y de clases de hombres extraños entre sí, rivales, pero perpetuamente triturados por las fricciones de una estricta interdependencia.

De esta suerte el patrono y el obrero, el empleado y el campesino, el técnico y el peón, el financiero y el intelectual, el ingeniero y el comerciante, cada uno de los cuales detenta un eslabón de la cadena, diferentes por sus costumbres y sus modos de ser, por la educación, por sus aspiraciones y metas, se ignoran, se temen y se oponen.

La interdependencia de los seis factores explica el que cada uno de los grupos, al comprender que nada es posible hacer sin él, llegue a la ambiciosa y fatal convicción de que él solo todo lo hace y de que, por lo tanto, a él corresponde de derecho el beneficio total.

De ahí el descontento general, la lucha de clases, el sueño de tantos hombres de ver desmoronarse el régimen en que viven.

¿Viven? No, sienten que no viven sino que funcionan.

La vida comienza para ellos cuando acaba la jornada de trabajo; comienza con las vacaciones, ¡comienza con la jubilación! La vida, la gran vida, los otros la viven!

La vida comenzará, piensa el ambicioso, cuando consiga colocarme de modo tal que la máquina gire para beneficio mío.

No, sino para beneficio de nuestro partido y de nuestra clase, dice el político.

No, dice el reformador, sino cuando los engranajes de la máquina estén mejor ajustados.

La generosa ambición de Karl Marx consistió en disponer la máquina para que girara para el mayor bien del mayor número...

Pocos hay que posean sabiduría y perspicacia para ver que los

defectos de la máquina son menos temibles que su perfección. Porque lo mecánico es lo contrario de lo vivo; y la máquina social más impecable es aquella donde el hombre y su vida han de ser con mayor seguridad molidos, laminados, aniquilados.

El camino de retorno a la vida es el de la simplificación y reducción del aparato exterior. No serán posibles la paz ni la justicia mientras los seis elementos de la producción no estén reunidos en la misma mano; sólo entonces habrá unidad de vida en el trabajo.

Si no pueden estar todos en la misma mano, han de repartirse entre personas que concuerdan, se conocen y se aman.

Todo orden económico en que la unidad de vida se rompe y reemplaza por cualquier ajuste, en que los cálculos de provecho y de prudencia privan sobre el vínculo humano, hará siempre desgraciados a quienes aprisiona y acabará por desquitarse a fuerza de fricciones.

28. DE LA ENAJENACIÓN DEL TRABAJADOR

"La enajenación del trabajador" es uno de los temas más interesantes de la reflexión de Marx.

Etimológicamente, el vocablo expresa el paso de una propiedad a manos ajenas. Como término filosófico, Marx lo tomó de Hegel, para quien designa el paso de uno de los dos Polos de lo Real a su contrario, el primero de los cuales proyecta el segundo y lo objetiva, volviéndose de este modo exterior a sí mismo y perdiéndose, hasta que vuelva a recobrar su integridad, enriquecido en un tercer estado en que se resuelve el contraste.

Marx, de quien cabría decir que es una "enajenación" de Hegel, es decir su contrario surgido de él, aplica este esquema metafísico al plano de las situaciones sociales y de las condiciones psicológicas del hombre desgarrado que se ha perdido a sí mismo.

Muestra al trabajador desposeído del producto y del beneficio de su trabajo, desposeído hasta de su trabajo que, triturado por la máquina y por la división del trabajo, se convierte en una "actividad ajena, en una actividad que es sufrimiento, en una fuerza que es impotencia, en una procreación que es castración";¹ desposeído de la naturaleza por la infernal decoración de la fábrica; desposeído de su propia naturaleza y reducido a no ser hombre más que en el ejercicio de sus funciones animales; y, sin embargo, el trabajador refuerza con todas sus energías y a pesar suyo el poder que lo explota y oprime...

Marx muestra en el Búrgués una enajenación inversa, que no por ser menos dolorosa es menos mala.

¹ *Manuscritos*, 1844.

Nos sentimos tentados a llevar más lejos su análisis y, volviendo a nuestros Diez Personajes en busca de autor (el Patrono y el Obrero, el Empleado y el Campesino, el Técnico y el Peón, el Financista y el Intelectual, el Ingeniero y el Comerciante), mostrar cómo cada uno de ellos padece nueve especies de enajenación en el solo plano de la economía; sin olvidar las "enajenaciones religiosas y filosóficas" sobre las cuales insiste Marx, presentando como enajenación primera la propia religión. Pero lo que es enajenación es el error religioso, como el Materialismo de Marx, por ejemplo, o el Idealismo de Hegel, que no vale más que aquel; la Idolatría es enajenación; la idolatría revolucionaria, o bien reaccionaria; y las desviaciones de la verdad no son, como pretende Marx, efectos y reflejos de desórdenes sociales miserias y obstáculos al progreso, sino que más bien figuran entre sus causas.

No olvidemos que "todo comienza con el pensamiento: cuando el pensamiento es falso, síguese la ficción, del mismo modo que la rueda de la carreta sigue el paso del buey"¹ y no comencemos por falsear la relación del pensamiento con el resto poniendo la carreta delante de los bueyes, en lugar de cambiar de dirección.

No olvidemos que: *Enajenación*, o posesión de sí mismo por otra potencia, significa *locura*.

Y consideremos aquí una decena de Demonios y de vientos de Locura que agitan el mundo y lo barren con sus torbellinos. Mientras el hombre sea un poseído cuyos hilos son manejados por otros, mientras no sea dueño de su trabajo, de los medios de trabajo y del fruto de su trabajo, pero sobre todo mientras no sea dueño de su alma y señor de su vida, perdurará la locura general y las revoluciones sangrientas no serán más que sus sobresaltos convulsivos.

No olvidemos, en fin, que *Enajenación quiere decir Venta y que "la enajenación económica del trabajador" es la venta del trabajador, o Salario*.

El mal no consiste en que se venda mal ni el remedio en reclamar mejores salarios. La institución del salario representa la ruina del hombre que se vendió. Por lo tanto no hay que abolir el Capital sino la institución del Salario.

La Dictadura del Proletariado no es la Liberación del Proletariado pues toda dictadura es negación de toda libertad. La liberación del Proletariado consiste en la supresión del Proletariado.

¹ Buda (*Dharmapasa*).

29. DE LA HONESTIDAD DE LA ECONOMÍA LIBERAL Y BURGUESA.

Cuando el obrero acusa al patrono de imponerle salarios según su conveniencia, y cuando Marx lo acusa de esto, uno y otro atribuyen ingenuamente a aquel hombre negros designios que no tiene y un poder que le falta.

El salario del obrero, lo mismo que el precio de las mercancías, son datos sobre los que nada puede y sobre los que debe realizar sus cálculos de modo de hallar para su empresa un lugar intermediario entre ambos.

No puede rebajar los salarios sin correr el peligro de que sus obreros lo abandonen para ir a trabajar en otras fábricas. Tampoco puede, apremiado por la competencia, elevarlos sin exponerse a la quiebra.

El salario se determina por sí solo según la oferta y la demanda, con la impecable amoralidad de un nivel de agua.

Aun una "economía dirigida" (dicho de otro modo, sabiamente desviada por el Estado), aun una economía corregida por presiones sindicales, no pueden impunemente apartarse de estas leyes naturales.

Si los salarios son bajos, ello no se debe a la avaricia y maldad del empresario sino a la competencia involuntaria que se hacen entre sí los obreros, en razón de su número y de su incapacidad de independencia.

No es cierto que la "plusvalía" o, para hablar llanamente, los beneficios de la empresa se deban a la compresión de los salarios y menos aun a la extorsión fraudulenta de horas de trabajo excedentes; y prueba de esto es el que en las industrias más prósperas los salarios son más altos y las jornadas de trabajo se reducen a ocho horas.

Los beneficios de las industrias equipadas y dirigidas por el Capital provienen de la concentración de medios, de la división del trabajo, de sus articulaciones impecables, de su funcionamiento intenso y continuo, de la solidez de sus raíces y la amplitud de sus ramificaciones, del empleo de máquinas, de la aplicación de las ciencias exactas a los procedimientos de fabricación y de extracción, de las ciencias sociales y de las influencias políticas, al manejo de hombres y a la venta de mercancías. El valor de todas estas operaciones no tiene ninguna relación con ningún número de horas de trabajo del obrero medio.

30. RAZÓN DEL COMERCIO

Los planteos de Marx sobre los principios del Comercio y sobre la razón de las ganancias llevan el sello de la misma ignorancia de la naturaleza de las cosas.

Cuando afirma que el comerciante no tiene más función y profesión que la de vender bienes a un precio más caro del que valen, le atribuye un arte de prestidigitador o poderes mágicos de que carece.

Si gracias a engaños burdos vive a expensas del público, cabe preguntarse cómo, desde hace cuarenta siglos y aun más que dura la maníobra, ningún hombre (exceptuado Marx) no haya descubierto sus trucos.

Es falso decir que el comerciante no haya introducido ninguna modificación en el objeto que revende a un precio superior a aquél en que lo compró.

Lo hizo cambiar de lugar.

—¡Un detalle! Una contingencia!

—Sí, gran pensador, economista político, realista perfecto: ¡un detalle!

El espacio y el tiempo: ¡dos detalles! (Pero, ¿no habías olvidado otro hace un momento: el Creador?) Al hacer cambiar el objeto de lugar en el momento preciso, el mercader lo dotó de una cualidad nueva sin la cual sus otras cualidades nada valen: la oportunidad.

Al haber trasladado al objeto de lugar, todo se ha cambiado. Si el comerciante ignorara, como nuestro filósofo, esta verdad, quebraría (pero los Filósofos tienen la ventaja de quebrar sin advertirlo). Al llevar más rápidamente la mercancía al punto donde más se la reclama, el comerciante es el estímulo más fuerte de la circulación de bienes y el más sensible regulador de los precios.

Su ventaja—en contra de lo que podría creerse—consiste generalmente en vender a los precios más bajos.

La mercancía y el dinero son riquezas muertas si permanecen detenidas. Llevarlas a su destino del modo más expeditivo equivale a hacerlas vivir y ser.

Es tan falso ver en el comercio una gordura enfermiza, una excrecencia parasitaria, como decir del corazón que, porque no secreta la sangre que atrae a sí y despidió, es un chupador de sanguijuelas y una hinchazón¹.

¹ No pretendemos que todos los comercios estén al abrigo de la censura ni que ninguno pueda calificarse de parasitario, y hasta hemos mostrado lo contrario. Pero nuestra censura del comercio como juego de órden espiritual y religioso y la actual defensa es de órden económico.

En el comercio no deja de haber abusos, desde luego. Pero nada se define por sus efectos. Puede falsearse o forzarse el mercado por la propaganda, el acaparamiento, los fraudes. Pero la Competencia es aquella vigilancia y corrección que un mercader ejerce sobre el otro mejor que la ley más rigurosa, para mayor beneficio del cliente, es decir de todo el mundo.

El que de un momento para otro el precio de un objeto se duplica, o bien caiga verticilmente sin que el objeto haya aumentado o mermado, es un hecho incontestable que el economista debe tener en cuenta y explicar. Pero si cree que la mano del destalista produce el valor y que éste queda incorporado al objeto como la yema de huevo a la harina y al azúcar de la torta, el alza o la baja de los precios sólo puede parecerle un milagro o un escándalo.

El valor no es un producto.

El valor no es un objeto.

El valor no está en los objetos.

Está en el corazón del hombre, en sus deseos y en su juicio. Está en las relaciones entre hombre y hombre.

El valor de cambio es la medida de la intensidad del deseo o, para decirlo mejor, de la tensión entre dos o varios hombres cuyos deseos convergen sobre un objeto y se excluyen mutuamente.

Pero nada es más variable que el deseo, el cual puede transformarse en indiferencia o hasta en hastío.

Y la causa más común de la extinción del deseo es su satisfacción.

Entonces, si es fácil lograr la satisfacción, el objeto que la procura queda desprovisto de valor, aun cuando corresponda perfectamente a las necesidades más elementales y más fuertes, como por ejemplo el aire, el agua y la luz.

Es menester pues que el objeto sea raro y de difícil obtención, aunque de posible posesión.

Todos los bienes espirituales son raros y de difícil obtención y, por ello poseen un valor y, para mejor decirlo, son valores, aunque son de posesión imposible en el sentido de que se goza de ellos tanto más cuando se los goza en común; y los que los desean, desean que otros los deseen y los obtengan. Tales son los bienes de participación, por ejemplo la música y la verdad.

No comportan valor comercial; "no tienen precio".

Tampoco tienen precio los bienes que no toleran el intercambio ni el ser compartidos: por ejemplo el amor de la esposa, la libertad interior, la gloria que la obra da a su autor, la autenticidad que procede de la virtud unida al saber.

Sólo poseen valor comercial los bienes compartibles y de intercambio que son de orden inferior, limitado, material. Y semejantes bienes no tienen más valor que el que se les presta.

El valor que se les atribuye aumenta en razón inversa de su número y en razón directa del número de aquellos que los ansian y de la resistencia de aquellos que los poseen.

Ahora bien, si Poseer quiere decir Defender, Ganar quiere decir Conquistar.

Toda convergencia de codicias sobre un objeto es un conflicto latente.

Si el conflicto estallara cada vez, no habría sociedad posible. Cuando el conflicto estalla entre los miembros de una misma sociedad, se producen rapiñas y crímenes. Si estalla entre dos sociedades soberanas, hay guerra.

Pero la conquista constante, táctica y sin derramamiento de sangre, aunque no sin lucha, se llama Adquisición o Ganancia.

En lugar de golpear o de provocar a quien se quiere despostrar, se le convoca a parlamentar, se le ofrece un tratado.

Se le paga; y Pacere, pagar, quiere decir Aplicar.

Lo cual nos vuelve a llevar a lo que ya demostramos: que el comercio se sitúa entre el Juego y la Guerra.

Que si el comercio es un oficio, tal oficio pertenece a la naturaleza del Juego y de la Guerra antes que a la del Trabajo.

Si, del Juego de Azar, y la ganancia no se compra en él al precio de los esfuerzos, como en el Trabajo, sino al precio del Riesgo.

El riesgo de perder compensa aquí la posibilidad de ganar. Tal es el honor del Guerrero y tal la honra del Mercader.

31. ¿ECONOMÍA CIENTÍFICA O ENGAÑO MORAL?

Si alguien pone en duda la justicia de esta compensación del riesgo y de la posibilidad, nosotros lo seguimos.

Si alguien deplora la falta de caridad que implica la negativa a abandonar sin compensación un bien, aun cuando no se lo necesita en modo alguno, nosotros también la deploramos.

Si alguien cree más meritorio trabajar con sus propias manos en la fabricación de lo que uno necesita que traficar para procurarse los medios pecuniarios con que obtenerlos sin esfuerzo (es decir, mediante el esfuerzo ajeno), nosotros lo acompañamos en semejante creencia.

Creemos y afirmamos con todas nuestras fuerzas que sólo el trabajo es moral, al peso que el juego y la lucha no lo son o casi lo son tan poco como el robo.

¡Pero habría que saber de qué se habla!

¿De moral, oh Marx, o de economía?

Cabe hablar de la una o hablar de la otra. Hasta cabe intentar determinar las leyes de una economía conforme a la moral, y aun a la más alta moral, cosa que nosotros intentaremos.

Pero lo que debe evitarse es hablar de moral en términos de economía y realizar así un juego equivoco.

Ahora bien, Marx nos expone, so color de ciencia económica, una moral embozada.

Y el resultado de esta mezcla dudosa es una moral superficial, social en lugar de espiritual, política en lugar de mística, una moral larvada y engañosa, una moral de rebelión y no de justicia por un lado y, por otro, una "ciencia económica" enteramente inventada.

32. DEL VALOR Y DEL PRECIO

En materia económica no cabe hablar del "valor de una mercancía" fuera de su Precio.

Pues la "ciencia económica", como las otras ciencias (no es cierto, señores profesores!), considera nada más que los hechos de la experiencia; ahora bien, la única expresión del valor de las cosas que constituye un hecho económico es el precio.

El precio es la determinación objetiva y efectiva del valor que algo recibe en el intercambio, su realización verificable en un mercado.

El valor no se confunde con el Precio, ni tampoco con el costo, y menos aun con el costo de la única mano de obra a que Marx lo reduce de hecho.

El valor de la mercadería es el precio que tendría en un mercado universal donde se ofrecieran todos los objetos de la misma naturaleza al mismo tiempo y a todos los compradores posibles, sin artificio ni presión de ninguna índole: condición que jamás se da y que sólo podemos imaginar. Y sobre esta imaginación se funda la interpretación personal que es el juicio de valor. Es una "visión del espíritu", lo cual no quiere decir que no sea nada. Esta siempre efectivamente presente en el espíritu del vendedor así como en el del comprador, y sobre ella ambos basan la impresión de haber realizado un negocio "bueno" o "malo". Sobre esta base abstracta se puede discutir el "precio justo".

El Precio Justo, o valor ideal y virtual, al no pertenecer al orden de los Principios ni al de las verdades, sino al Plano de lo Artificial y al depender del Conocimiento-del-Bien-y-del-Mal, conocimiento que todos tienen poco más o menos, recorta a través de la complejidad de las relaciones ficticias sus curvas y sus sesgos al modo de las medidas estadísticas y se cifra en precios corrientes, convenciones provisionales e incesantemente oscilantes.

Además, no es más que un sostén del que cada cual cuelga su balanza personal, donde coloca las pesas de sus gustos, de sus

creencias, de sus recuerdos íntimos, de sus ilusiones, de sus vanidades, de sus caprichos, de su secreto que todo el mundo ignorará siempre.

De modo tal que el precio más ventajoso para el vendedor puede muy bien ser satisfactorio para ambos. Y si los dos están satisfechos, ¿en nombre de qué Imperativo Categórico, o de qué Ley de la Naturaleza decretaremos que uno engañó a otro y que éste procedió lontanamente al caer víctima de ese engaño que tanto lo contenta?

33. DE LAS TRES ESPECIES DE REUNIONES

Cierto que el comerciante nada añade a lo que es, pero el obrero tampoco le añade nada, puesto que nadie crea como no sea el Creador.

El obrero no hace más que separar los trozos o elementos de su conjunto natural para reunirlos en un nuevo compuesto: el producto.

El industrial nada crea: reúne a hombres de talentos diferentes y complementarios —obreros, ingenieros, inventores, administradores, capataces, representantes—, los coloca en ciertos edificios, los destina al servicio de máquinas o a trabajos de escritorio, les facilita la materia prima, los desembaraza del producto y suministra la mercancía al comerciante.

El comerciante halla la solución final, decisiva, la reunión definitiva, el remate de un largo circuito que comienza mucho antes de todo trabajo, en las riquezas que duermen bajo la tierra, dispersas allende el océano, perdidas en el polo, en el desierto o en la selva virgen: circuito que comienza con el descubrimiento y conocimiento de un recurso y que acaba después de mil rodeos, retrasos, azares, con la reunión del objeto y del comprador.

34. ÉPICA DEL NEGOCIO

¡Qué grandes poetas seriais, oh comerciantes, si tuvierais comercio con las Musas!

¡Qué epopeyas serían vuestras aventuras si supieseis decirlas y cantarlas!

¡Vuestro valor y vuestra audacia son el valor y la audacia de los héroes y tendríais su gloria si supieseis, como éstos, hacer algo por nada!

¡Qué fastuosos soberanos seriais, oh conductores de hombres, príncipes que reináis sobre los pueblos y sobre los príncipes, si no encerrarais vuestros esplendores en cofres y en sótanos! Antes que los poetas, antes que los pensadores, antes que los

arquitectos, vosotros, mercaderes, habéis hecho Atenas, Venecia y Florencia.

Sois vosotros quienes habéis abierto las puertas de Oriente, vosotros quienes habéis conquistado el impenetrable Imperio de las Indias, más rápidamente y enteramente que Tamerlán, así como más terriblemente, oh modestos devastadores, oh pillos alimbarados!

Armáis los ejércitos. Obedecen a otros pero, sin saberlo, os sirven a vosotros.

Todo os da ganancias, hasta la guerra y la ruina.

Podéis más que los trabajadores, que todo lo pueden arreglar, todo lo pueden transformar, todo lo pueden fabricar: podéis comprar su trabajo.

Sabéis más que los sabios, que todo lo saben penetrar, mudar y desintegrar: sabéis comprar sus descubrimientos.

Conocéis las cosas y a las gentes.

Conocéis esto y aquello, así como sus equivalentes, e intercambiais esto por aquello.

Conocéis el Bien-y-el-Mal y sus equivalencias, así como sus intercambios.

Sabéis comer su fruto: su corteza de bien, que es bella y dura; su pulpa de malicia, que es saludable y muy dulce; su pepita de bondad en cuya punta asoma el germen del mal.

35. MÍSTICA DEL COMERCIO

Enigma de Mercurio, Dios de los Mercaderes.

Misterio de Hermes, Maestro de los Grandes y de los Pequeños misterios, y Patrono de los ladrones.

Dios de las Relaciones, dios que no es Dios, indiferente a lo Absoluto, extraño a la verdad.

Dios Doble, de doble faz, de doble sentido, de doble fondo, Dios de las Relaciones.

Dios de los Mercaderes, dios de los intercambios, de las comunicaciones, de las relaciones.

Dios de las relaciones, de los cambios, dios relativo y cambiante, pero perpetuamente cambiante, universalmente relativo, relación y término, pero término bifronte; puerta, pero puerta abierta hacia los dos lados.

Dios de las relaciones, dios de los caminos y de las encrucijadas, mojión que incita a avanzar más allá de él, piedra risueña y vigilante alzada en el límite, en la bifurcación de la elección.

Puerto al cabo del mar, puerto abierto al mar, estrella y guía celeste en los peligros del mar, dios que convierte la barrera de olas en un vínculo entre las gentes, y el abismo móvil y terrible en el camino más recto y corto hacia la fortuna.

Dios de las relaciones, vínculo entre el cielo y la tierra y mensajero de los dioses, guardián de los caminos invisibles del viento, con alas en el casco y en el talón, delante de la frente y tras los pies.

Genio de las relaciones, inspirador de la Invención y de la Aventura que sabe transformar los hallazgos de la Ciencia y las maravillas de la Fábula en Negocios Prósperos.

Portador en la mano derecha del cetro recto de la medida donde se balancean dos serpientes ondulantes, enlazadas, la de la prudencia y la de la astucia, la del verano y la del remedio, la de la tracción y la del Enlace.

Dios de la Inteligencia, Protector prudente de los que se arriesgan, de los que calculan con audacia y saben mostrarse generosos por cálculo.

Dispensador no de dones sino de oportunidades, propicio a quienes saben tomar, favorable a quienes saben sustraer, complaciente con quienes saben disponer de la verdad, presentaría según su conveniencia y manejar el arma de la complacencia, practicar el arte de las combinaciones y de los acomodamientos; sonreír siempre, pero implacable con los imbeciles, los torpes, así como con los hombres brutales y de sangre ardiente.

Dios de las relaciones extendidas, de las celadas tendidas, aunque dulces, de los lazos no rotos, dios vencedor cuya astucia guerrera consiste en eludir la guerra obteniendo la victoria y el botín y, por añadidura, el consentimiento del adversario despojado y subyugado, convertido ahora en cómplice.

Magia de Inteligencia, Inteligencia de las relaciones ocultas de la sustancia con las relaciones, introducción a las potencias de los abismos interiores.

Planeta en el cielo, metal en la mina y luz subterránea.

Mercurio o azogue, metal frío y líquido, plata que devora el oro y disolvente universal, agente que disuelve el ser, lo hace pasar de una forma a otra y ondular como la vida. Magia de las transmutaciones que de todo obtienen oro.

Metáforas Trimágico 1 o: tres-veces-muy-grande-Serpiente de doble lengua, de cuerpo de oro y plata, amante de sí mismo de doble sexo, portador de una luz espejeante y doble, Conocedor supremo del Bien-y-del-Mal.

36. DEL VALOR INFINITO Y SUSTANCIAL A LA FICCIÓN MONETARIA

Hemos definido el Valor como potencia-del-Bien, como Cantidad-de-la-Calidad, como Reserva-de-Bien-Intente-en-la-Sustancia.

¹ Trimágico (Tria, tres veces) y Megistos, el más grande): título ritual de Hermes, maestro de los misterios de Egipto. Metáforas o más bien Magistóteles (Magistos, el más grande; ODM, serpiente).

Luego hablamos del "valor comercial" como Medida de la intensidad del deseo, medida de la tensión entre los deseos de varios.

Debemos mostrar ahora cómo esta última definición se enlaza con la primera, sin lo cual merecería el reproche que hacemos a la de Marx.

El Valor Absoluto, el único "Universal Concreto"¹, es el Bien-en-Sí, aquel que jamás se muestra, aquel cuya profundidad está más allá de nuestro alcance y jamás se nos "ofrece a los sentidos".

Es el valor que se presenta eternamente como objeto de Fe; y la "Fe es la sustancia de las cosas esperadas y el argumento de las Invisibles" (San Pablo).

Los valores supremos, como la Verdad, la Belleza, la Justicia, son sus atributos.

Los fijan en el lenguaje la Teología y la Filosofía, y los revelan la Religión y la Razón natural; los confirma el "Consentimiento Universal", según se dice, pero la universalidad de su formulación es de derecho antes que de hecho, pues sólo llega a su perfecta comprensión un puñado de elegidos, o tal vez sólo Dios.

Los valores supremos, la verdad última, escapan a las "medidas objetivas" y a las "observaciones exactas", no porque sean subjetivos y vagos sino porque son profundos e inmensos.

El valor de las personas depende de los rasgos de su carácter, que se manifiestan en parte en su conducta y en sus obras; de ahí el crédito que se les puede otorgar, y Crédito es la misma palabra que *creencia*.

Su valor se estima y expresa socialmente en su rango, su fortuna, su reputación, su autoridad, es decir, en los juicios de los hombres, *razados siempre discutibles y generalmente falsos*.

Pero el valor del hombre es la relación de la vida interior, de la conciencia, del centro del ser, con el Bien-en-Sí. Valor del hombre, secreto de Dios.

En cuanto al objeto considerado una mercancía, carece de vida interior (o por lo menos es impenetrable e indiferente en este respecto): está todo él abierta y, por lo tanto, carece de valor.

Pero está en relación con la interioridad del hombre, en cuanto que es objeto de deseo.

El deseo que está en el hombre sirve de interioridad al objeto y le confiere un valor de deseo-objetividad.

El valor del objeto es una proyección, un reflejo.

Aquí también el valor está en conexión con la *creencia*, pues

¹ Término hegeliano.

el objeto de valor es aquel que se cree portador de un bien futuro o posible, y si un día su posesión defraudada ello significa que el valor que se le atribuía no era más que un reflejo de formado.

De modo que, al paso que los valores verdaderos no pueden traducirse a un lenguaje que los defina, contenga, sondee y explique, sólo los valores falsos, es decir proyectados, los de los objetos limitados, materiales, son susceptibles de una medida numérica precisa porque son asimilables a la Cantidad, que es una relación de algo externo a algo externo.

Semejante relación se establece en el intercambio. Es una relación ilusoriamente objetiva, pues no resulta de la comparación de un objeto con otro objeto sino de la contraposición de un deseo-de-objeto con otro deseo-de-objeto.

Va de suyo que el pago no es un homenaje tributado a la calidad de un objeto sino una concesión realizada al poseedor para que lo ceda y se dé por satisfecho.

La relación de valor se expresa en un lenguaje particular que no es ni el de la Cantidad (el de las palabras) ni el de la Cantidad (el de las cifras). El lenguaje del valor conjuga una y otra puesto que el Valor es la síntesis de la Cantidad y de la Cantidad. Y no es un simple lenguaje sino que constituye al mismo tiempo un instrumento de medida. Ahora bien, así como es menester un objeto sólido para medir lo sólido, pesado para medir los pesos, del mismo modo es menester un objeto de valor para medir el valor de los objetos y para expresarlo. Es ese lenguaje concreto que se llama moneda.

37. POÉTICA DE LA MONEDA

La moneda es un falso objeto, tangible pero irreal.

Un haber del que nada puedo sacar, pues mientras lo tenga en mi caja, en mi bolsillo o en mi mano es como si no tuviera nada.

Si quiero sacar partido de ella, debo gastarla, y entonces ya no la poseo.

El oro o la plata con que está hecha la moneda no pertenece ya al mundo material de las cosas útiles. Podrían haber sido utilizados para fabricar una vajilla lujosa, joyas, ornamentos divinos o dientes postizos, pero amonedado deja de ser una mercancía porque nadie irá a gastar diez francos para comprar diez francos.

Por lo demás, el oro y la plata no han tenido nunca otra utilidad real que la del ser bellos. Sólo se prestan a un uso decorativo y simbólico. Esto es lo que los destinaba a convertirse en materia de la moneda, del mismo modo que el sonido es la materia inmaterial de la palabra.

El oro es el sol, es la sangre, es la sustancia de las cosas, las cuales son luz petrificada.

La plata es la luna, es el agua y la savia, es la leche femenina de la Naturaleza.

No se trata de apariencias, de comparaciones literarias, sino, si hemos de creer a los Filósofos o Alquimistas, de analogías inscriptas en la sustancia de las cosas, probadas por la transmutación de la materia negra en oro. Los médicos chinos devuelven el vigor y la paz al cuerpo enfermo mediante dos agujas, una de oro y otra de plata. La aguja solar estimula y la aguja lunar calma.

Añadamos que el oro es raro y concentra así mucho valor en poco espacio. Todo el trabajo de las minas, la cribadura de los ríos, las exploraciones, las conquistas, los descubrimientos, las transmuciones, móviles importantes de la historia de los pueblos, no llegaron (por fortuna) a hacerle perder su rareza; y cada vez que su masa aumenta en el mundo, al aumentar a la vez el volumen del tráfico su valor conserva una notable igualdad.

Es inalterable y se lo puede meter bajo tierra y aun bajo agua sin que la herrumbre o los gusanos lo afecten.

El oro es igual a sí mismo sin que importe de dónde se lo extraiga, y la diferencia entre un oro y otro oro es debida sólo a la aleación.

Es divisible y el precio de cada parte está en relación directa con su peso, el cual no es el caso del diamante ni de las otras piedras.

Todas estas cualidades justifican su empleo pero son a la vez sentidos que contribuyen a su significación cósmica.

Así el hombre de negocios testarudo, el financiero de ojos fríos, el traficante, que se jactan de no creer más que en lo que tocan, son tributarios, sin saberlo, de creencias religiosas primitivas, de tradiciones mágicas, míticas y místicas; y el avaro ofrece sacrificios ciegame a un dios desconocido¹.

Del mismo modo que el ojo es ojo y luz del cuerpo por la pupila, el oro y la plata sólo se convierten en moneda si llevan la acuñación, la efigie, el nombre, el número, la redondez del disco astral.

Esta rúbrica del Soberano consagra la moneda, la hace pasar del mundo de las cosas al mundo de los signos.

Es una cosa que significa otras cosas, pero que sobre todo significa derechos y poderes en el orden de las relaciones humanas. Es un metal convertido en *Especie*, y la palabra quiere decir: *Apariencia, Belleza, Reflejo*.

Que los hombres cobren apego—más que a los objetos, más

¹ "También la avaricia, que es idolatría" (San Pablo).

que al placer de los sentidos y del momento, más que a amar, a descansar, a pasear— a estas figuras convencionales de posibles ventajas es cosa que muestra en los más estúpidos un alto grado de imaginación abstracta, por lo demás inconsciente, insensata, extraviada, contrada. Éste es uno de los puntos en que mejor se toca con el dedo la naturaleza del Conocimiento-del-Bien-y-del-Mal y aquello que lo diferencia del Saber.

Si la moneda es un lenguaje, a diferencia de toda palabra, no apunta a la comprensión, no establece una comunicación entre los hombres sino que corta la relación mediante una partición y consuma la separación del pagador de aquél que es pagado.

Si se trata de un sistema de números, su exactitud, a diferencia de la de una ciencia, no da lugar a verdad alguna. Siendo a la vez una cosa y el signo de otra cosa, su modo propio de representación es la sustitución. Representa la ausencia de lo que representa.

Si el dinero es la expresión de un derecho, tratase de un derecho de hecho y de azar, de un derecho sin justicia.

El dinero es el dejar-pasar de todos los abusos.

Es el modo de apoderarse de los hombres pasando sobre las cosas.

Es la lengua de la astucia, del mismo modo que la palabra es la de la inteligencia.

Si no quieren falsear, digamos mejor, si se quiere no falsear todas estas relaciones con el prójimo, el mejor uso que pueda hacerse del dinero es pasarse sin él en la medida de lo posible.

38. DEL MUNDO DE LOS NEGOCIOS

El mundo de los negocios no es sin embargo una caverna de ladrones, una selva de fieras y de serpientes, un infierno sub-marino, Reina allí la decencia y hasta la amabilidad.

Las sonrisas estables, las manos que se estrechan cordialmente, las señales de respeto y la solicitud no son necesariamente sinceras en el mundo de los negocios.

Realizadas las verificaciones, depositadas las prendas, intercambiadas las firmas, los contratos se conciertan y consagran con comidas delicadas, libaciones en honor de la amistad y discursos floridos.

Si uno se guarda de engañar al colega y de despojarlo, ello no prueba que el temor a los procesos y sanciones de la ley hayan motivado semejante actitud, y púedese suponer, sin caer en lo ridículo, que los escrupulos morales hayan obrado en cierto modo. O que se es suficientemente sabio para suponer que, a largo plazo, la honradez ofrece más ventajas que su contrario.

Este mundo eminentemente humano y civilizado es aquel por el que Jesús no oró (Juan, XXII). Por de pronto, uno se pregunta por qué.

Trátese del mundo del que dijo: "El mundo me odia, pues soy testigo de que su sobras son malas". ¿Es qué son malas? ¿Y para quién?

Trátese del mundo del que Santiago dijo en sus epístolas: "Aquel que ame el mundo es enemigo de Dios" (IV, 4).

¿Cómo? *Mundo* significa *Orden*. ¿Cómo aquel que ama el orden, aquel que cuenta, pesa y ordena sería enemigo de Dios? El error consiste en creer que no hay más un orden, o que todo orden sea bueno, o que lo único que pueda oponerse al orden es el desorden.

El desorden no podría resistir al Orden, así como las tinieblas no pueden resistir a la luz, ni la carencia a la potencia. Pero ello es que el mal resiste. Por lo tanto se trata de un orden alzado contra el orden, de una potencia de las tinieblas, de una falsa claridad que torna opaca la luz. En realidad, el "mundo" y el "Príncipe de este mundo" aparecen respaldados por su conocimiento, su prestigio y sus virtudes.

El mundo de los negocios —y no la vana y decadente sociedad mundana— es el que más merece el nombre bíblico de *Mundo*, pues es el más serio, el más laborioso, el más civil, en una palabra, el más ordenado.

Y por lo demás, todos los mundos, el de los salones, de las cortes, de las embajadas, de los talleres y de los cafés, de las conferencias y de los congresos, todos los mundos son mundos de negocios.

Y el negocio del mundo es éste: servirse de la inteligencia. ¿Y para qué sirve la inteligencia como no sea para servirse del prójimo?

La inteligencia mira siempre a los otros como buenos medios para obtener sus propios fines, u opta por no mirarlos en modo alguno para no perder el tiempo, el tiempo que, como se sabe, "es dinero".

Nada hay en los hombres de lo cual un hombre avisado no pueda sacar partido: buenos sentimientos o malos deseos de los amigos, fortuna, relaciones, renombre, la belleza de una esposa, la flaqueza de la de los otros, el talento de éste, la vanidad de aquél, la ignorancia y la miseria de la gran mayoría, todo ello hace a su negocio si es inteligente, conecedor del Bien-y-del-Mal. La muerte súbita del padre es un negocio, el casamiento de la hermosa joven con un anciano muy enfermo es un negocio. El cohete para ir a la luna y la bomba para hacer saltar la tierra es otro negocio.

El negocio consiste en dedicarse a hacer lo menos posible, en dar lo menos y en obtener lo más. El negocio pronto llegaría

a la enormidad, es decir a lo absurdo, si cada cual no hiciera lo mismo por su lado.

Cada cual se presta, en caso necesario, a las maniobras del prójimo, con tal de que éste condescienda a secundar las suyas, y uno y otro lo hacen como quien no quiere la cosa.

El cliente es para el almacenero un paso hacia su fortuna; y éste es para aquél una mano que le tiende un paquete de azúcar o una pastilla de jabón: "¡A su servicio, señor, soy yo quien debe agradecer!"

El obrero es para el patrono uno de los elementos de su empresa, uno de los factores, desgraciadamente indispensable, de su ganancia; el patrono es para el obrero los anteojos de la vigi-lancia y la cartera del salario.

La muchacha de las calles obtiene del transeúnte lo que deseaba de él y éste obtiene lo que de ella deseaba. Se separan, a mano y contentos.

¿Por qué este hombre honrado envía a su hijo a la escuela? Preguntadsele y no lo ocultará: ¡para que más tarde logre una buena posición en el mundo! ¿Y en qué consiste la bondad de una posición? En obtener altos beneficios con poco esfuerzo, de modo que los esfuerzos del prójimo se resuelvan en beneficio nuestro, así como el agua en su caída hace girar la rueda del molino.

Al paso que todas las verificaciones de la legalidad, todas las bendiciones de la moralidad permiten que todo se haga y que todo pase.

La ley y la moral consisten en no hacer nada, en no quebrar nada a fin de que los negocios continúen girando sin que chirrien los ojos o cedan las estructuras.

De modo tal que, en efecto, todo sigue un orden y una especie de justicia se establece por la fuerza de las cosas.

De esto resulta un orden material de las cosas humanas conforme a las leyes de la conservación y de la inercia, de la impene-trabilidad y de la pesantez, un orden de todo punto contrario al orden de la caridad.

Junto al desorden, a la carencia, al vicio, al crimen, el mundo conoce pues un orden impecable que constituye la excelencia del Pecado y el Pecado por excelencia.

La economía es una de sus expresiones más perfectas.

La serpiente es un animal sin pelos ni plumas. Está toda ella hecha de oro y de plata.

39. DE LA VENTAJA DEL BENEFICIO MUTUO SOBRE EL SIMPLE ROBO

La moral no entra en los propósitos de este capítulo que trata de economía. Por lo tanto sólo por conveniencia económica les aconsejo que no roben.

Ninguna economía sería se funda en el robo. El beneficio rápido y de uno solo no es perdurable. Y la economía —aun la economía menos política y la más privada que quepa imaginar— está expuesta al perpetuo azar y al desorden.

Pero si sois astutos, cautelosos, vigilantes, audaces, según debe ser un ladrón excelente, sacareis buen partido si elegís el Juego del Beneficio Mutuo.

El juego consiste en tirar hacia sí cuanto se pueda, pero en aceptar a la vez que todo el mundo tire también hacia sí.

El juego del Beneficio Mutuo no es un pasatiempo facultativo ni una divertida fantasía, sino una rama importante de la Ciencia del-Bien-y-del-Mal y constituye la ley fundamental del mundo civil, del mismo modo que la de Gravitación y Gravedad es la del mundo físico.

Consiste en el juego de atracción y de repulsión gracias al cual todo ocupa su lugar en una circulación regular y en un orden estable.

La imbricación de los intereses contrarios forma un tejido apretado en que las estafas hacen desgarrones pero en que asimismo las pasiones generosas, los actos caritativos, las inspiraciones divinas hacen agujeros y quemaduras. Esto explica la importancia de los santos en todos los tiempos, pues debaratan el juego tanto como los fulleros, aunque con menos discreción; en suma, se vuelven insoportables y serán castigados hasta ser sacados de la circulación y crucificados, en la medida de lo posible, entre dos ladrones.

Pero no seáis ni lo uno ni lo otro, limitaos a jugar el juego pues, además de las ganancias que os valdrá la fortuna del juego corregida por el talento, os beneficiareis con la cobertura de todas las bendiciones de la moral. Y aún aquí que no se crea que deseo predicar pues puedo demostrar el valor contable de la dicha cobertura.

En semejante juego gana el hombre suficientemente inteligentemente para no considerar el beneficio del otro como un inconveniente inevitable sino como el señuelo de una ventaja a más largo plazo; gana el hombre que siempre vela, en los mejores negocios que se le presenten, porque el otro se vaya contento para que tal vez vuelva a ofrecerle sus mercancías o su clientela.

Si creéis que el contenido de su víctima es un problema de la especie de la Cuadratura del Círculo, ello significa que nada

entendéis de la Ciencia-del-Bien-y-del-Mal. Toda el secreto del Comercio (y todo es Comercio) reside en la Conversión de las Desigualdades y en el Cálculo de la Igualdad de los Incomensurables, operaciones que se apoyan en este principio: las cosas no tienen más valor que el que se les confiere.

No tenéis más que salir en busca del hombre capaz de encapricharse furiosamente por aquello a lo cual no concedéis el menor interés, y cedérselo lo más completamente del mundo al precio más alto, para que el sujeto en cuestión os muestre gratitud.

La Conversión de las Desigualdades consiste en obtener un bien a cambio de un bien menor, aunque más brillante, más nuevo y que se ofrece en el momento más oportuno, u ofrecer un bien imaginario a cambio de un bien real, como por ejemplo polvos humar o un título de conde por dinero contante y sonante.

El Cálculo de la Igualdad de los Incomensurables: uno vende un cuadro surrealista y compra una casa de sólida piedra, otro compra una hermosa dote al precio de una despreciable esposa, otro se mete en el bolsillo sus convulsiones para tomar el Poder, otro truena su sudor y su sangre por una albanja; por medio de una donación a la Casa de Expositos Municipal, otro se procura los honores de una placa conmemorativa cuyo pleno disfrute se asegura para después de su muerte.

En conclusión, tirad hacia vosotros con brio, pero también soltad y hasta empujad en lugar de retener, haced trabajar el resorte del vaivén, sin lo cual todo lo desquilaréis.

Y creedme, el mejor negocio consiste en ser honrado. La fórmula, lo confieso a mi pesar, no es mía. Supongo que es de origen norteamericano.

Es la más política de las economías y la más económica de las morales.

40. UN CONSEJO DE AMIGO

No os aconsejo, pues, el robo porque (perdonadme la insistencia) el éxito es muy raro y el precio del riesgo demasiado grande.

Pero en desquite, os recomiendo calurosamente que seáis los hitos y herederos del ladrón que tuvo éxito.

Pues el viejo se ha llevado consigo sus inquietudes, sus bajezas, sus remordimientos. Eso no es cosa vuestra. Lo que es vuestra es la tranquila posesión de la herencia.

¿Qué decis? ¿No se trata acaso de un juego de manos admiri-

rable que supera en prestidigitación las más hermosas hazañas del viejo ratero?

¡Escamotear la falta sin sufrir la menor disminución del fruto!

41. LA LEY VELA

La ley vela por nosotros, pero es corta de vista y su falta de imaginación se muestra casi total.

Vigila los dedos del que toma en el instante del intercambio, y a veces ella misma trampea en ese espacio de un abrir y cerrar de ojos.

Pero apenas el asunto está concluido, apenas el objeto está en la bolsa, debe su aquiescencia y su consagración indistintamente a toda propiedad.

Si por ejemplo los beneficios anuales de alguien se elevan a mil quinientos millones, jamás se le ocurrirá preguntarse qué índole de servicios puede prestar a la sociedad semejante persona, por una remuneración tan elevada.

Pero que a nadie sorprenda en la vía pública en flagrante delito de vagancia, pues al instante lo hallará sospechoso y hasta lo declarará culpable, pues la vagancia es un delito según el código (la prostitución no lo es, ni tampoco el ocio). La ley, que está allí para proteger los bienes del ciudadano, no sabe qué hacer ni qué pensar del vagabundo. ¡Ni siquiera puede reconocerle el derecho de no tener nada que ver con ella!

El vagabundo no está en el juego. ¡Sin embargo, se trata de un derecho que ha comprado, y a alto precio!

No creáis, señores, que la Ley impida danzar en redondo. Por el contrario, vela por el círculo y la circulación. Es el eje sobre el que gira la rueda de la fortuna.

42. DE LOS TRES ESTADOS DE LA MATERIA ECONÓMICA

Allí donde la materia económica —dinero o mercancía— se presenta en estado líquido no conviene que se congele o quede estacionada, pues por poco que la circulación cese o se aminore su ritmo, de ello resulta un perjuicio casi igual a la miseria.

Tal es el caso de la moneda corriente, de los artículos producidos en serie y sobre todo de las mercancías perecederas.

Pero la propiedad de bienes raíces constituye la riqueza en estado sólido: tierras, terrenos, inmuebles, establecimientos. La ruina de un caudal se llama *Liquidación*.

El Dinero se llama *Capital*. Mientras que la moneda corriente nunca vale más de lo que cuesta, el dinero amasado se carga de un valor nuevo en virtud de su masa, que es tanto más rara cuanto más grande. Aun cuando el agua y el hielo sean la mis-

ma sustancia, no sirven para los mismos usos; lo mismo ocurre con el dinero que, en estado líquido sólo sirve para ser gastado, pero que, condensado en capital, se presta a la adquisición de un solar, a la fundación o dirección de una empresa y, por consiguiente, da derecho al usufructo.

Si el socio capitalista recibe más que el obrero, aun cuando manejar la pala sea más penoso que entregar una suma, por grande que sea, más que el ingeniero, aun cuando la posesión de un millón sea una prueba de inteligencia menor que la posesión de un diploma, ello no indica que haya forzado a todo el mundo a pagarle tributo sino que su concurso (no menos indispensable que el de los demás) probablemente haya sido más difícil de obtener. Si los trabajadores fueran menos numerosos y los capitales menos raras, los salarios aumentarían en igual proporción y la renta bajaría.

Marx habla predicho (hoy la predicción ya no es cosa de los profetas sino de los sabios) que el Capital se destruiría a sí mismo y que la Revolución sólo tendría que darle el golpe de gracia. En efecto, puesto que para el rico el Capital es el medio de obtener su riqueza del pobre, y que semejante medio emriquece cada vez más al rico y empobrece cada vez más al pobre, el capital acabaría por minar sus propias bases y desmoronarse estrepitosamente.

No obstante, sucedió lo contrario en los países en que el régimen capitalista, no habiendo sido destruido por la fuerza, pudo seguir su evolución natural.

La ascensión del pobre desde entonces es continua¹, mientras que los rentistas y poseedores se muestran cada vez más inquietos por su propia suerte. Muchos de ellos buscan empleos y salarios. Adoptan, por lo demás, la ferga y las mantas del pueblo, al peso que el pueblo se instruye, se viste, se instala y se divierte al modo burgués.

El aburguesamiento del proletario y, con cierto retraso del campesino, es un fenómeno general que no afecta sólo el lado exterior de las cosas.

En los países capitalistas, el valor global de las pequeñas propiedades supera notablemente el de las grandes fortunas, mientras que las múltiples "sociedades por acciones" hacen participar al pequeño ahorrista de los beneficios del Gran Capital, cosa que prueba hasta qué punto es cierto que la diferencia de lo líquido a lo sólido no es cuestión de cantidad, ya que un billete de mil francos es Moneda, mientras que una acción de mil francos es *Capital*.

En ciertas fábricas (sobre todo en los Estados Unidos) se adjudican, a modo de prima y como parte del pago, acciones de

¹ No negamos, por lo demás, que los comunistas hayan contribuido en algo a crear esta situación, y, sobre todo, el temor al comunismo.

la firma al obrero, haciéndolo participar así en la "plusvalía" y enlazándolo a la suerte del Capital.

Por lo demás, no cabe suprimir el Capital sin reducir al mismo tiempo la producción y circulación de bienes.

Ciertamente el Capital no es necesario, puesto que los pueblos del Bajo Congo se pasan muy bien sin él. Quienquiera quemé las malezas de un terreno y siembre allí mandioca es poseedor del campo hasta la cosecha. El robo, la servidumbre y la miseria son desconocidos en aquella región. Mas, ¿son capaces de hacer otro tanto los comunistas?

En todo caso, no lo han hecho. Lo que han hecho es tomar con la mano derecha y con la izquierda el Capital; después de lo cual obligaron a la masa de los no comunistas a trabajar para ellos.

En los países soviéticos el capital no pertenece a nadie, sino al Estado. ¿Pero quién es el Estado y a quién pertenece?

En los países capitalistas, el Estado sostiene, pone a flote y, en fin, toma a su cargo los negocios más grandes; esto se llama nacionalización y no modifica en nada la vida del país.

El aburguesamiento prospera de uno y otro lado. De uno y otro lado se elaboran instituciones de todo punto semejantes, instituciones que, cuanto más se asemejan, más se oponen. He ahí la Dialéctica de la Historia: los contrarios que surgen uno del otro para confundirse y que confirman la doctrina de Marx de modo completamente distinto del que él había creído o deseado.

Retirámonos ahora al tercer estado de la materia económica: el estado gaseoso.

La economía en estado gaseoso es el Crédito.

43. DEL ESTADO GASEOSO Y DE LA EVOLUCIÓN DE LA AVARICIA

Al principio, toda mercancía servía de moneda para la compra de cualquier otra mercancía, a menos que hubiera como punto de referencia de todas ellas una mercancía de general conveniencia, así, nuestra lengua conserva trazas de la cosmumbre (más antigua que ella) de avaluar un patrimonio en cabezas de ganado (pecunio, peculio) y de contar las pequeñas sumas en puñados de sal (salario).

Los navegantes fenicios, traficantes de envergadura y de genio, inventaron la moneda de oro y plata, representación tan exacta de la riqueza que la cosa llevó a equívocos.

Llamamos avaro al que se equivoca y toma la representación por la cosa representada.

La Avaricia no es apego simple a los bienes terrestres (y

hasta es todo lo contrario): la avaricia es un error (una falta contra el conocimiento) respecto de la naturaleza de aquella plata que es objeto de apego.

¡Cuántos hombres se perdieron por el dinero! No hablo de la pérdida del alma, sino que digo: por el dinero perdieron sus cuerpos y bienes.

Lo muestra la historia del rey Midas (el que acabó con orejas de asno). A Baco —y se había hecho acreedor a ello— pidió la gracia de que todo lo que tocara se transformara en oro. Y el dios, que había bebido de su vino, recibió con sonrisa divertida semejante pedido necio y le concedió el favor. Pero como el oro no era comestible, el más rico de los hombres se vió en trance de morir de hambre.

La conquista de América por los españoles constituye otra ilustración trágica de la misma verdad.

Su causa fué la sed de oro. Y su efecto fué la ruina del reino de España.

Aun cuando hubieran traído diez veces más oro del que había en circulación en el mundo, los conquistadores no podían, como premio a tantos esfuerzos, riesgos y sangre sino hacer perder al oro las nueve décimas partes de su valor.

Por lo demás, aún no estaba acabada la conquista cuando todo el oro del Perú sumado al de España estaba en manos de los filamentos y de otros pueblos, que no habían tomado parte ninguna en la expedición. Pues el oro adquirido en los combates y gastado en las celebraciones va, con la misma precipitación del agua por un valle, a reunirse con gentes industriosas y laboriosas y con las regiones bien cultivadas.

Durante aquel tiempo los puritanos de Inglaterra y Holanda se establecían en el mismo continente, en procura de tierras de refugio y de trabajo, y la cuarta parte del oro del mundo está hoy en sus manos.

Cuando se inauguraron los tiempos nuevos, navegantes y negociantes no menos aventureros e inventivos que los fenicios (hemos nombrado a los ingleses) descubrieron el papel moneda aplicando el Conocimiento-del-Bien-y-del-Mal a las operaciones algebraicas y haciendo pasar las finanzas al estado gaseoso.

La plata no es una mercancía sino la promesa de una mercancía. El billete de banco no es plata sino la promesa de plata.

El promesa lleva la garantía del Estado soberano. Se puede y se debe estar tan seguro de la garantía del Estado que se torna inútil y absurdo ir cada vez a reclamar una entrega de plata en el ventanillo; la promesa está destinada, pues, a seguir siendo promesa y la posesión del billete nos asegura que jamás veremos la plata. Pero, ¿para qué hemos de verla? ¿Acaso no nos basta con saber que la tenemos?

Por una destilación secular, la Esfinge, que es la esencia sutil de la moneda, se extrae del mismo modo que el perfume de la flor. En cuanto a la masa metálica, queda relegada a la sombra. Embarazosa y de transporte difícil, queda en los sótanos del Banco.

El banco que primero emitió billetes obtuvo este privilegio del Rey de Inglaterra, como agradecimiento por una gran suma que le había prestado. Los billetes tenían por caución dicha suma y, por consiguiente, la palabra de dicho Rey, de modo que todo poseedor de billetes podía contar con la seguridad formal de que el dinero correspondiente faltaba en los cofres del Banco. La combinación tuvo éxito e hizo reverdecir las finanzas del Reino; así se fundó el Banco de Inglaterra, modelo de los otros bancos nacionales.

La reserva bancaria debe bastar para hacer frente a los vencimientos. Es poco probable que todos los portadores de billetes vayan a exigir a la vez lo que se les debe. A menos que se produzca el pánico, como ocurrió en Francia con los asignados. Aun cuando no haya llegado la hora de que el público pierda la costumbre de amontonar dinero, nadie tiene interés en que le demuestren que el billete que posee nada vale. A todos conviene considerarlo valioso sin pruebas y semejante confianza le confiere el valor que podría faltarle.

El misterio de que se rodea, frente al ciudadano, el total de los depósitos que duermen bajo buena custodia, asegura al Tesoro una elasticidad de la que los hombres hábiles saben sacar partido. No obstante, es preciso observar las leyes de la dilatación y conocer los límites más allá de los cuales puede producirse un desastre: la inflación y la bancarrota. El cambio puede bajar o elevarse en todo momento, según los sucesos y los datos, del mismo modo que la presión de los vapores con la temperatura.

Harpagón no sabe ya en qué confiar; la avaricia parece atacada en sus fundamentos. La sutilización de las especies debería lógicamente suprimir este pecado mortal.

Sin duda, existen personas que suspiran por la "carestía de la vida" y que viven de las rentas de su renta. Vense aún de esos pobres ricos que torturan entre sus dedos un portamonedas retráctil y pagan sus cuentas con una mueca que haría creer que les arrancan un diente. Pero son provincianos, seres rezagados. Harpagón ha muerto y su herencia pasó a su hijo, el Hombre-de-Dinero.

El hombre-de-Dinero es tan poco propenso a guardar el dinero y a mirarlo que pasaría por ser generoso.

Si su padre lo viera, lo trataría de loco, loco como un enamorado o un poeta, y renegaría de él.

Se engañaría. Lo mismo que Harpagón, no piensa más que en

el dinero. No hace nada por nada y todo acaba en su propio beneficio, hasta sus distracciones y afectos.

Si gasta poco para sus diversiones, lo hace porque le resulta mucho más divertido ganar que divertirse. Y así invierte en los negocios el dinero que gana en los negocios, a fin de ensanchar el torbellino de los negocios.

La vanidad de esta agitación que gira en redondo es evidente, aunque no para él, que la toma por la cosa más importante del mundo. Tal es el espejismo que se llama Avaricia. El padre era avaro y el hijo es ávido, pero los antiguos tenían, no sin razón, una sola palabra para designar las dos cosas.

La pasión cobra la forma de su objeto y el color de las circunstancias. Ningún vicio se corrige por la fuerza de las cosas.

Lejos de explicar todo el comportamiento del hombre, las "condiciones económicas" ni siquiera dan razón de lo que parece estar en relación directa con ellas: la Avaricia.

Existen recaudadores de impuestos, y hasta tesoreros de obras pías, que se contentan con un magro salario y no procuran acrecerlo, pero que, por amor a su caja, se vuelven feroces y sinuosamente ávidos, se entregan sin escrúpulos a las exacciones más brutales. Avaricia desinteresada, abnegada, absolutamente gratuita.

Esto lleva a pensar que la abolición de la propiedad no afectaría en nada a la avaricia sino que la impulsaría a hallar formas más evolucionadas.

44. FILOSOFÍA DE LAS FINANZAS

Hay momentos en la vida de un hombre en que la falta de una suma de dinero le cierra el camino de la esperanza, lo arroja de su casa, lo separa de los suyos o lo expone a la ruina, a la prisión, tal vez a la muerte. Si no tiene amigos o si, según suele ocurrir, todos sus amigos se hallan de pronto pobres ese día, se sentirá satisfecho si encuentra un usurero que consienta en sacarlo del apuro.

No obstante, el mundo está lleno de ingratitud para con esta especie de salvador.

Las maldiciones religiosas y las severidades de la Ley lo persiguen.

Si tuviera que defenderlo, diría: ¿Acaso no es normal pedir por una mercancía o por un servicio todo lo que el cliente está dispuesto a dar?

¿Quién de vosotros, de poseer un cuadro de tierra que la ciudad veclan acobó por englobar en su crecimiento, se negará (si os lo sollicitan de todas partes) a cederlo por diez veces más de lo que lo comprasteis?

¿Y dónde estaría el mal si lo cediera por cien veces más? Un departamento de dos habitaciones en París o en Niza se alquila más caro que un castillo en los montes Lozère.

Si semejante iniquidad os indigna, desfilad en manifestación por la calle y reclamad la abolición de la Ley-de-la-Oferita-y-la-Demanda.

Sea lo que fuere, la regla quiere que el interés exigido por un préstamo no supere el cinco por ciento. Pero por tan poco, ¿acaso conviene arriesgar el interés y el capital, sin contar con la posibilidad de que haya que entablar un proceso enojoso? Mas vale comprar una tierra o un negocio, y así el fruto será el hijo legítimo de vuestro dinero.

La colocación de vuestra suma, es decir, la compra de una parte de una empresa industrial, comercial, inmobiliaria o marítima, está a mitad de camino entre el préstamo a interés y la puesta en marcha de una chacra o de un negocio. La Compañía en que comprometéis vuestros fondos no os debe el simple interés de vuestro aporte sino una parte proporcional de sus beneficios.

Estos beneficios pueden ser tan elevados como los que un usurero arranca a sus deudores, pero esta vez la operación será legítima, como hemos mostrado más arriba.

Ahora bien, un negocio que se reveló bueno durante algunos años puede declinar, al paso que otros, difíciles en sus comienzos, prometen una hermosa expansión; vendad vuestras partes del negocio que se halla en el punto más alto de su curva, algo antes de que empiece a descender, e interesados por otro que se halle en plena ascensión.

Repetid la operación cuantas veces podáis. El aporte de gas hará chisporrotear vuestro capital.

Esto es lo que se llama especular: la palabra significa juego de espejos y se aplica tanto a las transacciones de los financieros como a las de los filósofos.

Es corriente partir de un préstamo para poner en marcha un negocio; luego, con los primeros beneficios —y si éstos no bastan, con nuevos préstamos—, suele comenzar el reembolso. La marcha de los negocios llena el primer hueco, creando otro hueco que reclama una nueva afluencia, del mismo modo que la explosión y la expulsión de los gases hace girar el motor.

Pero basta que un eslabón ceda para que toda la cadena se deshaga. Lo cual explica las crisis tan periódicas como imprevisibles que azotan a los países más ricos, alud artificial o más bien desmoronamiento natural de una montaña de artificios.

Ante aquellas columnatas pregunté:

—¿Qué templo es éste?

—Es la Bolsa de Valores —me respondieron.

¡Cuán lejos estamos del vínculo entre el Trabajo y la Riqueza, la Virtud y la Fortuna, la Bendición Divina y la Prosperidad! Miramos desde arriba estas ingenuas justificaciones cuando las miramos desde estas cumbres del Conocimiento-del-Bien-y-del Mal.

Pero, ¿cómo se nos revela a la vez la verdad de la naturaleza de la Posesión! "¡Ay de los ricos!", está escrito, sin distinciones, miramientos, ni explicaciones.

43. DE LA NEUTRALIDAD DE LA ECONOMÍA

Si queréis saber qué es la Economía id a Tivoli, cerca de Roma.

Allí y desde lo alto de los peñascos, entre los husos de los cipreses y las vegetaciones colgantes, vi bullir cascadas desmenuzadas. Los antiguos, conmovidos por la santidad del lugar, habían erigido allí templos cuyos vestigios coronan las cimas, prolongadas por la columna de una gran nube.

Allí soñaron y cantaron Virgilio, Horacio y Tibulo. Allí Leonardo vaciló y meditó, temblando antes de tomar los pinceles. Allí Claudio de Lorena y Corot se estacionaron en el recogimiento. Pero, en fin, llegó la Economía. Llegó, vivó y venció. Colocó sus canales y dispuso toneladas de hormigón bien calculadas, acabando así con aquella licencia de ensañaciones y de aguas desperdiciadas.

Pero, ¿qué crimen es éste, no previsto por ningún código penal ni moral?

¡Y decid! ¿Qué opináis de esa lámpara que está ante el altar mayor, y que no es sino una lamparilla eléctrica, una ofrenda mecánica de poco costo, risotada del Diablo a modo de adoración perpetua?

Ved, dicen las gentes: ¡es muy económico! Y con el corazón oprimido, contemplo el nuevo objeto, la curiosa máquina, el pequeño truco.

El pequeño truco es de hierro batido recubierto con una capa de níquel o de materia plástica rosada. Espejes, brinca, chisporrotea y hiede. Es horriblemente cómodo y lindo y cuesta horriblemente poco.

¿En qué recodo del mundo podemos ponernos al abrigo de los practicantes, traficantes y fabricantes de pequeños trucos? Otra, los bosques y los montes ofrecían refugio seguro. Pero hoy el Himalaya y los dos polos están amenazados por una invasión y el desierto perdió su pureza.

El *Homo oeconomicus*: forma una nueva raza de invasores bárbaros. ¿De dónde viene? Ni del este ni del oeste sino que sale de bajo tierra, especie de enanos astutos y contrahuecos.

En cuanto se abaten sobre un país rico, parecen langostas que devoran las mieses, parecen el incendio de la guerra que no deja más que luto y cenizas.

Pero mientras que, una vez pasada la guerra, el trigo vuelve a crecer al punto y nuevas construcciones se alzan sobre las ruinas, allí donde el Hombre económico extiende su conquista la hierba ya no brota jamás. La evidez de luchar constituye una desolación definitiva, tanto en lo invisible como en lo visible.

Contemplad la comarca de los mineros, o Saint-Etienne, o Alès. Reconoced allí la imagen del Mal, el color, el olor, la voz del Mal.

—¿Qué mal? Son lugares de trabajo y no de recreo. Son fuentes de fuerza y de riqueza, y no de inspiración. Espiritualmente, la economía es "neutra".

—A los neutros Dante asigna por morada el primer círculo de su Infierno; almas mal nacidas, son presa del torbellino de una agitación incesante y "de ningún reposo parecen dignas". Es el Reino de aquellos ángeles meliocrates que no se pronunciaron ni por Dios ni por el Diablo.

... Ma per sé foro¹.

El árbol se juzga por sus frutos. La metódica, laboriosa, "cientizada" preparación de la Bomba es el fruto ya maduro de la infernal neutralidad de la economía.

La economía consiste en la explotación de los más preciosos dones del Espíritu: la razón, el saber, la intuición, la invención, la palabra; de las más altas virtudes del alma: la valentía, la prudencia, la fuerza, la paciencia, la perseverancia. Frutos preciosos que, apartados de la verdad, se vuelven por entero hacia la utilidad y el provecho. La economía es la mordedura misma del Fruto-del-Conocimiento.

46. DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Acabamos de definir la economía y mostramos más arriba en qué consiste la ciencia moderna, ciencia separada de la Sabiduría, extraña a la piedad, ciencia sin conciencia, prostituida al lucro y servidora de la utilidad.

Para saber lo que puede ser una "Ciencia Económica", basta con realizar la suma de las dos. Es como la mermelada sobre la manzana: una doble capa de malignidad.

Así, los grandes malignos de hoy se relamen. Tienen la boca llena y todas sus explicaciones sobre todas las cosas quedan suspendidas, del mismo modo que sus justificaciones y juicios, de sus leyes absolutas.

¹ ... Sino que fueron para sí.

El primer punto consistirá en preguntarse si existe y si es posible una ciencia semejante.

La vida económica es la suma de innumerables actos cuyos móviles se ocultan en las entrañas de los hombres, donde no penetra la observación de los sabios. El aplicar a las fluctuaciones del fenómeno el estudio objetivo y el cálculo de probabilidades equivale a dejar intacto el foso que separa los efectos de sus causas, el conocer del ser.

En realidad, la Economía Política disputa a la meteorología el último lugar en cuanto a la previsión del tiempo que hará mañana, y a la medicina académica el último lugar en cuanto al hallazgo de un remedio para las miserias humanas.

"Nada —dice Jacques Ellul—, nada ha revelado tanto la vanidad de la Economía Política como las explicaciones contradictorias y los remedios contradictorios respecto de las crisis. Para unos, la causa de ellas es una sobreabundancia invencible de mercancías, y para otros una insuficiencia de producción; para unos es un exceso de ahorro, y para otros una insuficiencia de él. ¿Y en cuánto a los remedios? Hay que elevar la tasa de los descuentos; pero ocurre que otro dice que es preciso bajarla; un tercero declara que es menester estabilizar los salarios, pero también cabe demostrar que es menester disminuirlos."

Al paso que no hay más que una física, que una geometría, que una entomología, hay casi tantas economías políticas como economistas. Las hay tantas como actitudes políticas. Lo cual muestra que no es sino una presunta ciencia, un baratillo de nociones, de fórmulas y de doctrinas, un arsenal de argumentos para la opinión pública.

Y no es que no haya en ella materia para severos estudios. Hay materias de todas suertes. La compra, la venta, la Gestión, el Rendimiento, la Renta de la Propiedad Raíz y de los Bienes Inmuebles. La Herencia, la Repartición, la Dote y la Donación entre vivos. La Herramienta, el Equipamiento técnico de la Explotación Rural o de la Empresa Industrial. La cárcel, la Chacra, la Cría de Ganado, la Industria Láctea, la Industria Harinera. El Precio impuesto al Pan y los Impuestos al Tabaco. El Salario. Los Sindicatos. La Cooperativa. Las Grandes Compañías. La Sociedad Anónima de Responsabilidad Limitada. El Monopolio. Los Trusts. Los Fondos de Comercio al por mayor y al por menor. La Buhonería. Los Mercados y las Exposiciones. Las Tiendas de Ramos Generales, la Venta en Subasta y la Feria Rural. La Contabilidad, la Representación, la Propaganda. La Banca. La Bolsa, el Cambio, la Aduana, la Caja de Ahorros y el Montepto. El Cheque, la Letra de Cambio, la Cotización, los Títulos, la Tasa, los Alquileres y los Arrendamientos. Los Seguros Sociales y la Asistencia Pública, La Emigración, la Exportación, las Minas, los Puertos, los Transportes, los Deportes, las

Carreras y las Apuestas Mutuas. La Factura y el Flete. La Construcción y la Prensa. Los Astilleros Navales y las Instituciones Filantrópicas. El Fisco, el Presupuesto, el Déficit, la Lotería Nacional y los Bonos del Tesoro. Los Ríos y los Bosques. Los Puertes y Calzadas. Los Canales y los Diques. El Casino y la Ruleta. Las Subvenciones a los laboratorios y a los observatorios. Las Patentes de Invención y los Derechos de Autor. El Oro Negro y el Agua Pesada. El Pool. La Pila Atómica. La Desocupación, la Huelga, el Lock-out, los Krachs, los Bonos, la Congelación de Créditos, la Inflación, la Crisis, la Defensa Nacional, los Espectáculos, la Moda, la Artesanía y el Turismo, el Balance de las Congregaciones Religiosas y la Filatelia...

Inventario que, lejos de ser una invención de maese Alcofribas Nasier, no es más que la seca enumeración de temas elementales de estudio a los que es preciso sumar la de las Utopías, las tres cuartas partes del Código civil, el Derecho Comercial, la Estadística, amén de un importante capítulo de la Historia Universal.

* * *

La falta irreparable de la Ciencia Moderna es la falta de un sabio que la sepa.

No existe ninguno que sepa ni siquiera una ciencia, y ni siquiera la mitad de ella.

Entonces, en lugar de contener a su ciencia y de ser esclavido y agigantado por ella, está contenido por ella y ahogado en ella.

El trozo de realidad que tiene ante su lupa, preciso y agrandado, le cubre todo el resto.

Pero la verdad es el todo. Poseer un cabo de verdad equivale a no poseer en modo alguno la verdad. Y tomar el cabo por el todo equivale a perderlo todo.

El economista está en este caso, aun cuando su ciencia no sea una ciencia. Esto lo vuelve particularmente propenso a los yerros.

El movimiento económico es la resultante de todas las pulsaciones de la vida, procedentes de todos los planos, del más alto al más bajo, pulsaciones que no tienen entre sí una medida común.

Aun una visión total del movimiento económico no explicaría en modo alguno la vida.

Pero, ¿qué especialista posee una visión total del movimiento económico?

47. DE LA DEGRADACIÓN DE LA MORAL EN ECONOMÍA

La economía es una de las Ciencias Morales y Políticas.

Economía.
Ciencia.

Moral.
Política.

Estas cuatro cosas que fluctúan en la definición corren el peligro de deslizarse la una en el dominio de la otra y de hacer enojosas mezcolanzas.

La economía por sí misma (no como ciencia sino como simple preocupación por lo útil) constituye ya la mala inclinación de la Moral y, por así decirlo, su peso. Toda moral que no esté animada por el amor a Dios se hunde en la economía; del espíritu de sacrificio y de servicio, que es lo propio de la religión, se degrada en espíritu de provecho, que es el espíritu de la bestia y su cornamenta coronada. Es la moral de las épocas de decadencia.

La economía es la moral del hombre armado de inteligencia. Digo armado pues la serpiente posee el veneno, el lobo los colmillos y el hombre la inteligencia para prevalecer sobre los otros animales y sobre los otros hombres.

Por lo demás, arrojarse sobre la presa, enseñar los dientes a todo el mundo, dar libre curso a todos los instintos de la bestia es proceder tontamente, locamente, es una conducta indigna del animal razonable. Pues, por fuerte que seas, siempre encontrarás uno más fuerte que tú que te obstruye el camino, o uno más brío que te haga tropezar, o diez débiles corligados que te venzan. Por lo tanto resulta más juicioso y seguro adoptar una actitud decente y recurrir a la virtud.

Bentham y toda una escuela de filósofos ingleses demostraron que la moral no es sino utilidad bien comprendida. Pero los seres civilizados, que son "monos avisados", no esperaron las demostraciones filosóficas para saberlo.

En el extremo opuesto, consideremos la ley de Moisés o la ley de Manú, el Corán o las prescripciones de la Iglesia cristiana y hallaremos dondequiera sentencias, prohibiciones, impedimentos que parecen desprovistos de sentido a quienes no saben que se trata de resistir de frente al espíritu de este mundo, a la facilidad de la vía ancha, a la primacía de lo práctico, a la prisa vulgar, a la exactitud mezquina, a la explotación total, en suma a la Economía.

De esto da testimonio aquel año sabático que suspendía, cada siete años, en el Pueblo de Dios todo trabajo productivo y toda transacción, ponía en cuestión todas las adquisiciones de los

años anteriores y hacía recuperar sus bienes de origen a las familias que los habían perdido o vendido. La mayor parte de las observaciones religiosas son, como suele decirse, "un reto al sentido común", pues el sentido del común de las gentes consiste en atraer a sí lo más posible.

48. DEL DESLIZAMIENTO DE LA RELIGIÓN A LA CIENCIA

La moral económica constituye, en todas las épocas y en todos los pueblos, la trama y la cadena de la vida social. Entre nosotros, las dos fuentes de la moral económica son el Código Penal y la *Opinión Pública*. El atenerse a la moral económica equivaldría a hacer economía de preocupaciones inútiles, tales como los escrúpulos, los remordimientos y las penitencias, así como de las diversas actividades improductivas o que constituyen impedimentos a la actividad.

Pero el respeto a las leyes, el logro del respeto de la gente, el tener fortuna en los negocios y en los amores, todo ello no salva a nadie de la insatisfacción de la conciencia.

Pues la conciencia, cuando nos hace concebir lo eterno y nos hace saber que el tiempo pasa y que mañana estaremos muertos, nos hace saber la verdad, y saber que no la sabemos, nos hace ver la perfección y al mismo tiempo la inmensidad de nuestros defectos. Hay allí bastante para que nos inspiren desprecio nuestras propias ventajas y nuestros éxitos.

La religión enseña que semejante perturbación sólo tendrá fin cuando nos liberemos de la "servidumbre del pecado", que es la "ley de este mundo." Pero el mundo se defiende y quiere hallar su paz desembarazándose de la Religión y volviendo la espalda a lo absoluto.

Para lo cual el advenimiento de la Ciencia moderna le ha traído un potente socorro. De hecho, el hombre queda indefenso contra la inquietud metafísica mientras no pueda oponerle más que las argucias de la duda, la vulgar ironía o la rebelión de los instintos animales, pues el ser humano tiene también instintos y necesidades espirituales a los que jamás satisfarían las simples negaciones y las frases ingeniosas. Pero he aquí que la Ciencia se alza con sus imponentes estructuras y con todo un sistema de pruebas. Se jacta de no depender de ninguna filosofía, del mismo modo que la filosofía se había jactado de no ser la "sierva de la teología". Es una cosa separada. Extrae sus verdades directamente de la naturaleza. Cada vez que sus afirmaciones chocan con las de la fe y de las Escrituras, las contradice formalmente. Pero la oposición no es accidental, no está en los detalles sino en la propia actitud de la ciencia moderna, ente-

jamente extraña al Espíritu, contraria a la vida interior y a la adoración y vuelta sin reservas hacia la Posesión y el Poder.

De esta suerte, el mundo "corre admirado" tras la Ciencia, que se ha convertido en la religión de quienes no quieren tener religión.

Tener fe en la Ciencia es creer en lo que se sabe (cuando la verdad de la fe es conocimiento del Misterio), es creer que la Ciencia lo sabe todo, salvo lo que sabrá mañana, es tener por probado que no existe aquello que la Ciencia no puede probar.

La Ciencia separada de la Religión y de toda Sabiduría se halla, en desquite, atada a la Técnica y, por lo tanto, a la Economía, que se sirve de ella como de un instrumento.

La Ciencia sirve a la Economía tanto para fortalecerse en la práctica como para justificarse doctrinariamente.

Pero nada podría desempeñar mejor este oficio que una "Ciencia Económica". La Ciencia decreta sus leyes, establecidas a partir de la observación de los hechos, pero luego será preciso observar tales leyes para continuar extrayendo consecuencias. La moral económica extrae de sí misma su hilo y con él se hace un capullo impermeable a los influjos y perturbaciones de lo alto y allí se instala.

49. DESLIZAMIENTO A LA POLÍTICA

Hemos mostrado las fluctuaciones, deslizamientos y mezclas de la Moral, de la Economía y de la Ciencia. Resta considerar el cuarto término de la definición: la Política. Lo cual nos conducirá de nuevo a Marx.

Marx está en rebelión en dos frentes y hasta en tres.

Contra lo Absoluto y las tradiciones, es una de las voces del "Mundo" que clama por la liberación de todos los constreñimientos que se le imponen en nombre de la Religión o de otros imperativos misteriosos. Corta de un solo golpe el nudo gordiano de las teologías y de las metafísicas entrecruzadas, con el golpe de la explicación económica.

El golpe capaz de poner fin a todas las sutilezas y sublimidades de las controversias y las profesiones de fe consiste en dar por científicamente probado que todo ello no es más que impostura y polvo en los ojos, explotación de la credulidad del pueblo para obtener honores y fortuna, o aun chachara de ociosos, y en fin, ilusión—por lo demás casi irresistible—de la razón que gira en el vacío. Los dogmas religiosos y los grandes sistemas no son sino "proyecciones ideales de las infraestructuras", dicho de otro modo, relaciones sociales impuestas por la economía de la época; y basta con estudiar ésta para conocer aquéllas y refutarlas.

Por lo demás, Marx no acepta el régimen económico tal como la avaricia y la malignidad de los hombres lo instituyeron y se erige en defensor de las víctimas. Ataca la economía burguesa, así como a los anteriores economistas, a quienes acusa de justificarla. Pretende oponerles una economía "verdaderamente científica".

Pero, en realidad, no enriquece la ciencia económica con ningún descubrimiento, nada le aporta y se limita a extraer de ella argumentos, argumentos que, por lo demás, debe casi siempre a sus adversarios, los economistas "burgueses". Su crítica se presenta como una disertación sobre el Concepto de Valor, que no es Economía ni Ciencia sino Filosofía.

De esta suerte, Marx es economista como filósofo, pero es filósofo como economista. Un año en que no hay manzanas, hay manzanas; pero un año en que hay manzanas, no hay manzanas, como dicen los normandos.

El hecho de que ataque a todos los filósofos es una razón de más para considerarlo filósofo, pues es rasgo común de todos los filósofos.

El hecho de que ataque la misma Filosofía, nada cambia. Una vaca no puede atacar la Filosofía; sólo un filósofo puede hacerlo, y sólo con argumentos filosóficos. (No llevo a sostener que así pueda evitar el contradecirse.)

Pero, ¿qué importan las contradicciones? ¿Qué importa la Verdad Absoluta? Nada en absoluto. La "Praxis" importa más que la "Gnosis". No se trata tanto de especular como de estimular. Aun cuando hubiéramos construido un sistema perfecto, ¿de qué serviría? Trátese de suministrar al Movimiento Revolucionario un cuerpo de ideas-fuerzas, de argumentos sin réplica, de respuestas a todo, en torno del cual quepa agruparse. Cuando nuestra causa haya triunfado, impondremos nuestra verdad aplastando a nuestros contradictores y educando a nuestro modo al pueblo y a la juventud.

¡Ah, ya comprendo! ¡Tanto cuando economista como cuando filósofo, Marx es un Político!

Sin embargo, no es un hombre político. Jamás ocupó puesto alguno o trató de tomar el poder. No es un conductor de hombres ni un conspirador.

Es todo lo contrario de uno de esos tribunos cuyos acentos hechizan al pueblo, de fórmulas fáciles como esas tonadas que se pegan al oído y de las que uno ya no puede desahucarse.

En el prefacio de una obra sobre Marx, Lenin declara sin ambages que no hay ningún marxista capaz de comprender a Marx, puesto que "para comprenderlo sería preciso haber leído a Hegel", cosa que, descuenta, es una empresa que excede las fuerzas humanas, en lo cual no se equivoca del todo.

Resta la empresa de leer al propio Marx, o por lo menos *El Capital*, que ocupa el solo todo un anaquel de biblioteca. Sembrante estudio exige largos meses, y a él debe preceder el estudio de los predecesores: Mill, Smith, MacCulloch, Ricardo, Sismondí... El segundo y el tercer libros de *El Capital* fueron publicados por Engels después de la muerte de su autor, y el mismo Engels reconoce que "el manuscrito original debió ser objeto de serias dudas, pues tal como estaba no era presentable" y que para darlo a la impresión fué necesario "descomponer antes períodos embrollados hasta lo infinito."

He oído decir a militantes fervientes que "Marx es completamente ilegible", en lo cual no tienen toda la razón, sobre todo respecto de la parte de la obra que se publicó durante su vida.

Casi siempre se contentan con resúmenes de manual, cosa que los hace pasar, por alto todo cuanto esta obra tiene de más verdadero y convincente, para detenerse nada más que en la teoría del Valor y en los paralajismos que de ella se siguen. Descúbrase allí

$$P \left\{ \begin{array}{l} = \frac{P}{V} \times V \\ = F \times \frac{?}{?} \times n \end{array} \right.$$

brillante fórmula que determina la "Plusvalía" rendida por el "Sobretabajo", y que no tiene más defecto que el de que ninguno de los elementos del cálculo es susceptible de ser puesto en cifras. Se asemeja bastante a los divertidos hallazgos del Doktor Nimbús y de su colega el sabio Costinus.

Lo único verdadero y convincente que hay en el primer libro de *El Capital* son los hechos. Las encuestas, los diálogos, las discusiones, las descripciones que nos ponen ante los ojos el sombrero fresco de la vida de los trabajadores en el país más próspero entonces: Londres, la "Babilonia negra"... "El rumor bajo el humo... el rumor es el humo del ruido!". Los hombres que se pudren en los sótanos, que se consumen ante los hornos dieciséis horas por día o por noche, los niños que en cuatro patas tiran de los hilos de los telares, la costurera que muere después de tres jornadas de trabajo consecutivas en un cuarto demasado estrecho porque era necesario "terminar a toda costa (aun a costa de la vida) los vestidos para el baile de la Corte"... Igualmente elocuentes son las estadísticas, las cuentas y tarifas de ciertas empresas.

Pero está fuera de cuestión que semejante masa de documentos y argumentos sea accesible a la Masa.

Dejo de lado su obra filosófica, cuyo título más notable es: *Miseria de la Filosofía*. La suya merece la misma commiseración.

50. LA CONSIGNA DE LA REVOLUCION

Resta que nos preguntemos por qué razón o por qué milagro semejante obra convulsión el mundo.

Ello se debe a que Marx es uno de esos raros hombres que no han dicho más que una sola cosa.

Entre tantos millares de autores a cual más dotado, que dijeron tantos millares de cosas, a cual más interesante, Marx es el único que sólo dijo una cosa.

Y una cosa que nadie decía. Se mostraba a los ojos de todos, pero nadie la veía porque nadie la había dicho. Las gentes, en efecto, no creen a sus ojos: esperan haber oído decir algo para poder juzgar sobre ello con los ojos del prójimo. Pero para que todo el mundo vea una cosa que nadie dijo, es preciso un hombre que no vea más que esa cosa y que no hable más que de ella. El discurso de Marx duró veinte o treinta años y consiste en esto: la explotación del hombre por el hombre, he ahí todo el mal del mundo.

Los que se consideraran y se hacen considerar los mejores —los Grandes, los Conductores, los Jueces, los Padres, los Maestros— son los pocos parásitos adheridos en las espaldas de la masa laboriosa.

La guerra de los cien mil años, la guerra que ocupa toda la historia, es la guerra de los flacos contra los gordos¹.

Como economista, describe las piezas de la gran máquina para aplastar a los hombres que se llama Industria Moderna.

Como historiador, muestra los oropeles y decoraciones de teatro con que se enmascara la gran aventura de los cazadores de presas humanas.

Como filósofo, refuta las justificaciones morales, las combinaciones políticas, las coartadas religiosas y consuelos filosóficos gracias a los cuales se elude la única solución.

Como revolucionario, anuncia el advenimiento de la única solución para la que los tiempos están maduros, solución que se aproxima tanto más cuanto más se agravan el mal y el desorden: que los últimos tomen el poder, que se adueñen de la tierra y de todos los bienes por la fuerza y el derecho del número, y que pongan así fin a las guerras, a las divisiones, a la miseria y a la servidumbre.

Tal es precisamente el tema de este capítulo —la cadena de

¹ Cuadro de Breughel.

degracias y de crímenes que trae el espíritu de Iucro—, aunque está tratado aquí de modo diferente; por lo demás, este libro tiene muchos capítulos al paso que Marx sólo escribió un capítulo.

Tal es su gran fuerza.

Si, y el reverso de su fuerza.

Excesivo y limitado, fuerza y defecto de todo el movimiento que surge de él y lo refleja.

A menos que su pensamiento (para hablar como él habla de todo pensamiento) no sea sino el reflejo de tal movimiento.

51. ¿DÓNDE ESTAN LOS CRISTIANOS?

Si esto es así, ¿dónde están los cristianos y qué hacen? ¿Qué han hecho para defender a los pobres y reparar la opresión de los oprimidos?

¿Por qué la Revolución se hace sin ellos? ¡Ah!, ¿acaso porque les esté vedado derramar sangre?

Pero la derraman, y la derraman sin medida y sin reserva. Pero se hallan en el otro bando.

¿Ah, sí? Pero, ¿por qué, por qué la Revolución se hace contra ellos?

¿Por qué los defensores de los pobres los odian más de lo que odian a sus otros enemigos y se burlan impunemente de su Dios Todopoderoso?

La respuesta está en todas las páginas de la Biblia.

En todas las épocas, el Pueblo santo sacrifica a los ídolos y se prostituye a los Baales de las Naciones.

Y he aquí que ahora se entrega a Mamón y al Príncipe de este Mundo.

Por ello —¡Palabra de Yaweh! proclama el Profeta— Dios lanza contra él al Rey de Babilonia...

Y en el Lugar santo que se había convertido en caverna de ladrones habrá devastación y carnicería y acaso la abominación de la desolación...

—¡Oh, pueblo mío, pueblo mío! No deseo tu muerte. ¡Conviértete y vuélvete hacia atrás!

Y todo esto no quiere decir que el Instrumento de la Cólera y de la Maldición no sea también maldecido y condenado.

52. DEL MATERIALISMO

"El Rey de Babilonia, mi Servidor", está escrito. Si el Rey de Babilonia es el servidor de Dios contra su pueblo elegido, si Marx y los sin-Dios empuñan la espada de la justicia, ¿cómo discernir, en este drama de papeles invertidos, el Bien del Mal

y saber si Dios quiere que combatamos del lado de los Buenos por el mantenimiento de los abusos seculares, o del lado de los Malos por un mundo mejor?

Pero puesto que "todo comienza en el pensamiento", escribimos la doctrina de los enderezadores de entuertos, donde se halla la simiente y raíz de su acción. Si la doctrina es verdadera, será preciso soportar con paciencia las perturbaciones que provoca su aplicación práctica, considerándolas inevitables y pasajeras; si es falsa, será preciso mirar las mismas ventajosas que puedan surgir de ella como apariencias de accidentes, así como el orden que instaurará como una perturbación que debe ir agravándose.

Su doctrina no es secreta y no piden nada mejor que comunicárnosla; no resulta tampoco difícil la penetración en ella y no es menester estar iniciado en los Grandes Misterios de Eleusis para visitar las cavernas de su materialismo.

La materia —contrariamente a la opinión corriente— no se ofrece jamás a los sentidos; sólo se nos da el fenómeno¹; los instrumentos de precisión no nos presentan sino nuevos aspectos de él, pero nada precisan en cuanto a la relación de la Apariencia con *Lo-de-que-está-debajo-de-ella*.

La definición de la materia como *sustancia exterior* comporta insuperables contradicciones y es tan difícil probar objetivamente su existencia como la existencia de Dios, y aun más difícil. El afirmar que *es*, que es el *Ser*, y que no hay nada fuera de ella, exige un acto de fe que por lo demás se ignora, se toma por una verificación de hecho y una evidencia, lo cual caracteriza a la fe ciega. De ahí el carácter a menudo dogmático y fanático, tan agresivo como negativo, de esta actitud mental. Pero semejante creencia que se cree conocimiento no constituye una adhesión del espíritu sino, por el contrario, una aversión a todo lo que sea espiritual, una mutilación voluntaria, un renegar de sí que exigen una explicación.

Todo conocimiento supone dos polos —el sujeto y el objeto—, puestos en comunicación por aquél; y el acuerdo de ambos se llama *Verdad*. El error procede de la imaginación y de la *fabulación*, facultad del sujeto de extraer de sí formas que sustituyen a las de los objetos o se añaden a éstas, y de dar a sus aspiraciones formas que el sujeto toma por objetos. El Materialismo (como cualquier otra escuela filosófica) busca el modo de suprimir el error, pero no ha hallado modo mejor ni más definitivo que suprimir el Sujeto.

Es como aserrar la rama sobre la cual uno está sentado. Del sujeto sólo se conserva el cuerpo, que es objeto y se ofrece a los sentidos. Pero, ¿se ofrece el espíritu a los sentidos? No.

¹ *Fenómeno* que significa *operencia*.

Coloquemoslo entonces entre las futilidades. ¿Y se ofrecen a los sentidos lo Absoluto, lo Infinito, lo Eterno, lo Perfecto? No. Por ende, son invenciones del sujeto.

En el Materialismo, el Espíritu opta contra sí mismo en pro de su contrario, opta contra lo interior en pro de lo exterior, contra lo superior en pro de lo inferior; constituye una inversión del orden cósmico y de la jerarquía de valores, una subversión erigida en sistema.

Es la filosofía que conviene a la Revolución para el reinado de la Masa.

53. DE LOS MATERIALISTAS

Se incurriría en un error si no se ve en el Materialismo más que el gruñido de una fiera. Por el contrario, a veces es expresión de una insaciable exigencia de sinceridad, de una sed de igualdad, de humildad, de oscura y confusa comunión, es la amargura de una falta de lo absoluto.

Entonces se hallan entre quienes lo profesan delicadezas, ternuras, virtudes cristianas ante las cuales nos asombramos tanto más cuanto que el sistema no las llevaba implícitas y que parecen del todo gratuitas —del mismo modo que nos asombramos de su ausencia en tantos cristianos—. En todos los hombres la virtud más rara es sin duda la coherencia.

54. FUERZA Y DEBILIDAD DE LA REBELIÓN

Toda la fuerza de esta filosofía de la Rebelión, toda su fuerza radica en la debilidad de sus adversarios, toda su verdad en las mentiras de éstos, en su apego a los bienes materiales, en su compromiso con la riqueza, el poder, la ciencia, la mecánica, en suma en su materialismo agravado por la hipocresía.

Cabría decir de ella (invirtiendo la sentencia de Leibnitz sobre las distintas filosofías): Tiene razón en lo que niega, y se equivoca en lo que afirma¹.

Por ello toda su fuerza se mostrará en la lucha y todas sus flaquezas en el triunfo.

55. BUEN CORAZÓN EN LAS HORAS MALAS Y MALO EN LAS BUENAS

Cuando el marxista es un militante minoritario y perseguido desempeña siempre el buen papel, el papel que debería des-

¹ "Todas —dice Leibnitz— tienen razón en lo que afirman y se equivocan en lo que niegan."

empañar el cristiano y que éste le dejó tomar. Entonces es cuando despliega todas sus fuerzas, que provienen siempre de lo que toma al adversario.

Es la sal de la tierra, la levadura de la masa, el pobre de espíritu, la Buena Nueva anunciada a los pobres, el testigo, la víctima que se ofrece por todos.

Gracias a él, a la resistencia que predica, a la lucha que libra, al temor que inspira, los obreros no están ya sometidos a salarios de hambre, a jornadas de dieciséis horas, no están ya condenados a vivir en una covacha, a la suciedad, al abandono cuando están enfermos, a la vejez, a la desocupación; gracias a él y no a los buenos oficios ni a la caridad cristiana de sus patronos.

Él es quien denuncia los escándalos financieros, políticos, policiales, militares, coloniales, judiciales; él es quien reclama la abolición de los abusos, la cesación de las guerras, la unión de los trabajadores, la liberación de los pueblos subyugados, la paz para el salvaje y para el negro.

Pero apenas se halla desembarazado de sus enemigos y tiene al fin las manos libres para hacer lo que deseaba hacer, apenas dicta su ley, se vuelve incivo, brutal, cruel, frío, pérfido, mentiroso, implacable, despiadado, inhumano....

¿A qué se debe este extraño cambio?
—No hay cambio alguno. Lo que ocurre es que ha acabado por ver el juego y que lo juega.

56. MATERIA Y MUERTE

La materia es pesantez, impenetrabilidad, inercia o agitación por obra del azar. Es separación y muerte: tinieblas exteriores donde hay llantos y chirriar de dientes.

57. SALTOS DEL MATERIALISMO

Al mostrar al hombre la bajeza de su naturaleza, la vanidad de sus esfuerzos, la simpleza de sus creencias, el Materialismo debe lógicamente reforzar su apego a las cosas, su codicia, debe quitar todo fundamento a las restricciones morales y limitarlo a la búsqueda de placeres inmediatos y a la satisfacción de necesidades elementales. Y así, colocándolo frente a la absurdidad del mundo y a la fragilidad de sus razones para vivir, debe lógicamente llegar a sumirlo en la desesperación.

Pero el oficio de los filósofos como Marx consistió en velar, falsear su lógica.

La misma fe inconsciente e inconsecuente que otorga la existencia a la Materia, puede del mismo modo atribuirle cualida-

des que su definición no comporta y que hasta excluye, como por ejemplo el poder de engendrar la Vida, a fuerza de fricciones y del transcurso de cierto tiempo, y el Espíritu, mediante algunos frotemientos más.

De esta suerte, y a condición de que no se sea demasiado exigente acerca del control de las operaciones reales de la Materia y mentales del Materialista, se tips el agujero que se habla hecho en el Principio, sacándose de allí al Creador.

Del mismo modo se suple la Providencia, dejando a salvo el inconsecuente optimismo occidental, mediante tres mitos —el Progreso, la Evolución, la Dialéctica de la Historia— que proveen las ilusiones indispensables, los estimulantes a la acción, y que son falsificaciones de la virtud de la esperanza.

El Progreso es una invención de los siglos XVIII y XIX, un ejemplo de lo que Marx denomina "proyecciones ideales de las infraestructuras", bajo la forma de teorías filosóficas (tal es el caso de las falsas teorías): el desarrollo del Comercio, de la Industria, de la Libertad, de la Ciencia, de la Instrucción, de la Democracia y un sinnón de otras novedades hermosas, junto con la borrachera que las acompaña, hicieron mirar la Civilización como una vía recta que llevaba a tierras desconocidas y cada vez más radiantes; y las catástrofes cada vez más tremendas que señalan las etapas de dicho desarrollo no han desmentido aun a los adoradores de la Bestia.

La Historia no muestra nada parecido a un crecimiento continuo; no muestra ninguna grandeza sin decadencia. Para atribuir a los hombres un carácter cada vez más salvaje y estúpido a medida que remontamos el tiempo, es preciso la ignorancia invencible del doctrinario, puesto que los más antiguos monumentos (de piedra o de palabra) son los que testimonian de las más altas concepciones y del arte más puro. A nuestros ojos se ofrecen pueblos que fueron ayer civilizados y que hoy han caído en la barbarie; y sabemos que las civilizaciones son mortales y están condenadas de antemano.

Pero las teorías biológicas y paleontológicas de la Evolución, ampliamente divulgadas con fines de propaganda, aseguraron fundamentos superlativamente científicos a la demagogia del Progreso.

La Lucha por la Vida y la Selección Natural aparecen en ellas como la fuerza creadora de toda perfección, ni más ni menos que como la competencia, que estimula la producción, mejora la calidad y baja los precios de las mercancías. Empujados por la fortuna, la Arneba y el Infusorio tranquilieron el umbral de los Reinos, treparon las gradas de las especies y he aquí que ahora se presentan con el rostro y el atavío del Homo Sapiens.

La Evolución no es un descubrimiento moderno; figura en los más antiguos textos hindúes y a todo lo largo de la Biblia. Es,

como lo dice su nombre, un desmorlo, es decir el recorrido de un círculo ya trazado; no se trata de una azarosa ascensión en el vacío, no se trata de una ascensión, sin dirección ni motivo, que cree su propia altura. Más alto que la altura está el Principio, de donde todo aquello surgió como una expiración y adonde de todo aquello, si bien no sin vicisitudes, acabará por retornar felizmente. Lo nuevo en las nuevas teorías de la evolución es la absurdidad¹.

¡Es verdaderamente nuevo el que de la nada salga algo, el que lo menos produzca lo más, el que la materia cree el Espíritu!

58. DE LA DIALECTICA

El Progreso social y la Evolución Natural van a fundirse y culminar en la Dialéctica de la Historia de Karl Marx.

Mediante esta, Marx infunde a su Materialismo Histórico el soplo casi religioso sin el cual sería impotente contra la religión: una Ley, un Dogma y Promesas mesiánicas. Y al fin, remata la Historia Universal con un Juicio Final, que es la Gran Noche, y la Revolución y él aseguran el adelantamiento del Reino, que no será otro que el de la República Socialista.

La Dialéctica de la Historia, esa doctrina hoy tan fuertemente entarazada a su nombre, no le pertenece (así como tampoco le pertenece su teoría del valor); la tomó del filósofo que más merece las condenaciones, los rayos, los sarcasmos que prodiga a toda la filosofía, del más "enajenado" de los filósofos: Hegel, el idealista absoluto.

Ni siquiera debió retocar el método del idealista absoluto para incorporarlo a su Materialismo Histórico, pues Hegel ya lo había aplicado a la Historia², enseñándole así al mismo tiempo cómo han de manipularse, desfigurarse, descuartizarse los hombres, los pueblos, los sucesos, las obras de arte, los documentos y los monumentos para hacerlos caber en el sistema, para alimentar la caldera de una locomotora que corre a todo vapor y que, por cada chorro que lanza, hace dar una vuelta a las ruedas.

Las visiones escatológicas de Hegel no eran por cierto las mismas que las de Marx. Buen ciudadano, conservador, eran justificador de todo lo que es, el ilustre profesor veía el remate supremo de la Historia Universal en nuestra civilización moderna y el remate supremo de esta civilización en la Nación Alemana.

¹ Aun revisadas y corregidas por el señor Bergson en su *Enfermedad-Creadora* (título ya absurdo en sí mismo) o por el R. P. Teilhard de Chardin, tan extrañamente ajeno a todo pensamiento cristiano y tradición espiritual con su "evolución" y su "colectivización de las consciencias", (Ver la nota de la pág. 288).
² La *Filosofía de la Historia de Hegel* es definida por un crítico de la época, como "las partes vergonzosas del sistema".

na; y, desde luego, el remate supremo de la Nación Alemana no podía ser otro que Hegel en persona.

Marx invierte la dialéctica para llegar a la conclusión de que el remate supremo de la Historia consiste en el triunfo del proletariado y en el paraíso social al alcance de todos...

59. CRIMENES Y CASTIGOS METAFISICOS

La dialéctica no es tampoco una doctrina nueva ni es de propiedad de Marx ni de Hegel.

El juego de los contrastes y su conciliación en una unidad que los supera es un motivo que aparece en los albores del pensamiento humano. Los sabios de la antigua China contemplaban "el Yin y el Yang como principios que se concretaban en el círculo del Principio Único". Y el insondable Lao-Tsé muestra el engendramiento mutuo de los contrarios y su aniquilamiento en el Tao.

La forma más acabada de esta doctrina en el pensamiento occidental está en *De Doctrina Ignorantia* de Nicolás de Cusa, quien demuestra con matemático rigor que lo infinito es un fuego que trasmuta todo aquello que entra en contacto con él, que hace deslizarse las formas la una en la otra, que asegura el paso de la Línea Curva a la Línea Recta y la unión de las Paralelas, del No y del Sí y, al fin, del mundo con Dios.

En el Zend Avesta, en el Vedanta, en la Biblia, el mundo consiste en el conflicto del Bien con el Mal, del mundo que surge del Mal, del Mal que surge del Bien, del Bien que se opone al Bien, del Mal que se opone al Mal en una inextricable refregada hasta que se llega a la victoria del Único Uno, del Uno sin Segundo, de Aquél en que no hay nada de doble, de turbio, de tenebroso, de vano, de Aquél que es Él que es, y en quien se aniquila todo cuanto conocemos.

Lo nuevo que hay en las nuevas dialécticas consiste en que las verdades universales y tradicionales se han vuelto locas¹.

Esto no es más que ignorancia voluntaria, una furiosa negación a considerar el plano en que se consuma la *conciatio oppositorum*, fuera del cual no existen sino conflictos, confusiones y mezcolanzas.

La primera cuestión que plantea la *Lógica de Hegel* es la del Ser, al cual el No Ser está indisolublemente ligado por un proceso, una dialéctica que halla solución en un tercer término: ¿cuál es éste?

¹ De tanto retomo la frase de Chesterton: "Nuestro mundo está lleno de verdades cristianas que se han vuelto locas". Las llamo universales y tradicionales porque "la Religión cristiana es conocida desde el comienzo del mundo, pero sólo a partir de la encarnación de Jesucristo la llamamos cristiana" (San Agustín, *Retract.*, 11).

—El Acecer —Responde.

Y hemos ya en pleno conflicto, confusión y mezcolanza. Estamos en el plano en que el Ser y el No Ser se excluyen recíprocamente. Allí es donde la commutabilidad del Ser y del No Ser permite toda afirmación y donde las cosas afirmadas muestran que no pueden ser sino sólo parecer.

Sólo en Dios el Ser y la Nada están comprendidos misteriosamente el uno en el otro¹.

Como el profesor no introdujo el primer botón de su levita en el ojal respectivo sino en otro, toda la *Lógica* de Hegel está abotonada a torcidas.

Y si el maestro idealista fracasó por no haber sabido elevarse por encima del plano de lo real, por cierto no sería el discípulo materialista quien estaba en condiciones de corregir ese vicio fundamental.

En efecto, se ven las oposiciones (y hasta se las verá por doquiera, incluso donde no las hay) y se las puede hacer nacer, pero lo imposible es hallar la conciliación. ¿Qué cabrá decir de la acción si aun en el pensamiento, plano en que es tan fácil resolverlo todo porque el pensamiento está hecho para la verdad como el ojo para la luz, el hombre queda impotente, embañado, entorpecido, limitado?

En el pensamiento de Marx, que apunta enteramente a la acción, se verá (y ya se ha visto) cómo la rueda de la aflicción sigue los pasos del pensamiento falso y cómo (el pecado contra el espíritu no tiene perdón) del error se pasa al horror, a la desdicha y al crimen.

60. DE LA LUCHA DE CLASES

En la *fábula* de los miembros y del estómago, retomada por La Fontaine, los patricios de Roma hacen ver a los plebeyos en rebelión y en huelga que, si los miembros niegan al estómago su servicio porque éste se mantiene en reposo, bien caldeado y al abrigo de la intemperie, inevitablemente se condenarán a sí mismos a morir de hambre.

Los rebeldes se dejaron convencer, no sin dar muestras de cierta ingenuidad, pues las diferencias de clase son ante todo

¹ Es, no es, es (Principios y Preceptos, CLIII, Ed. Sur). Las discusiones sobre la existencia de Dios forman un círculo vicioso porque generalmente se olvida establecer lo que se entiende por *existir* y *ser*. No se advierte suficientemente que el principio de no contradicción no se aplica a las cosas infinitas (De Docta Ignorantia, *La Nada de lo Inconoscible, La Teología Mística de San Dionisio*). Esta observación permite la comprensión de las doctrinas religiosas que presentan a Dios en términos positivos dejando sobrentendido su aspecto negativo (La cristiana, la musulmana, la israelita) así como de aquellas que presentan a Dios en términos negativos y que son religiosas positivas (budismo, taoísmo).

desiguales de fortuna y de bienestar y no consisten en una diversidad de funciones. Cierzo que las mejores condiciones permiten una mejor educación y dan acceso a mejores puestos, a menos que dispensen al que goza de ellas de todo trabajo. Sea ello lo que fuere, las desigualdades de fortuna y de bienestar no tienen razón orgánica alguna.

Si la riqueza estuviera en todas partes distribuida, como la sangre en el cuerpo, ya que no en cantidades exactamente iguales por lo menos exactamente proporcionadas a lo requerido para que cada una de ellas cumpla su función, no habría lucha de clases, del mismo modo que no hay ningún órgano que se rebelde en un cuerpo sano.

Es preciso tender a una sociedad sin clases, lo cual no quiere decir sin distinciones ni cabera, lo cual no quiere decir que todos estén igualmente desposeídos, colocados en el mismo nivel inferior y participen de la misma indiferenciación gris, sino, por el contrario, que cada cual tenga la posibilidad de desarrollarse en lo que posee de único.

Para ello es menester que el ciudadano no considere jamás la riqueza como un fin y una realización, sino sólo como un medio para cumplir con su deber.

Es menester que el ciudadano jamás mire a su conciudadano como un medio para llegar a la riqueza, sino siempre como un fin: como un ser precioso en sí cuya realización es altamente deseable.

Mientras ello no sea así, en la medida en que no lo es así, las clases subsistirán y continuará la lucha de clases así como la lucha de cada cual contra todos.

Pero para que estas felices disposiciones reinen en la familia humana, ¿puedese acaso pensar que basta con que una clase prevalezca definitivamente sobre las otras?

¿Y que la última ocupe el primer lugar?

61. DEL PROLETARIADO

La última es el Proletariado.

Proletariado no es sinónimo de Pueblo y tampoco de Clase de los Trabajadores.

En sentido lato, comprende a todos los trabajadores asalariados de las ciudades y el campo.

En sentido restringido, más apto para circunscribir el problema que agita al mundo de hoy, es la masa de obreros manuales que la gran industria arrancó al campo y a los talleres, que concentró para la comodidad de la producción y que se constituyó en una clase para la defensa de sus intereses, erigiéndose al mismo tiempo en potencia política.

Carecen de comunidad de origen, de costumbres, de educación; sólo tienen en común el hecho de que nada poseen, de que se vendieron a sí mismos puesto que se vendieron.

Se vendieron al por menor y, por así decirlo, por tajadas, pagadas por día y por hora.

No tienen los medios ni el derecho de desarrollar la menor inteligencia en su trabajo, que ha sido concebido y les fué señalado por otros. Están constreñidos, descalabrados, triturados por la Máquina a la que se hallan atados. Su trabajo es el de la bestia de carga, pero el de la bestia uncida a la vara de la muela y a quien se vendan los ojos.

Nadie mejor que Marx describe por lo menudo lo fatigoso, envilecedor, embrutecedor, enloquecedor, del trabajo en cadena. Es la obra maestra del demoníaco Espíritu de Lucro y un crimen permanente de lesa humanidad. Todas las medidas adoptadas para "aliviar al obrero de esfuerzos" lo han sido para bien de la producción y no del hombre, pues queda entendido que el hombre está hecho para la producción y no la producción para el hombre. De esta suerte, todo ocurre como si se hubiera deseado encarnizarse con refinamiento de pérdida cruelidad contra las fibras más íntimas del ser, aunque la cosa se hizo sin mala intención, con absoluta inocencia de la repugnante inocencia de la técnica y de la economía. En algunas de las más modernas fábricas de los Estados Unidos (una de las que emplean "ingenieros de relaciones humanas"), los puños del obrero quedan atados a la máquina a fin de que pueda seguir el ritmo de trabajo más exacta y cómodamente... A fin de que las cadenas de la servidumbre total dejen de ser figuras de retórica.

Marx atribuye la invención de todo esto, y la culpa consiguiente, a ese pulpo succionador de sangre que es el Capitalismo y reclama que se abatan sobre semejante monstruosidad los rayos vengadores de la Revolución.

Más, ¿cómo es posible que su Revolución nada haya cambiado?

* * *

Proletariado es un término latino que se opone a *Patriciado*. Representa el estado de la *progenitura* (*proles*), opuesto al de los padres (*patres*).

El estado del Padre consiste en tener todos los derechos; el estado del hijo consiste en depender, obedecer y no poseer derecho alguno.

Si el Proletario fuera un hijo, tendría por lo menos el derecho de ser amado. Si los patronos i fueran verdaderos padres, velarían por la educación de sus hijos para que un día fueran a su vez hombres y padres.

¹ Misma etimología: *patres*.

Pero la historia de la Píebe romana y de las Masas obreras de nuestros tiempos es la muy triste historia del niño abandonado, dejado en la calle, librado a la Asistencia Pública, y del cual acaban por hacerse cargo extraños que se dedican a sacarle provecho.

La fábrica, la cantera, la mina son antes cárceles que familias y escuelas.

Por otra parte el gran niño encontrado —el Proletariado—, que tiene todas las necesidades y los defectos, las ignorancias y las incoherencias de un niño, carece de la frescura, la gracia y encanto de los niños.

Carece de inocencia. A causa de sus taras hereditarias y de su falta de educación, está sujeto a los vicios más sórdidos, con ayuda del alcohol y de la promiscuidad; tiene también la puerta propensa a imitar a los grandes, a quienes envidia.

No posee la afortunada debilidad del niño para guardarse de desbordamientos, para protegerse contra sí mismo y atraer sobre sí la protección del prójimo. En sus furros es capaz de desplegar una fuerza espantable, cosa que los aventureros de la política supieron descubrir y aquilatar, siendo ésta la última y mejor manera de explotar al desdichado.

Tanto más cuanto que, como todo niño mal educado, tiene particular propensión a dar oídos a los consejos de los malos camaradas, y rebelde a sus amos buenos o malos, incrédulo, burlo, y afectando suficiencia frente a todo cuanto sea elevado, sigue ciegamente a los alborotadores sociales, pronto a aceptar, con tal de que provenga de ellos, cualquier atrocidad.

Pidamos a los grandes escritores socialistas, desde Zola a Barbusse, no sus frases sobre la Revolución Libertadora sino el documento sociológico que nos presentan en forma de novelas: he ahí el retrato de estos desheredados hecho por quienes los aman... Pero nunca se los amará suficiente si se los ama con embriaguez e ilusiones.

Ante semejante fango nos formulamos una pregunta: ¿es ésa la reserva intacta, el hontanar de pureza del que se espera la gran renovación?

62. ESPERANZAS NEGATIVAS

Acaso se nos juzgue duros para con los proletarios pues, después de todo, ellos no tienen la culpa de ser lo que son.

—Es cierto, ellos no tienen la culpa... pero, ¿es ésta una razón para verlos de otro modo?

Pronunciar juicios duros sobre aquellos que viven en la desgracia sería cometer una doble injusticia. No se trata de condenar sino de comprobar y de no mostrarse duros sino con las declamaciones románticas y las fantochadas electorales.

Pero aun cuando hubiéramos sido duros, nunca podríamos serlo más que su profeta:

Marx no les reconoce ninguna virtud, ninguna cualidad como no sea la de no poseer ninguna.

¡Nada más falso! Esta es una de esas simplificaciones al modo de Hegel a que se someten las cosas y las personas para alinearlas en planos abstractos, para colocarlas, oponerlas, disponerlas, según las necesidades de un sistema. Por lo tanto, Marx no cuenta con los valores latentes del bajo pueblo para dar figura a la ciudad nueva.

No, sino con su falta de valor, de virtudes y de cualidades. Ello es precisamente lo que liberará para siempre a la Sociedad sin clases de cuanto queda llamar *Distinción* y lo que le dará la uniformidad requerida. Al llegar al poder, el Proletariado borrará de una vez por todas lo que haya sido hasta ese día el carácter constante de las Clases Dirigentes.

63. CUATRO ERRORES DERIVADOS DE UNA CARENCIA

Y he aquí cuatro errores, dos de principio y dos de previsión.

Primero: que al extenderse a todos, un mal se transforma en un bien.

Segundo: que una carencia de carácter pueda imprimir carácter a lo que fuere.

Tercero: que al convertirse en primera, la última clase no cambiará de carácter.

Cuarto: que el carácter que en todo tiempo ha sido el de los dirigentes cambiará cuando la última clase se haga cargo de la dirección.

Respecto al primer punto, ¿no basta acaso con su simple enunciación para que se imponga la evidencia de lo contrario?

¿Acaso una enfermedad se cura porque contamine a todo el mundo?

¿La institución del salario constituye una servidumbre, ¿acaso se liberará liberada la servidumbre cuando todo el mundo sea servido?

Sobre el segundo punto, respondemos:

Si el proletariado carece de cualidades, de virtudes, de forma, nada podrá jamás surgir de semejante nada.

Pero, ¿es cierto que sea informe y que no posea un carácter particular?

64. CARÁCTER INAUTÉNTICO DEL PROLETARIADO

El carácter muy particular y muy bien marcado del proletariado es su carácter *anormal*.

Para que se constituyera fueron precisas las realizaciones inauditas y, digámoslo, monstruosas de la industria moderna.

Definimos su estado diciendo que era el estado del niño abandonado. No es esta la condición regular y ordinaria del niño. Ya sea educado en el orfanato o recibido en el seno de una familia, no puede conocer las dulzuras, las adhesiones, los temores, los orgullos del niño mimado y corregido por sus padres legítimos y naturales.

¿Qué ocurrirá, si hay diez hijos legítimos en la familia que lo recibe el día en que, con razón o sin ella, se rebeló contra el padre y reclama la sucesión? Jamás podrá hablar en nombre de los otros diez ni pasar por encima de sus derechos so pretexto de compensar la injusticia de su suerte. Tendrá contra él a toda la familia y a la Ley y sólo podrá convencer mediante la fuerza.

65. PROLETARIADO Y PUEBLO

Llámanse *Democracias Populares* las repúblicas donde el proletariado impone su dictadura.

Ello equivale a decir dos veces la misma cosa, pues *democracia* significa Poder del Pueblo. Pero el pleonismo constituye una doble mentira: el proletariado no es el pueblo. Existen pueblos sin proletariado. En los pueblos que lo han tenido y no han sabido absorberlo, es una dolorosa excrecencia y una causa de fiebre. No es el cuerpo.

Aun en nuestra sociedad llamada capitalista, el Capitalista y el Proletario no están uno frente al otro pues entre ambos está todo el pueblo auténtico.

Todos aquéllos que trabajan por cuenta propia no pueden ser calificados de proletariados puesto que poseen, ni de capitalistas puesto que trabajan.

El campesino que labora sus dos hectáreas de tierra con sus hijos;

El artesano que tiene un comercio y vende lo que fabrica;

El médico, el educador no son en ningún grado capitalistas ni proletarios.

Entre el oficial de carrera y el buhonero existen decenas de categorías de personas a quienes no cabe aplicar el título de capitalista ni de proletario sin que la cosa haga reír.

Hay también casos más dudosos en que la participación en un estado o en otro es parcial.

Todos los patronos que trabajan con sus obreros o toman un administrador o un mandadero para servirles;

Todos los obreros que participan de algún modo en los beneficios de la empresa;

Todos los que cobran al par un sueldo por su puesto y rentas de sus propiedades.

De éstos está hecho el Pueblo propiamente dicho.

Buenos o malos, son los hijos legítimos de la familia.

Reducirlos a todos al estado de asalariados equivale a labrar su ruina y su desdicha. Tal cosa sólo puede concebirse mediante el empleo de la fuerza y en ocasión de las perturbaciones que siguen a las guerras agotadoras.

Ello equivale a reemplazar la célula viviente de toda sociedad, que es la familia, por un asilo o cualquier institución artificial, que aun sería discutible en el caso de que fuese perfecta.

Ello equivale a hacerse sacar los dientes para ponerse una dentadura postiza, a cortarse una pierna para ponerse una pierna de madera de modo de acabar de una vez por todas con los dolores de muelas y los callos del pie.

No se trata en modo alguno, según pretende Marx, del remate necesario de la Historia, de la realización de la justicia, de la supresión de los parásitos y opresores, de la liberación de los pueblos, sino que, muy por el contrario, trátase de la agresión maduramente premeditada y preparada por un grupo de sediciosos, numerosos o no, a menudo minoritarios, pero a quienes la envidia y el rencor vuelve fuertes. La conquista del poder que emprenden se asemeja en cierto modo a una invasión y a una ocupación por una potencia extranjera.

66. ¿DICTADURA O ABOLICIÓN DEL ESTADO?

Según dicen sus partidarios, la dictadura del Proletariado consiste en una medida indispensable y transitoria. Cuando el Estado, que es el órgano de todos, haya acabado por arrancar su presa a quienes la detentan y haya puesto todos los bienes a disposición de todos, podrá desaparecer.

Marx no era un hombre sediento de sangre ni de poderío —preciso es hacerle esta justicia—, y no soñaba con fundar un nuevo imperio sino que, con toda la sinceridad de su deseo, reclamaba el advenimiento de aquel dichoso momento en que el hombre se rinde a la evidencia de que su bien mejor es el bien de todos y que, de querer hacerlo suyo, no haría más que desquiciar el orden entero y quegar aplastado él mismo bajo los escombros. ¿Es preciso todo aquel aparato de constrñimientos y amenazas que se llama Estado para que se comprenda una cosa tan sencilla? Que sólo se nos desembarrace de los amos y señores de la época y al punto todo el pueblo y cada uno de los hombres se gobernarán por sí mismo.

En su loco orgullo, los amos y señores se creen de una especie diferente de la del común de las gentes. Pero no es locura menor creer que el común de las gentes sea de una especie diferente de la de ellos.

Para suprimir los abusos, no basta con suprimir a quienes abusan. Hay que prevenir asimismo quiénes habrán de reemplazarlos y preguntarse qué disciplina y qué purificación los habrán vuelto mejores, así como qué doctrina los habrá vuelto más sabios.

67. REFUERZO DEL PODER Y NUEVAS DIVISIONES

Si llega un día en que todo el pueblo (todas las clases del pueblo) quede desposeído y relegado a segundo plano por la última clase, la de los desposeídos, ello sólo podrá ocurrir por el empleo de la fuerza.

Y no sólo por obra de la fuerza insurreccional de una jornada sino por un régimen de fuerza siempre alerta y vigilante, siempre pronto a reprimir la reacción, pues todos aquéllos que saborearon la independencia la lloran, y aquéllos que no la saborearon sienten curiosidad por conocerla.

Cuanto un orden más viola la naturaleza, las costumbres y las normas, más le es indispensable el uso de la violencia.

Ahora bien, el Proletariado no habrá de imponer su carencia de carácter porque ello sería absurdo, sino su carácter artificial, anormal e inhumano.

El Proletariado deberá otorgar pues a sus jefes poderes discrecionales formidables para hacer frente a todos sus enemigos, —los de afuera y sobre todo los de dentro—, innumerables, ocultos por doquiera hasta el punto de que todos resultan sospechosos.

Les confía así un poder contra sí mismo, con lo cual volverá a hallar sus antiguas costumbres de sumisión y genuflexión. El único derecho nuevo que tendrá será el del voto, del cual se valdrá, por otra parte, con la misma sumisión que de todos los demás.

Un foso se excavará pues, cada vez más profundo, entre los gobernantes y los gobernados, y se formarán así dos clases.

Pero en el mismo Gobierno hay dos clases, la primera de las cuales es el Partido, y ambas se vigilan y se celan.

Los gobernados forman también dos clases, según hemos visto: la del pueblo oprimido y hostil, que espera su hora, y la del proletariado sometido porque la opresión se realiza en su nombre.

En fin, existe también la masa de los irreductibles (aquellos que no han sido exterminados), los millones de deportados que pueblan las cárceles, los campos de reeducación de trabajos forzados, nuevo proletariado que aguarda a sus Marx y sus Lenin para renovar la historia.

68. TEMIBLE REVERSO DE LA DESPOSESIÓN

Pero, ¿por qué los jefes, que son los únicos, los poco numerosos beneficiarios del régimen, no restablecen la propiedad para favorecerse, ya que ésta es una aspiración tan profunda del corazón humano?

¿En virtud de qué generosidad sin ejemplo hasta ahora en la historia, en nombre de qué espíritu de sacrificio, obedeciendo a qué mandamiento de la tradición materialista a la que proclaman pertenecer con voz estentónea?

Si, ¿por qué si no es porque tienen en la mano algo infinitamente más satisfactorio que la simple propiedad — ¡buena sólo para los burgueses! — a saber: la posesión de los hombres y de todo cuanto éstos poseen?

69. POSESIÓN Y PODER

En *El Espíritu de las Leyes*, Montesquieu enseña que la libertad se ve amenazada, cuando no perdida, apenas los tres poderes que constituyen el Poder se concentran en las mismas manos.

La condición de la libertad consiste pues en la separación de los poderes en ejecutivo, legislativo y judicial. No habla del cuarto poder ni de la convivencia más temible: la del Poder con la Posesión. Ni siquiera roza el tema, pues semejante cuestión no se había planteado nunca en Occidente.

Hasta los emperadores romanos y los monarcas absolutistas respetaban la propiedad de sus súbditos y, es más, la garantizaban. Se contentaban con reservarse una buena parte de ella e imponer tributos sobre la parte que les dejaban. Voltaire refiere la anécdota del molinero testarudo que se niega a vender a Federico II su molino y que gana el pleito al rey de Prusia.

El poder es un mandamiento y no un goce.

El jefe guerrero detenta el poder en estado puro: sus órdenes deben ejecutarse y no discutirse. Puede mandar a un soldado a la muerte con una seña del dedo o del ojo.

Pero la orden que no puede darle es que firme un cheque a su favor. Puede exigirle la vida, pero no la bolsa.

Cada vez que, después de sus fiestas o sus guerras, el rey de Francia hallaba las arcas vacías, debía reunir a los Estados Generales y tomar allí consejo, oír recriminaciones, ceder derechos y libertades.

(Y puesto que hasta ahora hemos hablado tan mal de los bienes de posesión, rindámosles el homenaje de reconocer que constituyen la envoltura protectora del ciudadano contra la tiranía

de los poderosos. Son lo que permite al carbonero titularse rey en su casa.)

Pero en la *Gran Turco* y en los de *Mogolia* las cosas eran distintas: el Despota todo lo posee, la tierra, las cosas y las gentes. Y ante su faz todos — desde el mendigo hasta el visir — son igualmente proletarios. Si le place suprimir a alguien y tomar su herencia, no hace más que recuperar una parcela de sus bienes. Si alguien distraída de una casa y un huerto, acumula oro, lega algo a sus descendientes, ello se debe a que el soberano cierra benignamente los ojos a los detalles y a que es demasiado grande para recoger todo lo que le corresponde.

El ascenso al poder del Proletariado equivale a la restauración, bajo el capote gris y el birrete, del Despota oriental.

PODERIO Y JUSTICIA

No améis el mundo ni las cosas del mundo. Si alguien ama el mundo, la caridad del Padre no está en él pues cuanto pertenece al mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida.

(I SAN JUAN 2.15)

I. RUEDA DE LAS REVOLUCIONES Y REVOLUCIONES DE LA RUEDA

... *A tota e lu manu* ...

dice el poema popular de Sicilia¹. Si, "el mundo está hecho como una rueda", y *Revolución* quiere decir *Vuelta de Rueda*. Por ello una *revolución* torna a traer lo que la anterior se había llevado.

Con grandes gritos, con oleadas de sangre, con montones de cabezas cortadas, en medio del delirio popular, había sido destruido un poder decrepito, decorativo y bonachón.

Y luego, después de poco más de un siglo de decepciones, de convulsiones, de guerras civiles y nacionales.

Con grandes gritos, con oleadas de sangre, con otros montones de cadáveres y nuevos delirios populares, se logra poner en pie un poder del todo nuevo, reforzado con todo cuanto la ciencia y la técnica moderna poseen de más penetrante, corrosivo y virulento.

Antes de la primera revolución, todo el poderío del Poder, así como buena parte del poderío de la riqueza, estaban en manos de los nobles.

El pueblo rebelado obtuvo la igualdad de derechos y la libertad de acción.

La libertad fué para todos la vía abierta que conducía al enriquecimiento.

Pero la libre competencia a la cual todos tienen igualmente derecho, cualquiera sea la desigualdad de hecho, "es en fin de cuentas el derecho del más fuerte", observa Clemenceau en *La Refriega Social*.

Los beneficiarios de la primera operación democrática fueron, pues, los Ricos y la clase de los Ricos.

Sumada a la igualdad de derechos, la libertad agravó, pues, la desigualdad de hecho y la vuelve más intolerante al hacerla más cercana y más sensible.

Los obstinados declaran que ello prueba que nada puede que-
dar a mitad de camino: ¡una vez hecha la revolución política,
preciso es hacer la revolución económica!

Para ello igualemos las fortunas o, mejor aun, suprimamos las
riquezas privadas...

¹ *La Barunissa di Carini (La Baronesa de Corinas)*, obra maestra del folklore siciliano.

Pero, ¿quiénes serán los beneficiarios de la segunda operación si no aquellos que igualan y suprimen?

No sabrían, en efecto, continuar siendo los iguales de aquellos a quienes igualan, ni suprimirse a sí mismos, después de haber suprimido los abusos de los otros, con el único fin de dar la razón a su profeta, que anunció que, una vez cumplida la Revolución, el poderío del Estado se desvanecería¹.

Tienen en las manos todo el poderío del Poder sumado a todo el poderío de la riqueza de todos, a lo cual se añaden los poderes inferiores liberados por la ciencia, cosa que reduce al pueblo a una servidumbre más severa que la que había causado las dos rebeliones.

Tal como lo hemos señalado a menudo, el Mal surge del Bien del mismo modo que el diablo de resortes de la caja de sorpresas, y de lo Mejor lo Peor.

Es difícil arrancar la cizaña sin arrancar el trigo, y hasta no arrancar nada más que el trigo, dejando que la cizaña arraigue mejor.

Así como la justificación de la riqueza es el trabajo, la de la nobleza y los honores es la función del servicio público. Sólo por una suerte de abuso el noble es además rico.

La primera revolución le quitó su función y le dejó sus riquezas. Sólo subsistió el abuso.

En la época romana y durante toda la Edad Media los baños habían sido lugares de placer y de libertinaje. Nuestra lengua guarda de ello el recuerdo puesto que fornicación significa lo que se hace bajo la bóveda (fornix, la de las termas) y lascivo² se decía de aquel "que comete pecado en la paja de las estufas".

Abolieronse, pues, con la debida indignación, los baños públicos, reprobación que se extendió durante tres siglos a toda forma de impiedad corporal.

Pero se omitió abolir la prostitución y, a partir de entonces, fornicaron sin borrarla.

Los beneficiarios de esta reforma gazonera fueron los piosos, que prosperaron hasta en la peluca de los reyes, así como la virtud, que reinó en todo Occidente.

Dejo a los reformadores el cuidado de extraer la moraleja de esta historia.

* * *

¹ Esta es una de las tesis de Marx.

² Palliard, que duerme en la paja y, por extensión, lascivo. (N. del T.)

Marx vio todo el mal del mundo en la desigualdad de fortunas y en el lucro, así como Voltaire lo vio en la "Superstición", así como Montesquieu en el "Despotismo", así como Rousseau en la misma Civilización.

Todos estos modos de ver contienen cierta verdad, si bien el límite de cada una de ellas es lo verdadero que se halla en las otras.

He conocido gentes que atribuían todo el mal a las compulsiones de la moral sobre el sexo y a los efectos de semejante compulsión sobre lo Subconsciente; otras al relajamiento de las costumbres; otras, a la superpoblación; otras, al régimen alimenticio; otras, al desequilibrio mineral en los seres vivos; otras, a la carencia de signos monetarios; otras, al dinero; otras, a las maniobras de la masonería; otras, al poderío oculto de los Judíos; otras, a la tolerancia religiosa; otras, al Dogma Católico...

Todos están disculpados por no ver el mal allí donde él está, es decir en el Pecado, puesto que no saben con precisión qué es el Pecado Original, el cual contiene mucho más que cuanto pueda resultar de sus razonamientos, de su experiencia y de su imaginación.

* * *

Respecto de las previsiones de Marx, cabe tanto decir que es asombroso ver cuán rápidamente se cumplieron como asombrarse de lo contrario.

Con su Dialéctica de la Historia, Marx se sabía en el plano de la Lógica del Mundo, en lo cual tenía razón, pero la Lógica del Mundo es la del Pecado (cosa que ignoraba) y la subversión y decepción le son inherentes.

La institución del salario, los trabajos forzados, la mecanización, la especialización, el trabajo fragmentario y destructivo, la policía, el ejército, los armamentos, el dinero, el Estado, la persecución religiosa, la censura del pensamiento, la mordaza puesta a la opinión, la delación, la rivalidad, todas las formas de la servidumbre moderna, lejos de desvanecerse, se vuelven más duras a medida que perdura el nuevo régimen.

Los años del nuevo régimen ajustaron al punto, y muy exactamente, el paso al de sus predecesores del Imperio, retomaron los planes de conquista de éstos de los países vecinos, con medios más eficaces y con menos escrupulos y menos embarrasos internos.

Se entregan a las mismas intrigas para adueñarse del poder. Siguen en su política los prudentes consejos de Maquiavelo a su Príncipe: vale más aparentar fidelidad a la palabra de honor que tenerla; hay que valerse en caso oportuno de la crueldad... Con sorprendente rapidez aprendieron la lección de historia.

* * *

La Historia Romana es una abreviación del mundo civilizado, o por lo menos del mundo occidental. Aprendemos a conocer allí nuestro pasado, pero acaso podríamos leer en ella nuestro destino.

La Historia Romana es la historia de una revolución perpetua y de una doble conquista.

Trátese de la conquista del mundo por Roma y de la invasión de Roma por los pueblos vencidos y los esclavos libertos.

Trátese de la conquista del poder por la Plebe Romana.

Y el resultado de esta victoria progresiva de la Revolución del Proletariado es el Imperio.

Es Nerón, Tiberio, Claudio, Caligula, Heliogábalo...

2. DEFINICIÓN DEL PODERIO

Y he aquí que, prosiguiendo con nuestro propósito, hallamos una rama nueva y más alta del Conocimiento-del-Bien-y-del-Mal: el poderio.

El mismo —el conocimiento nos lo enseña y nos lo ofrece para que lo gustemos o lo padecemos. Pues el Conocimiento-del-Mal, que es "el temor de todas las pérdidas y privaciones posibles", nos muestra que la más temible es la pérdida de la vida y la libertad, y de ahí que nos incite a constituir una protección y defensa, la cual sólo será eficaz si se concentra en las manos de un solo hombre, o por lo menos de un reducido número de hombres, al paso que el Conocimiento-del-Bien hace comprender a cada uno de los que forman el Gran Número hasta qué punto sería deseable que él fuera aquel hombre o que perteneciera a aquel reducido número de hombres.

Lo dicho plantea en pocas palabras el Drama del Poderio, con todas las codicias y furros a él enlazados, drama que ensangrentó toda la historia y que, es más, es toda la Historia.

De este modo pasamos naturalmente del capítulo de la posesión al del Poderio, pues Posesión y Poderio vienen a ser poco más o menos el mismo vocablo, que dice poco más o menos la misma cosa.

La posesión es un derecho directo sobre las cosas y, por consiguiente, indirecto sobre los hombres. El poderio es un derecho directo sobre los hombres e indirecto sobre las cosas.

3. PODERIO Y CONOCIMIENTO

"Saber es poder": así se expresa el vínculo indisoluble que une al Conocimiento con el Poderio. La Inteligencia es de esencia más alta que la Fuerza, y es más fuerte que ésta.

Comparadas con las del mundo, las fuerzas del hombre son

como una brizna de paja en medio de la tempestad, pero el milagro de la inteligencia consiste en que la brizna de paja pensante acaba por dominar la tempestad.

"Conocer es igualar", dice Aristóteles. Y en cierto sentido es hasta superar.

Pues sorprender la causa equivale a la posibilidad de dominar el efecto; prevenir es curar, prever el peligro es eludirlo, elegir es apuntar a lo mejor, dirigir es valers de lo que iba a antiqularnos.

Quien no entienda cuál es su fin no puede obrar ni trabajar y se ve reducido al juego de sus reflejos.

Pero conocer significa también prevenir la más grande desdicha que pueda abastirse sobre el hombre: la de estar estúpido. La inteligencia une entre sí a los inteligentes. La inteligencia llama, reúne, apacigua, atrae, esclarece, conduce, une a los hombres, de donde resulta un poderio nuevo capaz de sobrepujarlo todo tanto en la industria como en el combate.

* * *

No obstante, la relación entre Conocimiento y Poderio no se da sólo en los efectos del Conocimiento sino también en el Conocimiento mismo.

Dijimos que el Poderio¹ es la sustancia de la Fuerza, y la sustancia jamás se ofrece a los sentidos pues es la reserva y recurso oculto; no es perceptible sino por aquello que sobreentiende los cinco sentidos, el *Nous* o *Intelecto* (y por eso Kant llama "noumeno" a toda sustancia). Nada importa que determinada bestia tenga sentido de la fuerza y que la fiera respete la del domador, aun cuando el látigo no chaquee. Pero es preciso un acto del espíritu para descubrir el Poderio, acto que en su grado más alto se denomina Fe.

Y esta fe es verdadera cuando su objeto posee los signos de la Verdad, que consisten en que sea una, infinita e universal. Tal es la Omnipotencia, que es uno de los nombres de Dios.

Pero al mismo tiempo, el Conocimiento-del-Bien-y-del-Mal se aprehende mediante apercpciones limitadas, fragmentarias, múltiples, confusas, que atribuyen el Poderio, es decir la divinidad, a toda fuerza que sobrepuse la del hombre en una medida determinada, y que indican al punto algún medio de sacar partido de ello.

De ahí los dioses y los demonios: las potencias buenas y las malas. Pero las malas pueden ser tan buenas como las buenas, con tal que queden subyugadas y dirigidas por las operaciones mágicas; al paso que las buenas, solicitadas por los sacrificios, las ofrendas y los ritos de la Religión, no pueden ser buenas

¹ Supra, III, 24.

siempre y para todos puesto que la gracia que sus devotos les imploran consiste a menudo en que se dignen infligir a sus enemigos el mayor mal posible. Y volvemos a hallar aquí el remate ordinario del Conocimiento-del-Bien-y-del-Mal, que consiste en que el hombre se precipita hacia el uno para caer en el otro. Y descubrimos allí el enlace de las Religiones Paganas con el Pecado.

4. DEL PRIMER PISO DEL EDIFICIO PAGANO

"Los Antiguos adoraban personificaciones de las fuerzas de la naturaleza", se enseña en los manuales escolares. ¿Hay algo más natural que ver en la tormenta la cólera de un dios y en el mar embravecido los caballos frenéticos de un carro en que se yergue el conductor con barba de espuma y de algas?...

Pero ni la retórica barroca ni las fantasías románticas nos enregarán el secreto de los Pontífices y de los Augures.

Tampoco descubriremos los cimientos de la Religión Pagana o Adoración de las Potencias en Aristóteles o en Luciano, que las negaban y se burlaban abiertamente de ellas, ni siquiera en Ovidio que jugaba con las fábulas como un poeta. Los encontraremos en el sustrato más antiguo, en el cual la imaginación y el arte no pueden hacer presa y del que hasta están excluidos por una prohibición.

La dogmática pagana es un edificio de dos pisos, de los cuales el segundo —la mitología— no se mantiene en pie por sí mismo, al paso que el primero —que constituye toda la religión de los múltiples pueblos salvajes— es el principal, por ejemplo, entre los brahmanes hindúes y entre los chinos. Tal cimiento es el culto de los Pequeños Dioses sin rostro y sin historia: los Manes o Laras.

Semejante culto es la consecuencia más lógica de la respuesta más lógica a la pregunta menos ociosa o antojadiza que quepa formular: ¿qué se ha hecho de la vida de mi padre? Sí, la vida, la fuerza corporal, la sangre y los humores, el aliento de aquel que ayer mismo iba y venía, obraba, hablaba, comía, ordenaba, y que sólo aparece ahora como una masa inerte y fría o como un montoncito de cenizas, sí, ¿qué se ha hecho de mi padre?

Y la respuesta se impone:

Su vida se ha confundido con la simiente más viva de la vida, con el fuego.

Su cuerpo se ha confundido con la tierra, de donde todo cuerpo se extrae.

Su sangre y su fluido se han confundido con el agua, que vivifica la tierra.

Su aliento se ha confundido con el aire¹.

Pero no se ha confundido con cualquier fuego: con el fuego de su hogar que, precisamente por ello, se convierte en fuego sagrado. En esto se transforma porque la vida del difunto se incorpora a él, a menos que lo haya hecho ya porque el fuego estaba habitado por el alma de los antepasados "al seno de los cuales mi padre acaba de retornar".

Tampoco con cualquier tierra, sino con la tierra de nuestro campo que, precisamente por ello, se convierte en *sagrada*, inalienable a perpetuidad, en nuestra tierra, pues la ceniza de los padres es la simiente de la posesión.

Tampoco con cualquier agua, sino con el agua fustral que purifica y fecunda.

Tampoco con cualquier aliento, sino con el aliento de las invocaciones, encantamientos, plegarias y fórmulas de la lengua *sagrada*, la de nuestros antepasados más remotos, lengua de la que es preferible no comprender nada a causa de su antigüedad (pero sin embargo, ¡dedicado de aquel que aliere el menor sonido!)

Sagrado es lo que está cargado del espíritu de los muertos. Esta transubstanciación se opera de ordinario por vía de contactos o de semejanzas formales y también puede obrarse mediante los ritos.

El rito es una lucha y una tarea de protección contra la muerte, pues la muerte es desintegración, dispersión, y el rito arroja infatigablemente, una y otra vez, uno de los cuatro elementos sobre los otros: vierte el agua de las libaciones sobre la tierra, recoge los frutos de la tierra, que son tierra y agua fundidos y los echa al fuego, derrama la sangre que es agua y fuego mezclados sobre la tierra, e incorpora a cada uno de sus actos el aliento de las invocaciones.

Y puesto que hemos hablado de la sangre, detengámonos en este quinto elemento que representa la unidad de los otros cuatro y, por consiguiente, el nombre mismo del hombre, su alma y su yo: el Animal, el Ser Viviente, la planta o el animal pero, con mayor frecuencia, el Animal. ¿Cuál? Aquél que más se asemeja al muerto y, por tal razón, le sirve de signo. El quinto elemento es el Tolem o Blasón, y de este modo queda designado a la vez el Animal Sagrado: aquel a quien se ofrece el sacrificio

¹ Y de aquí las Cuatro Elementos o Principios de la física de los Antiguos, preparadas por el rito para la observación, la aplicación y el aliento de los filiales. Confiéndonos por la plegaria y la oración, ségase por la especulación y acóbase por la medida y la dominación visual, la degradación, la demeración.

como al dios-padre, o quizá aquél ■ quien se señala como la víctima del sacrificio, según los casos.

* * *

Tal es, en esencia, la religión de las tribus salvajes de la selva australiana así como la de los germanos de Tácito, pero también la de Tácito, Virgilio y Horacio, la de Platón, Plutarco y de los últimos grandes Gnosticos de Alejandria; aquélla que yo mismo, si no vi, oí a través de muros practicar en las casas donde fui huésped en la India. Puede subsistir sin evolución y coexistir sin mezclarse con las costumbres y géros del espíritu de los tiempos más avanzados.

En su luminosa obra *La Cité Antique*, Fustel de Coulanges muestra las raíces que la religión de los Manes proporcionó al pueblo romano y hasta qué punto ella informa su dignidad, sus virtudes y su grandeza.

* * *

Si el rito posee el poder de consagrar cualquier cosa —un animal, una piedra o una estaca—, de cargarla con el espíritu y el oscuro poderío de los muertos, con mayor razón el instrumento consciente del rito —el Oficiante— está cargado de tal espíritu y de aquellas oscuras potencias.

El Primogénito, iniciado por su Padre en las fórmulas y prácticas del ritual —tesoro oculto, herencia guardada celosamente de generación en generación en las familias—, apenas toma el lugar del difunto (*aquél que fue relevado de sus funciones-sacerdotales*)¹ ante el altar y el Hogar (*Focus Laris*)², se convierte en Padre de sus hermanos y primos, aun de aquéllos que tienen más edad que él... ello no importa, él es su señor (*Senor: más viejo*), el portador de lo que existe de más antiguo: *la Tradición*. Todos le deben obediencia y se inclinan ante él, no porque les sea superior en inteligencia, carácter o fuerza sino porque sólo por él comulgan en la esencia que les es común, el Espíritu de los Padres desde el Comienzo.

La presencia en él del Espíritu de los Padres constituye un juicio que está más allá de su juicio, una conciencia que está más allá de su conciencia. Por duras y extrañas que puedan ser sus decisiones, jamás parecerán arbitrarias ni discutibles puesto que manan (surgen-de-los-Manes), puesto que manan del Destino. Tal es el *Patrimonia* o *Patricio* y tales son su autoridad y su poder.

¹ Sentido etimológico de *DeFunctus*.

² Sentido etimológico de Hogar: fuego del dios Lar.

5. DE LA UNIDAD Y DESIGUALDAD DE LA TRIBU

El patriarca es el jefe de una Tribu 1 y la Tribu es el estado primordial de la sociedad humana. El vocablo procede de Tres y de un radical que se embaza a la palabra sánscrita *Bhru*, que significa *Ser* y también *Tierra*. Con ella se quieren significar los tres elementos de que está formada la Tribu: el Padre, la Madre y la Progenitura, que no son, como en la Familia, simplemente personas sino condiciones, órdenes y, según mostraremos, el germen de las clases.

Para explicar las sociedades o para fundar los derechos del hombre no es necesario partir de un "estado de naturaleza" en que imperan la independencia y la igualdad perfectas, conforme hace Rousseau que, sin embargo, no se deja engañar por esta ficción, puesto que dice en cierto pasaje: "No se lo ve en parte alguna, no existirá ya en la tierra y quizá no haya nunca existido".

En efecto, no se ve en parte alguna que "el hombre nazca libre" según la primera sentencia de *Le Contrat Social*. Por dónde nace en estado de completa dependencia: la del recién nacido a sus padres, que es modelo de todas las subordinaciones naturales y legítimas.

Apenas salidos del huevo, ciertos insectos y ciertos peces pueden valerse por sí mismos, pero los pequeños del hombre son en el umbral de la vida los seres más desposeídos, los más sombrados, los más devaluados de todos los seres.

El Padre y la Madre tienen fuerza y saber. Y ante todo y sobre todo tienen amor. Dan la vida y el alimento, la dirección, la protección y la palabra. Enseñan los modos en que el niño ha de comportarse, le enseñan un oficio y le hacen conocer a los dioses.

Es falso que "los hijos quedan ligados al Padre sólo por el tiempo en que tienen necesidad de él para subsistir... Y apenas desaparece semejante necesidad, el vínculo natural se disuelve"¹. Esto equivaldría a conceder al hombre tan poco conocimiento y reconocimiento como un gato. Iniciado con la vida,

¹ Certos etólogos sostuvieron que el *Meistrerado* constituye la primera forma de la sociedad, pero al parecer incurran en un error de interpretación. Y, por lo demás, otros dicen que semejante cosa jamás existió: en casi todas las poblaciones salvajes las mujeres aparecen igualmente excluidas del *Maule* y de las *Cocenas* (tal como del *Sacerdocio*). Lo que se designa con el nombre de *matrimonio* acabo se refiere a las sucesiones que se realizan de lo materno a lo paterno y no de padre a hijo. En todo caso, no ha existido sociedad alguna donde los hombres hayan quedado apartados de los asuntos públicos. Por lo demás, el Régimen Patriarcal mejor caracterizado no impide que la autoridad suprema recaiga ocasionalmente en una mujer, como sucede por ejemplo en el Reino de Inglaterra.

¹ Rousseau, *Le Contrat Social*

semejante vínculo perdura, por el contrario, toda la vida, naturalmente y "no en virtud de una convención". Es el cimiento de la Tribu o sociedad natural, el verdadero "estado de naturaleza" que siempre existió y existirá siempre bajo cualquier forma.

Aquí, la desigualdad es de origen, pues no cabe decir de ningún miembro de ninguna familia que sea el igual de los otros porque ni la madre es la igual del padre ni el hijo lo es de sus padres, ni el hermano menor del hermano mayor. He aquí el primer juego de desigualdades indelebiles.

Ni el aprendiz es el igual del maestro, ni el guerrero es el igual de su jefe, ni el devoto el igual del sacerdote, ni el discípulo el igual del sabio. Y he aquí un segundo juego de desigualdades, que a veces coincide con el primero cuando el Padre es al par maestro, sacerdote y sabio, como ocurre ordinariamente en la tribu.

Pero apenas tiene lugar la repartición de los bienes, puede ocurrir que aquél prospere y éste se arruine, y que el padre pobre se refugie y sirva en casa del hijo afortunado, en cuyo caso aquél que recibe no es el igual de aquél que da, ni aquél que sirve el igual de aquél que es servido. Y he aquí un tercer juego de desigualdades.

Pero ni las diferencias destruyen la unidad, ni la obediencia la libertad, ni la desigualdad la justicia, mientras el vínculo familiar sea la piedad, el respeto, el afecto, lo cual—por más que desagrade a Hobbes—no va en modo alguno contra la naturaleza, contra la naturaleza humana que no es la de un lobo.

6. DE LA TRIBU Y DE LAS PLAGAS

La Ciencia-del-Bien-y-del-Mal cuenta menos en este régimen rudimentario que en cualquier otro. Por ello la Tribu escapa a veces a una u otra de las plagas y, en ocasiones, a las cuatro.

La Miseria es generalmente imposible en el estado patriarcal en razón de que en él se practica normalmente la comunidad de bienes. En todo caso, nadie se ve abandonado a sí mismo, salvo en caso de excomunión, pues todos son responsables de cada cual.

La Servidumbre no es desconocida en semejante estado, conforme lo muestra la historia de Agar, la criatura que Sara puso en el seno de Abraham. Pero la esclavitud es, con toda probabilidad, más humana que en otros estados y, en ciertas poblaciones, está del todo excluida, del mismo modo que toda forma de servidumbre doméstica¹. Por cierto, el Patriarca es servido y nadie se resiste a sus órdenes, pero la obediencia es antes servicio que servidumbre, pues ordena a los suyos. La carga pesa

¹ Entre los Negros del Congo, por ejemplo.

sobre todo sobre la mujer, siendo ésta una de las razones de la poligamia, a la cual, por lo demás, las esposas se muestran favorables, prontas a compartir el lecho con tal que la tarea se reparta. La carga más pesada es la hospitalidad, que es una de las características del régimen patriarcal así como la xenofobia lo es de las naciones civilizadas.

El Patriarca es juez absoluto, tiene derecho de vida y de muerte sobre los suyos, pero ello es que éstos son los suyos y nadie, a menos que esté loco, mortifica ni mutila su propia carne.

* * *

La Tribu patriarcal ignora las revoluciones, las oposiciones, las divisiones, las conspiraciones, lo cual explica su invariabilidad, su perennidad. Carece de historia.

Contrariamente a las naciones democráticas y civilizadas que constituyen perpetuas revoluciones, es una viviente tradición.

* * *

En una obra titulada *Totem y Tabú*, que se opone al resto de su producción, y que sobre todo se opone a los escritos de todos los especialistas de la "mentalidad primitiva", Freud, al buscar la explicación de ciertas actitudes y de ciertas costumbres como el horror al incesto y la exogamia¹, concluye en la hipótesis de una gran rebelión y de un gran crimen original. Heía aquí: semejante al macho conductor de ciertas hordas de animales con cuernos, el Padre de los antiguos días se habría arrojado, en su celo feroz, todos los derechos (es decir, para Freud, la posesión de todas las mujeres del clan). Sus hijos, exasperados, le habrían quitado la vida, pero el estupor y el oscuro remordimiento les habrían impedido repartirse la presa; y hasta el recuerdo del crimen, arrojado a la zona subconsciente de las generaciones, habría depositado allí aquella necesidad de privación, aquel horror neuropático por las hermanas y primas, siempre deseadas.

La hipótesis es inmensa y se basa en indicios frágiles. Añadamos que es inútil? Notemos, en todo caso, que formula todo lo contrario de cuanto cabe observar en las poblaciones más primitivas tocante a la actitud de los hijos respecto del padre y del padre respecto de las mujeres.

Un parricidio dentro del orden de la vida patriarcal y de la

¹ Obligación de tomar mujer fuera del clan.

² No bastan acaso para explicar tales costumbres? En algunas comunidades religiosas que cohabitaban en la selva en estado de semidesnudez y que estaban separadas de otros grupos por grandes espacios y grandes pelisros, la mezcla consanguínea habría sido constante si el recato natural, corroborado por la educación, la vigilancia y la religión no lo hubiera impedido. Sin duda las tribus que no siguieron esta regla degeneraron rápidamente y perecieron.

religión de los Manes es un crimen que no puede concebirse, uno absurdo¹, y lo mismo cabe decir de la rebelión.

* * *

Así como no hay mar sin tempestad, del mismo modo jamás hubo nación sin guerras. Pero de la universal marea de la Guerra emergieron aquí y allá algunas tribus que, sin embargo, salvaguardaron su libertad.

Tales son —o poco más o menos— los felatas de las grandes planicies del África Central. Rodeados por todas partes de pueblos sanguinarios y saqueadores, casi siempre poseyeron la fuerza y el coraje de mantenerse en paz. Los horripila derramar sangre, aun hasta la de sus rebatos. Se alimentan de leche. Si aparece un enemigo, llevan más lejos sus vacas. Los tuareg, grandes cazadores de esclavos, no se preocupan por apresarlos. ¡Es tan tonto encadenar a un felata como enjaular a una golondrina! El felata apesadado se sienta y muere. Para nada puede servir y nada más inútil que embarazarse con él.

No hay vergüenza mayor para un felata que ser feo o tener un diente careado. Van casi desnudos y tienen un vivo gusto por los adornos, un gusto muy seguro. Por lo demás no construyen casas y no habitan en parte alguna. De cuando en cuando celebran grandes reuniones y fiestas nupciales. Danzan en fila mostrando los dientes y las jóvenes eligen a los más hermosos. He aquí desfiles más interesantes que las revistas militares, ocupaciones más útiles que desmenujar al prójimo.

* * *

No, en el origen de la tribu no hay nada semejante al asesinato del Padre de los antiguos días sino que hay algo no menos asombroso y terrible.

*Es el sacrificio del Primogénito...*²

Terrible, pero grande, pero profundo y verdadero.

Lo hallamos en la *Biblia* con el sacrificio de Abraham, pero también en todos los países de la tierra.

Trátase de un alto misterio de la religión, que marcó al hombre en su conciencia y en su subconciencia.

No es la invención de un psiquiatra.

* * *

Y puesto que hemos llegado a la religión de las tribus, complotaremos la sucinta exposición que hemos hecho.

Ante todo, apresuremos a llenar una laguna de suma importancia. Todas las tribus, aun las paganas, conocían a Dios,

¹ Me refiero al crimen del salvaje y no a la hipótesis de Freud.

² Volveremos sobre esto en el último capítulo.

al Dios que no es otro que Dios, aquí que está detrás de todo, en todo, y por encima de todo: el Gran Espíritu.

A él es a quien el salvaje evoca en sus juramentos, reservándolo para los más solemnes. Cierta que no le consagra un culto, pero ello se debe a que él es muy bueno.

¿Cómo se explica esto? Preguntádselo y él mismo os lo explicará sin ambages: ¡Dios es tan bueno que nada hay que temer de él!

Pero no ocurre lo mismo con los espíritus. El primer piso del Edificio de que hablamos comporta un subterráneo.

Entre los muertos, los hay que son muy desdichados y que se vuelven malos. Hay muertos descuidados por los vivos o que, por inadvertencia, los vivos ofenden e irritan. Hay muertos que han perdido a todos sus descendientes y que se ven reducidos a extrema penuria. Los hay a quienes el remordimiento de sus crímenes o la sed de venganza privan del postrer reposo. Algunos pueden ser apaciguados pero otros acumularon tanto rencor y poseen tanta malicia que ya nada les queda de humano: son los demonios. Es preciso defenderse de sus asaltos nocturnos, descubrir sus astucias, arrojarlos por la fuerza a sus lugares infernales, y ésta es una de las funciones normales del sacerdocio.

Pero con el progreso de los tiempos, que automáticamente comporta el desarrollo de la Ciencia, de la Ciencia-del-Bien-y-del-Mal, ciertos pueblos caen en la cuenta de que nada es más pueril que rechazar el mal y que más vale servirse convenientemente de él. Trátase de captar las formidables potencias de lo Bajo para ponerlas al servicio del hombre. Pero para ello no basta la instrucción religiosa de las familias. Son necesarios sabios, expertos, técnicos. Preciso es contratar los servicios de quien cursó las Altas Escuelas en el extranjero: el Mago. Vale la pena darle una buena paga puesto que nos asegura la prosperidad, la felicidad y la paz. Ya nadie se atreverá a atacarnos: nuestros vecinos viven aterrados. Saben que estamos en condiciones de enviarles el rayo de la muerte. A nuestra voluntad y sin siquiera verlos ni tocarlos, podemos impregnarlos de miasmas y hacerlos pudrir en el sitio, o bien consumirlos a fuego lento, o pulverizarlos instantáneamente, aniquilar sus cuerpos y sus almas.

¡Qué queréis! Estamos en un siglo avanzado, en 1959 antes de Jesucristo, ¿no es cierto? No podemos continuar como nuestros ingenuos antepasados contemplando al Bondadoso Dios e implorando a los buenos espíritus, pues el bondadoso Dios es grande, demasiado grande: mora en una zona remota y vaga y los buenos espíritus hacen el bien, pero según se les antoja y no para complacernos a nosotros. Resulta más expeditivo obligar a las Potencias de lo Bajo a que respondan exactamente a nuestra necesidad, como si nos favoreciéramos a nosotros mismos. Por lo

demás, lo Alto y lo Bajo son términos relativos. ¿Qué es el Bien? Es el poderío. ¿Y el Mal? La debilidad y la derrota.

Para nosotros, realistas, para nosotros, hombres modernos, lo que cuenta es... *et coetera*.

* * *

Ha llegado el momento de hacer notar que la tribu no es necesariamente primitiva, ni necesariamente salvaje, ni necesariamente pagana.

Digo que ha llegado ese momento porque estamos en 1939 y fué justamente en ese año cuando Abraham, siguiendo a su padre, salió de Ur, la Ciudad Luz donde había adorado a los dioses de la gran ciudad, para tomar una vez más los caminos de Set, de Enoch y de Matusalén¹.

Había visto las torres de la gran ciudad y prefería la tienda de campaña; había visto la multitud de la ciudad y prefería el horizonte; había conocido todas las agitaciones, los refinamientos y los raciocinios y prefería los caminos de Set, de Enoch y de Matusalén.

Volvió a hallar bajo el cielo abierto al Dios conocido de todos desde el Comienzo, pero no servido y hasta abandonado por los suyos apenas éstos se estalaron en Ur, el Dios de Set, de Enoch y de Matusalén.

Ya no dijo como las gentes de Ur y de otras partes: "Os adoro, oh Padres Míos que os habéis convertido en dioses" sino que dijo: "Te adoro, oh Dios de mis Padres".

Y más tarde, padre-de-pueblos-numerosos², estableció una tradición, que un solo linaje conservó hasta la madurez de los tiempos, hasta la llegada de aquel que enseñó a todos los hombres a decir: "Padre nuestro que estás en los cielos".

7. BENDICIÓN DE LAS TRIBUS

Muchos imperios se alzaron y luego se derrumbaron.

Asur tan llena de fuerza.

Babilonia de riquezas.

Egipto de sabiduría, rectitud y grandeza.

Grecia y Roma, que sembraron por doquiera columnas y estatuas, leyes e ideas.

Pero ninguno de ellos fué bendecido por Dios y todos perecieron por el fuego y el hierro.

El pueblo elegido por Dios no mostró ni sus virtudes, ni su

¹ Los arqueólogos estiman que alrededor del siglo XX antes de Jesucristo Abraham abandonó Ur (palabra que significa Luz). Ur, ciudad caldea, se aproximaba a la decadencia.

² Sentido de la palabra Abraham.

genio ni su gloria. Aquéllos lo aplastaron, uno después de otro. Pero ellos murieron y él no. Jamás pudo constituir un Estado de cierta importancia o de alguna duración, y luego, durante dos o tres mil años, tuvo por territorio la Dispersión.

Ningún pueblo lloró tantas veces sobre sus ruinas, ni languideció tanto tiempo en las cadenas ni fué abrumado tan a menudo por la persecución. Mezclado a todas las naciones, no se desintegró. Conoció todos los grados de civilización, participó de la civilización de todos los pueblos entre los que vivió... pero jamás dejó de ser una tribu.

* * *

La iglesia de Roma fué perseguida por los Césares, pero los vió caer y ella ocupó su lugar.

Desde entonces trata a los soberanos como una igual, si no como una superior.

Allí donde asentó la planta constituyó un Estado dentro del Estado.

¿Que ciertos Emperadores, ciertos Reyes, ciertas Repúblicas la sostuvieron y otros la combatieron? Pero lo cierto es que vivió a unos y a otros desmoronarse y que ella continúa en pie.

No es por sí misma un Imperio
ni un reino

ni una república.

Es una tribu

que no es primitiva

ni salvaje

ni pagana.

* * *

Suele decirse que la religión, y particularmente la religión cristiana, nos otorga la libertad de optar por el régimen que más nos agrada y que no se puede, sin forzar los textos, apoyar mediante las Escrituras determinada forma de gobierno con preferencia a las otras.

En cuanto a la Iglesia, muestra una preferencia marcada por el régimen en vigor, por malo que éste pueda ser, y le repugnan todas las revoluciones, reformas y cambios, por buenos que parezcan.

¡Es que ha visto tantos cambios! ¡Los suficientes para saber lo que valen! ¡Los suficientes para saber lo que cuestan!

El único régimen que las Santas Escrituras, desde el Génesis hasta el Evangelio, pone sin cesar ante nuestros ojos es el de la Comunidad Patriarcal; pero todos aquéllos que la Política preconiza o censura le son extraños y, por lo tanto, poco más o menos indiferentes.

La imagen de la sociedad, no digamos perfecta (nadie ha de

aferrarse a lo imposible), sino bendita y bienvenida no mora entre las nubes ni el plano abstracto de las ideas sino que está muy cerca de nosotros: es la familia.

¿En qué medida es bueno un régimen? En la medida en que se asemeja a una familia.

¿Qué cualidades o distinciones han de exigirse de un jefe, a qué línea de conducta debe ajustarse este jefe,

Rey,

Emperador,

Cónsul,

Éforo,

Arconte,

Presidente?

—Que sea como un padre.

8. DE LOS LÍMITES DE LA TRIBU

Está escrito: *El hombre abandona a su padre y a su madre y se liga a su mujer* (Génesis, II, 24). Pero esto es antes una autorización que un mandamiento. La familia, reducida a su esquema más seco, formada por cada uno con su cada uno, ambos escondidos en su egoísmo, es el polvo de la decadencia. Los abandonará pues, si le place, y sobre todo si le es necesario: si la multiplicación subdivide demasiado el dominio, si faltan campos de pastoreo. Entonces, tentará fortuna en otra parte. De lo contrario, la tribu deberá proceder a la expansión, es decir a la conquista. Por ello la ley Divina es favorable a los grupos pequeños y diseminados aquí y allá, pues cuentan con más posibilidades de vivir en paz con los vecinos y unidos entre sí.

Las proporciones más felices y que es preciso vedarse sobre-pasar son variables, pero resulta bastante fácil determinarlas. Deben ser tales que haya suficiente número de brazos para atender a las necesidades fundamentales.

Que cada cual tenga su lugar y que tenga lugar.

Que cada cual pueda conocer a todos y ser conocido de todos. Que el padre pueda abrazar a todos los suyos con la mirada y mantenerlos unidos en su corazón.

9. DE LOS REINOS, DE SU NACIMIENTO Y DE SU NATURALEZA

Cuando desborda de tales límites, la tribu se convierte en Pueblo, Nación, Reino.

Si se quiere conservar al Reino el título *agrupación natural*, es preciso decir por lo menos que se trata de una *agrupación*

natural forzada. En realidad, el Reino tiene por cimiento la fuerza; no puede tener el del amor, dado que es imposible amar a demasiadas gentes ni a gentes que uno no conoce.

Las necesidades de la defensa y, al mismo tiempo de la rapiña, mantuvieron unidos en una haz a los miembros de la tribu y les impidieron dispersarse. La voluntad de un patriarca aviado, capaz, benevolente, su voluntad de no perder nada de lo que surgió de él, de aumentar su vida con toda la vida nacida de él...

¡Qué exaltación la de ser sí mismo y a' mismo tiempo más que sí mismo! ¡Pues mi hijo es ese otro que es al mismo tiempo yo, y todos esos hijos con sus hijos soy yo multiplicado! Y a todos esos hijos los amo como a mí mismo, quiero decir como si fueran yo mismo! Pero, ¡atención!: ¿los amo a ellos por sí mismos o me amo a mí, amo en ellos mi fuerza, mi importancia, mis armas y mis medios acrecentados?

Apenas una tribu se siente fuerte, se halla en condiciones de arrojar de sus predios a las otras tribus, de apresarias o de su-primirlas. En tal caso lo mejor que puedan hacer las tribus que continúan libres es rendirse sin combate, al paso que lo mejor que pueda hacer la tribu fuerte es incorporárselas y aumentar así su fuerza.

Tal es el modo en que se fundan los reinos propiamente dichos. Un reino es una *alianza perpetua de tribus en la subordinación*.

10. DE LOS SANTOS RACIMOS DEL PODERIO

Las tribus así incorporadas, lejos de perder su constitución se ven por el contrario confirmadas en sus posesiones y en sus dignidades, aun cuando el homenaje y el juramento las obliguen frente al Rey y asimilen sus jefes a los hermanos menores, primos y demás parentela de la tribu regia¹, vínculo legal que pronto los casamientos tornarán real.

El reino se presenta pues como un racimo o como una espiga de dominaciones enlazadas al centro por el Juramento, que reemplaza el vínculo sanguíneo o lo corrobora, y el Juramento es un vínculo religioso pues los dioses son testigos de él y le confieren valor.

Por ello la escala de las potencias se denomina *Jerarquía o poderío-de-lo-que-es-santo*.

¹ No hay otro modo de señalar los rangos. De ahí la costumbre de los Reyes de llamar "primo" a todo gran señor, sea o no su pariente.

11. LA MANO DEL PODER

La soberanía no está, según dice todo el mundo, desde Arístoteles hasta Montesquieu, compuesta de Tres Poderes sino de cinco poderes, ni más ni menos que como cinco son los dedos de la mano.

El primero, que es el que menos podemos olvidar, es el *Poder sacerdotal*.

El segundo es el *Poder ejecutivo (y militar)*.

El tercero, el *legislativo*.

El cuarto, el *judicial*.

El quinto y último, aunque no por ello el menos importante, es el *Poder territorial (y financiero)*.

El Rey es en efecto el poseedor virtual de la tierra de la Patria. Pues sea Rey de Francia, de Golconda o de Thule, su nombre es el nombre del país y, cuando la moneda exista para representar toda riqueza, cada pieza llevará su efigie para indicar que él es, si no el poseedor de todas las cosas, por lo menos el poseedor del *Derecho de posesión*.

Cuando la mano de los cinco poderes se halla en la mano de un solo hombre tenemos la *Monarquía Absoluta y primitiva*.

* * *

Si conoce su deber, el más modesto padre de familia ofrece sacrificios a los dioses del Hogar o celebra la oración común¹, manda, dicta la regla de la casa, corrige y castiga, posee todos los bienes de la familia y proporciona el dinero para los gastos domésticos. Reúne pues los cinco poderes.

Sin lo cual la familia sería un monstruo de numerosas cabezas o sin ninguna cabeza.

El hombre que sabe gobernarse a sí mismo sabrá también gobernar a los otros cinco o seis que son los suyos, sin siquiera advertirlo, y aun la carga puede duplicarse, decuplicarse. Por lo demás, cuando la capacidad natural se agota, el conocimiento debe suplirla mediante un juego de asimilaciones, de compensaciones, de ficciones, de sanciones. Con el Rey aparece la Ley. En el círculo familiar ya se la observaba, aunque sin conocerla. En el todo reino se la conoce y al punto se aprenden los medios de no observarla, de pasar al lado de ella o por encima de ella.

¹ Según sea pagano o cristiano, israelita, musulmán.

12. DE LAS ILUSIONES DEL PODER

Pues ningún Rey supo jamás ejercer en su reino esta plenitud casi divina de la soberanía que realiza un simple padre de familia, ni ningún brazo humano ha sido nunca lo suficientemente fuerte para llevar la mano de los cinco poderes.

Cuanto más grande sea la casa de un hombre, más pequeña será la parte que él mismo podrá ocupar en ella. Así el Monarca Absoluto es menos capaz que cualquier otro de vivir su propio poder.

El autócrata (el que puede por sí mismo)¹ es justamente aquel que nada puede como no sea por intermedio de muchos otros. Ninguna de sus órdenes puede ejecutarse y ni siquiera concebirse sin la ayuda de una multitud de ministros, de consejeros, de funcionarios, la mayor parte de los cuales son desconocidos y obran lejos de su vista y de su alcance. Sin la complacencia de éstos, los deseos del Rey se postergan, se desvían de su meta, se anulan.

* * *

La pirámide lleva el nombre del faraón Keops, pero éste no la diseñó ni la construyó y sólo está en ella como momia.

En todas sus grandes obras el Rey no está más que representado. Y esto hasta tal punto que, allí donde se presente, no hará más que llevar su representación y desaparecer bajo el manto del aparato.

Entonces todo en torno de él se convierte en el fuego del *Conocimiento-del-Bien-y-del-Mal* o de lo Verdadero-y-lo-Falso: *ficción, vanidad, retórica y comedia*.

Y no sin razón se ve obligado a decir "nosotros", pues ya no puede hablar en nombre de aquella cosa única que el más pequeño de los seres humanos llama "yo".

* * *

Y nada ocurre tan naturalmente, y de modo casi inadvertido, como la disolución del poderoso en su poder.

Y para que se haya llegado a que "el Rey reina pero no gobierna", no fue necesario esperar "las grandes invenciones del siglo XIX", entre otras la "monarquía constitucional", pues los Reyes araganes nada hacían en sus literas y, por cierto, no fueron los primeros reyes ociosos.

¡Cuántas decisiones capitales se tomaron en nombre de niños en pañales y cuántas otras en nombre de príncipes torpes, distraídos, completamente indiferentes!

¹ Sentido etimológico.

Cuando guerrearba en Colonia, Carlos XII de Suecia respondía a los ministros, que se quejaban de su ausencia, que pronto les enviaría una de sus botas para que ella presidiera los consejos, humorada y jactancia de soldado pero gran puntapié asestado a un andamiaje de mentiras.

Cuando examinamos los actos de los déspotas más famosos, comprobamos que no fueron verdaderamente amos más que de sus caprichos, los cuales hicieron más ruido que efecto —¡a Dios gracias!— sobre las leyes del país y sobre la vida de los pueblos.

13. DEL REY, DEL DERECHO, DE LA DERECHA Y DEL RAYO



REX

LUX

LEX

PAX

Recuerdo haber visto esta cruz y esta inscripción en el portal de Saint-Etienne de Cañón; es el único ornamento allí esculpido y toda la belleza de la basílica está en sus muros desnudos y en la rectitud y altura de sus agujas.

El sobrio ornamento no carece de grandeza y de significación. Tiene toda la significación de la palabra Rey.

Rex evoca la Rectitud, la mano derecha, la que traza el Rayo. La irradiación de la luz: *Lux*.

La luz que aclara, dirige, corrige y une: *Lex*, la ley.

Y allí donde reina e irradia el Derecho todas las cosas se ordenan en la Paz.

Todo ello dentro de la Cruz.

14. DE LA MAGIA DEL PODER

“¡Si coméis del fruto seréis como dioses!”

“Como dioses”. Toda la falacia de la promesa está en ese como y en ese plural.

La Ciencia-del-Bien-y-del-Mal enseña que el fruto supremo es el Poder, pues es el fruto que contiene todos los otros.

Es lo que los hindúes denominan la-vaca-que-colma-todos-los-deseos.

Pues si eres rey puedes decir a éste: “¡Haz esto!”, a aquél: “¡Haz aquello!”, y las cosas se harán.

a la hermana doncella: “Ven y ofréctete”, y la tienes; y aquél a quien señalas con el dedo porque te desagradada es hombre muerto.

Puedes exigir que un campo de maleza se convierta en jardín¹ y que un lodazal se transforme en una gran ciudad².

Todo ocurre como en los sueños y como en los cuentos de hadas. “Había una vez un Rey...”, así comienzan todos los cuentos y, en cuanto existe un Rey, su cetro es una varita mágica. Magia y majestad son la misma palabra³, ningún incrédulo podrá decir que esta magia sea obra de algún charlatan, pues es lo que se llama la Historia.

Y la historia es la fábula que nadie es capaz de inventar.

15. DE LOS REYES Y DE LOS DIOSSES

De esa suerte, la mitología y la realza nacen juntas.

Tratase de la historia de los Orígenes de los Reinos, de la naturaleza y de los Padres de las Naciones, entremezclados en la noche de los tiempos.

Los reyes y los dioses se engendran mutuamente. Los reyes pretenden descender de los dioses por algún héroe como Hércules o Teseo, pero con más justicia podrían jactarse de ser sus creadores, pues mediante la propia muerte los suscitan.

En efecto, si la Ley de la Muerte quiere, como hemos visto, que lo semejante vaya a reunirse con lo semejante, entonces es preciso que un gran jefe, un rey poderoso llene con su alma el cielo, el sol y el mar en lugar de que a su totem le quede reservada la suerte de todo lo animal, como le ocurre a un simple padre de familia⁴.

No, los dioses no son simplemente hombres divinizados como afirma Evemerio, el Dupuis⁵ al revés del siglo IV antes de Jesucristo, y también los hindúes de Aitinaika. Los nombres de los dioses en todas las lenguas, así como de sus atributos, los designan como potencias naturales.

¹ Versalles.

² San Petersburgo.

³ Una del persa y otra del latín, proceden del radical *Mag* o *Magh*, que quiere decir Grande.

⁴ Por esta parte, el Rey es un padre de familia y, como sus padres los Patriarcas, inseparable de su tierra. Lo cual explica la presencia de un animal al lado de cada dios, dibujo de él o dentro de él: símbolo de la religión de los manas con la religión de los dioses, del primer papa del edificio pagano con el plan imperial.

⁵ El que afirmó que Jesús no era más que un “mito solar”.

Y la potencia natural existe antes de ser dios, ni más ni menos que como el animal vivo existe antes de ser totem.

Existe bajo la figura humana que el hombre le confiere espontáneamente al nombrarla, tal como siempre hicieron y harán los poetas.

Pero ningún poeta adora la alegoría que acaba de inventar, ningún artesano implora la gracia del objeto que él mismo fabricara.

Como vimos, *sagrado es lo que lleva el espíritu de los muertos*. Lo que es cierto del fuego, del agua, de un animal o de un molón lo es también de las figuras de este mundo: el alma de los antepasados las convierte en dioses al entrar en ellas. Por lo tanto son los muertos quienes prestan carácter sagrado a los inmortales, quienes otorgan a los dioses valor divino.

Pero los dioses son semejantes a un río o a un manantial de agua en los cuales el agua puede cambiar incesantemente sin que aquellos cambien en nada. Hasta Indra, de quien se dice en los Vedas que cualquiera puede suplantarlo con tal que se haya elevado por sus altas hazañas, sus sacrificios o su ascetismo al rango de Indra, hasta Indra revestirá a quien lo suplante con su cuerpo constelado de ojos, lo proveyerá de su arco y lo cubrirá con el nombre de Indra...

Del mismo modo que el espíritu del Padre acaba por fundirse con el fuego de los Laras y, así, con el espíritu de sus Padres, el Rey-Pontífice, que es grande por su cargo y no, como el Héroe, por su genio y sus virtudes propias, desaparece en la luz divina¹.

Aquí se alza el piso superior del Edificio Pagano, entre el cielo y la tierra, más brillante, más resplandeciente, más desordenado, más inteligente y menos grave, más vasto y exterior, más artificial y artificioso, más seductor y engañoso, más netamente pagano.

16. DE LA CIENCIA Y DEL PECADO EN EL MITO Y EN LA CIENCIA

Hay, pues, en la muerte una comunicación de sustancia entre el dios y el pontífice y una reabsorción de signos distintos y de formas; en la vida, por el contrario, existe una comunicación de signos, de relaciones de la inteligencia.

El Rey-Pontífice evoca a sus dioses pero escucha la respuesta, aguarda el presagio, interpreta los signos augurales.

Por ello se requiere un oculto, profundo y preciso saber. En

¹ Los héroes, seres que se hallan a mitad de camino de la divinidad tienen por lo menos la posibilidad de conservar su figura, su vida y su persona, simplificadas y magnificadas por la fábula. El caso de Rama y de Krishna es especialmente distinto del de Hércules. No son héroes por engendramiento sino por Encarnación, noción extraña a la Antigüedad clásica.

las lenguas germánicas *König, King, el Rey* significa *El-que-sabe* (de Kennen).

Y el primer paso en esta ciencia exacta que se llama *Adivinación* consiste en establecer *Templos* o *Divisiones Espaciales* de la *Tierra y del Cielo*, ejes coordenados que determinan la dirección de los signos. Y he ahí los fundamentos de la Geometría y de la Arquitectura: residen en la Contemplación o reflexión sobre nuestro destino ligado a la estructura del mundo y dependiente de la Voluntad del Cielo.

Trátase también de fijar y de repartir las épocas, las de las fiestas de las estaciones, de los sacrificios o de las acciones de gracia, de determinar los días fastos y los momentos desastrosos. Y de los aspectos de la hora dependen las siembras y las cosechas, la abundancia o la miseria, la caza, la guerra, los vientos propios para los viajes, las fundaciones, las construcciones y todas las empresas.

Ahora bien, el colocar las doce lunas en la rueda del año y las doce horas en las noches y los días desiguales equivale a tocar los resortes del reloj celeste y los engranajes de la Astronomía. El comienzo de esta ciencia es la *Consideración* o *consulta sideral* (y adviértase cuánto mejor es, cuando se tratan temas como éstos, dejar que hable el saber primitivo ínsito en las palabras en lugar de hablar uno por sí mismo).

Pero no cabe presagiar sino observar, ni observar sin notar las conexiones necesarias entre los fenómenos sucesivos. Y el fruto de estas experiencias, inducciones e hipótesis está transcrito en las ecuaciones, cifras y fórmulas de la Mitología o Historia Natural.

En la lengua sabia de esta Física nuestro término *Causa* se traduce por el término *Padre*; y *Efecto* se dice *Hijo*. *Sistema* y *Teoría* se llaman *Familia* y *Parientes*. Para seguir el hilo de las relaciones causales se torna, pues, necesario recurrir a la Genealogía de los dioses. Esto es lo que lleva a los dioses y a las diosas a realizar acoplamientos tan singulares como necesarios, y se incurre en un error cuando se los imputa a la fantasía licenciosa de los poetas, pues emanaron sólo de la lógica y de la impasible objetividad de los observadores sacerdotales.

Es probable que si halláramos los mitos en su forma primitiva, ellos nos darían una explicación del mundo más conexa. Para tomar un ejemplo al azar: el nacimiento de Venus de la espuma del mar es una proposición que aun da materia de interpretaciones a la Genética y a la Embriología.

Pero los flujos y reflujos de las incursiones y de las conquistas pasaron sobre los santuarios, y los vencedores reconocidos instalaron sus dioses en lugar de los dioses vencidos, devorándolos junto con los despojos y con todas las joyas de las fábulas

extranjeras. Y, como suele ocurrir, la gloria y la riqueza velaron el sentido primitivo.

* * *

Mas toda la religión pagana es invasión, pues el Cielo y la Tierra estaban ocupados antes de la llegada de los dioses. Ocupados por el único Dios que los hombres no hayan imaginado, que es el verdadero.

Aquel que, en su lenguaje, simple el salvaje llama el Gran Manitú.

El Altísimo a quien servía Melquisedec, el Rey de Justicia y de Paz, y que bendijo al patriarca Abraham porque sólo adoraba a Él, a diferencia de los reyes de Ur y de Sodomá.

Dios sin rostro, y que tampoco puede tenerlo, puesto que es ilimitado; a quien no se puede prestar una figura pues ello sería falsearlo y empuñecerlo.

Es el Dios que rechazaron las Naciones y los Reyes pues el tomarlo por Dios equivale a ser tomado.

Nadie puede poseerlo pues es el Dios-de-todo-el-mundo. Tenerlo es tenerlo por amo y juez y servirlo.

Las Naciones y los Reyes quisieron poseer a sus dioses para servirse de ellos. Para que ellos los protegieran, favorecieran y justificaran.

Y bajo la conducción de sus dioses, las Naciones y los Reyes llenaron el mundo de altas hazañas, las más altas de las cuales son incendios y carnicerías. Una nación se arrojó contra otra y los dioses contra los dioses.

De esta suerte, la brillante imagen de los dioses, que debería ser la de la armonía de las esferas, produjo por el contrario un tumulto en las moradas del cielo.

En lugar de ejemplos constantes de la más alta virtud, exhibe a plena luz torpezas y mil enormidades.

* * *

Los dioses no son potencias emanadas de lo Omnipotente, sus figuras no son reflejos de aquella luz, no son aspectos diversos y particulares del Dios único, y la Mitología no es en ningún grado una Teología.

No, los dioses son figuras de este mundo transitorio. Los dioses no proceden de Dios sino que surgen de los hombres y del mundo.

Al elevarse hacia los dioses, el hombre no se acerca al Altísimo sino que se extravía a media altura en el vacío.

Las Naciones y los Reyes buscaron a través de los dioses el conocimiento del mundo y no el conocimiento de Dios y, en el conocimiento del mundo, la dominación del prójimo y no la verdad sobre este mundo.

En la especulación mental de que proceden los dioses, en el culto que se les consagra, en los motivos que se atribuyen a los actos de tales dioses (y, entre otros, sus amores), es digno de notarse la ausencia total de amor y de caridad.

El objeto de la búsqueda permanece invariable: el Beneficio del Poder, el Fruto.

"Castigo de quienes pecan es el error", dijo Pascal.

* * *

Si bien algunas series causales se ven iluminadas por la Mitología, ello es que muy pronto la cadena se interrumpe.

Cada ciclo fabuloso presenta algún trozo de cadena que no se enlaza con los trozos de los otros ciclos.

Y tanto el primero como el último eslabón de la cadena pertenecen siempre en el vacío.

Además, el sistema muestra dos tachas, una en el Principio y el Comienzo y otra en el Fin.

Pues en el Comienzo hallamos el Caos, que no es un Principio, y en el Fin y, por encima de todo, hallamos la Fatalidad contra la cual el Padre-de-los-Dioses-y-de-los-Hombres nada puede, y que no es una coronación.

* * *

No ha de extrañar que se hallen los mismos límites y las mismas lagunas en la visión del mundo que se desprende de la ciencia moderna.

Pues la ciencia moderna es hija del Renacimiento, así llamado a causa del retorno a los dioses paganos, lo cual sobrentiende olvido o un renegar del verdadero Dios, búsqueda de la verdad allí donde ella no es, es decir, fuera de Él, furioso retoño de la necesidad de dominar el mundo y de obtener de él la mayor cantidad posible de goces, dado que no se conciben otros bienes. Un mundo dependiente del Creador y ordenado para la Salvación pareció de pronto ininteligible. Quedó sustituido por explicaciones complicadas y negaciones sumarias, con las cuales se hizo la ciencia moderna.

Reconocemos al punto en ella las dos tachas de la Mitología: el Caos y la Fatalidad.

El Caos de la mitología moderna se denomina Materia, y en los siglos futuros los hombres se divertirán al considerar la ingenuidad con la cual no sólo el común de las gentes sino los más graves doctores refieren que de ella surgieron, con el tiempo, la Vida y el Espíritu. Esto se asemeja no poco al alumbramiento por Gé, la Tierra, de Uranos, el Cielo y.

¹ Algunas veces en los mitólogos y en los predicadores se apoyan en hechos que parecen haber comprobado o que otros, según entienden, comprobaban, y las atribuyen una cosa que es el Poder de Dios o el del Mar. Pero semejante

En términos modernos, la Fatalidad se traduce por Necesidad, Determinación Universal, lo cual excluye la libertad, la esperanza, el milagro, el mérito, la gracia y la vida interior, nociones innecesarias a la mentalidad pagana occidental.

Lo cual excluye, naturalmente, el amor y la caridad y, además —puesto que es preciso realizar incansables progresos—, toda poesía.

Los trozos de encadenamientos causales, a los cuales cada ciencia separada se ingenia por "agregar" eslabones sin tocar nunca el último, no se conciertan mejor entre sí que los de los ciclos fabulosos, y aun la separación es más grande que en éstos: la Astronomía, la Psicología y la Medicina estaban enlazadas por relaciones precisas entre los Caldeos, pero no así entre nosotros. La Matemática y la Música entre los griegos, pero no así entre nosotros.

La Química y la Meditación ascética entre los Maestros del Gran-Arte, pero no así entre nosotros.

Para los hindúes, Ciencia y Sabiduría son la misma palabra, pero entre nosotros no hay relación alguna entre ambas.

En fin, la Religión y la Ciencia se fundaban en el Mito. ¡Pero nuestra ciencia es una mitología atea!

Es más:

¿Por qué existe algo antes que la nada? Si la Efigie formula esta pregunta a la Ciencia Moderna, ¿qué respondería ésta? No importa: el poder de su Bomba le basta y todo lo resuelve....

Solwet in favilla.

"El salario del pecado es la muerte", dijo San Pablo.

17. DEL SACERDOCIO REAL

La plenitud del sacerdocio pagano consiste en que el mismo es el dios.

Faraón cumplía este oficio y cada mañana celebraba su propio culto.

El Emperador de China era hijo del Cielo y, según se volviera hacia la derecha o se inclinara hacia la izquierda, hacia buen tiempo o llovía en las provincias.

Manco Capac y su esposa Mama Oello se anunciaban como hijos del Sol y la Luna.

Se conservaba en relicarios la mugre de las uñas del Mikado; y sus excrementos, piadosamente recogidos, recibían pomposas exequias.

generación espontánea de la vida en el seno de la materia y de la raza en el animal, que se pretende científica, sería ni más ni menos que un milagro que nadie observó y al cual la Ciencia no atribuye ninguna causa.

Es imposible enumerar todos los reyes que, desde Nabucodonosor a Tiberio, fueron adorados en vida.

Ser "como un dios" equivale a llegar a la suprema libertad de la omnipotencia: poder hacer cuanto uno quiera. Pero ocurre que el hombre que es como un dios ya nada puede querer.

Aprisionado en las obligaciones embarazosas del perpetuo ceremonial, en los circuitos de los cortesanos y el colegio de los sacerdotes, sin que dejen de ayudar el harem y los eunucos, ya nada puede querer, revestido como está por la omnipotencia del ídolo.

Y he ahí el Fruto comido.

18. DEL ABANDONO DEL SACERDOCIO Y DEL PROGRESO QUE DE ELLO SE SIGUE

Pero, siguiendo la lógica y la vía del progreso la mayor parte de las dinastías históricas escaparon a este extremo.

Como ni el amor de Dios ni la sed de saber constituían la razón de ser del Sacerdocio de los Reyes, la lógica quiere que éstos se hayan descargado de aquellas obligaciones en otras personas, con el objeto de consolidarse en el poder, que era el verdadero fin perseguido.

De esto se derivaron grandes progresos, pues el Sacerdocio exige una vocación especial y reclama toda la vida del hombre; el Saber exige dones excepcionales y ocupa también toda la vida.

Apenas hubo hombres que se consagraron a ellos por entero, pronto comenzaron a aparecer discípulos. Al desarrollarse, la Filosofía se separa del Clero, que se había separado de la Realza. Luego las Ciencias se desprenden de la Filosofía y se desarrollan, y luego el Especialista se separa del Especialista. Cada cual se hunde en una parte cada vez más precisa y pequeña. Y los hombres se empuñeñen a medida que el sistema se empuñeñece.

El sistema es tan grande que nadie puede pensar en abarcarlo. Y el trabajo del espíritu se convierte en pelliczo de insecto y producción de polvo.

Se ha comido el fruto.

19. DE LAS DOS ESPADAS

Apenas los Reyes renuncian al Sacerdocio, comienza el divorcio del Poder Espiritual y del Poder Temporal y la lucha entre ambos concluye en conciliaciones difíciles y sospechosas.

Y así se ve por una parte a un clero sin armas y sin poderío legal (o, cuando los posee, como el Papado de otrora, ello cons-

tituye una demasia puesto que es contrario a su estado, y al mismo tiempo no es lo bastante poderoso para sostener sus pretensiones), pero que se esfuerza por subyugar a los Poderosos y por hechizar a los pueblos.

Y por otra parte a soberanos que, cuanto más ignorantes e impíos, más obran y enjuician como si detentaran la omnisciencia, y que no aceptan ni críticas ni verificaciones ni límites, que son amos de la vida, de la muerte y de la conciencia de sus súbditos.

En el Santo Imperio Romano de Occidente se constituye una Soberanía a partir del mismo Sacerdocio, gracias al Imperio y en contra de él: la del Papa.

El Papa y el Emperador dependen el uno del otro: el Emperador por la Consagración, que lo hizo emperador, y que el Papa pretende poder anular mediante la excomunión, la cual desliga de su juramento a todos los vasallos y así hiere al poderío en sus fuentes. El Papa depende del Emperador para sus Estados y, sobre todo, para los dominios eclesiásticos y monásticos de todos los Estados del Imperio, sobre los cuales se ciernen perpetuamente la amenaza de que sean retomados o saqueados. Trábase de dos reinos sin fronteras que sufran una perenne usurpación. De uno y otro bando alternan las bendiciones y las execraciones, así como las explicaciones sangrientas en que los pueblos se ven envueltos hasta la ruina espiritual del poder temporal y la ruina temporal del espiritual.

En el Santo Imperio Romano de Oriente, el Basileus tiene la prudencia de recostarse del lado del Patriarca de Constantinopla, quien se conforma con seguir siendo el más alto dignatario de la Corona, y ambos se concertan bastante bien para sostener durante diez siglos la decoración hierática y dorada. Aunque no eran sacerdotes, los Emperadores de la Santa Rusia eran los jefes de la Religión; lo mismo cabe decir de los antiguos y actuales Reyes de Inglaterra.

Los primeros Capetos se titulaban "condes y abades". Cuando fueron Reyes, se hicieron unír con el óleo de San Remigio; y al punto obraban curaciones milagrosas. Reyes Cristianísimos, protegieron a la Iglesia y fueron protegidos por ella.

Apenas deja de ser para el pueblo artículo de fe la fórmula "Rey por la Gracia de Dios", la realza muere.

Enunciado esto, el secreto de Juana de Arco tal vez no sea ya un enigma histórico impenetrable: me refiero a aquel "sig-no" que mostró al vacilante Carlos VII, cuando ambos estaban a solas en el gabinete del rey en Chignon, y sobre el cual,

¹ Sin embargo, fue un Rey de Francia quien respondió al interdicto del Papa haciendo acobardar.

interrogada en el proceso, la Doncella sólo respondió en lenguaje alegórico.

El "signo" no pudo ser muy distinto de esto: *Et Delfin dudaba no poco, y no sin causa, de ser el hijo legítimo de su predecesor, y los escrupulos de su conciencia devota lo detentaban.*

"Vengo a decirlos de parte de Dios que esos pensamientos no proceden de él sino del Maligno".

"Pues el que los reyes sean reyes por propia calidad y por su voluntad es una proposición del Maligno.

"Si le place, Dios puede convertir en rey a un pastor. ¿No tomó acaso a David de tras sus carneros? ¿Y direis que David fue menos que Rey siendo que de él el Rey de los Reyes, nuestro dulce Señor, debía nacer un día?

"En nombre de Dios, os mostraré a la vez el signo y la cosa, pues mi signo consistirá en conducirlos a Reims para vuestra Consagración.

"El óleo de la Santa Ampolla y el unguimiento de David es un signo que ningún cristiano puede discutir."

20. DE LA CONSAGRACION Y DE SUS CONSECUENCIAS

La Consagración es lo que queda del Sacerdocio a los Reyes. Al par que el Sacerdocio, la Consagración significa que determinado hombre ha sido separado para el servicio de Dios "como una flecha escogida", reservado para aquel servicio único de presentar a Dios entre los hombres, de llenar el abismo que separa a Aquél de éstos, de comunicar las órdenes de lo Alto, pero sobre todo el orden eterno que reina en los Cielos.

Vese claramente cómo la Ciencia-del-Bien-y-del-Mal especulará con este tema admirable. Especulación quiere decir *Juego-de-Espejos*, y el juego consiste en volver incesantemente el espejo de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, del bien al mal, que es el modo en que se cazan alondras.

Vuelto hacia la izquierda, el espejo dice: "Soy como Dios: todo el mundo me sirve y yo no sirvo a nadie. Un abismo me separa de los otros hombres. En su justicia, Dios me eligió por la Consagración y, por lo tanto, decreta por adelantado que cuanto yo ordene será justo."

Las épocas bárbaras (y los ejércitos en guerra) no conocen más ley que la voluntad del jefe. Por lo tanto no cabe presumir que el jefe quiera algo injusto sin incurrir en una contradicción.

"Hay que obedecer a los Reyes como a la justicia misma", enseña el más célebre de los predicadores corcesanos¹. Y añade, para dar un giro razonable al tabú: "Sin lo cual ningún asunto

¹ Bossuet.

llegaría a su fin". Y luego, con el objeto de adoctrinar convenientemente a sus ovejas en la ortodoxia pagana: "Son dioses que participan de algún modo de la independencia divina." Y luego, para dar a todo ello un sello bíblico: "Dije: todos vosotros sois dioses e hijos del Altísimo¹."

La Consagración es mucho menos capaz que el Sacerdocio de marcar el carácter del hombre. El Sacerdocio exige una preparación, una instrucción, una iniciación, una disciplina cotidiana interior y exterior, un régimen de colegio, una conducta o, por lo menos, una actitud impecable y severa.

La Consagración es mirada antes como una demostración pública que como un sacramento. Con ella se persigue el propósito de provocar antes el arrobamiento de las multitudes que la transformación interior del Coronado.

Una vez cumplida, la Consagración no obliga al Príncipe a obrar con justicia sino que veda el juicio al Subdito. El amo de la Ley procede a su antojo con la Ley. Siempre hallará los sonjeadores que le reprochen el ser demasiado bueno.

Habida cuenta de que nada es más temible que su fuerza y su rigor, los prudentes tendrán cuidado de cultivar sus flaquezas. Es de utilidad pública el ablandar en las voluptuosidades sus instintos sanguinarios, e! disparar sus furros en los placeres. Habida cuenta de que en la guerra los otros cosechan los golpes y él la gloria, se entrega de buena gana a tan noble paso tiempo.

Habida cuenta de que tiene derecho de vida o de muerte sobre todo el mundo y de que sólo Dios da la vida, le resta el privilegio de dar impunemente la muerte.

Todas las excitaciones, todas las vanidades que lo rodean, todas las tentaciones que se le ofrecen, todas las barreras que se le presentan ¿cómo no han de hacer de aquel Dios un demonio?

Mientras su madre, Catalina la Grande, lo mantuvo alejado indebidamente de los asuntos públicos, el zarévitch Pablo se dio a conocer por sus buenas cualidades y sus buenos sentimientos. Pero cuando sonó su hora, ascendió al trono un monarca tal que fué preciso abatirlo.

Cuando Luis XV, niño, merecía una paliza, íbase en busca de un criadito y se lo azotaba en su lugar, ante sus ojos. No es de extrañar que el inteligente niño extrajera de ello esta lección: que las consecuencias de sus malas acciones recibirían siempre sobre otros y que tal cosa era justa. Los escándalos de su reinado y su sentencia célebre: "Después de mí, el diluvio", derivan sin duda, por lo menos en parte, de aquellos correctivos desplazados de su persona a otros.

¹ Como el Profeta no dirige estas palabras a un rey sino, a todos, la cita tiene un significado equivoco.

Ni a Pedro el Cruel ni a Iván el Terrible ni a Ricardo III (que hasta se hizo coronar y consagrar dos veces) faltó el ungimiento.

Como la legitimidad pertenecía a su poder, pudieron dispensarse de ponerla en sus actos.

21. DE LOS REINOS Y DE LA GUERRA

El Reino constituye un grupo formado forzosamente y fundado en la violencia. De no haber mediado la guerra, hubiera quedado en estado tribal. Por lo tanto, está hecho para la guerra y por la guerra.

Apenas el Rey renuncia al Sacerdocio, el Jefe guerrero es quien pasa al primer plano.

En la guerra, el gobierno de uno solo es el único posible: la inminencia del peligro en todo instante, la ventaja decisiva de una rapidez fulminante hacen nefastas toda discusión, toda reflexión, toda dilación en la ejecución, y por lo tanto toda libertad y toda conciencia en los ejecutores.

La guerra es, pues, la razón de ser de la Monarquía; de lo cual ciertos espíritus ligeros sacan la conclusión de que la razón de ser de la Democracia es la paz, pero ya hemos demostrado que la Historia desmentidamente sangrientamente semejañte ilusión.

No sólo la Realza sino todas las formas del poderío aparecen enlazadas a la guerra, con la sola excepción del poder espiritual. Nada más cierto que los Reyes trataron demasiado a menudo a sus propios reinos—tanto a los grandes vasallos como al pueblo común— como país conquistado.

En parte alguna consolidan mejor su cetro que en los países ordenados como un campo de batalla.

Más de uno acudió al recurso de provocar una guerra para mantener más altas y cortas las bridas de un pueblo que se relaja en el lujo y los vicios y comienza a agitar reivindicaciones, burlas y filosofías. En medio del peligro y los sufrimientos, en medio del duelo y la miseria, la fidelidad sin condiciones y la ciega obediencia se convierten en un reflejo del instinto de conservación colectivo.

En el Régimen de los Príncipes es donde la guerra estalla con más fantasía. Aquí más que nunca los teóricos de las necesidades-económicas-como-causa-de-la-guerra han de probar su imaginación para atribuir a los hechos razones razonables. Es muy posible que las ricas provincias de un reino sumergido en la mollicie o las discordias tienten la codicia de un monarca avi-

¹ Plagas, III, 6 y 10.

sado, quien no dejará de alzar la bandera de los más caballescos sentimientos para justificar su bandijaje económico.

Pero más insaciable que la avidez es la vanidad, es decir, la necesidad de igualar la gloria de los antepasados; la cual desde la infancia resuena en los oídos, magnificada por la fábula, la necesidad de distraerse cuando los festines y las mujeres ya no bastan, la necesidad de responder a una frase insolente o ingenua que alguien, según se dice, habría dicho o pudo decir... El motivo más fútil es a menudo el más verdadero de los más graves acontecimientos.

Para deshacerse del ambicioso Delfín Luis I el prudente, Carlos, su padre, lo puso al frente de las Grandes Compañías; para deshacerse de los nobles concussionarios, calamidad para los países donde estaban destacados, el Delfín los condujo ante los muros de Berna, ciudad que tomó, aunque se sintió mucho menos satisfecho de esta toma que de sus valientes enemigos y de las pérdidas que éstos habían infligido a su ejército. Tal es, si se quiere, una razón económica.

Son numerosos los reyes que hicieron grabar en su monumento la larga lista de sus victorias, ilustrada por la imagen del prisionero a quien se corta el puño, a quien se vacían los ojos. Pero es raro, es único el epitafio de Egipto:

*Durante todo mi reinado
Dejé que los arcos se apollaran en mis arsenales.
Ni un niño fué maltratado
En mi reino.*

22. DE LA SUPERSTICIÓN DE LA SANGRE Y DE LOS CRIMENES QUE DE ELLA SE SIGUEN

A medida que se debilitó en los Reyes y en los Pueblos la fe en las virtudes de la Consagración, creció el apego supersticioso a la Sangre.

Se atribuye a la sangre real virtudes místicas y aun naturales, hasta verse en ella otro color, pues el rojo es demasiado vulgar y sólo bueno para la canalla.

La Sangre azul se convierte en una quimera mitológica y en un talismán que abre la puerta de todos los derechos y de todos los honores.

Pero, por un rudo y giro de la Lógica Serpentina, derivan de la superstición de la Sangre el parricidio, el incesto y los demás crímenes contra la sangre desconocidos en la naturaleza y raros en el común de los hombres, pero que parecen enlazados como un sombrero privilegio a la dignidad real.

En efecto, si la Sangre da derecho al poder, quien detenta el poder no tiene peor rival que su pariente más próximo. Y aquel derecho de vida y de muerte sobre todos que los poderosos se arrogan acaba por volverse contra su propia sangre.

Saturno mutiló con la hoz y mató a su padre Urano, el cual devoraba a sus hijos.

Saturno devoraba también a sus hijos hasta que uno de éstos, que se le había escapado, Júpiter, lo venció con su rayo y lo encerró en los lugares infernales.

He aquí los primeros dioses que los primeros reyes hicieron a su imagen.

Y lo mismo que de los asesinatos de los dioses cabe decir de sus amores, que son inocentes como los terribles juegos de la Naturaleza, la cual hace desaparecer a su antojo lo que ella misma produjo.

Pero los juegos de quienes se consideran y se hacen considerar como dioses, sus juegos con la vida y la muerte carecen de inocencia y son contra naturaleza. Hasta las fieras aman a sus cachorros y respetan a sus congéneres.

Edipo mata a su padre y desposa a su madre, bien es cierto que ignorando que lo era. Fatalidad real. De la monstruosa unión nacen dos hijos, que se matan a las puertas de Tebas, y una hija que se suicida.

Atreo ofrece en un festín a su hermano Tieste la carne de los hijos adúlteros de este y lo mata después del horrible banquete. Egisto, mata a Atreo.

Oreste mata a su madre Clitemnestra, que había matado a su padre Agamenón, y reina rodeado de las Furias.

Tulia, hija del Rey Servio Tulio, pasa con el carro sobre el cuerpo de su padre apuñalado por Tarquino, su soberbio esposo a quien ella iba a saludar como Rey.

Teodora, la emperatriz, adornada como la Theotokos de los íconos, recibe la visita de un joven muy apuesto en quien reconoce a su hijo. Lo había tenido de un oficial de Libia cuando era guardiana de osos en los subterráneos del Circo. Las lágrimas rodaron por su rostro arrugado por los afeites, pues le recordó al hombre a quien más había amado. Miraba a su hijo y lo lloraba por adelantado, y luego lo despidió. Nadie volvió a verlo.

Entre las brumas del Norte, en el castillo encantado, Fengo! mata a su hermano, el Rey Horvudil, se casa con la viuda y reina en su lugar. El príncipe Hamlet, hijo de Horvudil, lo mata, muere y, con él, muere su madre.

Clodoveo, el bautizado, ungido con el óleo de la Santa Ampolla, hizo perecer por el hierro y por obra de la astucia a todos

¹ El que Shakespeare llama Claudio. La historia o leyenda ocurre en Jutlandia en el siglo II antes de Jesucristo.

los reyezuelos francos, la mayor parte de los cuales eran parientes suyos.

Ciolaro y Childeberto, hijos de Santa Clotilde, hacen llamar a los huérfanos de su hermano Clodomiro y, a pesar de las supplicas de los niños, los aferran del brazo y los hieren de muerte en el costado. Los hermanos cómplices se reparan los despojos y, poco después, se enfrentan en una guerra sin merced.

El bondadoso rey Dagoberto, el de la canción, hace matar a su tío Brodolfo y luego a su sobrino Chilperico, y reina por fin tranquilo.

Pedro de Castilla hizo matar ante su vista a su hermano, don Federico, y a su primo don Juan, mandó asesinar a su tía Leonora, envenenar a Lara y envenenar por fin a la reina Blanca en la prisión.

Pedro de Castilla y Enrique de Trastámara eran hermanos; se encuentran y se besan. Uno de ellos está rojo de cólera y el otro pálido de rabia y cada cual empuña una daga. Aquél de los dos que escape con vida habrá conquistado el derecho a la corona.

En la Torre de Londres, Ricardo II fué asesinado por orden de su primo Enrique.

En la misma Torre, los hijos del difunto Eduardo fueron asesinados por orden de Ricardo III, su tío y protector.

El duque de Orleans cayó en la puerta Barbette bajo los golpes de los sicarios de Juan Sin Miedo, su pariente; doce años después, Juan Sin Miedo cayó en un puente bajo los golpes de los sicarios de su pariente, el Delfín de Francia.

Guisa el Marcado cae traspasado por treinta puñales en los departamentos de su primo Enrique, quien aguarda tras las cortinas a que haya acabado de expurar.

Iván de Rusia, golpea con el bastón herrado a su hijo y lo abate. Pedro el Grande obliga al suyo a asistir al suplicio de sus amigos y luego lo entrega al verdugo.

En Bizancio se solía reventar los ojos del soberano caído o se lo castraba. En Abisinia envolvíase al pretendiente vencido en tiras de cera que oían a miel y lo quemaban a fuego lento.

Artajes abatido con su Larga Mano a todos los hijos que tuvo de todas sus mujeres.

En la dinastía islámica de los Indos, cada fin de reinado quedaba señalado por la guerra de los príncipes. El triunfador tenía la prudencia de degollar a todos sus hermanos, numerosos en el régimen del harem y a todos sus descendientes. La misma moda imperaba en los dominios del Gran Turco, así como entre los sultanes de Marruecos.

En China, la dinastía de los Tsin es una monótona cadena de asesinatos de parientes.

Un zapatero convertido en general la derriba y se apodera del trono de Nankin.

El tercer de su linaje es asesinado por uno de sus hijos, el cual es muerto por su hermano, quien mata al punto a la mayor parte de los príncipes de la sangre.

El sucesor cuenta dieciséis años y reina seis meses, lo suficiente para dar muerte a casi todos sus parientes.

A su vez es muerto por su tío, llamado "el Puercu", quien manda ejecutar a sus hermanos y sobrinos.

El Puercu llega el trono de los Hijos del Cielo al hijo de su favorito. El Emperador-Niño, que reina desde los diez hasta los quince años aprovecha la ocasión para tronchar por juego tantas vidas humanas que los suyos se ven obligados, favorecidos por una noche de orgía, a troncharle la cabeza.

Comienza entonces una nueva dinastía —la de Tsi—, cada uno de cuyos príncipes, a pesar del cuidado que pone en deshacerse de todos sus consanguíneos, olvida siempre a uno que acaba por deshacerse de él.

El primer rey hebreo que aparece en la Biblia es Abimelec, que realiza la proeza de hacer degollar sobre la misma piedra a los setenta hijos de su padre. Al punto es reconocido como rey.

El santo Rey Profeta David guerra contra su hijo Absalón, bien que en defensa propia, y sus soldados matan a Absalón, que queda colgado de un sicomoro, bien que contra su orden, y lo llora. Fatalidad real!

* * *

Otro crimen contra la sangre es el Incesto, abominado por todos los pueblos, por bárbaros y depravados que sean, el Incesto que constituye otro reverso de la lógica de la Sangre.

Si la sangre del Faraón y la del Inca son divinas y de especie solar, resulta imposible mezclarlas, sin incurrir en grave y nefasta consecuencia, con una sangre impura, extraña: humana.

Es forzoso que fuerce la naturaleza y que despose a su hermana. De esta suerte la raza envejece y se agota. De las veinticinco dinastías egipcias, ¿cuántas duraron más de un siglo o de medio siglo?

La unión consanguínea, que constituye un incesto apenas atenuado, es ordinaria en todas las tradiciones reales. En el círculo reducido de todas las uniones posibles, la misma sangre se vuelve contra sí misma y se corrompe.

La obligación del príncipe, para el honor de su raza, de no desposeer nunca a aquélla a quien ama su corazón y a quien reclama su naturaleza, es, por lo demás, una injuria a la raza.

La vergüenza de un adulterio de cuando en cuando, ya escandaloso, ya celosamente ocultado, es quizá el único remedio y salvación de las razas reales.

23. DE LAS ALIANZAS REALES Y DE LA GUERRA

La hija de Rey que desposa a un hijo de Rey en los países donde no se admite el incesto formal, no puede ser sino hija de un Rey extranjero, lo que vuelve a la Familia Real cada vez más extraña al pueblo sobre el cual reina.¹

¿Cuántas gotas de sangre francesa poseían San Luis, Enrique IV, Luis XIV, considerados por Francia como encarnaciones de su gloria?

Pero los hombres civilizados constituyen una especie demasiado razonable y demasiado apegada a lo útil para que pueda presentáseles un casamiento real como un puro sacrificio ofrecido a la superstición de la sangre. Y como las razones del corazón no pueden invocarse sin que se caiga en lo ridículo, preciso es recurrir a la Razón de Estado.

Y es una felicidad para los Diplomáticos combinar, bajo el signo del casamiento, determinada alianza con otra nación o, mejor dicho, determinada reconciliación, que acaba en fiesta, con el enemigo hereditario. ¡Tenéis razón, pueblos, cuando bailáis celebrando este fastuoso y sentimental desenfuce de las guerras! Pero, ¿es posible que cada generación sea víctima del mismo engaño?

Otro reverso de la lógica de la Sangre es que semejante alianza engendra la próxima guerra, puesto que otorga a quienes han de nacer de ella derecho al trono del nuevo pariente, extendiendo así a pueblos enteros el privilegio real del fratricidio y de los crímenes contra la sangre.

La Guerra de Cien Años no tuvo otra razón que el estrecho parentesco de las Casas de Francia y de Inglaterra; la guerra de Sucesión de España, de las Casas de España y de Francia; la guerra de Sucesión de Austria, de las Casas de Baviera, de España, de Sajonia, de Francia y hasta de Cerdeña con la de Austria, nudos inextricables de parentescos demasiado próximos.

24. DEL REINO DE LA ZARZA

Los Árboles se reunieron para unguir a un Rey y dijeron al Ojivo: "Reina sobre nosotros."

El cual les respondió: "¿Cómo podría dejar mi aceite con el que se benefician los dioses y los hombres, para ser el primero de los árboles?"

¹ Cuando algunos amigos me presentaron en Berlín al Príncipe Pretendiente de Albania, me pregunté en qué idioma debía dirigirme a aquel albanés. Pero era alemán. Conoció en Florencia a las Princesas de Grecia, pero aquellas Griegas eran alemanas.

Y los árboles dijeron a la Higuera: "Ven y dignate reinar sobre nosotros."

La cual les respondió: "¿Cómo podría dejar mi dulzura y mi fruto muy suave para ser el primero de los árboles?"

Los árboles hablaron a la Viña: "Ven y reina sobre nosotros."

La cual respondió: "¿Cómo podría dejar mi vino que regalo a Dios y a los hombres para ser el primero de los árboles?"

Entonces todos los árboles dijeron al zarzal: "Ven y reina sobre nosotros."

Y el Zarzal les respondió: "Si en verdad me erigis en Rey, Venid y descansad a mi sombra..." (Jueces, IX, 8.)

Por cierto que quien se apodera del cetro no es siempre el mejor, ni el más benigno, ni el más inspirado, y acaso sólo posea la ingrata virtud de la zarza.

Acaso sea como aquel de quien habla Maquiavelo: aquel "que, por la extrema maldad de las acciones que le valieron el poder, no puede figurar entre los excelentes hombres de la historia". San Luis, San Esteban, San Enrique, San Canuto... sí, hubo santos Reyes y tuvieron tanto o mayor mérito por no ser monstruos, pero ¿hay acaso alguno cuyas manos no estén manchadas de sangre?

Gautama abandonó de noche su palacio, saliendo de él, príncipe, como pudiera entrar en él un ladrón, para ir a mendigar por los caminos y meditar en la selva.

Cuando los hombres quisieron tomar a Jesús para hacerlo Rey, "huyó de entre ellos."

Pero a Satán se lo llama el Príncipe de este Mundo.

Dícese de él que es *homicida y mentiroso desde el Comienzo*. Dícese que posee los Reinos de la Tierra y que dispone de ellos según se le antoja.

25. DEL REINADO DE LA NULLIDAD

Por ingrata que sea la virtud de la zarza, peor es la ausencia de todo valor. Cuando los bárbaros eligen a un jefe, jamás recae la elección en un hombre cobarde, tonto, loco, o en un estafador notorio, o en un libertino, o en un niño de cinco años.

Y si los tontos, los cobardes, los locos, los imbéciles y los malvados, los hipócritas y los incapaces, si todos éstos ocuparon una y otra vez el trono, ello se debió a la superstición de la Sangre cuyo axioma reza: la virtud de los padres se trasmite a los hijos.

Pero el don de mandar es tan raro como el genio poético. Existen hombres de genio pero no familias geniales. Cuando la cepa dió un gran hombre o dos, parece agotada para siempre.

Una "taza de señores" ha de quedar relegada, junto con los centauros, al dominio de la Mitología.

Por cierto que el poseer un jefe muy fuerte puede costar muy caro a un pueblo, puede costarle muchas ruinas y carnicerías si para probar su fuerza ha de abatir a todos los otros fuertes.

Acacee, pues, que se recurre a la elección cuando se puede (cuando los hombres se entienden o se temen lo suficiente para que la competencia sea pacífica), del más fuerte por los más fuertes. Es éste, con mucho, el mejor método para ceñir la corona en una frente apta para llevarla.

Y sin embargo, al parecer estos hombres sólo se resignan a ello por la fuerza. Así lo hacen las poblaciones salvajes, que se hallan siempre en pie de guerra y para quienes los interregnos, o bien la nulidad del jefe, serían mortales.

Pero el carácter hereditario es inherente a la Monarquía y a las creencias sobre las cuales ella se funda. Y acaba siempre por establecerse un modo de sucesión en que la elección para nada cuenta. Esto elimina las competiciones, o por lo menos las del valor, y presenta ventajas evidentes al ofrecer la seguridad de que, generalmente, el más alto poder y la dirección de todos recaerán en las manos de un mediodoce.

En lo sucesivo todo el arte de los políticos, de los Ministros, de los Consejos, de la Corte, de todos aquellos que están al servicio del Rey, consistirá en anular el poder real, que constituye un peligro público. Se le hará jurar —y éste será su primer acto de rey— respecto a los privilegios de los Grandes, de los Funcionarios, de los Magistrados, de las Comunas, de las Corporaciones, en suma de todo lo que cuenta en el Reino (y el resto se le escapa por su misma pequenez). En seguida, quienes lo rodean perseguirán derechamente el propósito de apartarlo de los asuntos públicos. Y esto hasta el punto de que el único modo de salvar del desastre a la institución monárquica consiste en impedir que el monarca manifieste su poder y su mediocridad.

Carlos I, Luis XVIII, Alfonso XIII creyeron ingenuamente que habían subido al trono para reinar. Les costó caro.

26. DE LA REALLEZA AL DESNUDO

Andersen refiere la historia de aquella tela que se tejía para el Rey, tela infinitamente preciosa y tan fina que era invisible. Toda la ciudad hablaba de ella. De vez en cuando el Rey, acompañado de toda la corte, se dirigía a los talleres para ver avanzar la obra, para ver la tela preciosa y tan fina que no se veía.

Llegado el día de la ceremonia, revisóse al rey con mil pre-

cauciones para que no se rasgara la tela preciosa y tan fina que era invisible.

Cuando el Rey apareció por fin ante el pueblo, todo el mundo lanzó murmullos de admiración ante aquella tela preciosa y tan fina que no se veía.

Hasta el instante en que un niño preguntó: ¿Por qué está desnudo el Rey, mamá?

Entonces todos hubieron de dar crédito a sus ojos y dijeron: Si, el Rey está completamente desnudo, y rieron.

Con la realleza acacee lo mismo que con aquella tela: un día se torna tan fina que ya no se la percibe.

Si el Rey está sentado en el trono para no reinar, si sólo sirve para no servir para nada, he aquí que aparece al desnudo la evidencia infantil de que los hombres podrían pasarse sin él.

27. DE LA SERVITUDIMBRE VOLUNTARIA

No es otro aquel grito ingenuo lanzado por La Boétie en su opusculo, tan agradable por la elocuencia clásica en él desplegada como temible por la verdad infantil que esconde.

"Es una gran desdicha —dice— estar sujeto a un amo de quien jamás se pueda tener la seguridad de que sea bueno, puesto que tiene el poder de ser malo toda vez que se le ocurra; y el tener varios amos equivale a tener que ser varias veces desdichado.

"Pero, ¡Dios mío!, ¿qué puede ser ello? ¿Cómo diremos que esto se llame? ¿Qué desdicha es ésta, o qué vicio, o más bien qué desdichado vicio? ¡Hemos de ver a un número infinito de hombres que no obedecen sino que sirven, que no son gobernados sino tiranizados y que no tienen padres, ni hijos, ni la propia vida que les pertenezcan! ¡Hemos de sufrir los pillajes, la lujuria, la crueldad no ya de un ejército, no ya de una banda bárbara... no ya de un Hércules ni de un Sansón sino de un solo hombrecillo que a menudo es el más cobarde y afeminado de la nación... un hombrecillo incapaz no ya de imponerse por la fuerza de los hombres sino del todo incapaz de dar satisfacción a la más insignificante mujercita!..."

"...¡Vosotros sembráis vuestros frutos para que él los dilapide, vosotros amuebláis vuestras casas para darle qué robar, criáis a vuestras hijas a fin de que él haya con qué satisfacer su lujuria, criáis a vuestros hijos a fin de que él los lleve a sus guerras, de que los lleve a la carnicería, de que los haga ministros de su codicia, ejecutores de sus venganzas! ¡Os deslomáis a fin de que él pueda gozar muellamente delicias y encenagarse en los sucios placeres! Os debilitáis a fin de hacerlo más fuerte y más inflexible, a fin de que os tenga siempre con las riendas cortas..."

"... No sé cómo la naturaleza no hace desear a los hombres aquella libertad que es un bien tan grande que, una vez perdida, todos los males se suceden en fila y hasta los mismos bienes que quedan pierden enteramente su gusto y sabor.

"... Si los hombres no se hicieran demasiado los sordos, oírían que los animales (!Dios me salve!) les gritan: ¡Viva la Libertad! Muchos de ellos mueren apenas se los apresa. Del mismo modo que el pez pierde la vida apenas sacado del agua, aquellos quedan postrados y no quieren sobrevivir a la pérdida de su libertad natural.

"Si los animales establecieran rangos entre ellos, harían (a mi juicio) de la libertad su nobleza.

"Los otros, desde los más grandes hasta los más pequeños, oponen gran resistencia, con las uñas, los cuernos, el pico manifestando así a las claras hasta qué punto les es caro lo que pierden. Cuando luego son aprasados, nos dan tantos signos aporreados de su desdicha que proclaman que desde entonces no volverán sino que languidecieron..."

(Y volviendo sobre la absurdidad de que todos sirvan a uno sólo.)

"Y ello es que no es preciso combatir a ese único tirano, que no es preciso defenderse de él: él mismo queda derrotado si nadie le ofrece nada. No es preciso que el país se esfuerce por hacer nada por sí mismo sino que se esfuerce por no hacer nada contra sí mismo.

"Parejamente, el fuego de una chispa que se agranda y se refuerza, y halla más madera y cada vez arde con mayor furia, acabará por consumirse sin que se acuda al agua para apagarlo con sólo que no se le arroje más leña, pues no teniendo ya nada que consumir, se consumirá a sí mismo, perderá toda su forma y no será ya fuego..."

"Son pues los pueblos mismos quienes se dejan, o más bien quienes se hacen devorar, puesto que dejando de servir recobran su libertad.

"El propio pueblo es el que se ata a la servidumbre y se desguella..."

28. DE LA SERVIDUMBRE: DESDICHA Y MAL

La servidumbre es el reverso del Poder y constituye la base y el sustentáculo de éste.

Si todo el mundo fuera libre, no habría poderosos. Si todo el mundo fuera poderoso, ninguno lo sería.

En la misma medida en que el Poder dilata el pecho, embriaga, la servidumbre envilece, abruma, deprava.

Pero del mismo modo que las grandezas del poder son iluso-

rias, convencionales, y están cimentadas en falsas creencias, el rebajamiento de la servidumbre es real, destructor de los cuerpos y las almas.

Es la peor de las mutilaciones, peor que la del manco que no puede vestirse, lavarse ni alimentarse por sí mismo, que la del ciego que no puede guiarse, que la del eunuco que ya no es un hombre.

La servidumbre es la mutilación capital, la ablación de la conciencia, la pérdida de sí mismo.

Aristóteles afirma que el esclavo no tiene alma y Platón duda de que el esclavo tenga "un alma entera".

La verdad es que el esclavo que se siente contento de serlo porque está tranquilo y no debe pensar en nada posee antes el alma de un perro que la de un hombre.

Ésta es la razón por la cual los más grandes filósofos griegos miraron la esclavitud como una institución necesaria y natural, habida cuenta de que ciertos hombres son esclavos por nacimiento y por naturaleza. Si hemos de dar crédito a Aristóteles, todos los bárbaros —es decir los no griegos— nacieron para la servidumbre.

Por más que subleve la filosófica serenidad con que se dicen semejantes cosas, preciso nos es reconocer que existen, en efecto, hombres esclavos por el nacimiento, y que hasta constituyen el mayor número.

Esto no justifica la institución de la esclavitud, impuesta siempre por la sola fuerza, pero explica por qué el advenimiento del Gran Número comporta inevitablemente la Tiranía.

No es necesario marcar en el hombro al esclavo por naturaleza o colocarle una argolla en el tobillo. Siempre encontrará a un amo, del que vivirá quejándose y del que nunca podrá prescindir. Lo encontrará en su camarada, en su hijo o en su criado. Seguirá siendo esclavo aun cuando sea rico y posea numerosos esclavos.

Aun cuando sea rey. ¿Quién manda aquí: nuestro amo el Rey o la querida del Rey?

Al paso que aquél que vive encadenado quizá sea Epicteto, Esopo o Espartaco.

Éste está tan mal en su lugar como el león en la jaula, como el elefante en la cantera o en el circo.

Sin embargo, la servidumbre no es una simple desdicha sino que, como las otras plagas nacidas del hombre, es una desdicha enlazada al mal.

Quién está en pecado es esclavo del pecado, está escrito. Sin duda tratase aquí de la servidumbre interior, pero no hay nada

¹ "Perdió la mitad de su alma aquí a quien sorprendió el día de la servidumbre" (Homero).

de exterior en las instituciones humanas que no proceda de dentro. Y el buen fruto no puede provenir de un mal árbol.

Son esclavos por propia culpa todos aquellos cuya conciencia apatulló, todos aquellos que miran con los ojos de los otros y piensan los pensamientos que les vienen de fuera, todos aquellos que obedecen ciegamente a los hombres o a las leyes sin jamás apejar a la justicia ni a la verdad. Todos aquellos que olvidan o ignoran que la libertad es un alto deber, una responsabilidad que es menester saber asumir con grandes esfuerzos y grandes riesgos, un don caro y precioso que es menester saber pagar a un alto precio y que se debe honrar tanto en el prójimo como en uno mismo.

Por lo que toca a la libertad exterior y social, retengamos la lección de La Boétie: Que ningún tirano, ningún explotador, ningún corruptor puede tener éxito sin la complicidad de aquellos de quienes abusa. Es ésta una gran verdad, una verdad que libera.

29. DE LA VOLUNTAD DE ELUDIR LA SERVIDUMBRE O DE LA FUNDACIÓN DE LAS CIUDADES

Obtener el Poder eludiendo la servidumbre, tal es lo que se propusieron los fundadores de la Ciudad, tercera especie de sociedad humana, por lo demás del todo artificial.

Al paso que aquel "estado de naturaleza" invocado por Rousseau al comienzo de su *Contrat Social* es una ficción, cosa que el mismo sabe de sobra, el *Contrato Social* que presenta como una visión del espíritu, como una explicación racional de la sociedad, es, por el contrario, una realidad histórica, cosa que se diría que Rousseau ignora.

Es el fundamento histórico de la Ciudad grecolatina (no de toda sociedad humana sino de la Ciudad), que es un establecimiento artificial, de la Ciudad y de sus leyes.

Las leyes son —como bien vió Rousseau— la esencia de la Ciudad. Y el punto de partida de semejante justicia es un pacto jurado (Justicia y Jurar son la misma palabra). Trátase, en el origen, de un contrato, de un pacto jurado públicamente al que sirven de testigos los dioses reunidos de las tribus.

Mientras que la división de las tribus cuando se produce un casamiento, o su no división, son igualmente naturales y dependen de las condiciones del país, la reunión de tribus vecinas separadas y rivales, de tribus diversas que por largo tiempo y en vano se midieron en la guerra, sólo puede ser el producto de una operación concertada y conducida con extrema circunspección.

Hay que tener en cuenta el suelo para el cultivo, las aguas vi-

vas para la vida, los terrenos escarpados para la defensa, el río o la costa para las expediciones, los vientos dominantes, la orientación propicia y sobre todo los augurios. Es preciso poseer las fórmulas del ritual y del juramento.

Pues aquí deberá celebrarse un pacto no sólo entre hombres, sino entre los hombres y los dioses, así como un pacto de los dioses entre sí.

Cada familia aporta los suyos —algunos de los cuales son muy poderosos— y sólo consistente en cederlos a la comunidad si conserva el pontificado de generación en generación. Cada padre aporta un terrón de la tierra, penetrada por las cenizas y el alma de sus padres, y una pavesa de su hogar. De todo aquello (dioses, tierra, fuego) que forma la patria, se hará un Hogar Común y una Casa Común, que será la Ciudad.

Por ello la Ciudad Antigua no es, como nuestras ciudades, una aglomeración cuyo crecimiento es azaroso y que está sin cesar corregido, sino que se la construye de un trazo conforme a un plano perfectamente concebido, como una casa o un templo, y de acuerdo con las exigencias del Ritual. El plano de Roma fué trazado por Rómulo con el arado, en la ceremonia de Fundación.

El contrato social con los dioses consiste en que, en lo sucesivo, éstos se complacerán en vivir entre los hombres y hacer de esta ciudad, que es la suya, una ciudad próspera y victoriosa. A cambio de lo cual se verán honrados y sustentados por un número convenido de sacrificios en las fiestas obligatorias. Y aun cuando el enemigo intente atraérselos a su campo mediante sacrificios astutos y evocaciones insidiosas, permanecerán fieles a su ciudad, pues todo lo perderían si la dejaran perecer.

Toma y daca. Esto es lo inverso de la Alianza de Abraham con Israel. La iniciativa es humana y de lo que se trata es de poner fin a la infidelidad de los dioses.

El Espíritu invita a la Oración y al Sacrificio. El Conocimiento del Bien y del Mal inventa el contrato. La devoción es pura cuando el sacrificio que se ofrece nace del Amor; es pagana (cualesquiera sea su objeto) cuando el Sacrificio se considera un medio indirecto de llegar al Beneficio.

El contrato entre hombres, entre jefes de familia, consiste en que se tratarán como iguales, con una igualdad que no conocen los hermanos de una misma familia. No es que tengan igualdad de fuerzas sino que renuncian a medir sus fuerzas. Se comprometen a unirlas contra el enemigo, es decir poco más o menos contra todo aquello que no esté comprendido en el contrato.

Igualdad legal convenida, ficticia, en la cual aparecerá pronto el juego de las diferencias.

Cada cual jura respetar los bienes de los otros. Los intercambios serán libres y los regulará la ley. Se acercan para com- partir, para traficar y para rivalizar.

Tendrán votos iguales en los consejos, se repartirán los honores y los cargos y alternarán en el mando y en la obediencia. Tales son las cláusulas principales del Contrato Social que equivale a la Fundación de la Ciudad Pagana.

Pero el Contrato Social puede revestir diversas fórmulas. También la realza comporta un contrato explícito: todos los Ordenes de la Nación juran fidelidad al nuevo Rey, el cual, al recibir la corona jura respetar los derechos, costumbres, libertades, privilegios, cartas o constituciones.

Pero en la Realera, las libertades se presentan como excepciones acordadas o privilegios adquiridos que el juramento o contrato establecen, renuevan y delimitan; al paso que en la República, la Libertad está en la misma fundación y el Contrato Social aparece como la constitución misma del Estado.

Por otra parte, Atenas, Roma y las otras ciudades antiguas se fundan bajo el signo de la realera.

Las familias que las componen conservan su estructura, que es la del Patriarcado.

Lo cual confirma nuestra definición de la Ciudad como una sociedad de tercer grado.

Su forma propia —la República— se desprende de las otras dos que ella consume para extraer de allí la llama que se denomina Libertad Política.

30. DEL JUEGO DE LA LIBERTAD Y DEL PODERIO O REVOLUCIÓN PERPETUA

La Libertad es un juego devorador, un disolvente que corroee las peñas, que higuída las tradiciones compactas, las armaduras autoritarias.

La Libertad relaja y dispersa, el Poderio une, enlaza y conduce. La Libertad y el Poderio son dos corrientes contrarias y de su encuentro resulta el Contrato y la vida de la Ciudad.

Tal combate se libra en el fuero interno de cada ciudadano, se libra en la casa y en la familia, se libra en la escuela y en los talleres, se libra a veces en la calle, se libra siempre en los comicios y en la asamblea.

Según su posición, sus posesiones, sus convicciones, cada cual se alista de un lado o de otro.

De ahí los dos Partidos, sin los cuales la Política o Vida-de-la-Ciudad es imposible.

En realidad, nunca hay más de dos partidos, aun cuando lleguen a contarse veinte, los cuales no son sino subdivisiones de los Dos.

En realidad, siempre hay dos partidos, aun allí donde reine el Partido único (contradicción en los términos y arrogante mentira); el Partido Único es el que logró por cierto tiempo so- focar al otro.

Los Dos Partidos son: el del Poderio y el de la Libertad.

El que detenta el Poderio posee también la Libertad, la Libertad de imponer su voluntad. El otro partido defiende su Libertad y, para lograrlo, busca el poder.

Su ascenso al poder no significa que llegue la libertad al poder sino que deja al adversario el cuidado de reivindicarla.

La libertad pura sería disipación. Pero la libertad frenada y contrariada por el Poder se convierte en una fuerza explosiva.

Cuando la explosión hace estallar el aparato, ocurre el accidente (casi inevitable de cuando en cuando) denominado Revolución.

Pero si la explosión alterna con la reacción, el motor funcionará regularmente.

Cabe, pues, definir la vida de la Ciudad como una Revolución Perpetua. Lo que la perpetúa es la Reacción.

Este impulso alternativo podemos llamarlo, con Marx, Dialéctica de la Historia, pues es en verdad la ley histórica de las Civilizaciones apenas éstas salen del Estado patriarcal.

Pero así como es una ley de la Historia el vuelco de un contrato en el otro, es inexacto concluir de ello que la Historia haya de encontrar equilibrio en uno de los dos de una vez por todas, hasta el punto de detenerse... por la razón escasamente científica de que eso es lo que se cree deseable.

No, la Dialéctica u Oscilación de derecha a izquierda no es la máquina productora de la liberación de la justicia.

No, no es el cohete que llegará a la luna de la felicidad.

31. DE UNA TERCERA COSA DE LA QUE NO HAY QUE HABLAR

¿No existe, pues, un poder que se concierte con la Libertad? ¿No existe una libertad del Poder y un poder de la libertad?

Sí, el Amor.

Pero ésta es otra cuestión, una cuestión que no tiene lugar, según dicen los hombres hábiles, en los asuntos públicos.

32. DE LOS DOS CONEJOS Y DE LA RIGIDEZ DE LAS LEYES

Soltaron los dos conejos en el prado. No se los había atado a una estaca como a las cabras ni se los había puesto entre

alambreras como a las gallinas; los habían enlazado uno a otro por el cuello mediante una cuerda bastante larga.

Así podían ir por aquí y por allá.

Y uno iba por aquí y el otro iba por allá.

Cada cual corría por su lado, llegaba hasta el cabo de la cuerda, tropezaba y caía rodando.

¡Ah, hombres! ¡Qué tensas son vuestras leyes! De cuando en cuando os estrangulan y os arrojan por tierra.

¡Y continuáis tirando de la cuerda, oh prisioneros del desamor!

33. DE LOS CONTRASTES Y DEL CONTRATO

Pero el Contrato —aun cuando se trate de un contrato de casamiento— puede serlo todo menos un acto de amor. Es un cuidado del Conocimiento-del-Bien-y-del-Mal.

Con todas las precauciones y convenciones que comporta, con los instrumentos representativos, administrativos y repressivos que exige su ejecución, el Contrato Social es la garantía de la libertad en el desamor.

¿Cómo cohabitar sin amarse y, sin embargo, sin destruirse?

¿Cómo explotar al prójimo sin agotarlo?

¿Cómo mandarlo sin que se rebelle?

¿Cómo extraer de la Sociedad la mayor cantidad de ventajas y de placeres por medio del menor esfuerzo, sin caer en la tontería de echarlo todo por tierra?

He aquí los términos del problema que el Contrato se esfuerza por resolver o, más bien, que plantea.

Pues de este modo nada se apacigua. A partir del Pacto comienza la Lucha y se da libre curso a todas las oposiciones, competiciones, combinaciones.

Y la libertad del desamor dentro del esquema del Contrato sólo elimina las viejas servidumbres para crear, a través de riesgos, engaños y errores, nuevos constrañimientos.

34. DEL REVERSO DE LAS LIBERTADES CIVILES: LA ESCLAVITUD

Por lo demás, semejante a las olas del mar que se agitan y resplandecen, la libertad tan celebrada de las Ciudades Antiguas no es más que una superficial colocada sobre abismos de servidumbre indispensable e inquebrantable.

Ante todo, los trabajos necesarios para el sostenimiento de la vida, para el decoro, el bienestar del ciudadano, el ocio indispensable para participar en las actividades políticas dependen siempre de la esclavitud hasta el punto de que en la época

de mayor esplendor de Atenas había cuatrocientos mil esclavos y veinticuatro mil hombres libres; cuanto más libre y democrática fué la ciudad, más aumentó el número de esclavos.

El hecho de que la esclavitud planteara un problema a la conciencia de algunos filósofos oscuros sólo lo conocemos por la harta conocida refutación que Aristóteles hizo de sus argumentos.

Jamás hubo un tribuno o un legislador que se propusiera resolver el problema y ni siquiera que emitiera la opinión de que en tal respecto era por lo menos deseable, ya que no posible, una reforma.

La Guerra Servil, que durante algunos años amenazó el poderío romano, devastando las provincias del mediodía, no fué testimonio de una verdad que se hubiera revelado invencible o hubiera renacido sin usar de sus cenizas, sino que sobrevino como un accidente, como un disturbio pronto ahogado en sangre y en el olvido y sobre el cual se plantaron innumerables cruces.

Las manumisiones más frecuentes de las épocas de decadencia (otorgadas sea por humanidad, sea por complacencias más o menos confesables) son casos particulares, al paso que el gusto por la libertad comienza a degradarse en la mayor parte de los hombres libres, al paso que la miseria y las deudas inducen a muchos desesperados a vender sus hijos y hasta a preferir las cadenas, al paso que las expediciones lejanas y fáciles llevan a poblaciones enteras al mercado.

35. DE LA SERVIDUMBRE ENTRE LOS HOMBRES LIBRES

Pero la esclavitud está lejos de constituir el único reverso de la libertad del ciudadano.

Si en la libre Ciudad Antigua es mucho mayor la cantidad de esclavos que la de hombres libres, apenas es menor la cantidad de hombres esclavos entre los propios hombres libres.

La libertad debida al Contrato pertenece por derecho únicamente a aquéllos que juraron el pacto, a los jefes de familia que seguían en cortejo la reja de arado de cobre del Fundador cuando éste trazaba el perímetro del recinto sagrado. Y así como este perímetro define de una vez por todas la Ciudad propiamente dicha, aquel cortejo determina el número de ciudadanos auténticos, de los Padres.

Sólo los Padres eran ciudadanos: los miembros de su familia no lo eran o, por lo menos, sólo lo eran a través de ellos.

La Plebe no lo era, por lo menos en el origen, y tampoco lo eran los extranjeros, unos y otros por la misma razón: por no haber estado comprendidos en el Contrato. El hecho de haber nacido en la ciudad no confiere ningún derecho, como lo

demuestran los perros y las ratas que pudieron haber nacido en el Quirinal o en el Capitolio sin llegar a ser quirites.

Lo que se denomina en el origen Pueblo, *Populus*, *Civites*, *Demos*, se distinguía en todo de la masa vulgar y a ella se opuso con todo su orgullo. Era un pueblo de príncipes y de sacerdotes. Tales fueron los Padres y fundadores de la Democracia.

36. DEL ORIGEN, NATURALEZA Y CRECIMIENTO DE LA PLEBE

En cuanto a la Plebe, estaba formada por extranjeros, si, por hijos de extranjeros.

Extranjeros y no huéspedes, embajadores, visitantes, mercaderes, peregrinos con quienes se cambiaran cumplidos y obsequios. No; eran refugiados.

Todo santuario (y la Ciudad entre otros) es lugar de asilo. Quienquiera se dirigiera a él sin armas y en la actitud del suplicante quedaba bajo la protección de los dioses y no podía ser allí perseguido, así como no podía ser apresado o golpeado sin que mediara sacrilegio.

Los proscripios, los bandidos, los evadidos, los vagabundos, los renegados, los excomulgados, los náufragos, los que escapaban de todas las castrotes naturales y sociales, hallaban allí seguridad, pitanza, trabajo; se instalaban para toda la vida en el barrio asignado, en una promiscuidad de animales, y pronto pululaban, procurando a la Ciudad cierto número de ventajitas y no menos problemas: mano de obra numerosa y dotada de aptitudes y recursos de que carece el esclavo, reclutas para el ejército, pero también peligrosos y cargas y, en fin, un problema social inmenso y devorador.

En la paz la Plebe construyó la ciudad y en las guerras la salvó; la Plebe cultivó, fabricó, ahorró, traficó, se enriqueció, inventó, reivindicó, realizó asambleas, se dio jefes, armó tumultos, desató huelgas, efectuó concesiones, obtuvo derechos, leyes y honores, se hizo propicia a los dioses, ascendió a todos los puestos, hasta el Consulado y el Sacerdocio.

37. NATURALEZA Y RAZÓN DE LA RESISTENCIA PATRICIA

Para los Padres, semejante ascenso era una invasión, semejante lucha por el derecho una rapña agravada por la ingratitude y el sacrilegio, semejante pretensión de igualdad una ímpia perversión.

En Roma fueron necesarios trescientos nueve años para que

la Plebe les arrancara para sí el derecho de contraer matrimonio¹.

Mirar a un plebeyo como a su igual ante la Ley hubiera sido para un Padre injuriar a los dioses, testigos del Pacto en el cual aquél no tuvo parte alguna, injuriar a los demás Padres conscriptos, injuriar la esencia misma de la Patria.

La resistencia que oponían no se debía en modo alguno a aversión ni arrogancia nobiliaria sino a la defensa y custodia de un depósito sagrado: el de los derechos y bienes inalienables e inmutables en el principio, pero que la perversidad de los tiempos, el avasallador ascenso de las multitudes, los empujos de los traficantes, los manejos de los Tribunos, las intrigas del Extranjero, la molición de las costumbres en boga, las malsanas y disgregadoras utopías de los retóricos acabarían por librar a la dispersión y al saqueo. Frente a lo cual su deber consiste en oponer el sombrío y lúcido valor del soldado de retaguardia, que no combate por la victoria y la vida sino para retrasar con su muerte el inevitable avance del enemigo.

¡Ah, buenos soldados de las malas causas! ¡Heróicos defensores de la injusticia: privilegiados infelices que siempre perdéis! ¡Vencidos seculares que siempre os mantenéis en pie! ¡Irreprochables sostenedores de todas las opresiones! ¡Perseguidores de todos los santos por la vía legal!

Corazones de piedra, cabezas de madera, merecéis la corona de hojas de encha.

De no ser por vosotros, conservadores de ayer, de hoy y de todos los tiempos, y en todos los tiempos contaríais a nuestro tiempo, toda conquista sería pura y simple devastación, toda revolución simple subversión y puro incendio.

38. DE LOS PISOS DE LA SERVIDUMBRE EN LA CASA NOBLE. DE LA SUJECIÓN DE LOS HIJOS

Pero los hijos de casa noble se hallan con su padre en la misma relación que la plebe con la nobleza, y esto hasta es —como hemos visto— lo que determina los nombres respectivos de Proletarios y Patricios².

A decir verdad, y si el afecto no la dulcificase, la condición del hijo sería más estrictamente dependiente, más cercana de la del esclavo. El padre puede "exponerlo" desde su nacimiento. Va de suyo que lo educa, lo dirige, lo castiga según su buen entender, lo casa según su voluntad; puede matarlo y hasta venderlo. Por su lado, el padre depende de sus hijos en

¹ Hasta el año CCCIX de Roma las uniones plebeyas se realizaban, según el decir de los historiadores, *more ferarum*.

² *Supra*, III, 566.

la muerte—para el sacrificio ritual—, del mismo modo que ellos dependen de él en la vida, y las rebeliones y las rupturas son raras. He aquí por qué la Familia conserva a través de los siglos su estructura primitiva.

Pero si las clases sociales reflejan las subordinaciones de la Familia, cabe esperar que a su vez las relaciones entre los miembros de la familia se resentan por obra de las revoluciones civiles. Los hijos cambian de tono con el tiempo: responden y reclaman soluciones; las protestas golpean a la puerta; poseen secretos, conciben ideas, se emancipan. Los títulos de respeto que se daban a los padres ceden el lugar a diminutivos o a sobrenombres.

Allí donde el Estado se da un Parlamento, ocurre que cada casa se convierte en la casa de tocame Roque.

A nadie ha de sorprender, pues, que uno de los primeros efectos del advenimiento del proletariado sea la destrucción de la Familia.

Las Comunas de la nueva China se jactan ya de haberla consumado, y quien lo quiera puede ir a ver qué es aquello.

¿Qué tiene esto de sorprendente si Proletariado significa Reunión de Muchachos?¹

Para fundar una familia, es preciso llegar a la edad madura.

39. DE LA SUECIÓN DE LAS MUJERES

La institución monogámica, única, legal en la Ciudad, sólo puede derivar del principio de la igualdad de sexos. Pero, a lo largo de los siglos clásicos, el principio permanece en el plano de lo abstracto, y ni siquiera se lo formula. La Mujer no participó en los derechos ni en el derecho a la libertad sino por vías indirectas.

En los tiempos homéricos el futuro esposo entregaba la dote al padre de la mujer, lo cual se asemeja no poco a una venta. Pero desde el advenimiento de las Ciudades hasta nuestros días, la dote se asemeja a una indemnización, cosa que no resulta más ventajosa para la estimación del objeto.

Las damas dedicadas al servicio de la casa y la crianza de los niños se veían estrictamente apartadas de los asuntos públicos, así como de todos los asuntos y de las artes, las ciencias y las ideas. En las recepciones y reuniones, las bailarinas desnudas, las esclavas expertas en voluptuosidades y los etebos cubiertos de afeites reemplazaban su presencia. La dama no figuraba en los banquetes, aun cuando éstos fueran filosóficos y platónicos.

¹ Sentido etimológico, como hemos visto.

Hasta que sonó la hora de su reinado más o menos clandestino y, por ello mismo, tanto más real.

Sonó su hora con la opulencia, el relajamiento y la molición que sobrevienen. Una vez más las revoluciones civiles tuvieron consecuencias sobre las relaciones familiares.

La formación de una Clase Media y su ascenso trajo consigo el ascenso de la Mujer en la Familia¹.

La sustitución de la Nobieza por la Burguesía *acortó*, dondequiera se produjo, la decadencia de los jefes de familia, a quienes se redujo a veces el estado de huéspedes en su casa o hasta de hijos.

La farsa de Aristófanes, condimentada con obscenas salidas, donde las mujeres se apoderan de noche de las tribunas y resuelven la cosa a su modo es una imagen tan divertida como exacta de la Civilización Burguesa.

Pues, aun cuando no ocupen escaños en el Parlamento, aun cuando no posean el derecho de votar, gobiernan a los gobernantes, son sus señoras en sentido propio, operan entre bastidores y manejan los hilos. Esto se debe sobre todo a que la República Liberal es mujer por naturaleza.

Sea ello lo que fuere, esto es el triunfo del cacareo. Es la comadrería y la escena familiar erigidas en sistema, es la disputa que legisla y decide soberanamente.

Ello no quiere decir que no haya regímenes parlamentarios tolerables y hasta excelentes: ¿caso no hay mujeres que gobiernan su casa para felicidad de todos?

Pero no es conveniente que la mujer mande, como sea por excepción por deber y por necesidad. Del mismo modo, no es conveniente que los hombres de dinero dirijan el Estado como una casa de comercio y como una explotación.

No es conveniente que la mujer ocupe el primer plano a fin de mostrar que es capaz de ocuparlo y para desquitarse de las épocas de segregación y de desprecio.

Es vano el debate acerca de si el hombre sea superior a la mujer o ella a él, puesto que el valor de ambos reside en el acuerdo, y entonces la cuestión ni se plantea. Pero incontestablemente inferior es el hombre que se comporta como una mujer y la mujer que se comporta como un hombre, cayendo así en el ridículo y siendo desdichada.

De esta suerte, apenas impera la Burguesía, ofrece un espectáculo lastimoso, no porque le falte algo sino porque está fuera de lugar. Cuando está en su lugar, labra la felicidad de las naciones. En los países que no la tienen, en aquellos donde se la persigue y reduce al silencio, es muy grande la brecha que

¹ En realidad, el lugar de la Mujer en la Familia es el de la Clase Media en la sociedad.

separa al hidalgo sin fortuna del vulgo, y casi siempre los pobres padecen allí opresión. Su función es de mediación, de conciliación, como la de la mujer. Su lugar no está en lo alto ni en lo bajo. Su lugar está en el medio. En el corazón. El lugar de la mujer no es el primero sino el mejor.

Sin embargo, cuando la Clase Media comienza a prosperar, a cultivarse y a afinarse, al punto se perciben las ventajas que posee sobre las otras dos clases, y de ellas puede valerse para insinuarse al primer rango. Puede aliarse a la plebe, a la cual nunca dejó de pertenecer de derecho, para contar con la fuerza; puede aliarse a la nobleza, de la que ya forma parte de hecho, para recibir lustre. Puede servir de vínculo entre una y otra clase o servirse de la una contra la otra para ocupar el primer lugar.

En el capítulo anterior hemos discurrendo acerca del Poder del Dinero, de sus falaces dulzuras y perniciosas facilidades, para que nos asombremos de lo que es capaz de hacer y deshacer cuando semejante poder se arma, ejecuta, legisla, juzga, enseña y vaticina.

Pero apenas se instaura el Régimen Liberal, la lógica exige que el hombre se resuelva a poner abiertamente a la Mujer en el juego.

Acaso para salvar la República fuese necesario instituir un verdadero matricarado, no sólo concediendo a la mujer el voto y el acceso a los cargos públicos sino dándole también por doquiera la preferencia y la precedencia, a fin de quitar a la dominación que de ella padece el hombre, por lo menos, lo que tiene de equívoca por ser ilegal.

El verdadero Matricarado sería el reinado de la Madre, de la Esposa, y también de la criada; mientras que al cerrar la puerta a las virtudes de la Mujer para entreabrirla a sus malicias y artimañas, se convierte a la República en el dosel de la prostituta.

40. SUJECIÓN DEL CLIENTE

Vico hace proceder la palabra Cliente del griego *Cluô*, brillar, porque el lustre de la Casa noble se refleja en sus sátiates.

El Cliente era el parásito hereditario y legítimo, el adulador acreditado. Conozco casas que han conservado hasta estos días semejante especie de accesorio. Pero la Ciudad Antigua le había concedido un estatuto legal.

Su envejecimiento no fué efecto de la necesidad ni su desdicha de un accidente, sino de la vanidad y de las circunstancias. Fué un envejecimiento fatuo y una desdicha plena de consentimiento.

Bajo el régimen de los Príncipes, la especie correspondiente es la de los Cortesanos, y Baltasar Castiglione expuso en un tratado las reglas de su arte. Llevaban nombres heroicos y sus escudos de armas ostentaban fieras y águilas, pues descendían de los grandes señores belicosos que los Reyes habían domestificado.

• • • • •

Para quien carece de maldad y de vicios y no ha cometido dellos, hay tres grados de encadenamiento en el Pecado.

El primer grado consiste en perder la vida procurando ganarla, porque el hombre se apega a las buenas cosas, de las que siempre quiere más, lo cual agrava día a día su situación pues los deseos no tienen entonces fin.

El segundo grado consiste en pasarse la vida matando el tiempo, charlando, riendo, divirtiéndose, lo cual lleva al hombre a hundirse cada vez más en el vacío, cosa que no tiene sentido ninguno.

Conocía a un encadenado del tercer grado. Asistía a todos los bailes, comidas, espectáculos, diversiones, pero no se divertía. Entre los bebedores, era el único que no bebía. Entre los habladores, era el único que escuchaba. Entre los ricos, era el único que carecía de fortuna, de casa y de cargo. Pero esto no se percibía, pues invertía todo su haber en vestirse y todas sus ganancias en el envío de flores. Sus vestidos y sus flores eran sus instrumentos de trabajo. Trabajaba desde las diez de la noche hasta las tres de la mañana. Sabía que la amante de Madame de . . . deseaba comprar un collar de perlas, que el conde Jonny, aquel joven alocado, debía, so pena de perder el honor, encontrar antes de mañana a mediodía un prestamista que le facilitara la suma de . . . No descuidaba el pasar al *office*, donde también tenía asuntos en curso con el mayordomo y la criada.

El día en que este cliente llegó a ser ministro se vió forzado a pronunciar discursos sobre la santidad del trabajo y la libertad. Pues está escrito: "Quien está en el Pecado es esclavo del Pecado".

Y también: "Concedé la verdad, y la verdad os liberará".

41. DEL SOLDADO, DE LA PROSTITUTA Y DEL ASALARIADO

Abandonemos las casas nobles y el reverso de su decoración y echemos otra mirada a la ciudad libre y a los reversos de su libertad.

La servidumbre del Soldado, la de la Prostituta y la del Asalariado tienen más de un rasgo en común. Sus similitudes esclaren cada uno de los tres estados.

Tal servidumbre no es de nacimiento como la del esclavo, ni de contratamiento corporal sino que resulta de una elección, más o menos compulsiva a decir verdad, debida ya a la maldad de los hombres, ya a la presión de la miseria, ya al irresistible atractivo de una liberación ilusoria.

La aproximación del Soldado a la Prostituta acaso indigna al hombre de bien que lea estas líneas, pero si la comoción no lo ciega le abrirá los ojos sobre algunas nuevas ecuaciones de la Ciencia-del-Bien-y-del-Mal.

El Soldado es el honor del país. Cumple su deber de hombre. La Ramera es la vergüenza de su familia y mancilla el honor de la mujer.

A los niños se les enseña a admirar al Soldado y se los incita a que imiten sus virtudes. Pero la reprochación general que alcanza a la Ramera es tal que apenas si el hombre se atreve a hablar en voz alta de ella.

Dicho esto, es admirable comprobar hasta qué punto estos contrarios se tocan: forman una pareja tan armoniosa "que parecen haber nacido el uno para el otro", según suele decirse. Se asemejan tanto por el trabajo que crea su servidumbre como por la servidumbre que hace su inocencia. Se asemejan ya por el motivo de su elección, cuando escogieron su estado, ya por el estreñimiento padecido, ya por las ilusiones que se forjaron, ya por las justificaciones que se dan.

El oficio de uno es matar y el de la otra fornicar, y el público les paga y mantiene para eso. Matar es en sí mismo el más abominable de los crímenes; fornicar, repulsivo exceso sin duda, ni siquiera es un delito reconocido por las leyes.

Para honrar al Soldado suele decirse que se expone a la muerte (¿es decir que el derecho al crimen se compra mediante un riesgo?). Y mientras ella se revuelca en el lberínaje para su único provecho, y corrompe las costumbres que son un tesoro común, él, conforme con una pequeña paga, lleva una vida esforradísima y se ofrece en sacrificio en pro del interés de todos. Pero se juega aquí con las palabras "interés de todos", pues el "interés" sólo adquiriría valor moral si "todos" tuviera un sentido universal, cuando no lo tiene sino estrictamente colectivo, y el bien que el soldado hace a los suyos (en el caso de que lo haga) no es más que el mal que hace a otros.

Por lo demás, el soldado se burta con las rameras y con los soldados de todas aquellas buenas intenciones, de todas aquellas virtudes con que se lo adorna, de todas aquellas glorias con que se lo cubre.

Probablemente haya sido lo contrario lo que lo empujó a abrazar la vida militar: el sentimiento de que así se desembarazaba al fin de toda traba moral, de toda apariencia de decencia y moderación. En la vida militar son corrientes las borrache-

ras y las francachelas. También existen la disciplina y el vasallaje de digno servicio, ¡pero uno se libera del cuidado de gobernarse a sí mismo y de pensar! Y allá, en las expediciones lejanas, habrá países nuevos y mujeres nuevas, actos gloriosos, correrías, saqueos, violaciones...

Por cierto no fué el atractivo de las voluptuosidades lo que empujó a la muchacha a la calle, pues es del todo incapaz de aquellos malos pensamientos que turban a la pequeña colegiala. Otra con una indiferencia mecánica que está más allá del deseo, de la vergüenza y de la repulsión. Pero lo que la atrae es el bar, las luces de la noche, las canciones, los encuentros aventureros, al cabo de los cuales acaso sonría la casa honorable y la villa, o aun, maravilla posible después de todo, ¡la perfecta felicidad del matrimonio legítimo!

El honrado lector a quien la relación entre el Soldado y la Prostituta no ha sacado de sus casillas no dejará de enfadarse definitivamente cuando lleguemos al tercer término de comparación: ¡el Asalariado!

¿Como? ¡El honrado trabajador, el padre de familia que se desolma para dar de comer a seis bocas, el trabajador de los discursos políticos y de los carteles electorales, el que se esfuerza pensosamente en la fábrica, en la mina, en el alto horno, el jornalero de los campos a quien todos debemos el pan!

No sin razón cabe oponer el obrero a la Puta y al Soldadote, que son instrumentos de degradación y de destrucción, al paso que él produce y construye aquello que necesitamos. Por lo demás, un rasgo que poseen en común la puta y el soldadote consiste en el horror al trabajo. El más activo de los proxenetas y de los reclutadores es el demonio de la pereza.

Pero el rasgo que los tres tienen en común es la servidumbre más o menos consentida.

La marca del esclavo consiste en ser vendido, en haber enajenado el derecho primordial de mandarse a sí mismo, el derecho de hacer lo que quiera, el derecho de juzgar sus propios actos y de negarse a hacer aquellos que la conciencia detesta.

Como vimos¹, la triste suerte del obrero, del que nada posee, consiste en verse obligado a vender no ya el producto de su trabajo sino su propio trabajo y, por lo tanto, a venderse por hora y por jornada, a poner un precio a cada trozo de su tiempo y de su vida.

Y uno vende sus brazos,

Otro sus piernas,

Otro su cabeza,

Otro su gusto,

Otro su elocuencia o su talento,

¹ Supra, III, 28.

Otro su risa.
Otro su pluma,
Otro sus ideas.

Pues entre los proletarios no hay más que asalariados. No hay más que esclavos pobres y desdichados.

Hubo en todo tiempo, así como ahora, esos esclavos hartos, esos eunuocos gordos, esos esclavos guardianes de esclavos y servidos y odiados como amos.

Y el esclavo que padece más gravemente la esclavitud es desde luego aquél que no advierte el mal en que está sumido, pues hasta su misma conciencia está enajenada. Aquel director de una fábrica de cañones que cobra ricos emolumentos, aquel prófeso gerente de una destilería de alcohol, matan y degradan a sus semejantes del mismo modo que el soldadote y la puta y merecen condenación; o bien, en su condición de esclavos tienen el alma tranquila y ya no son más responsables de sus actos que lo que pueda serlo un instrumento inanimado.

En la medida en que el obrero se haya visto obligado a venderse, es un esclavo.

En la medida en que podía permanecer libre al precio de una condición más dura y azarosa, pero en que prefirió a ella el salario, es un prostituido.

Aquél que abandonó a su rebaño en el flanco de la montaña y los senderos de viento que se abren por encima de las nubes, y corrió a la ciudad para conchavarse como portero, o a París para agudrear los boletos del subterráneo... ¡aquél también concebía en su estrecha cabeza sueños de aventura, de fortuna y de liberación!

42. DEL PRISIONERO, DEL FORZADO Y DEL LOCO

La libertad —la del ciudadano y la de la Ciudad— consiste en gobernarse a sí mismo.

Consiste en saber adónde se va y poder ir adónde se quiera. Consiste en sacar de dentro la palabra y el acto.

La fuente de la Libertad está dentro.

La Libertad es una generosidad y pertenece a quienes se dan.

No hay que intentar tomarla.

Mirad al prisionero, al forzado, al loco: ¡se han tomado muchas libertades! Por ello perdieron la que poseían.

43. DE UNA CAIDENA Y DE UN LÁTTIGO

En una gran Capital opulenta y libre vi a los transeúntes, que uno tras otro se daban prisa, entre los muros y a lo largo de los asfaltos.

Parecían huir, con la espalda encorvada y la cabeza metida en los hombros, como si alguien los fustigara. Pero nadie los perseguía como no fueran otros fugitivos, y yo no veía el látigo. Parecían estar atados los unos a los otros, pero yo no veía la cadena.

Todos eran prisioneros del reloj de la Estación Ferroviaria, que se alzaba al cabo de la calle como un astro siniestro.

44. DE LA LIBERTAD DENTRO DE LA LEY SEGUN JEAN-JACQUES ROUSSEAU

Puesto que ya hemos sondeado la servidumbre, consideremos ahora la libertad.

Rousseau afirma que la ley de la Ciudad es el fundamento de la libertad del ciudadano, pues la Ciudad "constituye una forma de asociación que defiende y protege a la persona y los bienes de cada asociado contra toda la fuerza común, y en cuya virtud, al unirse cada cual a todos no obedece, no obstante, más que a sí mismo y sigue siendo tan libre como antes".

"¿En virtud de qué arte inconcebible —escribe en el artículo de la Enciclopedia sobre *Economía Política*— hallase el medio de sojuzgar a los hombres para hacerlos libres? ¿De emplear al servicio del Estado los bienes, los brazos y hasta la vida de los hombres sin obligarlos a ello y sin consultarlos? ¿De encadenar su voluntad mediante el propio consentimiento? ¿De hacer valer ese mismo consentimiento contra su negativa y de forzarlos a castigarse a sí mismos cuando hacen lo que no quieren hacer? ¿Cómo se explica que todos obedezcan y que ninguno mande? ¿Que sirvan y no tengan amo, pues tanto más libres, en efecto, que bajo una aparente sujeción, cada cual pierde de su libertad nada más que lo que pueda perjudicar a la de otro? Semejantes prodigios son obra de la Ley. Solo a la Ley los hombres deben la justicia y la libertad. Este órgano saludable de la libertad de todos restablece en el derecho la igualdad natural de los hombres..."

¡Eh, paseante solitario!, "no forcemos nuestro talento: ¡nada haríamos con gracia!" Este pasaje oratorio no merece nuestro asentimiento. Nada es más falso, y tú lo has expuesto excelentemente en tu *Discurso sobre la desigualdad*, que, al entrar los mandamientos, los controles, las prohibiciones y las sanciones dentro del engranaje de los derechos y deberes, "no obedecemos más a que nosotros mismos". "Todos se apresuraron a encadenarse creyendo asegurar su libertad pues, suficientemente razonables para sentir las ventajas de un establecimiento civil, carecen de la necesaria experiencia para prevenir los peligros de él resultantes..." Y en otra parte: "... Tal fué o debe de ser el origen

de la sociedad y de las leyes que dieron nuevas fuerzas a los ricos, destruyeron para siempre la libertad natural... sometieron en lo sucesivo a todo el género humano al trabajo, a la servidumbre y a la miseria..."

¿A quién hemos de creer, a Rousseau o a Jean-Jacques?

La verdad está entre esos extremos: la Libertad Cívica es negativa, ficticia y relativa.

45. ASPECTO NEGATIVO DE LA LIBERTAD CIVICA

Para explicar lo que entendemos por negativo, acudiremos a las propias palabras de Rousseau contenidas en la VIIIª Carta de la Montaña: "La libertad no consiste tanto en que hagamos nuestra voluntad como en que no estemos sometidos a la de los otros".

¡Vaya equívoco! De modo que, según Rousseau, la opresión es menor cuando se torna anónima, general y sistemática.

Ante todo, sería preciso que se nos mostrara una ley capaz de ejecutarse por sí misma, sin que intervenga el juicio arbitrario ni la fuerza de ningún hombre. Si nos hallamos sometidos a la Ley, lo estamos al mismo tiempo a quienes obran en su nombre, y el hecho de que estos nada sepan, de que nada querran, de que nada valgan, no les impedirá tener siempre razón sobre nosotros. Rousseau parece dar por evidente que la autoridad personal de otro sea el único enemigo posible de mi libertad. Pero una autoridad personal no es necesariamente opresora ni importuna, del mismo modo que una Ley sin autoridad personal no es necesariamente libertadora ni formadora.

Desdichado de aquel sobre quien se clava la garra mecánica de la Ley, potencia sin rostro, sin mirada y sin entrañas. El autor de La Hora Venidictiva nos muestra a un hombre deportado, encarcelado, golpeado, torturado, arrastrado de un campo de concentración a otro, sometido a trabajos forzados durante años, sin haber sido juzgado ni condenado por nadie, sin que pueda recurrir a nadie ni acusar a nadie. Sus verdugos no son gentes malas y no obran por cuenta propia: "No saben lo que hacen", y acaso sean "perdonados", pero no por ello su víctima es menos desdichada ni más libre.

46. DEL ASPECTO FICTICIO DE LA LIBERTAD CIVICA

La libertad del ciudadano es ficticia puesto que casi toda ella reside en la participación en el juego de la política.

Consiste en tomar parte en los comicios, en escuchar discursos, en opinar, en protestar, en votar. Acaso semejante juego no sea de su gusto y acaso su deseo no sea perder el tiempo en él. Se le

impone la obligación del voto. He lo ahí forzado a ser libre, o por lo menos a callarse si piensa que no lo es.

Rousseau nos muestra como un admirable ejemplo aquellas multitudes de Roma y Atenas ocupadas todas las horas del día en ese gran trabajo oratorio. "Cierto—observa Aristóteles—que sería imposible para alguien que debiera ganarse la vida cumplir con su deber de ciudadano", y a nuestra vez haríamos notar que, si el deber consiste en que uno se gane el pan que come, la política no está hecha para un pueblo honrado y laborioso.

Añadamos que tal juego es un juego de manos, un engaño bobo. Pues es burlarse del mundo pretender que la elección del representante (aun cuando resulte elegido el que yo no elegí) sea el efecto de mi voluntad puesto que participé en las elecciones y, por lo tanto, en la suya; y que por consiguiente las leyes que elaborará con otros representantes o en contra de ellos representen mi voluntad de suerte que, al someterme a ellas, sea yo exactamente emejante a aquel que, dueño de sí mismo, hace lo que quiere.

Pues mi voluntad, combinada con la de muchos otros a la manera de los números, da un resultado que me es totalmente ajeno, del mismo modo que lo es a los otros, y que se asemeja a los caprichos del azar. Y en efecto, echar suertes era un procedimiento corriente para designar al depositario de la autoridad (Aristóteles opina que es el que conviene a la Democracia).

Es preciso pues mirar el voto como un juego de azar o, acaso, como una partida de naipes en la cual la habilidad de los jugadores, si no algo más que la habilidad, corrige oportunamente a la fortuna.

¿Qué se aguarda de ese juego? ¿Acaso en la apuesta no se arriesga la pérdida de la libertad, la justicia y la paz que se pretendían conquistar?

La libertad civil pertenece al orden del artificio y de la conveniencia, como todo cuanto pertenece a la Ciudad. No es cierto como pretende Rousseau, que el hombre haya renunciado totalmente a su libertad natural para recobrarla totalmente en el plano social. Mi libertad natural consiste en hacer lo que yo quisiera; no renuncié a eso y me reservo semejante libertad en la medida de lo posible, así como tampoco renuncié a la liberación. Si hubiera perdido una y otra libertad, la de elegir a mis jefes y aun la de mandar a mis semejantes en nada compensarían tal pérdida real e inmensa.

La verdad es que me he vuelto demasiado cobarde, demasiado reverberido y demasiado razonable para sentir nostalgia por la revé, las fieras, la intemperie y el poste de los antropólogos. No he trocado mi libertad primitiva por la libertad cívica sino que la he vendido por una parte de seguridad. Antes de jac-

terme de mis ventajas de civilizado, confieso la vergüenza de mi pescezo desollado por el collar del perro.

Pero no soy tan perro como para no regocijarme por el hecho de que la mayor parte de mis actos exteriores e interiores permanezcan ignorados por la ley. Pongo el mayor cuidado en prescindir de ella, de su protección, de su sostén, de sus buenos oficios tan poco gratuitos. No tengo la imprudencia de deplorar sus lagunas ni sus defectos, pues temería de sobra, si viera afirmarse su perfección, que imperara en el campo donde se juegan mi libertad de "buen salvaje" y al mismo tiempo mi "libertad de hijo de Dios".

47. DEL DON TOTAL O SACRIFICIO

Considerando como un derecho primordial, fuera de toda convención y por encima de la naturaleza, que el hombre conserva para sí su parte esencial, que es él mismo, su conciencia y su alma, sin lo cual no se puede hablar de hombre libre y ni siquiera de hombre (la palabra sería vacua y el ser quedaría vaciado), no abordaremos sin reservas el "Contrato Social" tal como Rousseau lo formula en términos absolutamente absolutos:

"Las cláusulas de este Contrato... aun cuando acaso no hayan sido nunca formalmente enunciadas... son dondequiera las mismas, dondequiera fácilmente admitidas y reconocidas... Bien entendido, tales cláusulas se reducen a una sola, a saber: la enajenación total de cada asociado con todos sus derechos a toda la comunidad... Como cada cual se da a todos, no se da a nadie, y, como no hay un asociado sobre el cual uno no adquiera el mismo derecho que le cede sobre sí mismo, se gana el equivalente de cuanto se pierde y mayor fuerza para conservar lo que se posee..."

"Cada uno de nosotros pone en común su persona y todo su poder bajo la suprema dirección de la Voluntad General y todos recibimos a cada miembro en el cuerpo como parte indivisible del todo.

"Al punto, y en lugar de la persona particular de cada uno de los contratantes, semejante acto de asociación produce un cuerpo moral colectivo compuesto de tantos miembros como voces tenga la Asamblea, el cual recibe en ese mismo acto su unidad, su Yo común, su vida y su voluntad. Esta persona pública..."

Está muy bien y muy claramente dicho, pero no es tan cierto como parece. Ni de la razón ni de las Escrituras resulta que el don total se deba a la Ciudad.

El don total no se llama Contrato sino que se llama Sacrificio Religioso. Y si semejante sacrificio consumió, fundió y trans-

mutó toda la ofrenda, ¿cómo hemos de hablar aún de derechos, de ventajas y de cláusulas?

El Sacrificio antiguo de la Fundación puede dar lugar a creer que se trata de un don total. La inmolación se realiza en efigie bajo las especies del animal; y la sangre del animal sustituye a la sangre del hombre. Y tal don no puede sino dirigirse a los dioses de la Ciudad y a Palas Atena, que los resume a todos para los atenienses, a la Diosa Roma para los romanos. Evidentemente estas diosas son aquella persona pública, aquel Yo común, aquel cuerpo moral colectivo invocado por Rousseau, con la salvedad de que él los hace nacer "al punto", lo cual es contrario a la naturaleza, a la naturaleza inmortal de los dioses.

Toda la cuestión consiste en saber si se cree en esos dioses y si uno tiene el derecho de ofrecerles sacrificios.

48. DE UN HALLAZGO. EL SACRIFICIO PROVECHOSO

El don total solo debe y puede hacerse al Dios único, que es el Uno y el Todo. El don total es el martirio y la unión mística. El sacrificio pagano no es un don total sino un simulacro. En realidad, es una técnica derivada de la Ciencia-del-Bien-y-del-Mal; el sacrificio provechoso es un descubrimiento capital de esta ciencia. Las oraciones son allí fórmulas que ejercen sobre Dios un construyimiento. El dios es allí un medio, el sacrificio un procedimiento y el provecho un fin.

Dejando de lado la mitología, el establecimiento civil es un contrato, un acto de conveniencia y no de adoración.

Y no es un don, sino un intercambio ventajoso.

Imposible considerarlo un don del ser, puesto que ni siquiera se abandona el propio haber, puesto que en él se gana "más fuerza para conservar lo que se posee".

Mi brazo al Rey,

Mi corazón a las damas,

Mi alma a Dios,

dice una antigua divisa, y el hombre galante que la llevaba pensaba no sin razón que, al haberse dividido en tres piezas, hacía justicia al servicio otorgándole el brazo.

49. DEL CONTRATO: INTERCAMBIO VENTAJOSO

El contrato social consiste en asegurarse la posesión de sí mismo o libertad mediante la prestación de ciertos servicios.

La protección de los bienes mediante el pago de ciertos impuestos.

La confirmación de los matrimonios y de las herencias mediante la imposición de ciertos controles.

La libertad de dirigir empresas lucrativas mediante la observancia de ciertas restricciones fijadas por las leyes.

El acceso a los cargos y dignidades del Gobierno mediante el respeto a la Constitución.

El arbitraje de los tribunales mediante la renuncia a resolver con el derramamiento de sangre las querellas privadas, y el compromiso de empuñar las armas nada más que en defensa de la causa común.

He ahí las principales cláusulas del Contrato. Véase que cada una de ellas comporta una contrapartida, pero se entiende desde el principio que las ventajas deben ser superiores a las obligaciones.

El cuidado constante de cada cual será, por lo demás, aumentar las ventajas y reducir las obligaciones. Será también hacer pesar cuanto sea posible las obligaciones sobre los otros y obtener el beneficio para sí mismo, como es natural que ocurra entre gentes asociadas por el cálculo y no por el amor.

"Las buenas instituciones —dice nuestro pasante solitario— son aquellas que mejor saben desnaturalizar al hombre, despojarlo de su existencia absoluta para darle una existencia relativa".

Es bueno poseer bienes y natural que éstos proporcionen placer, pero el mismo sentimiento desnaturalizado y convertido en relativo (que ya no vale por sí mismo sino por comparación), consiste en no hallar placer más que en superar a los otros.

Es bello ser libre y natural y razonable que ello enorgullezca. Pero la misma libertad, relativa y desnaturalizada, consiste en obtener la libertad de subyugar al prójimo.

No hay nada mejor ni más bello que amar al prójimo. Pero el amor no sabe cómo amar a un prójimo demasiado numeroso y, por lo demás, la amistad de los transeúntes es imposible. El mismo sentimiento desnaturalizado se convierte en amabilidad y cortesía. La simulación convenida del amor es lo único a que se nos obliga, obligación oportuna por lo demás.

"Es digno, verdaderamente digno, justo, equitativo y saludable, glorificar al Padre Celeste", y en las grandes ceremonias todas las familias de la Ciudad se reúnen, ya jubilosas, ya llorando, pero siempre unánimes, para las conmemoraciones, las suplicas, los duelos, las victorias. Ese es el único momento en que caían las discusiones, las discordanas y los razonamientos, en que todos se inclinan recogidos, creyentes y dóciles, prontos a las reconciliaciones, a los olvidos, a las resoluciones generosas. No hay conductor de hombres algo sagaz que no se diga que, si por ventura no existieran la religión y los dioses, sería preciso

inventarlos como el más eficaz y fácil medio de aumentar el poder.

Adoración utilitaria y cívica: definición de la religión pagana. En la convivencia de la Religión y del Poder, no es el Poder el que se santifica sino que es la Religión la que se torna impetuosa y lucrativa.

Por lo demás, su prestigio se agota al amonedarse: "Toda mística se degrada en política", dijo Peguy. Expresa así la evolución espiritual de la Ciudad.

Toda Ciudad es religiosa, real y tribal cuando se funda, y luego se vuelve cada vez más democrática y profana.

Entonces todo se desmoronaría, se secaría y caería reducido a polvo si el espíritu de Cuerpo no subsistiera como un retono de paganería desnaturalizada.

50. DEL EQUIVOCO DE LA SOLIDARIDAD

Solidaridad es una palabra cómoda, muy honrada hoy por los predicadores de moral. Y si por moral entienden la utilidad social, tienen razón al considerar excelentes la palabra y su contenido, pues la solidaridad es el canto rodado con que se consueñen las ciudades humanas, y el equivoco que la palabra contiene debe ser reconocido de utilidad pública.

En realidad, apenas posemos en ella la mirada del espíritu, veremos cómo se amalgama se descompone en dos elementos de valor desigual y de sentido contrario: uno es la caridad y el otro el Espíritu de Cuerpo.

Uno u otro pueden constituir la solidaridad y uno y otro contribuyen a constituir la en algún grado; en el corazón de todo hombre ambos se entremezclan. Pero por su esencia y sus efectos se distinguen, se oponen y, es más, deben oponerse.

Va de suyo que la caridad (entiendo por ella simplemente el hecho de amar al prójimo como a sí mismo) sea el factor más seguro de cohesión social. Va de suyo que quien ama no tiene más que hacer lo que quiere para proceder bien; que no es preciso valerse de constrinimientos para apartarlo de la injusticia, ni de amenazas para recordarle sus deberes; que allí donde reina la caridad no pueden subsistir el dolo, ni el robo, ni la violencia, ni la división, ni la opresión, ni la rebelión.

51. DEL TEMOR Y DEL CEBO DE LA GANANCIA

Sin embargo, los andamios de la ciudad terrestre no reposan en la Caridad, pues por un lado esta Caridad es demasiado rara para bastar al sostenimiento de semejante peso, y por otra parte demasiado preciosa para no superar todo fin de utilidad.

La ley de los hombres se cimenta más bien en el Temor, en cuya virtud se abstienen de obrar mal a fin de evitar el castigo consiguiente, en el Cebo de la Ganancia y en la Gloria, por las cuales se esfuerzan en comportarse bien a fin de conquistar bienes y de prevalecer los unos sobre los otros. Esto explica por qué las gentes toleran la ley de sus países y cómo el conjunto se aprovecha de la ventaja que cada cual sólo buscó para sí mismo, pero no explica que un buen día esas mismas buenas gentes dejen de pronto de temer el mal y el castigo con tal que logren imponer la suadichita ley a otras gentes, y consideren este hecho como una gran ventaja, aun cuando no ganen nada con ello, aun cuando ello les demande todas sus riquezas y arriesguen en la empresa la vida.

52. DEL ESPÍRITU DE CUERPO

Este olvido de los propios intereses, esta renuncia al reposo y seguridad, así como a los afectos personales y a los rencores particulares, a los placeres y a la libertad, esta sumisión a la ingrata disciplina, esta devoción a jefes que no eligieron y que no les desean ningún bien, el orgullo que experimentan al verse apacés de producir juntos estrago tan grande, el asombroso poder que se revela en ellos de odiar súbitamente a toda una categoría de hombres, de pueblos enteros, de odiarlos sin haberlos conocido antes, la diferencia absoluta que logran establecer entre seres que exhiben la misma apariencia humana y se entregan a actos semejantes, entre ellos mismos y los de enfrente, esta inversión de los instintos naturales, de los sentimientos humanos, del juicio, se deben a una fuerte pasión que tanto se asemeja al amor como a lo contrario del amor y que se denomina Espíritu de Cuerpo.

Para saber qué es este espíritu, basta considerar el nombre que lo designa, formado de dos términos contrarios, "espíritu" y "cuerpo", ligados entre sí por una partícula posesiva.

Espíritu significa vida y *cuerpo* significa cadáver; el acoplamiento de ambos significa *guerra*.

Espíritu significa superación y *cuerpo* significa apego a sí mismo; el acoplamiento de ambos significa *orgullo*.

Espíritu significa verdad y *cuerpo* impedimento; el acoplamiento de ambos, *artificio y mentira*.

Espíritu significa Dios y *cuerpo* naturaleza; el acoplamiento de ambos, *idolatría*.

53. DEL CONTRAAMOR

Sin duda, el Espíritu de Cuerpo acerca entre sí a quienes pertenecen al mismo cuerpo, es decir al mismo grupo, pero no es tanto un amor común como una hostilidad colectiva. Es siempre un amor limitado, que comporta su reverso de odio. El Espíritu de Cuerpo, al que se hallan ligadas todas las virtudes cívicas, es un arma de dos filos, como el hacha de los hictores con el haz de varas en torno del mango. El amor limitado proyecta una sombra de aversión y de recelo sobre cuanto no sea el objeto amado. El reverso de sombra es aún más extenso que el objeto iluminado, pues, si su objeto es limitado, la agresividad que de ello resulta cobra proporciones universales y se abate sobre lo que fuere. No hay que asombrarse, pues, si "el amor a la patria", por ejemplo, no obliga en modo alguno a quien lo profesa a la benevolencia y beneficencia para con todos sus compatriotas, sino que lo obliga expresamente a guerrear contra todos los enemigos de la patria. Esta suerte de amor no tiene su razón de ser en la necesidad de unión, sino en las necesidades de la defensa y del ataque. En tiempo de paz, los concluidados, abandonados a sí mismos, se explotan y se oprimen tranquilamente unos a otros; sólo se resuelven a "la unión sagrada" cuando se hallan bajo la presión del peligro inminente y del enemigo común. Por ello no basta decir que el Espíritu de Cuerpo sea un amor limitado que muestra un reverso de odio, sino que es preciso subrayar que el odio ocupa allí el lado derecho y el amor el del revés.

54. DE LA PASIÓN AMOROSA DE LA FUERZA

El Espíritu de Cuerpo es la atracción amorosa hacia la fuerza del grupo. No es el amor a todos ni a ninguno de los miembros del grupo; no es el amor al grupo sino el amor al poder del grupo. La pasión amorosa es la busca de un gozo ciego o, a falta de éste, de un sufrimiento oscuro, de una conmoción y de un exceso que procuran la pérdida de la conciencia y el olvido de los límites de la persona, es un éxtasis carnal y un sacrificio instintivo.

Todo furor amoroso es celoso y combativo, y el Espíritu de Cuerpo lo es dos veces, pues es una concupiscencia de la fuerza común. Ahora bien, quiere ver desnudo al objeto de su deseo, y la fuerza común sólo se desnuda totalmente en el combate. Allí es donde verdaderamente el amante la estrecha entre sus brazos y se sumerge en ella ciegamente. Allí es donde el espíritu de cuerpo se consuma y se sacia. Así como el coito es el remate

del deseo carnal, del mismo modo la guerra es el exultorio del Espíritu de Cuerpo. El acto de matar o de morir en la batalla es el acto carnal del Espíritu de Cuerpo, y el hombre llega entonces, en efecto, al olvido de los límites de su persona, a la pérdida de la conciencia, al punto extremo de la exaltación vital.

55. DEL HIPÓCRITA ORGULLO DEL ESPÍRITU DE CUERPO

Yo soy mi país y mi pueblo y no lo soy. Mi país y mi pueblo forman un yo agrandado en el espacio, la duración, la importancia, el poder, el renombre. Basta que yo me identifique con ése yo para salir al punto de mi mediocridad de un modo ilusorio y embriagador. Ésta es la más hermosa ocasión que mi orgullo pueda encontrar para desenderenarse a favor de un díastraz.

Ésta es la razón por la cual toda nación ha de realizar desfiles de gala, empenacharse, entonar perpetuamente el propio estio, temerosa de que el potente resorte del orgullo llegue a faltar y de que el Espíritu de Cuerpo de sus componentes languidezca o busque otros intereses. El prestigio es más necesario a las naciones que la tierra y el pan.

Así como los celos (la diferencia de la caridad) constituyen un ensañamiento en amar tal objeto contra todos los demás y se convierten en una razón de odio, del mismo modo el orgullo (a diferencia de la dignidad) constituye una exaltación por contraste y por comparación y comporta no tanto estima de sí mismo como menosprecio por el prójimo. Sentimos la necesidad premiante de destimbrar y aplastar a quien no es de los nuestros, y sólo podemos hacerle gracia de la vida si se confiesa abrumado de admiración. Pero si alza la cresta y lanza su quiquiriquí, sobreviene una discusión descortés, una retirada o un a guerra, según que la escena tenga lugar en un salón, en un café o en una conferencia diplomática.

Quienes no ven en las guerras más que razones económicas y utilizarías olvidan con demasiada frecuencia que el vientre del animal político es menos difícil de satisfacer y de un apetito menos caprichoso que su vanidad. Picad al ciudadano en su vanidad y obtendréis de él por nada lo que no habría querido hacer para consolidar su fortuna, ni por amor de sus hijos, ni por la salvación de su alma.

Todos los regímenes se aplican, por consiguiente, a nutrir de elocuencia y a abreviar de énfasis la vanidad pública por medio de la escuela, la prensa, los discursos, los monumentos, los cohetes, los clarines, las banderas, los desfiles, las conmemoraciones y los triunfos. Esto debería llamarse el Arte Civil, del mismo modo que al otro se lo llama Arte Militar, pues uno es el brazo izquierdo y el otro el brazo derecho del Poder.

56. DE LA FEROCIDAD SISTEMÁTICA DEL ESPÍRITU DE CUERPO

Es sin duda enojoso que nos prefiramos a cualquier otro, cosa que nos empuja a mil y un abusos e injusticias, y asimismo es enojoso que nos creamos dignos de ser preferidos. Pero éstos son por lo menos sentimientos espontáneos que se aplican a un objeto real, a nosotros mismos, a nuestro cuerpo y a nuestra alma, productos de la naturaleza y criaturas de Dios. Pero resulta doblemente enojoso desplazar estos malos sentimientos en lugar de superarlos, trasladarlos a un objeto ficticio, tal como el cuerpo social, que no es sino un "ser de razón" alzado en el vacío y que respira con aliento imaginario. Sería incurrir en un error creer que la ferocidad y el orgullo, en una palabra el amor propio, se borran cuando desbordan de la persona para extenderse al gran número y elevarse en el plano social, y así cambian de naturaleza. Por el contrario se agravan, se tornan más maliciosos y perniciosos bajo la máscara de la honradez, al eludir la barrera de escrúpulos, y acaban por poseer el cuerpo y reemplazar a la conciencia.

Nos empujan a la trampa de las verdades sin salida, nos arraman con virtudes de doble filo. Celo militar y justiciero, ambición emprendedora y laboriosa, violencia fría y bien calculada en el ejercicio del poder, maniobras y rigores reputados útiles para el bien común, todo aquello en cuya virtud los países han sido sometidos a un régimen policial sin que la carnicería haya perdido nada de su salvajismo, el cual en modo alguno fue suprimido sino transferido a otra época y a otro lugar, al lugar y a la época de la guerra, de donde retorna brava y sabiamente re-forzado.

Nuestros errores, nuestros pecados no pueden difundir sino males limitados a nosotros mismos y quienes están con nosotros, pero las grandes plagas que azotan a la humanidad entera y cuya culpa se ignora a quien atribuir, no se deben a nuestros pecados, demasiado débiles y demasiado lastimosos para provocar cosas tan grandes, sino a nuestras falsas virtudes y a nuestras verdades engañosas, que son secuelas del Espíritu de Cuerpo y sus infernales potencias.

Sin duda, he aquí por qué Cristo no se cansa nunca de perdonar a los pecadores, al paso que abruma de maldiciones a los fariseos, es decir a los puros, a aquellos que pretenden justificarse por la ley. He aquí por qué se niega a asumir la realza terrestre que lo hubiera convertido en portestandarte del Espíritu de Cuerpo, a acometer la liberación de Israel que se esperaba del Mesías anunciado, a convertirse en héroe nacional. He aquí por qué San Pablo habla de la Ley como una condición del

pecado: "La Ley es la Fuerza del Pecado", dice enfáticamente. Todos los maestros espirituales enseñan que la liberación del pecado no estriba en la aplicación de la Ley, en la práctica de las obras de utilidad común y de las virtudes públicas sino en aquello que San Santiago llama "la Ley de Libertad", que consiste en amar.

57. DE LA NATURALEZA BESTIAL DE LAS NACIONES

El Espíritu de Cuerpo es lo que anima al grupo humano. Cuando se habla así de *animación*, no se alude al *alma* sino simplemente a la animalidad. Las grandes religiones que afirman que cada hombre posee un alma inmortal nada nos enseñan acerca de la naturaleza de un grupo de hombres constituido en soberanía por los azares de la Historia y por la fortuna de las armas y las alianzas.

Se suele representar aquél de que somos miembros como una persona floreciente de rostro agradable, coronada de hojas de encina o de laurel. Los discursos oficiales le prestan toda suerte de pensamientos razonables y sentimientos nobles, pero estas destemidas alegorías y ampulosas retóricas a nadie persuaden. Nadie espera que el grupo humano se exprese de manera humana. Sólo cuando muestran los dientes y el apetito de las fieras los fieles se sienten traspasados hasta la médula por un estereotipo incómodo cálido, y un transporte místico los conmueve, se entregan al tam-tam y a la danza del scalp, se aprestan a los sacrificios rituales, a las carnicerías, a la inmolación de los primogénitos, pues Dios tiene hambre de carne fresca y sal de sangre.

El salvaje sabe que su tribu es un animal, y hasta sabe exactamente qué especie de animal encarna el espíritu de sus antepasados y lleva todos los rasgos del carácter de su raza: es el Totem. Lo adora en efígie y en naturaleza: es su padre, su bandera y su dios. El Totem sobrevive entre nosotros, siempre entizado, con las fauces abiertas y mostrando las uñas, en los blasones de las familias y de los reinos; es el emblema auténtico del Espíritu de Cuerpo.

Preciso es, pues, ver y decir claramente que las naciones no son entidades sobrehumanas sino algo así como cocodrilos sagrados de tamaño monstruoso. Sin embargo, son falsas bestias, estatuas articuladas del género de Moloch, el horna de los niños.

58. DE LOS IDOLOES DE LAS NACIONES

Como animal, es más poderoso que yo; como estatua, es más brillante que yo; como divinidad, es más perdurable que yo. Me place saber que tiene casi tanta necesidad de mí como yo la tengo de él; al creer en él, lo hago vivir; al matar por él, lo

alimento; al morir por él, le aseguro la inmortalidad. Así habla el patriota de su patria y el pagano de su ídolo.

La idolatría es la adoración de un dios limitado, artificial y de especie inferior. El ídolo hace salir al adorador de sí mismo, pero al ser limitado lo aprisiona en lugar de liberarlo. El adorador le inmola víctimas vivientes, pues el ídolo se le aparece como un ser inmutable y espera de él la inmortalidad pero lo cierto es que el ídolo no es sino un simulacro sin vida, y así le sangre de las víctimas cae sobre el sacrificador, sobre cuyos hombros pesan la muerte de aquellas. El ídolo exalta al adorador, pero, al ser de especie inferior (especie animal en lugar de espiritual) no puede elevarlo ni iluminarlo sino sólo deprimirlo y embrutecerlo.

El Espíritu de Cuerpo desempeñó en la creación de las mitologías y en la creación de los cultos paganos un papel capital, que aún no ha sido bien estudiado por los historiadores de las religiones, que sólo quisieron ver en los dioses "personificaciones de las fuerzas de la naturaleza". Olvidan que el Trueno, el Viento, la Lluvia, el Río, la Fiera, el Ganado, el Monte, el Mar y el Árbol, olvidan que todas estas gentes forman tribus, reinos, imperios, ciudades, exactamente calcados sobre los nuestros; que el supremo dios pagano es un rey, del mismo modo que el rey de todo pueblo pagano es un dios.

Hoy como ayer, el Espíritu de Cuerpo engendra religiones sanguinarias y tenebrosas. Pero es preciso distinguir la idolatría de la idolatría y bárbara de la idolatría decadente y vulgar; quiero decir las religiones que entre nosotros preceden a la Revelación Cristiana y la ignoran de aquéllas que la combaten para substituir la por nuevos dioses: la Patria, la Raza, la Materia, la Máquina, el Progreso y los demás Baales.

Las primeras son mágicas, proféticas, poéticas y se dirigen a imágenes; las últimas son lógicas, polémicas, técnicas y se entizan a ideas.

Las primeras rematan en las grandes cosmogonías de los Antiguos y las últimas en las dialécticas de los Nuevos.

Las primeras constituyen la búsqueda a ciegas de lo sobrenatural y de lo maravilloso y las últimas un renegar furioso del Espíritu.

Las primeras están, hasta en sus errores, llenas de savia, de sabor, grandeza, de luz; las últimas llevan la marca de la necedad, de la fealdad, de la ignominia.

Además, las últimas se adornan de una moralidad hipócrita, y se precian de ser filantrópicas. Jamás desconfundamos bastante de la apariencia abstracta, insípida y sublime de sus divindades, para las cuales se inventó una denominación desconocida en los textos sagrados y en la lengua clásica; la de "ideal". Son los más atroces de los falsos dioses.

59. DE LAS PAGANERÍAS DESNATURALIZADAS

Es una paganería desnaturalizada aquella que rebrota en tierra cristiana: es facticia y larvada. De ahí el fastidioso roccó de las ceremonias oficiales y de las solemnidades nacionales. La Cámara de Diputados es un falso templo griego (y también la Bolsa). Fuego sagrado perpetuo ante el altar de la Patria, homenaje de gas o de petróleo, así como monumentos a los muertos (y quienes murieron piadosamente por la patria no tienen más derecho-que-a-eso), desnudeces femeninas alzadas con arre-bato en la plaza pública, mamas patrióticas y nalgas victoriosas que vuelan en medio de trompetas, mientras el soldadito, con la mano en el corazón, muere declamando...

60. LAS CUATRO SOBERANÍAS POSIBLES

Para el hombre no hay, como para la abeja y la hormiga, un grupo de forma fija dictada por la naturaleza. Cada hombre puede alternativa o simultáneamente pertenecer a varios de ellos. Existen la Familia, la Nación, la clase social, la Iglesia, el partido; existen la escuela, el equipo, el regimiento, la empresa, la corporación, la orden monaca, la secta religiosa, la camarilla mundana. El Espíritu de Cuerpo realiza en todos un trabajo de agregación y de división, se comporta como hermano y camarada y como extraño y rival. Pero el Espíritu de Cuerpo sólo puede hacer madurar su fruto natural, que es la guerra—legitimación de la rapina y glorificación del asesinato—, si el cuerpo de que es espíritu se erige en una soberanía.

A través de la Historia, son cuatro los grupos que se atribuyeron la soberanía, es decir, "el derecho a la paz, a la guerra y a la justicia": la Familia o Tribu, la Secta Religiosa, la Nación, la Facción o Partido.

La Familia y la Nación se asemejan, y su unidad se funda en la comunidad de raza y de tierra; la Secta y el Partido se asemejan, pues una y otro se establecen sobre la comunidad de creencias y de intenciones. (En estas páginas hablé sobre todo de la Nación, pues es en ella donde sobre todo el Espíritu de Cuerpo se expresa hoy con mayor violencia e insolencia, pero ayer se trataba de la Familia y mañana acaso se trate del Partido.)

La evolución de estas formas, las interferencias, desgarramientos y combinaciones a que dió lugar son el tema de la Historia de las Civilizaciones.

A Dios gracias, establéciese cierto juego entre los círculos en los cuales el hombre se halla apesado y que cierran su horri-

zonte: no todos ellos son concéntricos. Entonces sobrevienen conflictos de deberes y de intereses y, a veces, hasta dramas de conciencia. Semejante fluctuación permite la opción y la liberación. En la conciencia existe siempre un conflicto entre el Espíritu de Cuerpo, que es amor-*contra*, *contramur* y conflicto y que junto con el Príncipe de este mundo "ya está juzgado", y el Espíritu de Vida, que es Caridad, es decir gracia.

61. DE LA PURIFICACIÓN DEL ESPÍRITU DE CUERPO

Si deseamos evitar la idolatría patriótica sin renegar de nuestros afectos naturales, de nuestros deberes de gratitud y de nuestras responsabilidades de justicia, preciso es que esclarezcamos nuestras nociones remitiéndonos a los vínculos que nos unen a un grupo que hoy no es soberano: nuestra familia, por ejemplo.

Armemos nuestra patria como amamos la casa paterna. Amémosla por sus grandezas si es grande, y por su pequeñez si es pequeña. Soñemos con ella cuando nos hallemos de viaje y llorémosla cuando estemos en el exilio. Veneremos el recuerdo de nuestros predecesores y procuremos dejar a nuestros hijos una herencia de honor.

No sentimos la apremiante necesidad de destripar a alguien para defender semejante honor. No pensamos que nos asista el derecho de robar el ganado o los muebles del vecino para aumentar el patrimonio familiar, y ninguno de nuestros parientes nos considera un desertor ni un traidor porque tengamos estos escrúpulos de conciencia.

Y sin embargo, la familia es un grupo más natural, más sagrado, más antiguo y más universal que la Patria, la cual no es ni el primero ni el último círculo concéntrico trazados en torno del hombre, ni el más carnal, ni el más espiritual) puesto que es el menos estable y el menos necesario, acerca del cual el Evangelio nada nos dice y al cual ciertos hombres que figuraron entre los más sabios y los más santos no concedieron, a lo que parece, ningún interés.

Montesquieu dice (cito de memoria): "Si conociera algo que me fuese provechoso pero que perjudicase a mi familia, me pro-hibiría pensar en ello; algo útil para mi familia pero perjudicial para mi patria, lo rechazaría con horror; algo provechoso para mi país pero que fuera en detrimento de las otras naciones o del género humano, me impediría el deber de renunciar a ello..."

Ghandi constituye el ejemplo más hermoso de un patriota que, al servir y liberar a su país, tuvo siempre en vista el bien de todos los hombres.

Y su no-violencia no fué sólo el cuidado "de no hacer daño a nadie" sino el cuidado efectivo y explícito de ayudar a todo el mundo.

62. DE UNA MÍSTICA DESNATURALIZADA

Rousseau, que intenta fundar toda su doctrina política en la "Naturaleza" y la "Razón", presenta, sin quererlo, con un giro místico a aquella Soberanía General que vendría a ser una Entidad Nueva, distinta de la voluntad de cada uno de los contratantes y que el voto no haría más que determinar, interrogándose al modo de un oráculo. Esto está del todo de acuerdo — cosa que él parece ignorar — con la ortodoxia pagana. Votábase, por lo menos en Aristocracia, mientras que en Democracia se echaba a suertes, con el mismo espíritu que se consultaba a los Augures, lo cual era sin duda menos ingenuo que buscar la expresión de la voluntad de las gentes.

Según él, semejante Voluntad General sería necesariamente justa e infalible. "Es — dice en alguna parte — la voz de Dios". Es menester hacer notar al punto que esta Voluntad Real no es nunca más que la de una Ciudad Particular y que, por más que sea colectiva, no por ello deja de ser en modo alguno particular.

Hasta diría que es más particular que la voluntad de un solo hombre. Universal es sólo el Dios Único; y el hombre posee algo de su universalidad porque es, hasta cierto punto, uno y único como él, consciente y misteriosamente vivo; de ahí que puede comunicarse con Dios y servir de canal a la Voluntad de lo Alto.

Nada semejante le es posible al "Cuerpo Moral compuesto de tantos miembros como voces tenga la Asamblea", el cual no puede expresar nada más que cierto promedio estadístico entre voluntades exteriores, desiguales y contrarias.

En el último capítulo, Rousseau percibe con claridad la conexión entre la Religión Pagana y las virtudes cívicas de los romanos y los griegos y plantea la cuestión de si la religión cristiana se muestra favorable al bien social. A lo cual responde de modo contradictorio y, finalmente, negativo.

Planteemos más bien la cuestión en sentido inverso y preguntémosnos cuál es la forma social que podría ser favorable a la verdadera religión. Responderemos: la más simple, primitiva y única natural: la Tribu.

El Pueblo de Israel es el pueblo elegido porque fué la única "Nación" que siguió siendo una tribu.

Pero no ligó, como otras tribus, su destino a un dios Jobo, a un dios águila o a un dios hombre, sino al Creador-del-Cielo-y-de-la-Tierra, a Aquél-que-Es.

Este pueblo no conoce otro contrato social que el contenido en el Arca de Alianza, otra Ley que la Ley de Dios revelada en el Sinaí, otro Rey que un Patriarca, un Profeta, un juez, un Inspirado, un Sabio, y hasta bajo Tiberio proclamó a gritos: "¡No querremos otro rey que Jehová!"

Es más: veo en la Biblia la confesión de un pueblo y admirables abominaciones y toda la infamia de que se acusa. ¡Qué lejos estamos de la heroica jactancia del Espíritu de Cuerpo! Sólo Dios es la fuerza, la gloria y la esperanza de Israel.

Asentado esto, nada tiene de asombroso el que, con todos sus dones y su vitalidad excepcional, jamás haya podido establecer una dominación terrestre de alguna importancia y duración. Desde hace dos milenios, por la misma razón la Cristianidad busca en vano una forma civil que le convenga.

Acaso entre las facilidades del Régimen Liberal se halle más incómoda que bajo cualquier otro régimen.

Entre el giro del espíritu del Muycivilizado, flor del Conocimiento-del-Bien-y-del-Mal y el hábito evangélico se abren dificultades tales que toda conciliación sólo puede realizarse en virtud de un equívoco.

Nietzsche describe así al Muycivilizado. "Hemos inventado la felicidad, dicen los últimos hombres. Y guñan el ojo."

63. DEL JUEGO DE LA IGUALDAD Y DE LA LIBERTAD O: LA REFREGA SOCIAL

Libertad
Igualdad
Fraternidad

está escrito en todos los edificios públicos, en las puertas de los cuarteles y de los presidios.

¡Ahí ¿Cierito? O bien:

Rivalidad
Venalidad
Vulgaridad

En la tribu no existen la igualdad ni la desigualdad. Cada cual tiene en ella el lugar que le marca el nacimiento, lo cual no da motivo a discusiones, pretensiones ni celos. Esto asegura la inserción orgánica de cada cual en el todo, así como la circulación de la vida o intercambio de servicios entre miembros que no son intercambiables. Allí donde nadie busca medirse, nada tiene que hacer la igualdad ni la desigualdad. Tener éxito consiste en llenar el propio lugar, en crecer en el propio ser, en no cambiar de situación.

En la Ciudad todos los puestos y todas las carreras se ofrecen a todos, y cada cual piensa engrandecerse conquistando un puesto más elevado, al paso que se arriesga en todo momento a perder el suyo propio, que otros codician. La inquietud y el cuidado lo poseen incansablemente, y el hombre ha de postergar siempre la felicidad para un mañana.

Como el tiraje del aire en el horno, la aspiración general de arriba abajo enciende a la Ciudad y la hace zumbiar. Gracias a este juego de infierno todo marcha y gira, la riqueza y la velocidad crecen.

No se sabe si es un torbellino el que arrastró a los hombres felices que triunfaban como carboncillos no consumidos, o si son ellos quienes, mediante un trabajo encarnizado o un golpe de genio, crearon el torbellino.

Por lo demás estos hombres felices sólo lo son a los ojos de los otros y, si se sienten tales, ello se debe a que se ven con los ojos de los otros. En sí mismos siguen siendo tal cual, hollín y cenizas. La altura a que fueron transportados no añadió ni una pulgada a su talla y el empujón padecido no les comunicó la verdad ni grandeza. La felicidad social es ilusoria y convencional. Pero ellos apenas advierten su decepción: se consuelan de ella entregándose a diversiones incansables que los defienden de pensar en su destino.

Estos hombres felices sólo lo son en detrimento del prójimo. El fuego que ascende es el de la rivalidad. Nadie se enriquece sin privar de algo a alguien, nadie domina sin someter a muchos. El ascenso social consiste en tirar de los pies del que se halla arriba y, después de haberlo hundido, subirse a sus hombros y su cabeza.

En esto no hay nada de maldad: son cosas del juego. Pero sobre todo trátase de una necesidad, pues aquél que no tira es tirado, y aquél que no sube pierde pie.

De esta suerte, la aspiración hacia lo alto se compensa con un movimiento de descenso y de decadencia. Los vencidos, con sus despojos, se encuentran en el fondo entre aquellos que allí hormiguan y se estancan por no haber sabido nunca aprovechar las oportunidades que se les ofrecieran.

En realidad, son numerosos los competidores y uno sólo quien obtiene el premio. El que la riqueza y el poder perteneczan a contadas personas y el que el mayor número tenga su lugar en lo más bajo constituye una ley social tan bien demostrada como la caída de los cuerpos en Física.

La igualdad de los ciudadanos no existe ni en el comienzo ni en el fin, así como en ningún momento de ningún régimen popular que pretenda o pueda ser.

La igualdad social es ficticia, abstracta, virtual. La única igual-

dad posible es la igual posesión a la altura, pero altura implica desigualdad.

Suprimir las desigualdades de estructura equivaldría a aplazarlo y reducirlo todo a la inercia. Podrías concebir una igualdad de trato y de respeto en todos los niveles, y esto es lo único que parece equitativo y bueno. Pero esto no existe bajo ningún régimen (y las Democracias llamadas populares están muy lejos de semejarle cosa), si bien en ciertos países pequeños de tradición muy burguesa o aristocrática, como Suiza o Suecia, cabe entrever lo que podría ser este paraíso de urbanidad.

Sea ello lo que fuere, una ciudad viviente sin desigualdades es tan imposible como una cascada en un terreno llano.

Y la refriega social es inevitable: quieras que no, alista a todos contra todos. Quien desce mantense por encima de la refriega o apartado de ella, acaba por hallarse debajo de ella y por ser pisoteado. Quien no desee batirse queda vencido por adelantado. El vagabundo figura entre los delitos en el Código Penal francés. En tiempos de Shakespeare todo vagabundo era condenado a azotes y, en caso de reincidir, lo colgaban.

La ley de la Ciudad no permite que nadie sea libre a su modo. Preciso es que lo sea de modo agresivo y cívico. Todos acabarán por salir beneficiados, pues el ascenso es provechoso y la caída aprovecha igualmente al desarrollo de los negocios. Por lo demás, el rodar de la máquina social produce y algo del producto va a parar en cierto modo a todos, aun a las víctimas del rodar.

Este avasallamiento a la ventura, esta lucha cuerpo a cuerpo y sin tregua constituye el resorte del Progreso, que derrama a manos llenas su rocío de bienestar. Hasta las ruinas y las quiebras concurren a él, abriendo las vías a fuerzas más vivas. El temor de la caída mantiene alerta a quienes no se sienten acicateados por la ambición. La visión del competidor vale más que el látigo de un guardián, que el ojo de un verificador. En fin, la presión, que se torna más intolerable a medida que uno se acerca al fondo, impide que el cobarde y el perezooso tiendan allí su cama. El hambre, el frío, la vergüenza hacen salir de su refugio al último de los últimos, lo fuerzan a trabajar, lo empujan a ganar dinero.

Cuanto más se multiplican las fricciones y los choques, más crece la animación y la presión.

Y en la Ciudad, donde cada ciudadano mira al prójimo como una presa o un obsáculo, donde cada cual no ve más que su propio beneficio y engaña al vecino, le hace una zancadilla, le al verlo caer y brinda cuando lo ve perdido, ocurre que de esta suerte se hace a los otros más bien que si se intentara socorrerlo por amor del cielo.

Es obvio que un bien obtenido de este modo y a partir de semejantes disposiciones permanece extraño a cuanto pueda ser

interior y espiritual. Ésta es una de las tantas falsificaciones que produce la Ciencia-del-Bien-y-del-Mal.

64. DE LA REFRIGIA SOCIAL MECANIZADA

Tales son los que se denominan "beneficios de la civilización", los cuales se desarrollan en detrimento de los hombres, en lugar de servir para su mejoramiento.

La Ciudad realiza un gran consumo de valores humanos. Va horrando, triturando y destruye las "distinciones" y las dignidades, así como poco a poco va reduciendo a masas a los pueblos.

Los pueblos poseen un rostro y un sentido. Poseen una cabeza con la que los dotó la naturaleza, un corazón, un cuerpo, una forma que se hizo desde adentro.

Al paso que una masa es algo torpe, informe, una pasta blanda, desleída, que se vuelve hacia afuera y se desliza hacia lo bajo.

Para mañana se nos anuncia el triunfo de las masas. Ya comenzó su invasión turbulenta. Sembrante invasión se opera también en lo íntimo del hombre. La distracción lo gana, el corazón se le licúa, las oposiciones se agitan en muchedumbre en su cabeza acolorada y los impulsos del momento, que se adelantan desde el fondo de las entrañas, prevalecen sobre toda fe y sobre toda ley.

La corrupción interna y la rivalidad exterior determinarían que todo estallara de no haberse instituido un ajuste apropiado para transformar tales potencias explosivas en el motor de la Ciudad. Esto es lo que erróneamente se denomina organización.

Erróneamente puesto que el vocablo *órgano* supone una interpretación de las partes en la vida invisible cuando de lo que aquí se trata es de un ajuste de piezas, de una *mecanización*.

Allí donde domina el espíritu de la Tribu, lo sagrado reina sobre todo el resto, y la Tradición y la Religión imperan y todo lo enlazan. La Cabeza dirige, el Corazón aconseja e impulsa hacia adelante, los Instintos le siguen luego, sumisos. Entonces no faltan razones para considerar la Patria una persona y un dios.

Según Herodoto, los egipcios dividen la historia en tres edades: la de los dioses, la de los héroes y la de los hombres. Vese en qué sentido entendían el Progreso.

Nosotros los hemos superado en ese sentido y he aquí que hemos descendido a la Cuarta Edad: la de las Máquinas.

Que los adoradores de la Máquina contemplen la más formidable de ellas: el Estado.

65. DEL JUEGO DE LA LICENCIA Y DE LA NECESIDAD O: DECADENCIA

Cosa notable: la máquina que tributa al hombre es de la misma sustancia de lo que tributa. Aquellas ruedas dentadas, aquellas cadenas, aquellos ejes de acero pertenecen al hombre y al hombre también pertenece la materia obtenida.

Al hombre pertenece aquella arcilla mezclada con hierro de que están hechos los pies del coloso de Daniel (Daniel, II, 32):

La estatua tiene cabeza de oro fino (reinado de los dioses), pecho y brazos de plata (reinado de los héroes), vientre de bronce (reinado de los hombres), piernas de hierro (reinado de la mecánica, de la necesidad y de la lucha), pies de arcilla mezclada con hierro (mezcla de mollicie y de dureza, más débil aun de lo que pudiera ser la arcilla pura, reinado de las masas, desmoronamiento de las tradiciones, fin de la historia).

Aquí ya no existen los Fuertes, como en el reinado de los héroes, ya no existen los Dulces, como en el Reino de los Ciegos; no existen más que los Blandos y los Duros.

Los Duros se convierten en autómatas y engranajes de la Gran Máquina. Los Blandos son la pasta fofo que se llama Masa.

Cada hombre participa de los duros y de los blandos: es duro por fuera, en sus actos técnicos y cívicos, rígido y riguroso en las ciencias y las artes de lo útil, pero blando y delicaescente en cuanto al pensamiento y en cuanto al corazón.

Y el régimen que de esta situación se deriva constituye la alternancia de la política de la cháchara, de las combinaciones, de los escándalos financieros, judiciales o libertinos, del croar de las ranas en el pantano, con la brusca llegada de la garza real a quien todo el mundo aguardaba de corazón y que pone cada cosa en su sitio. Al desorden parlero sucede la sumisión ciega. Un silencio forzoso reemplaza los discursos y usurpa el puesto de la concordia. La mecánica se ajusta y funciona. La policía y el ejército constituyen el instrumento de la reforma y el modelo de una sociedad "que marcha". Todo marcha maravillosamente, hasta que sobreviene la gran catástrofe militar. El Dictador no es un paladín y en nada se asemeja al héroe legendario. Pertenecce a la especie de los autómatas. Es un trozo de multitud escogido al azar entre millones, es un producto de la necesidad y del acaso.

Presta a la necesidad un rostro y un nombre, cosa que conviene a las muchedumbres, pero no es necesario.

La necesidad no necesita para reinar de un rostro o de un hombre. Se aferra a los pantalones de cada uno de sus súbditos, lo tiene asido de su vestido, lo toma por el nudo de su corbata, le planta una pluma en el sombrero o una flor en el ojal o se las quita, le corta el bigote o se lo atusa, le dicta la hora a que ha de levantarse, le mide y elige su sustento, sus lecturas y sus ocios, le pega en el trasero una silla de escritorio o lo lleva a la cantera, al campo de batalla o a la plaza donde todo el mundo aulla, y le sopla lo que hay que nullar. De esta suerte se convierte en duro a fuerza de abandonarse a la facilidad, a fuerza de pesantez de su pasta y de la blandura de su masa.

66. DE LAS LEYES MECANICAS DE LA CONQUISTA

Si se me preguntara acerca de la más grande y potente de las ciudades, de la que pobló el mundo con su renombre y sus monumentos, si se me preguntara qué especie de máquina fué Roma, respondería: una bomba aspirante.

Una bomba de conquista cuyo pistón lo constituye la agitación de la Plebe y la Revolución Social.

El ascenso del proletariado es lo que aspira y forma el vacío, y la reacción es lo que empuja.

La revuelta y la guerra se equilibran una a otra para que mane la fuente de sangre.

El Rico dice al Pobre: "¿Por qué procuras despojarme de lo que tengo? ¿No adviertes que de mi lado están la ley, los medios y la fuerza pública? Y además, ¿acaso no somos hermanos e hijos de una misma patria? Mira más bien al otro, al bárbaro, al malvado, aquel que forma parte del otro bando. Ve a arrebatarme lo que posee o, mejor dicho, ven conmigo a arrebatarme sus bienes, pues te ayudaré con mi mano fuerte. Amo el peligro y la gloria y quiero mostrarte que somos hermanos. Si nos atacas, labrarás tu ruina y te cubrirás de vergüenza. Pero si nos ayudas a vencer al vecino, nuestro enemigo, te ofreceremos el apoyo de la fuerza común, te justificaremos por la ley y te glorificaremos tanto si sucumbes como si retornas vencedor."

Los pobres se dicen: ¿qué podemos esperar del trabajo? Nada más que recomenzar mañana a trabajar, suerte apenas mejor que la del esclavo y a veces más precaria. El trabajo somete al hombre a la servidumbre, pero la guerra lo ennoblece, le abre horizontes, le brinda ocasiones. Uno parte a ella decealzo y vuelve a caballo. En todo caso, se come todos los días y además se percibe la soldada: ¡en fin de cuentas, representa la seguridad! De este modo van a la muerte. Luego se nos dirá qué hemos de hacer y quedaremos libres de la incertidumbre: de este modo se hacen los forzados de la muerte.

Terminada la campaña, los ricos se adueñan de lo más grueso del botín y se hacen más ricos. Los pobres, si es que vuelven, vuelven pobres. Por lo menos han ganado el ser menos numerosos y también han adquirido derechos. Cuando vuelve a plantearse el mismo problema, la misma solución se presenta. Pero la mitad de los pobres, la mitad armada, se muestra tan disciplinada y sometida a la obediencia que está pronta a marchar contra la otra mitad.

Así todos los pueblos conquistadores mantienen en su seno multitudes turbulentas y menesterosas: Roma, Reina del Mundo, en sus pavimentos; España, dueña de las Indias Occidentales, en su polvo; y Londres en su hollín bajo la emperatriz Victoria.

Entonces se ve bien a los vencidos, pues nada es más atroz que el espectáculo del incendio bramador de las ciudades tomadas, de los templos profanados, al igual que las mujeres, de los pueblos exterminados o deportados... se ve bien a los vencedores... Pero, ¿dónde están los vencedores?

Lo esencial de un movimiento mecánico consiste en que carece de dirección y en que no puede detenerse cuando ya no tiene razón de ser.

Roma conquistó el Mundo y en semejante empresa se consumió y vació de sí misma en uno de los sacrificios al revés a que se consagran quienes muerden el Fruto, devorándose a sí mismos.

Pues no fué sólo "la Grecia tomada" la que acabó por "tomarla", según la frase clásica, sino que fueron los buscadores de fortuna de todas las razas y colores quienes la invadieron, de Africa o de Panonia, de Libia o de Breaña, al paso que de la destruida y dispersada Judea había de surgir su Dominador definitivo. Los últimos latinos de pura cepa habían caído en remotas fronteras.

Hasta que llegó el tiempo en que Roma, que había conquistado el mundo mediante su ejército (reforzado con numerosos cuerpos de auxiliares bárbaros), se vió conquistada por su ejército. Porque el Imperio es eso: el Ejército y su jefe que se revuelven contra la Metrópoli y allí se instalan como en país conquistado.

Comparada con las incursiones de los mongoles que quemaban las ciudades por la sola razón de que no sabían qué hacer de ellas, e invadían sin ocupar puesto que a estas gentes les era preciso campo abierto para correr, la Conquista Romana parece una obra constructiva, civilizadora y hasta, según se aconsejaba de serio, pacificadora.

Pero, ¿qué vale conquistar el mundo cuando se acaba por perder la propia alma? Roma, conquistadora conquistada, ya hueca y perdida en la cima de su grandeza, no fué más que un

torbellino en el viento, un agujero en el vacío, una vanidad de vanidades.

67. CONCLUSION DE LA HISTORIA

Y hemos aquí ante una verdad evidente y evangélica.

Que "quien empuña la espada perece por la espada".

Que "quien somete a esclavitud es sometido a esclavitud".

Que el Príncipe de este Mundo "posee todos estos reinos y los concede a quien le place."

Y, en fin, que "el Príncipe de este mundo ya ha sido juzgado".

68. DE LA CIUDAD Y DE LA GUERRA

Todas las ciudades de Grecia, lo mismo que Roma y que las ciudades libres de la Italia medieval, fueron hogares de facciones sangrientas y de guerras sin merced. No en vano Vico hace derivar la palabra *pólemos* (guerra) de la palabra *pólis* (ciudad).

Si la guerra parece una función natural de las civilizaciones, ello se debe a que las ciudades constituyen agrupaciones facticias, excesivas y fundadas en el abuso, al paso que los reinos son grupos naturales, aunque forzados.

Y la guerra está enlazada a ellas como un efecto normal de una anormalidad.

La guerra y las otras plagas son signos de que las Civilizaciones son hijas del Pecado.

Las justificaciones de la guerra son impecables e implacables como todos los teoremas de la Ciencia-del-Bien-y-del-Mal.

69. DE LA NATURALEZA DE LA TIRANIA

Hemos definido el Patriarcado como un grupo natural y libre, el Reino como un grupo natural forzado y la Ciudad como un grupo artificial libre.

Falta considerar el cuarto régimen, artificial y forzado: Tal es la tiranía.

"Necesariamente ha de ocupar el último lugar, pues es el peor de los gobiernos", dice Aristóteles (*Política*, VI, 6). "Pues es la corrupción del mejor de los buenos —la Monarquía—, imagen de las Jerarquías Celestes" (IV, 2).

Pero la Tiranía no tiene relación alguna con la Realidad. No es la corrupción de ésta, no es el mal gobierno de un Rey, despojado y arbitrario como ha habido tantos, del mismo modo que

el asno no es un mal caballo ni el mono un hombre malvado. Históricamente y por naturaleza, la Tiranía es otra cosa completamente distinta: por naturaleza es democrática y constituye la corrupción de la Democracia, su decadencia y su fin.

70. LA HORA DEL TIRANO

Cuando después de tantas luchas por la igualdad se ha llegado "a exceder la democracia" (*Política*, IV, 13).

Cuando el número prevalece sobre el valor y la riqueza o la astucia y la imprudencia sobre el mérito.

Cuando "la multitud se convierte en un déspota de mil cabezas" (IV, 4) y la manejan adúladores mediocres, pues ama a los adúladores como todos los déspotas.

Cuando el partido dominante "considera el Gobierno el premio de la victoria" (IV, II), y lo convierte en un instrumento de persecución de sus adversarios.

Cuando, a fuerza de desorden y de discordias, de cambios y de inconsecuencias, todo el mundo comienza a cansarse de la libertad.

Entonces Agatocles invita a un festín a todos los senadores de Siracusa y, después de haberlos regalado espléndidamente, los hace degollar y luego toma el poder, aclamado por la multitud.

71. DEL GOLPE DE ESTADO, TEMA Y VARIACIONES

Es el tema clásico del golpe de Estado. Cabe también celebrarlo de cualquier otro modo, ahorrarse el festín, operar a domicilio, utilizar el veneno, la defenestración, el suicidio forzado, la horca en las esquinas, pegar en los muros la lista de las proscriciones, poner precio a las cabezas o, mejor aun, recurrir a los plebiscitos, proceso de traidores y otros procedimientos legales y sin embargo divertidos para el gran público.

72. DE LA CONVIVENCIA DEL TIRANO Y DEL PUEBLO

El tirano no siempre surgió del pueblo; varios de los más célebres pertenecen a la clase privilegiada¹, circunstancia de que se valen, llegada la ocasión, como arma contra ella misma y a veces también utilizan su nacimiento como un ornato que muestran u ocultan con coquetería.

Pero todos, sean descendientes de Venus o hijos de un rústico,

¹ César, de alta nobleza, extravagante y estupidamente displicente; Robespierre, de la alta burguesía y distinguido con ostentación; Napoleón, de la pequeña nobleza, aunque auténtica y antigua; Lenin, Trozky, Stalin, antiguos estudiantes y semioaristas, intelectuales burgueses.

saben adoptar una apariencia que hace soñar a la muchedumbre hembra, saben inventar el ademán que embelesa al papanatas, hallar la palabra que prende fuego a la estopa del vulgo.

El tirano se dirige siempre a la multitud por encima de las cabezas de los nobles, de los ricos, de los sacerdotes, de los cultos, de los capaces, sin excluir a sus cortosanos, sus partidarios, sus ministros; todos estos personajes forman el escabel a que se sube para hablar a la muchedumbre.

Cuando Calígula nombra senador a su caballo, cuando se acusa con la mujer de un gran dignatario y ofrece a este personaje el espectáculo obligatorio de sus retoszos, brinda un regalo al bajo pueblo, más regocijante que una distribución de trigo.

Además están "los teatros, los juegos, las farsas, los espectáculos, los gladiadores, las fieras extrañas, las medallas, cuadros y otras excitaciones artificiales".

"... No veo a nadie que no tiemble al oír hablar de aquella sucia bestia llamada Nerón. Pero cabe decir que después de su muerte, tan vil como su vida, el noble pueblo romano se sintió tan acongojado, recordando los juegos y fiestas ofrecidos por Nerón, que estuvo a punto de vestir de duelo"¹.

73. DE LAS ORGIAS Y DESBORDAMIENTOS DEL TIRANO

Pero el espectáculo que más que una farsa y más que una inmoliación satisface al populacho, lo consuela y lo vengata, es el de la Ley escarnecida y pisoteada por el supremo amo de la Ley, es ver apaleados como en el Guñol al Gendarme, al Magistrado, al Gran Pontífice, a todos aquellos que desde siglos comandan, moralizan, predicán, presiden, a todos aquellos que ros abrumán con su prestancia y su competencia, nos hacen objeto de extorsiones y nos arrancan saludos respetuosos.

De este modo prolonga y remata nuestra revolución, pues nos jiberamos en esta perpetua y gigantesca saturnal.

74. DE LAS INSIPIDECES DE LA TIRANÍA

Nuestra época, afanosa de economía y de eficacia en todas las cosas, creó un nuevo tipo de tirano: el tirano gazonoño.

Ahora se presenta vestido de decencia y palmeando cariñosa-mente la mejilla de la niña que le presenta un ramo de flores.

Hasta América del Sur olvidó a sus Quiroga y sus Rosas, calleros irresistibles que lucían la rosa de la muerte en el sombrero, olvidó sus estupros sensacionales y sus farsas feroces.

¹ La Boétie, *Servidumbre Voluntaria*.

terón aparece en los manuales elementales de la Argentina como el portatandarte de las virtudes conyugales y de la justicia distributiva. Sólo después de su partida precipitada se descubrieron el teléfono de oro macizo y los doscientos pares de botas del defensor de los descamisados, así como el harén que se había procurado en la Escuela Normal de Señoritas el viudo inconsolable de Evita.

La gran comedia que desempeña Mussolini jamás se sale de la moralidad más trivial. Practica públicamente el arte de ser abuelo y se ignorarían sus pequeños amores si la muerte no los hubiera sacado a luz.

Salazar vive en casa de su madre y todas las mañanas toma el tranvía para dirigirse a su despacho.

Franco es un general devoto y muy bien peinado. El Bondadoso Lenin no tiene vida privada ni tiempo para cepillar su levita gris.

Trotsky luce los anteojos del empleado minucioso.

Hitler lleva el pelo bien cortado, practica la abstinencia y la continencia y la vista de la sangre le provoca náuseas.

Tito se pasa los domingos cuidando de su jardín y su mujer lo llama para que bata la tortilla.

Stalin sólo posee dos capotes y come en la cocina con su familia cuando no hay recepción en el Kremlin. La invasión lo sorprendió pescando con caña en el lago.

Cabe preguntarse cuál es la causa que determina semejante degradación del tirano que otra era Centauro, Sátiro o Cllope.¹

Pero lo que cambió no es el Tirano sino la Masa. El Tirano será siempre lo que la Masa quiere que sea. Y hoy la masa no está ya formada por truhanes, bribones, pícaros, vagabundos, poruloseros, ladronzuelos, bellacos, palurdos y pillos, sino de pequeños horribles hurafos que sólo sueñan, una vez pasados los espasmos de la Gran Tarde, en el bienestar y en la seguridad, en el Horniguero Definitivo.

75. DE LA DICTADURA Y DEL IMPERIO

La Tiranía puede ser civil o militar.

La Civil es la Dictadura.

La Militar es el Imperio.

Ni dictador ni emperador quiere decir tirano. Dictador quiere decir Ministro Invertido de Plenos Poderes. La República Romana nombraba a veces un Dictador por un breve manda-

¹ Sólo uno consentirá una excepción, y se trata, es cierto, de un aficionado, de un tirano de fantasía cuya tiranía, por lo demás, fué de resaca: Oskar von Dammstadt, que se divirtió en Plume de modo sencillamente estorvo. Pero se equivocaba de siglo: creyó vivir en el siglo XVI.

to, a fin de afrontar alguna crisis. Por ello se denomina dictador al Tirano Civil que se eligió a sí mismo y se impuso a favor de una conspiración y de un tumulto. Parefamente, emperador no significa soberano sino simplemente General, y luego el término se aplica al general vencedor no de la nación enemiga sino de la que le había confiado sus ejércitos.

Semejante jefe es el que está en mejores condiciones que cualquier otro para poner fin al croar democrático. Sus discursos constituyen órdenes y no disertaciones. Tiene por costumbre rematar los asuntos a tambor batiente. Sabe atraerse a las tropas y transformar a sus soldados en partidarios; sólo le resta entonces, convertir a los ciudadanos en soldados y hacer marcar el paso a todo el mundo.

Manda al calabozo o al poste del suplicio a las malas cabezas, a los reacios, a los desertores y a los que discuten, a los traidores y a los críticos, a los incapaces y a los neutros.

Las fanfarrias, los desfiles dan a la nación el sentimiento de su fuerza y que es por sí solo más de la mitad de aquella fuerza, pues el bravo ciudadano no pide más que alistarse del lado del más fuerte y, aun cuando se engañe, fortalece a aquél por quien opta.

Todo ejército construye puentes, aun bajo el fuego del enemigo, despeja el terreno, excava fosos, alza o derriba murallas tanto de día como de noche. He aquí que ahora los viejos barrios de la ciudad se desploman atravesados por las largas avenidas, y las perspectivas monumentales muestran al ojo la magnificencia y solidez del nuevo orden.

Esto cuesta enormemente caro, pero el jefe, siempre generoso con los bienes del prójimo, no se preocupa y trata al oro como si fuera metralla. Los expertos convienen unánimemente en murmurar que la quiebra se producirá mañana por la mañana y, en efecto, ya en los últimos días de la República, cuando no se pensaba más que en hacer economías y en equilibrar el presupuesto, la ruina era inminente. ¡Y he aquí que de pronto todos se preocupan sólo en gastar! Pero los expertos se equivocan —como suele suceder—, pues el gasto es como el tiraje para la chimenea: apenas el gasto tira, las finanzas se ponen a crepitar y a zumbar. Sólo se les presta a los ricos y el que gasta no puede ser sino rico, según presume el tonto, que confía. La confianza crea el crédito, el crédito crea la riqueza y la riqueza da la razón al tonto.

En fin, la guerra es el recurso mayor y el fin supremo del Imperio. El pueblo se halla más que nunca trabajando por aquellas miserias, aquellas presiones y aquellos remolinos que son el motor de las conquistas. Las fuerzas de la revuelta y de la deseperación no hallan otra canalización que el ejército. Solamente

por allí se escapa al aplastamiento para participar en la fuerza y en la expansión.

El jefe no tiene más que elegir el momento propicio y el enemigo adecuado. Tiene en su mano no sólo un ejército que pertenece a una nación sino toda una nación que pertenece a su ejército y lo sirve.

¿Y quien gana las batallas? Los soldados, sí, pero sobre todo quienes forjan las armas y proveen a todas sus necesidades. En un país en guerra no existe hombre, mujer, niño ni viejo que no guerre.

Los gastos crecen desmesuradamente y los expertos aguardan la hora del desquite, aunque en vano porque los gastos son insumos: el dinero del Estado incrementa la producción, la cual aumenta los recursos, los cuales aumentan los impuestos, los cuales hacen refluir el dinero a las cajas del Estado.

Se suceden los triunfos y las apoteosis, y el buen pueblo que ofrece el espectáculo y paga para ir a aplaudirlo, dice: "¿Qué gloria se asemeja a la de César?"

He aquí que la leyenda de los tiempos heroicos se instala en el presente de la Historia, y que retornan los dioses y los reyes. Y el soldado afortunado en torno del cual todo esto gira y rueda como un torrente, comienza a soñar en una consagración para todos los siglos, en una descendencia sentada por siempre en la púrpura. Entonces los dos extremos, la Realaleza y la Tiranía, acaban por unirse en la persona del Emperador coronado y sagrado.

Pero, ¿qué puede hacer por sus hijos este hombre poderoso que nada debe a sus padres? La Guardia Pretoriana no gusta de los príncipes imberbes, y menos aun de los niños, de las abuelas regentes, de los eunucos y las nodrizas que se interponen entre ellos y su presunto soberano. Eligen otro, un verdadero hombre que los gobierne, invaden el Palacio del que son custodios, hacen sentar en el trono a su hombre, lo aclaman y esperan las distinciones prometidas.

Poco más o menos, en cada generación la tiranía recobra sus derechos, cuyo carácter propio es la usurpación.

Los descendientes de un Dictador o Tirano civil contarán con menos probabilidades de heredar. El Dictador todo lo puede, salvo cambiar la naturaleza de su poder o hacer reconocer a un rey sin espada y sin antepasados.

Aristóteles dice que las tiranías duran poco. Es cierto, pero se renuevan por intermitencias cuando el pueblo pierde resistencia y nobleza. Y cuando se renuevan de modo continuo tenemos el Imperio, llámese Imperio o llámese "Democracia Popular".

76. DE LOS CUATRO RÉGIMENES

El Patriarcado es la unión del Amor y del Temor.
La Realza, del Temor y de la Razón.
La República, el juego de la Razón y de la Codicia.
La Tiranía, la oposición del Temor a un Temor más grande.

77. FUERZA DE LA LEY Y LEY DE LA FUERZA

Llámanse impropriamente Emperador a un Rey que tiene por vasallos a otros Reyes, o también a una federación de Realezas que eligen a su jefe, como fué el Santo Imperio de Occidente que se pretendía heredero del Imperio romano, equivocadamente y en vano puesto que era de una esencia completamente distinta y superior. Los Imperios de este orden han de colocarse en el capítulo de la Realza.

No se puede considerar tirano a un príncipe que usurpe un trono tradicional, pues no por ello instaura la tiranía sino que él mismo se convierte en rey.

La Tiranía no es simplemente la obra de un hombre que usurpa (y, cuando reina, la usurpación no es más que un hecho pasado), sino el establecimiento de un régimen que por sí mismo es usurpación.

El reemplazo de un régimen de la Ley por un régimen de la Fuerza y de la Fortuna.

78. MECÁNICA DE LA TIRANÍA

Cualquiera que haya recibido el poder legal es servidor de la Ley para bien de todos. Aunque a menudo ocurre que abuse de la Ley, y es entonces cuando se instala el Despotismo.

Esto fué lo que acaeció siempre en Asia, pero no porque el oriental sea más cobarde y servil que cualquier otro sino, porque es más religioso y da pleno sentido al Derecho Divino al ver en el Soberano ya a un dios, ya al elegido de Dios. El honor y la fe exigen, pues, que soporte con valor cuanto pueda provenir de él, pues tal es su prueba y, al rechazar toda tentación de revuelta, adquirirá méritos.

Pero no es servidor de la ley el Tirano, aquél que piensa deber su éxito sólo a su fuerza y a su audacia. No se adueñó del Poder más que para servirse del poder y para servirse de la Ley.

La Ley sirve para atar a todo el mundo menos a él. Todos son, pues, prisioneros suyos y los puede conducir adonde él quiere y tratarlos como le guste.

Se sirve de la ley contra todos, y de los hombres lanzando a los unos contra los otros.

Si todos se pusiesen de acuerdo, el Tirano perdería la partida. Por ello toda asociación aparece sospechosa a sus ojos, y toda amistad es una conspiración posible, una complicidad probable.

Al revés del Rey, que encarna la unidad de un pueblo, el Tirano se convierte en instigador sistemático de la división, la disensión, la desconfianza, la delación mutua, el temor perpetuo. Las sentencias sin formación de proceso y sin apelación, dictadas en cualquier momento, así como su ejecución sin demora, son los sustentáculos de su zarpa.

Sus hombres, los que lo exaltaron al poder para compartir los beneficios del poder, lo sirven y lo adulan a fin de obtener bienes y honores. Pero, ¿qué bienes puede tener quien no posee ni siquiera el propio rostro ni el uso de sus miembros? Estas gentes conocen sus momentos amargos, todo el mundo conoce el mal que hacen, pero nadie ve el bien que de él puedan extraer.

Estos desdichados han de soportar los caprichos, las sospechas, los ultrajes de su amo, y han de soportarlos con la cabeza gacha y la boca cerrada. Pero vengarán su honor y consolarán su honor... no contra él, porque nada pueden contra el potentado, sino contra el primero que hallen al alcance de la mano o del pie, contra aquél que nada pueda contra ellos y nada signifique. Éste a su vez se descargará sobre el que le sigue en jerarquía, y la injuria irá deslizándose de uno a otro hasta llegar al último, quien no hallará nada mejor que pegarle a su petro.

En el país del Tirano cada cual se muestra arrogante y brutal con los humildes, así como obsequioso y servicial ante aquél de quien espera o teme algo. Esto es todo lo contrario de la vergüenza natural, lo contrario de la justicia, lo contrario del orgullo de la rebelión.

Pues el vengarse consiste en infligir tanto daño como sea posible a quien nos ha hecho daño; pero si se apunta mal y el daño alcanza a otro, el presunto vengador queda doblemente apesadumbrado.

Y la justicia ordinaria consiste en aplicar la razón a la vergüenza, limitándola a que produzca un mal igual, a fin de detener el mal inspirando el temor. Pero dejar impune al culpable y castigar al inocente constituye una doble felonía.

En cuanto a la rebelión valerosa, a la revolución justiciera, ella es lo contrario de esta ruptura en cadena de arriba abajo. Es un impulso de abajo arriba en el que cada cual ataca a su superior, contando con los inferiores como sobre tropas dispuestas a lanzarse al asalto.

Pero un contrario llama al otro y el puñal o la sogá son el fin natural del tirano.

79. MALES Y REMEDIOS DE TODOS LOS RÉGIMENES

Los mejores espíritus hablaron todo lo mal que se pueda hablar de la tiranía. Añadir algo a ella es imposible, y repetir, vano. Todo poder implica el poder de abusar de él. El más fuerte y mejor —“el mejor de los buenos”—, la Monarquía, es el que se presta mejor a ello.

La República se presta a ello cada vez que domina un partido extremista, o que cae en una pobreza que no vale más que el abuso.

Lo mismo cabe decir del Patriarcado, cuando la avaricia lo corroe o brama en su seno la cólera.

No existe régimen tan bueno que la maldad de los hombres no pueda volver peor que el más malo. No lo existe tan malo cuya bondad no pueda anular todos sus vicios.

Ciertos tiranos fueron la flor de su siglo, como Pericles y Lorenzo el Magnífico. Otros fueron altamente virtuosos: Cola di Rienzo, Savonarola, Cromwell.

80. DE LOS RÉGIMENES Y DE LAS EDADES

Cuando lo interrogaron sobre si había dado a los atenienses las mejores leyes posibles, Solón respondió que les había dado las mejores que pudieran soportar.

Aristóteles observa que tal régimen, mejor en sí, no es necesariamente el mejor para tal pueblo. Pero el carácter del pueblo no es lo único que aquí cuenta, pues casi todos los pueblos conocieron alternativamente los cuatro regímenes. Preciso es saber en qué grado de desarrollo se halla su ciclo social.

Así como hay Cuatro Edades de la Vida, cabe presentar el cuadro de los Cuatro Reinados.

El Patriarcado es la infancia de los pueblos... y acaso el Patriarcado sea el estado antenatal, en la época de las cavernas. La Realera es la juventud de las Naciones. Las luchas feudales: turbaciones de la pubertad; la Monarquía Absoluta: edad viril; la Monarquía Moderada: alrededores de la madurez.

La República es la edad de los negocios, de los cuidados, de las fatigas.

La Tiranía presenta todas las características de la edad senil.

Estas observaciones han de acogerse con reserva. La asimilación de un cuerpo social a un ser vivo es siempre imperfecta. La parte de artificio, de imitación, de pretensión y de falsificación es aquí considerable. Existen obstrucciones y desviaciones. La evolución de tal pueblo queda quebrada por una

invasión, por una expansión o por la influencia preponderante de un vecino. Tal otro pasa de la barbarie a la decadencia sin conocer la madurez. Por cierto, éste es el caso de muchos hombres.

Nadie toma al invierno por la época de los ruiseñores ni de las cerezas. La vejez es la edad de las enfermedades, de la avaricia, de los endurecimientos, de los reblancamientos, de las terquedades, de la chocher y de las manías, así como del horror que infunde la proximidad de la muerte. Pero existen vejezes semejantes a una puerta de sol o a un campo cubierto de nieve en medio de un valle.

Ciertas personas cultivan una manía filosófica, una obstinación de estetas o una pasión política por determinada forma de Gobierno, fuera de la cual, según piensan, no hay salvación posible. Son sinceras y no deja de haber verdad en cuanto dicen, pero sus esfuerzos son estériles, a veces ridículos y otras hasta nefastos porque están fuera de sazón.

81. DE LA ACEPTACIÓN VALEROSA Y CIRCUNSPECTA

Existen regímenes que, lo queramos o no, se instaurarán por que suena su hora y semejante instauración está en la naturaleza de las cosas.

Podemos prevenirnos si conocemos la naturaleza de las cosas y podemos evitar respecto de ellos las ilusiones y las tentaciones, podemos situarlos, aguilatarlos y tomar la necesaria distancia.

Dejaremos que Catón se abra las venas porque no quería sobrevivir a la República, y que Bruto mate a su padre para salvar la libertad que ya estaba muerta, testimonios de ceguera, crímenes vanos que nos guardaremos de llamar virtudes.

No es razonable ni en modo alguno valeroso negarse a aceptar el Régimen que se impondrá, aun cuando deba llamarse tiranía y aun cuando tengamos buenas razones para detestar semejante nombre. No es el régimen, ni aquí ni ningún otro, lo que ha de liberarnos, no es un conjunto de condiciones y de leyes lo que debe ser libre sino que somos nosotros quienes debemos serlo, y así podremos, claramente y en todos los casos, liberarnos de aquellas condiciones y de aquellas leyes, de este régimen y de este mundo (lo cual no quiere decir que uno se mate ni que se asile).

Lo que resulta del todo innoble es intentar presumir lo que será el régimen de mañana —una Oligarquía del Dinero o la Dictadura del Proletariado—, y apostar por el caballo ganador. Lo que es del todo imbecil es convertir en el nuestro el régimen que aun no se ha impuesto, sea un espartaño imaginario, sea un paraíso de propaganda.

82. REVOLUCIÓN DE LA RUEDA Y RETORNO AL PRIMER PUNTO

Si a lo largo de toda la Historia el Tirano se alzó como el ídolo del Gran Número, no es difícil prever que el día en que el Gran Número instaure un régimen de su elección, semejante régimen será el del Tirano.

Y esto ha de ser así, no por accidente ni como medida transitoria, según se intenta explicarnos, sino en virtud de la lógica y del armazón mismo del sistema.

Y hemos aquí de retorno en la Revolución y la Tiranía, que es el punto de partida del presente capítulo. Hemos dado una vuelta de rueda, y una revolución completa en el pensamiento, y por ello ya es tiempo de acabar.

¿Hemos girado inútilmente en redondo?

Sí, si el lector no ha visto más que el desarrollo de puntos de vista ingeniosos y no de cuestiones apremiantes, rugientes, tales como las plantea el Presente.

83. FRENTE A LAS LEYES Y FATALIDADES DE LA HISTORIA

Para servir de apéndice a este capítulo y de introducción al siguiente, intercalaré un discurso de circunstancias sobre el cual ya han pasado quince años sin que haya cesado de ser de circunstancias. En el otoño de 1944 reuní a los míos en el taller de hilanderas de la Viña San Pablo y les hablé de los acontecimientos que nos habían separado desde la primavera: el Desembarco de los Aliados, la Liberación de París, la guerra que continuaba, pero que continuaba terminando pues estaba ganada por adelantado. Gritos de fiesta y de victoria poblaban las calles embanderadas.

“Se ha vuelto una página de la Historia desde nuestra última reunión. Y he aquí que hemos llegado a un Recodo de la Historia, a uno de esos puntos donde el caminante ve claramente delante de sí. Ahora vemos claro: vemos claramente que todo ha permanecido tan turbio como lo estaba ayer.

El país está liberado. ¡Si habremos esperado esta liberación durante estos cuatro años de vergüenza y de asfixia! En todas partes se han borrado las huellas de la arrogancia del invasor.

La execrable dictadura militar y policial del Régimen Nacional Socialista se derrumba en el mundo. El régimen que lo reemplazará será, por el contrario, nacional: será también, ciertamente, socialista; será necesariamente militar; será forzosamente policial.

Si los regímenes liberales quieren resistir por la fuerza a los regímenes de fuerza, preciso es que a su vez refuercen y reduzcan la libertad, que es su razón de ser. Ocurrir que la palabra liberal no es en última instancia más que una palabra. Ocurrir, en efecto, que a fuerza de combatirse, los regímenes contrarios acaban por oponerse como el bonete blanco y el blanco bonete.

A causa de la intervención del Estado en las empresas privadas, de la centralización, mecanización y movilización de todas las fuerzas y recursos del país, a causa de esto, que es el sello propio del Sistema Comunista, los fascistas se opusieron a los soviéticos.

A causa de la exaltación patriótica, que es el sello del Fascismo y que empujó a los alemanes a invadir injustamente a Rusia, a causa de esta misma exaltación despertada en los rusos y que se coge del todo a los principios de la Tercera Internacional, las tropas soviéticas hallaron el impulso necesario para arrojar a los alemanes de su patria y para invadir los territorios vecinos.

La Gestapo tomó de la G. P. U. los métodos de delación y de tortura, y de la Gestapo nuestras policías aprenden los suyos.

En cuanto a aquella técnica científica de la mentira que se denomina Propaganda; ello es que la practican a más y mejor todos los partidos, sin que podamos decir cuál de ellos es el merecedor de la palma.

Las mismas personas que en 1914 y en 1939 gritaban de indignación al saber que se había bombardeado una ciudad abierta y dado muerte a poblaciones desarmadas, se enteran hoy todas las mañanas del arrasamiento de ciudades de Alemania por obra de toneladas de bombas, de la muerte de millares de inocentes por asfixia, o quemados en los incendios, o aplastados al desplazarse hospitalares y catedrales, y se regocijan ingenuamente.

Lo que quiero decir es que las más inhumanas costumbres, los más detestables hábitos mentales pasan automáticamente de un régimen a otro, que la contaminación tiene lugar en el combate y que basta que uno de ellos prevalezca sobre el otro para dejar de ser preferible al anterior.

Quienes piensan que el desencadenamiento de la violencia tiene algo de bueno porque pone término, al fin, a la querrela y el aire queda así purificado, se engañan lamentablemente. Y ante todo los engaña la palabra desencadenamiento. De lo que se trata es de un encadenamiento, pues la injusticia atrae la venganza, la victoria de uno reclama el desquite del otro, y la violencia engendra la violencia y un valvén que enardece cada vez más los ánimos.

Desde hace un siglo y medio las revoluciones se encadenan con las guerras y el estrago no ha cesado de crecer. Ello es que en este mundo profundamente justo los efectos siguen impeca-

bienmente a las causas. Mientras los hombres no encuentren mejor medio de afirmarse que desbordándose hasta que el desbordamiento del prójimo los contenga y sumerja, es menester que las mareas de la sangre conserven la regularidad de una ley natural. Quienes piensan que la acumulación de los asonados y de las ruinas es el único medio de establecer la justicia y la paz se forman una idea falsa de la justicia del Todopoderoso y la realidad se encarga siempre de desmentirlos.

Se ha notado que en las revoluciones y las guerras el resultado decepciona a quienes las concluyeron y acometeron? Pero aun no se ha advertido —porque es natural que los hombres no respondan a los sueños— que las ideas más hermosas se deforman un poco al realizarse, puesto que nada de lo humano es perfecto. Pero nada notará quien no vea la sobrenatural ironía de la historia, en cuya virtud el remate de las revoluciones y de las guerras resulta exactamente lo contrario de los fines que los jefes propusieron a los pueblos a fin de empujarlos a ellas.

La Revolución Francesa debía borrar los privilegios del Antiguo Régimen, establecer para todos los hombres la Libertad, la Igualdad, la Fraternidad. Apenas diez años después, había restablecido todas las desigualdades y todas las compusiones del Antiguo Régimen, considerablemente agravadas, y el país se hallaba comprometido en una serie de guerras que devastaban a Europa y dejaban a Francia vencida y extenuada. La segunda y la tercera República reemplazaron el fausto de los nobles por el lujo de los ricos e inauguraron dos maneras nuevas de explotar y oprimir a las gentes: la mecanización y la colonización.

Los Imperios de Alemania y Austria se precipitaron en la guerra de 1914 porque se sentían en condiciones de sorprender en medio de su desorden a los países vecinos y de alargar la mano sobre ellos. La guerra los convirtió en dos pequeñas repúblicas hambrientas y en quiebra. El Imperio de Rusia entró en esa guerra porque no veía otro medio de contener la revolución que lo amenazaba, y ello es que, por efecto de la guerra, la revolución cayó sobre él y lo abatió. Los franceses, los ingleses, los norteamericanos intervinieron para defender las libertades democráticas y para abrir mercados para sus productos. Su victoria permitió o provocó el advenimiento del Comunismo, del Fascismo, del Nacional Socialismo, regímenes dictatoriales y autócratas.

Los móviles de la Revolución Bolchevique consistían en la justa retribución del trabajo y la distribución igual de la tierra, en la reconciliación de los pueblos y la abolición de los ejércitos y hasta del Estado. Lo que de ella resultó fué la más abrumadora dictadura autocrática, económica y militar que el pueblo haya nunca padecido.

La Italia fascista desafió a todo el mundo cuando se apoderó

de Addis Ababa; conquistó también Albania y se apoderó sin gloria de Mentón. De conquista en conquista, acabó por perder Roma.

Hitler tomó Dantzig. Por ello perderá Berlín.

Esta guerra comenzó casi en los mismos términos que la anterior y acabará del mismo modo.

Si los ingleses y los norteamericanos se obstinan en aniquilar a Alemania, se hallarán cara a cara con los rusos, potencia más temible, aun más exclusiva y cerrada, aun más hostil a la hegemonía de aquéllos. Si dejan que Alemania vuelva a levantarse, recomenzará una tercera guerra en los mismos términos que ésta.

Este encadenamiento de absurdidades posee una lógica perfecta.

¿Es acaso posible que una sucesión de violencias y de azares pueda imponer la justicia?

¿Es acaso posible que la Paz pueda instalarse en este mundo donde nadie la quiere?

Pues en la guerra no se quiere la paz sino la victoria, cosa que es muy distinta. Y en la Paz lo que se procura conservar no es la Paz sino el reposo, el beneficio y la comodidad, es decir todo lo contrario de la Paz.

Decidme: ¿qué hacen por la justicia y por la paz los buenos y pacíficos ciudadanos?

Los buenos y pacíficos ciudadanos obedecen las leyes de sus países. Y en los países donde la ley es fuerte y respetada, se vive al abrigo del banditaje y de la guerra civil. Cabe entonces decir que allí se asegura un modo de justicia y de paz.

Pero hemos hecho bien al decir "un modo", pues se trata de una apacencia y hasta de una máscara.

La paz exterior y la justicia exterior ofrecen un cuadro protector en el cual el fraude, el abuso, la ambición hacen libremente su juego. Los siete pecados capitales sacan la lengua y muestran impunemente el trasero a la ley. Las fortunas se apoyan en la ley para mantener durante generaciones los privilegios y las pretensiones más inaceptables. Formas siempre nuevas de explotación del hombre, de sometimiento de una clase por otra, se fundan abiertamente en las leyes. Los ambiciosos no tienen necesidad de recurrir a la fuerza cuando les basta subirse a la ley, como si ésta fuera un carro de guerra para aplastar a sus enemigos. Tales son los límites interiores de la ley. No costará comprenderlos cuando se haya descubierto que en realidad la Ley no tiene en vista el mantenimiento de la paz y de la justicia sino el mantenimiento de la posesión y de la soberanía, cosa que es completamente distinta.

En cuanto a los límites exteriores de la ley, son más claros aun puesto que los marcan las fronteras del país. Del otro lado de la frontera probablemente reine una ley del todo semejante,

cunque asentada en un poder diferente. Esta similitud permite los viajes y los intercambios. Los viajes y los intercambios permiten comprobar que la paz y la justicia son las mismas para todos los hombres, pero que no corresponden en parte alguna a la ley de los Estados.

La guerra muestra el límite de las leyes del Estado, muestra su naturaleza y su reverso, muestra que ellas no tienen relación alguna con las leyes de la justicia y de la paz.

Pues las leyes del Estado son precisamente las que transforman de pronto a todos los buenos y pacíficos ciudadanos en soldados encarnizados: en virtud de la obediencia debida a la ley, de su sumisión, de su abnegación, de su coraje, de su disciplina, en fin, de su valor, todos los hombres de buena voluntad logran sembrar en un día más muertos, ruinas y estragos ¡que todos los malhechores del mundo durante cien años!

En cuanto un Estado declara la guerra a otro, pone a todos los ciudadanos del otro Estado fuera de la ley. Cada uno de los dos Estados obliga a los suyos a considerar bandidos a los del otro, a perseguirlos y a ejecutarlos como tales. Y así los buenos ciudadanos de los dos bandos quedan investidos de una función de justicieros y obligados, para desempeñarla, a dar razón a la opinión del adversario, que los mira como bandidos.

Sin embargo, las causas de uno y otro no podrían ser igualmente justas, suponiendo que no fueran igualmente injustas. Pero ello es que uno y otro bando se precian no sólo de defender la justicia sino una justicia tal que todas las abominaciones que quera cometer en su defensa quedarán justificadas. Lo que hace posible este furioso error es la obediencia incondicionada a las leyes del Estado, así como la confusión de la ley del Estado con la Ley Moral.

La moral del buen ciudadano tiene escasa relación con el ejercicio de las virtudes y la adquisición de la conciencia. Constituye una adaptación a las razones de la comodidad, de la conveniencia y de la costumbre, cosa muy distinta. Es así una moral de *joble faz* y de *doble filo*, una moral acomodaticia, que se vuelve como un guante, lo cual prueba que no participa de la verdad.

Es preciso que vosotros, que queréis aprender a practicar la no violencia, sepáis, amigos míos, quiénes son los que os enfrentarán. Sabed que no serán los violentos, los malvados, ni los malhechores. Tampoco los indiferentes, los escépticos ni los viejos endurecidos. No, amigos míos, os golpearéis contra los buenos. Ellos son quienes, apoyados en la ley, os denunciarán como traidores y os atacarán como rebeldes, ellos son quienes, armados hasta los dientes, os declararán peligrosos. Si, ellos, los buenos, y crearán proceder bien, crearán defender la patria y el honor, crearán servir a Dios.

Y no sin razón os considerarán grandes perturbadores y enemigos públicos, pues tenéis entre las manos un arma capaz de mantener en jaque todas sus armas, una potencia capaz de echar por tierra todo cuanto asegura su seguridad en la paz y su victoria en la guerra.

Lo que os digo parece una jactancia inaudita cuando se consideran los formidables imperios que hoy se enfrentan, las pasiones desbordantes de los pueblos y las masas, el incalculable trabajo de las máquinas, los millones de hombres alistados y prestos a combatir, así como los cañones y las bombas, las irremediables fatalidades de la historia... ¡y nosotros, pobres y pequeños hombres, soñamos con resistir solos a todo eso!

Pensad sin embargo que, por inhumanos, por sobrehumanos, que parezcan y sean tales sistemas, por involuntarios que sean interior y exteriormente, siempre tendrán su punto de partida y su punto sensible en el hombre, en el pobre y pequeño hombre, en nuestro semejante. Pues es él quien los concibió e hizo y hasta que se aparte de ellos un instante para que todo aquel aparato se desmorone, ¡ah, pobre y pequeño hombre, de corazón cambiante y de cerebro confuso!

No os ataquéis en los engranajes de la periferia, no os comprometáis en los combates exteriores, pues de ese modo no procuraréis ninguna solución y os veréis vosotros mismos devorados. Tocad el corazón y la cabeza y, con el mismo golpe, llegaréis a todo el resto.

Suponed que debáis detener un colosal martillo piñón y que se os diga: lo detendréis con vuestras manos.

"¡Tanto peor para mis manos!", diréis y, llevados por un impulso sublime e irreflexivo, tenderéis las manos hacia la máquina que las aplastará.

Así procedieron muchos ante el martillo piñón de la guerra. Piensan que su ejemplo llamará, con el transcurso del tiempo, a millares, a millones de otros hombres, al número necesario de manos para detener la máquina, pero las diez toneladas de acero que caen sobre el yunque triturarán sin conmoverse tantas manos como se le ofrezcan.

Os digo: ni siquiera tenéis necesidad de toda la mano para detener la máquina: un dedo basta. Y os conduciré a una cabina lateral: allí os mostraré un tablero y, en ese tablero, una palanca que podréis accionar con la punta del meñique. Al punto de crear un silencio asombroso y el martillo quedará suspendido como por obra de encantamiento. En ello no hay nada de milagroso, nada de difícil. Bastaba con saber dónde había que poner la mano para cortar la corriente.

Lo que hay que tocar es la conciencia, ¿y cómo hacerlo si no se ha adquirido conciencia?

Quien trabaja para adquirir conciencia se ve transportado al

corazón y a la cabeza y halla las palancas de comando al alcance de la mano.

¡Quien cobra conciencia puede ayudar a los otros a cobrarla y proporcionarles la llave para superar todos los problemas.

Los grandes desórdenes exteriores denominados guerra y revolución no se originan tanto en la mala voluntad ni en los malos instintos como en la buena voluntad mal esclarecida. Se originan en aquello que el hombre invoca para excusarse de todas las faltas: la irresponsabilidad de la inconciencia.

Cuando consideramos el giro de los acontecimientos, no resulta difícil concluir que los hombres que se agitan en semejante círculo cerrado están adormecidos.

¡Despertáos! ¡Y ante todo, despertáos! Los encadenamientos mecánicos e ineluctables de la Historia se alejarán de vosotros como pesadillas."

FATALIDAD O LIBERACIÓN

5

...les prevendrás de mi parte. Si yo dijere al impío: "Morirás sin remedio", y tú no le previnieses ni hablastes al impío, amonestándole que se guarde de su perverso camino para que viva, él, como impío, morirá por su culpa, mas yo he de reclamar su sangre de tu mano.

(EZEQUIEL, III, 17-18)

1. DE LOS BLOQUES

Nunca como ahora nuestro mundo estuvo tan cerca de la unidad y tan alejado de la unión.

De unificación en unificación, al absorber los grandes Estados a los pequeños o al atraerlos a su órbita, hemos llegado al grado más peligroso de división: la división en dos.

No cabe hablar de dos Reinos o de dos Alianzas; el nombre que merecen es el de Dos Bloques.

Y los pueblos que componen los Dos Bloques merecen cada vez más el nombre de masa: cosa informe, pesada y que rueda hacia abajo, aplastándolo todo.

Las Potencias dominantes de uno y otro Bloque no llevan ya el nombre de un país sino que se designan mediante iniciales. Dos monstruos, cada uno de los cuales tiene hundida una zarpa en el vientre del otro.

2. SIMILITUD DE LOS OPUESTOS

Lo que ante todo llama la atención en estos enemigos encarnizados es su semejanza.

La primera de las cuales es su enorme inhumanidad. Y hasta el título de monstruo comienza a no convenirles ya, pues un monstruo constituye una deformidad animal natural, y ello es que semejantes sociedades han perdido hasta su naturaleza animal.

Son dos grandes máquinas dirigidas una contra otra y prontas a aplastar definitivamente a todos los hombres.

3. VIOLENCIA Y MENTIRA

Hagamos notar que uno y otro bloque se establecieron a favor de una revolución sangrienta.

Uno y otro están fundados en la violencia y se mantienen por la violencia y la mentira.

La violencia y la mentira se confunden. Ghandi enseña que la no violencia y la verdad son una y la misma cosa. De ahí que violencia y mentira sean inseparables y que el forzar equivalga a falsear.

La primera de las verdades forzadas o falseadas de uno y

otro régimen consiste en negar aquella violencia sobre la que se fundan y en pretender que son pacíficos.

¡Y acaso sea para ganar la paz que se den tan de buena gana por jefes de Estado a un general!

Que los dos se jacten de detentar la bomba más mortífera. Que los dos puedan preciarse de mantener en pie de guerra a millones de hombres.

La Revolución Francesa (fundamento del primer bloque) fue la que instauró el servicio militar obligatorio, primer paso hacia una guerra total.

¡Pero la Segunda Revolución había de armar también a las mujeres!

¡Uno y otro balan, proclamando la Pazi!

Pero su voz de dragón desmiente sus cuernos de cordero (Apocalipsis, XIII, 11).

4. IRRELIGIÓN Y MECÁNICA

Uno y otro se establecieron renegando furiosamente de la Religión Cristiana, de toda religión, de toda tradición de sabiduría, y ambos se entregaron desde el principio a una brutal y perversa persecución de la Iglesia.

Pero como es más antiguo, el Régimen Liberal halló ajustes con el Cielo y hoy se pretende el "defensor de la Civilización Cristiana" lo cual llega al colmo de la impertinencia.

Pero el Régimen de los Sin-Dios, para no quedarse atrás en la mentira, siguió el ejemplo y el Concordato funciona ya de modo satisfactorio para el Estado.

Empero, el Materialismo es la religión del Estado del Segundo Bloque, al paso que es la creencia dominante en el Primer Bloque.

La fe del Materialismo es "la Ciencia", y su esperanza es la Mecánica.

La solución de todos los problemas humanos por "la Ciencia" y la Mecánica viene a reemplazar a la Salvación. A toda verdad cristiana, "la Ciencia" y la Mecánica oponen una contraverdad.

5. HIPOCRESÍA Y CINISMO

En el Primer Régimen domina la mentira: la mentira idealista, humanitaria y moral, el abuso financiero con aires de mojigatería y la sonrisa comercial, por eso parece más dulce, además de estar algo corregido por los años y el uso.

Pero es necesario poner en su cuenta atrocidades sin número: cazas del hombre en los cuatro continentes, guerras nacionales o coloniales extendidas al mundo entero, ruinas, devastaciones, de-

gradaciones, somnolientos, corrupciones so color de civilización y de progreso.

El otro debe una parte de su éxito a la denuncia de la hipocresía gazonosa de su rival. Presentase, pues, cínicamente utilitario, amoral, irreligioso y violento, lo que lo hace aparecer como exento de mentira cuando lo cierto es que practica una mentira más desvergonzada aun. Su Propaganda elevó la mentira a la altura de una institución de Estado y de una ciencia exacta.

6. DEL PADRE Y DEL HIJO

¿Cómo ha de asombrar que los Dos Bloques se asemejen puesto que surgieron el uno del otro?

¿Cómo ha de asombrar que el hijo se asemeje a su padre, aun cuando uno y otro se odien y se peleen? El odio y la cólera son otro rasgo común.

No hay nada de original en el Segundo Bloque. Nada que no haya sido punto por punto pensado, expresado, ensayado, elaborado en el seno del primero.

La Doctrina Comunista fué inventada e instaurada por burgueses. Traduce, por lo demás, uno de los sueños del pequeño burgués de Occidente: el de la sociedad humana elevada a la perfección del hormiguero.

La Dictadura del Proletariado no es el reinado del Profeta, sino el reinado del Político, del Policia, del Administrador, del Profesor, del Técnico, en suma del Burgués.

7. A DEMOCRATA, DEMOCRATA Y MEDIO

Ambos Regímenes pretenden representar la voluntad del Gran Número.

Pero ante todo sería menester que el Gran Número poseyera una voluntad.

Sería menester además que quienes detentan el poder o aspiran a detentarlo no contaran con ningún otro medio de presión, de seducción o de corrupción, y que no tuvieran interés alguno en llegar al poder.

Pero, entre otros técnicos, hay expertos de la mecánica social.

8. DE LAS TRES GRACIAS DEMOCRÁTICAS

Tanto uno como otro pretendían que han establecido o que procuran establecer la Libertad, la Igualdad, la Fraternidad.

Y he aquí tres mentiras de alto vuelo y de gran envergadura. En cuanto a la Libertad, nos contentaremos con hacer notar

Dos Estados que son los efectos del estado de Pecado casi independiente de los vicios y de las maldades de los hombres. Dos maneras de morder el Fruto del Lucro y del Poder.

14. DE LA RIVALIDAD

La rivalidad los castiga, los quebranta, los corroe, los mina y los envenena.

La rivalidad los forja y los fortifica.

La rivalidad los perfecciona.

Obra su cohesión interna y hace su valor agresivo.

La Rivalidad parece sembrar muchas ruinas, pero es el resorte de los negocios. Acelera y refina la producción, aumenta el trabajo, la habilidad, perfecciona las maquinarias.

La Rivalidad lleva a las Ciencias Exactas a realizar descubrimientos útiles, experiencias audaces; fomenta la crítica, estimula la astucia, ajusta las pruebas y los resultados.

La Rivalidad nada deja pasar. Barre a los débiles, a los que se entrecenen, a los ingenuos. Mantiene a toda su gente despierta, alerta, en estado de alarma.

La Rivalidad incita a cada nación a superarse. A veces determina guerras pero, para las naciones que no sucumben, es la prueba de fuego y el temple. Después de las grandes sangrias, la vida vuelve a fluir con vigor acrecido.

Con toda evidencia, éste es el caso de las naciones del Primer Bloque, de las que sacrifican la igualdad a la libertad y se entregan, con todos sus riesgos, al juego de la competencia. Pero las del Segundo Bloque entienden poner fin a la competencia, sacrificando necesariamente la libertad a la igualdad y el bien de los particulares al del Estado. En lugar de las competencias, existe la coordinación de los esfuerzos para el bienestar general.

¡Unos, trabajadores del mundo entero!

La frase es hermosa y buena. Pero decíme:

¿Unos con...?

¿Unos para...? O bien:

¿Unos contra...? Aquí está toda la diferencia entre el amor y la desamión, entre la paz y la victoria. Todos los ejércitos se reúnen para batirse y todas las bandas para robar. La unión para la "lucha de clases" nada tiene que ver con el amor ni tampoco con la paz. La Rivalidad es aquí de principio y de fundación. Una vez realizada la Revolución, los ambiciosos continúan rivalizando en el cuadro nuevo, en los negocios a través de la política.

Lo que el Estado haya ganado de fuerza a expensas de los particulares, lo desplegará contra las naciones extranjeras.

15. DE LA ELECCIÓN

¿Tenemos libertad de elegir entre esos dos males?

Pero decíme: ¿Y si nos tomáramos la libertad de no optar por ninguno de los dos?

* * *

Conozco una casa hermosa y aun espléndida, con escaleras de mármol, techos dorados, adornada con colgaduras y espejos.

Es una casa de juego.

Los *croupiers* desempeñan sus tareas con corrección.

El Director y los administradores son conocidos por su escrupulosa honradez.

Pero es una casa de juego.

Todas las personas que frecuentan el gran salón se visten con elegancia y se comportan con urbanidad. Jamás hay que deplorar allí escenas inconvenientes, riñas ni groserías. La vigilancia es tal que los tramposos y ladrones jamás se aventuran allí. Aun los que pierden observan la regla tácita que manda que salgan sin fruncir el entrecejo para ir a matarse afuera.

Esta casa es para toda la ciudad una fuente de beneficios considerables.

Pero es una casa de juego.

En esta casa de juego nosotros no queremos perder ni queremos ganar.

No queremos jugar ni trabajar allí.

No queremos dirigir ni barrer.

No queremos embolsarnos las propinas en el ascensor o en el vestuario.

¿Por qué?

Porque es una casa de juego.

* * *

Entrente se alza una casa no menos perfecta. Es una prisión modelo, la más limpia que exista

Sin embargo no queremos permanecer en ella como prisioneros ni como guardianes.

Si somos prisioneros, no reclamamos que se eche agua fría-y-caliente en nuestra celda. No queremos una cama con resortes ni una pitanza mejor.

¿Sabéis qué queremos?

¡Queremos una limai!

* * *

Sí, pero no hay sesgos, huida posible ni elección. Para el "mundo libre" no existe la opción de no elegir. Quien pretenda permanecer neutral se verá apesadado entre el yunque y el martillo.

16. DE LAS CONFLUENCIAS DEL MAL

Suele llamarse guerra a la guerra que estalla y paz a la guerra que se esconde.

Suelen oponerse las aplicaciones pacíficas de la Técnica y de la Ciencia a sus aplicaciones para la guerra.

Existen personas ingenuas y sentimentales que se asombran y hasta se indignan por el hecho de que los admirables descubrimientos del género humano sirvan para el asesinato y la destrucción, al paso que los sabios y los técnicos comen con excelente apetito y no encuentran en ello ninguna contradicción.

Tienen razón: conocen su negocio, saben que en él no hay solución de continuidad.

La misma fábrica produce tractores agrícolas y tanques. La terapéutica de los médicos de alma halla también empleo en los Servicios Psicológicos de los Ejércitos y de las Policías y, mediante rellenos de craneo y lavajes de cerebros, contribuye a las victorias, ocupaciones, recuperaciones, reconciliaciones, reeducaciones políticas de los refractarios.

Nada de esto sería posible si el sabio trabajara por amor de la verdad y no para vender sus inventos.

Semejante grado elevado de educación técnica no se alcanzaría y no podría concebirse si la rivalidad no opusiera a los sabios, a los industriales, a los comerciantes.

La misma rivalidad que suscita, articula y penetra punto por punto las obras de la paz, elevada al plano internacional da la guerra y da las obras de la guerra que absorben y consumen la producción de la paz.

Sería imposible despojar a la Ciencia y a la Técnica de sus virtudes destructoras, pues éstas constituyen su más pura manifestación.

La que está más de acuerdo con su razón de ser...

17. DEL REMATE

Cabe discutir los beneficios y las maravillas de la Ciencia y de la Técnica y dudar de ellos.

Pero lo que de buena fe es preciso reconocer es su obra maestra y su remate.

Pues su obra maestra, su remate supremo es la Bomba.

Ayer aun podíamos engañarnos sobre la significación del edificio, pero hoy ya no cabe tal cosa.

Pues la fachada exhibe ahora esta firma:

DESINTEGRACION DEL ATOMO

¡Eh, buenas gentes! ¿Está claro?

¿Continuaréis no queriendo comprender nada?

Que quien tenga ojos e inteligencia, vea y lea ahora la firma que la delectee en alta voz:

SATÁN

O: Violencia y Mentira.

Padre de la Mentira y Homicida desde el Comienzo.

Por lo demás: Príncipe de este Mundo.

* * *

Y he aquí que después de ese brillo me adorné, pues era tarde, y soñé. Soñé que estaba en el tren. Mi vecino me dijo: "En verdad, somos ingratos para con nuestra época."

"El accotumbamiento nos ha vuelto ciegos y ya no sabemos maravillarnos. Sin embargo, lo que se nos ofrece a los ojos es un milagro."

"No hay prodigio más grande en la Leyenda Dorada ni en la Historia de Merlín el Encantador."

"Considere este tren cien veces, mil veces más veloz que un caballo lanzado a todo galope, y consideremos sentados tranquilamente en estos almohadones. Vea: uno fuma, otro lee un diario entretenido, otro come un sandwich, el de más allá duerme con un pañuelo sobre los ojos, mientras cien mil caballos lanzados a todo galope nos arrastran en su torbellino."

En realidad, los postes telegráficos fastigaban el cielo. El campo desapareció, quemamos una estación, un túnel nos devoró en medio de un estrépito ensordecedor y por fin volvimos a salir bajo el cielo.

Luego la carrera cobró la apariencia de una caída.

Un murmullo comenzaba a alzarse en los pasillos: ¡al parecer los mecánicos se habían vuelto locos! ¡No hacían más que almeniar las calderas pero no podían accionar los frenos!

Me estrangulé un miedo tan intenso que me desperté. Y suspiré aliviado, pues muy poco faltaba para que la catástrofe cayera sobre nosotros y quién sabe si entonces me hubiera despertado alguna vez...

Pero, ¡me halló de veras despierto! No estoy muy seguro, no estoy seguro de empuñar la pluma que traza estas palabras: ¿reaso ahora esté soñando, mientras que yo... mientras que todos estamos en ese tren que avanza, que avanza... y el fin de la vía se acerca...

18. DE LA FATALIDAD

¡Injusto Destino! ¡Ciega Fatalidad! Inútil es decir injusto, ciega, así como es inútil decir que el círculo es redondo, que la sombra es oscura, que la muerte es horrible. Es inútil rebelarse contra los decretos de la suerte, que son ineluctables, es inútil debatirse. Tanto la Leyenda antigua como el Cuento de hadas muestran que cuando uno intenta esquivarlos cae precisamente bajo ellos.

El Fatalismo Oriental es harto conocido y constituye un error religioso o, mejor aun, una locura supersticiosa, una negación de la Providencia, un entumecimiento de la voluntad y de la inteligencia. Apenas el desdichado ve el peligro, dice: "Estaba escrito", y entonces la calamidad sobreviene, en efecto, tanto más fatal cuanto que el hombre nada hace para defenderse de ella, del mismo modo que nada había hecho para prevenirla.

Pero hablemos ahora de lo que nunca se habla: del Fatalismo Occidental.

Como podríamos esperar, es lo contrario del otro: Es un Fatalismo laborioso. Un Fatalismo activo, inventivo y combativo.

Mientras el oriental permanece inerte, con los ojos abiertos sobre el vacío y como pasmado de estupor, el occidental se esfuerza, se ingenia y se desloma, con la atención fija en la tarea.

Y si, tirándolo de la manga, le decís: "Ten cuidado, amigo, no avances sin saber lo que hay delante", os gritará con cólera: "¡Déjame tranquilo! ¡Llevo prisa, trabajo y no tengo tiempo de escuchar tus historias!"

Pero si le demostráis que dos pasos delante de él se abre el abismo, dirá: "¡Ah, sí! Sin duda, pero ya tendré tiempo de echar marcha atrás".

19. PRUEBA EXPERIMENTAL DEL DESTINO

El Fatalismo es un error al que los hechos dan siempre razón. Pues quien cree en la Fatalidad, encuentra, sea porque no hace lo que debe hacer, sea porque hace lo que no debe hacer, su destino, que es correr a la propia perdición.

20. LÓGICA Y MECÁNICA DE LA FATALIDAD

¿Qué queréis? ¡Como quiera que sea, no es posible no inventar la Bomba!

¡Cuando se ha inventado todo, comprendida la máquina de pensar, no cabe impedir que se invente la Bomba!

¡Y cuando se la ha inventado, no es posible no venderla al Gobierno para salvaguardia de la Patria!

¡Y luego no cabe impedir venderse al enemigo para salvar los derechos de la Ciencia, que es universal!

Y ahora no cabe en modo alguno que nos permitamos poseer menos bombas que él.

Por lo demás, cuantas más bombas tengamos, más consolidaremos la paz. Sabiendo que tenemos tantas, el enemigo "reflexionará" (claramente reflexionará, pero ¿en qué? Acaso en la manera de mandarnos la suya antes que nosotros le dispáremos la nuestra, para aniquilarnos de un solo golpe. También puede ocurrir que la explosión preceda a la reflexión... pues eso exige menos tiempo.)

Fundamos en el terror nuestra seguridad de paz. Pero entre los motivos de guerra no hay ninguno más fuerte que el terror.

¡No importa! De todos modos, no podemos volvernos atrás. Y de esta suerte, en un bando y en otro cada cual fabrica con-cien-zu-damemente su propia muerte.

21. DE LOS ORIGENES DE LA TRAGEDIA OCCIDENTAL

Fatalismo Occidental es un acoplamiento de palabras que no debería sorprendernos. Los griegos inventaron la palabra y el objeto —Ananké— y los griegos son los padres y fundadores del mundo occidental.

La Tragedia Griega es la lección del héroe castigado por el Destino.

Lo propio del Héroe consiste en que es portador del Destino que lo condena de antemano.

Lo condena desde el comienzo y antes de toda falta.

Lo condena porque es héroe y no porque sea culpable, lo condena antes por sus virtudes que por su crimen.

Y luego, en virtud de sus virtudes, lo condena a cometer el crimen, a pesar suyo y sin saberlo con claridad, el crimen que justificará su castigo.

Edipo mata a su padre, pero no sabe que se trata de su padre. Desposa a la viuda, su madre, y llega a ser Rey, pero no sabe que se trata de su madre.

La peste azota a la ciudad y entonces se sabe que la cólera de los dioses es debida a un doble sacrilegio. Como rey y hombre justiciero, Edipo busca al criminal, ¡pero él mismo es el criminal y no lo sabe!

El espanto de la catástrofe interviene siempre en los altos hechos del héroe. Debido a que la catástrofe predicha está en

marcha pero se ignora cuando, por qué, y cómo estallará, el héroe, para escapar a ella, se lanza a una gran aventura que proporcionará a la catástrofe su hora, su razón y su forma.

* * *

El occidental no es siempre terriblemente hermoso. Luce una combaita, un bigotito y una lapicera de boquilla. A veces está paliducho y a veces se lo ve molhino. Pero no os equivoquéis: es un héroe.

Es Hércules con sus trabajos y sus monstruos, es Dedalo con sus estatuas automáticas, sus alas pegadas y sus laberintos, es Prometeo con su fuego y sus cadenas.

Se siente capaz de las hazanas que todos los otros pueblos se limitaron a atribuir a sus dioses.

Del milagro ha hecho una cosa cotidiana, doméstica y cotidiana.

Puede decir: ve a ver si estoy en el fondo del corredor... ¡Y allí lo encuentran! Ve a ver a los confines de la tierra... ¡Y allí está!

"Sube al cielo con alas de acero, Construye ciudades que se deslizan sobre las aguas, De una vuelta de llave abroga el espacio."

Como Orfeo descendió a los infiernos, así mañana irá a la Luna, infierno celeste.

¿Qué raza puede oponerle resistencia?

Todas quedaron reducidas por la fuerza o fueron seducidas por sus artificios.

Trata a la naturaleza como a una bestia de carga. La unce al yugo y a veces la ensarta en el espelón.

Este himno triunfal puede parecer intempestivo cuando los pueblos rebeldes lo arrojan de Asia, de África, de todas partes. No pasará este siglo sin que se haya desmoronado el último muro de sus Imperios. Sin embargo, su derrota es sólo aparente, pues sólo cabe batirlo con sus armas, sólo cabe discutir con él con los argumentos que él mismo proporcionó. Cuanto más lo odian, más se aferran a él, cuanto más lo rechazan, más lo imitan, cuanto más se creen desbarataados de él, más lo asumen, más se convierten en él. Lo que no pudo hacer la guerra victoriosa de los Bóxers —occidentalizar el Extremo Oriente— la República Popular China lo realiza de modo cabal. El Japón la había precedido en la contaminación desde antes de su victoria sobre los rusos. Lo que la conquista inglesa no había logrado realizar en las Indias durante un siglo y medio, lo opera el gobierno independiente en algunas décadas. De Indochina a Magreb la penetración occidental,

comenzaba con la ocupación no obstante la resistencia de los pueblos oprimidos, se cumple sin resistencia después del retiro de los ocupantes.

22. DE LA FATALIDAD Y DEL PECADO

Sin embargo, ya llega la hora fatal del héroe; no falta mucho para que suene semejante hora.

Y si no halla a nadie que lo castigue, se arrancará los ojos y se desgarrará él mismo como tantos héroes en quienes el furor justifico es más fuerte que el amor a la vida, ejecutando, tanto en sus crímenes como en sus castigos, su condenación decretada de antemano, impresa en él desde el comienzo: La condenación original.

Relacionando esta "condenación original" con el Pecado Original, un rayo de la revelación se posa en lo que, en la profunda aspercepción de los Inspirados Antiguos, no era sino horror, estúpido, oscuridad: Tragedia.

Pues también el Pecado original es a la vez un crimen, un error y una desgracia y hace pesar sobre la especie humana, sobre toda la especie humana, hace pesar su Fatalidad.

23. DE LA CONDENACIÓN DEL HÉROE

Si el héroe está destinado a una caída en razón de su grandeza, ello obedece a que su grandeza no deja de tener relación con la de la luminosa figura que se halla en el origen de la Caída: Lucifer.

El desastroso esplendor del héroe consiste en que es mitad dios, lo cual hace henchirse desmesuradamente a la naturaleza humana, menoscaba la naturaleza divina y constituye un acoplamiento imposible, que no puede subsistir.

"Seréis semejantes a dioses", reza la promesa. El héroe no es el Portavoz ni el servidor de Dios sino el semidiós que se sirve, se expresa y se honra a sí mismo. Inmola sacrificios a su propia gloria, roba el fuego del Cielo para que los hombres lo glorifiquen.

Es rico en generosidad y genio. Posee en el grado más alto la virtud que es sustancia de todas las otras: el Valor.

Pero sabemos que el Pecado Original no tiene relación alguna con lo que se llama moralidad. Las más grandes virtudes lo dejan subsistir por entero. Entonces, las grandes virtudes lo vierten en la fuerza del pecado.

Virtudes trágicas, violentas y mortíferas y, por lo tanto, fatales.

24. DEFINICIÓN DEL HOMBRE BLANCO

Si debiéramos definir al hombre blanco (aquél de quien hemos comenzado a descifrar el rostro y trazar el retrato) diríamos:

Es el Héroe pagano un poco bautizado.
Lo cual complica su destino y agrava su tragedia.

Recibió el bautismo demasiado rápido, demasiado pronto, antes de haber tenido tiempo para darse cuenta de ello. Por eso vive como si no lo hubiera recibido.

Nada (aparte de algunas fórmulas y algunos ademanes), nada en su conducta, en sus sentimientos, en sus deseos, en sus pensamientos, en la civilización que nace de él permite advertir que es diferente de los no bautizados.

Pero aquel bautismo, poder divino infundido en su esencia, no puede permanecer en él inoperante.

Y en efecto, es preciso que en lo porvenir se salve o se vuelva doblemente culpable.

25. DE LA INVERSIÓN Y DEL RETORNO

Ha llegado el momento de hablar del remedio después de haber hablado tanto del Mal.

Ahora bien, si desde las primeras páginas del Antiguo Testamento la cuestión del destino humano se plantea con el Pecado y si toda la Historia (inclusive la Historia Sagrada) lleva el estigma de él en cada una de sus articulaciones, cabe prever que hallaremos en las primeras páginas del Nuevo Testamento la respuesta, la llave del candado.

Ante todo, ¿cómo comienza el Nuevo Testamento o Buena Nueva?

Con la predicación del Precursor Juan Bautista.

¿Y qué enseña la Voz de Aquel que Clama en el Desierto (en el desierto y no en la ciudad, ni siquiera en la Ciudad Santa, en el Desierto, que es lo contrario de la Ciudad)?

¡Convertíos! —clama aquella voz—. Y ésta es la respuesta a la pregunta formulada desde el comienzo de la Historia.

Tanto en latín como en griego, la palabra significa *inversión*; precisemos que se trata de un movimiento de dentro hacia fuera.

La palabra hebrea añade el sentido de una *vueltita hacia atrás*. Y la Voz Clamante se explica: "Toda montaña será humillada, todo valle será colmado" (Lucas, III, 5).

Y otra voz dice: "Depuso a los poderosos de su sitial y exaltó a los humildes" (Lucas, I, 52).

Uno de los motivos dominantes del mensaje evangélico será: "Los primeros serán los últimos".

Luego se proclamarán las Bienaventuranzas:

Bienaventurados los Pobres.
Bienaventurados los Tiernos.
Bienaventurados los que lloran.
Bienaventurados los hambrientos de justicia.
Bienaventurados los misericordiosos.
Bienaventurados los puros de corazón.
Bienaventurados los Apacibles.
Bienaventurados los perseguidos.

Y sobre todo existe la Bienaventuranza Viva o historia de Jesús, hijo del Todopoderoso y Dios que nace en el heno, entre un buey y un asno, y muere en la cruz entre dos ladrones.

Lo cual quiere decir que tanto interior como exteriormente todo ha de ser invertido.

Y el Bautismo es el baño que lava la mancha original.

"En verdad, en verdad te digo que si un hombre no renace por medio del agua y del espíritu no puede entrar en el reino de Dios..." (San Juan, III, 5).

26. DEL REINO DE LOS CIELOS

Recompensa de los buenos.

Resarcimiento de los oprimidos.

Consuelo de los desdichados.

El Reino anunciado por el Evangelio es el Paraíso donde el hombre entra después de una santa muerte.

Querer instaurarlo en la tierra es locura.

¿Por qué?

Porque es imposible.

¿Por qué imposible?

A causa del Pecado Original.

Pero, ¿acaso el Bautismo no nos libra de él?

Si es imposible, ¿por qué nos enseñaron a decir: "Venja a nos el tu reino así en la tierra como en el cielo"?

No oramos para que el fuego refresque, para que el sol brille de noche y otras cosas imposibles. Si oramos para que venga el Reino, lo hacemos porque creemos que puede y debe venir a nosotros.

Hasta diré que si no viene a nosotros es porque no creemos lo suficiente en él.

Aparentamos desearlo, puesto que oramos, pero no lo queremos, puesto que de lo contrario lo tendríamos con nosotros.

Cierto que Cristo dijo: "Mi Reino no es de este mundo".

"Este mundo" es, en efecto, aquél del que dijo: "Este mundo me odia pues soy testigo de que sus obras son malas".

"Este mundo" es aquél del que el Diablo es Príncipe. Las gentes que rechazan el Reino de Dios son aquellas que lo reemplazan por el Imperio de César, la República tocada con el gorro frigio o el Soviet Supremo.

Pero: "Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos será el reino de los cielos".

Y primero se nos habla en presente, después en futuro y, luego de nuevo en presente¹.

"El Reino de los Cielos está en vuestro corazón."

En su plenitud, sólo puede reinar sobre la vida liberada de las limitaciones del Tiempo, del Espacio y de la Carne, sobre la vida eterna.

Pero la vida eterna no es solamente futuro sino que es la vida de todos los tiempos y la que está fuera del tiempo y, por lo tanto, es también presente.

"Allí donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo."

"Dios está allí donde haya amor y caridad."

Allí donde está Dios, aun en los hombres que viven la vida terrestre, está el Paraíso, florece un jardín, jardín que es visible a los ojos de la carne.

"Ved como se aman", decían los paganos a la vista de las primeras Comunidades cristianas.

Sabemos por los Hechos que ponían en común todos sus bienes y que no tenían más que un corazón.

Si el pagano participa sin saberlo de las "pompas y obras de Satán", si se deja deslumbrar por la ciencia de los fenómenos, por las argucias de los "Razonadores del siglo", si se deja encadenar por la Necesidad, la culpa de ello la tiene Adán.

Pero si los cristianos se hallan en el mismo caso, la culpa es de ellos mismos.

27. DEL INFERNO TERRESTRE

Si el mundo en que dominan por mayoría no es el reinado de la Paz.

Si no veo florecer en torno de ellos un jardín, entonces con-
cibo dudas sobre su fe!

Pero si —¡qué veo!—, ¡si el infierno terrestre está en torno de ellos!

Pero ¡qué veo!, ¡si ellos mismos lo crean!

¹ En presente en la primera y la octava Bienaventuranzas, y en futuro en las restantes.

28. DE LOS RENEGADOS

¡Ah! ¡Pluguiera a Dios que fuesen paganos! ¡Sería preferible para ellos y para todos!

Vi a paganos respetar al insecto y a la serpiente pues sentían en ellos, como en otras cosas, la presencia de Dios.

He visto a paganos inclinarse ante un árbol donde, con toda evidencia, había un alma.

Vi a paganos cuidarse de tender los pies hacia la llama, temerosos de ofender al Fuego.

Vi a paganos honrar a su huésped con la única taza de arroz que había en la casa porque el propio Dios los visitaba vestido, según su costumbre, de pobre....

¡Ah! ¡Pluguiera a Dios que fuesen paganos aquellos otros para quienes nada es lo suficiente impuro y hediondo para impedirles meter las narices, nada suficientemente sagrado para mantenerlos apartados, aquellos Tócalotodo que todo lo registran, todo lo revuelven, todo lo degradan, aquellos que todo lo explotan, tanto las cosas como a los hombres, que huernean impudicamente en el cielo y en el microbio, que todo lo quiebran!

¿Qué nombre les daré? ¿Cristianos? ¡No!

¿Paganos? ¡Ay, no!

¡Renegados!

29. DE LA OBRA DE DESINTEGRACIÓN

A fuerza de revolverlo todo llevados por una curiosidad impia, por espíritu de lucro, por espíritu de juego, por espíritu de dominación, acabaron por ensañarse con la más ínfima parcela del Ser, aquello que por definición es indivisible¹ en el último eslabón de la cadena —el átomo— ¡llegaron a quebrar también esto!

Y ahora la materia, la Materia que adoran, es como una media cuya malla se deshace.

El Señor sonrió y dice: "Veré cuál será su fin".

"Excavaron una fosa para caer en ella."

30. DE LA RECOMPENSA

¡Guardad vuestro tesoro y contempladlo!

Vosotros la habéis inventado,

vosotros la habéis fabricado,

vosotros la habéis merecido,

¡es vuestra bomba!

¹ Sentido etimológico de átomo.

"¡Vuestro corazón está allí donde está vuestro tesoro!"
Tenéis fe en ella. ¡Que ahora ella os consuele, os conforte y os guarde!

¡Os habéis arrastrado ante el Bellegor de la Ciencia-sin-Sabiduría, ante el Belmoth de la Justicia-sin-Amor, y habéis obtenido de ellos la recompensa!

* * *

Así, pues, a vosotros, muy galantes defensores de la Patria, caballeros sin miedo y sin tacha que tenéis en vuestras manos el medio de exterminar en masa a los pueblos enemigos sin ni siquiera verlos y sin que ellos os hayan visto, os debemos un reconocimiento sin límites por defendernos como lo hacéis.

Por lo menos, os debemos nuestra confianza, ¿no es cierto? ¡Merced a vosotros, nos sentimos al abrigo de todo peligro de-
trás de esta montaña de artefactos que habéis acumulado tan prudentemente por afecto a nosotros!

Uno de vosotros¹, es cierto, nos declaró que contra un ataque de esa especie nuestro territorio no tiene defensa, pero nos garantizó y prometió que, una vez que hayamos muerto, una respueta automática devolverá al enemigo medida por medida. Epopeya que supera nuestra imaginación y ante la cual el más grande poeta permanece mudo:

*All'alta fantasia qui mancò possa.*²

¡Pero no, consideremos el asunto!, dicen los Competentes-de-la-Economía adoptando un aire superlativamente razonable, sólo poseemos todas esas bombas para no tener que servirnos de ellas.
El terror debe bastar.

¿Y con esto nos tranquilizaréis?
Si nosotros nos tranquilizamos, el enemigo también debe tranquilizarse.

Pero estaríamos más tranquilos si no poseyésemos la bomba. ¡Todos vuestros esfuerzos, todos vuestros gastos apuntarían deliberadamente a la inutilidad, oh Competentes-de-la-Economía!"

Esta historia de locos quizá contenga cierta verdad: acaso no sea necesario emplear la bomba.

Todo podría ser destruido sin guerra.

Los ensayos en los desiertos, en los polos, en las islas quizá bastan para volver la tierra inhabitable para las generaciones sucesivas. Oscurecer el sol, tornar pestilentes el aire, la lluvia, las aguas, los vegetales. Los desechos mal lavados y mal ente-

¹ El ministro de "Defensa" brillante, en un reciente discurso. Añade que

"gracias a la población por tomar la cosa con tan buen espíritu".

² "A la alta fantasía aquí falta poder", exclama Dante frente al indocible Esplendor Divino (Paraiso, XXX, 145).

rrados de las fábricas contribuyen con su grano de arena a semejante fin. Trátase de una guerra que no se libra contra el enemigo sino contra los propios hijos.

Las fabricaciones pacíficas son, desde luego, casi tan perjudiciales como las otras. Basta con continuar construyendo pacíficos transatlánticos y buques petroleros y que se pierdan siete (tal es el promedio de los naufragios anuales) para que todos los mares del mundo queden contaminados.

En realidad, no se trata de saber cuál es el uso bueno y cual el malo de la Máquina y de la Desintegración; es muy fácil saberlo siempre que se posean sobre lo "bueno" y sobre lo "malo" conceptos suficientemente claros, suficientemente distintos y suficientemente concisos. Lo que se trata de saber es que la Máquina y la Desintegración son el efecto de un mal uso de la inteligencia, una inversión espiritual, un pecado contra el espíritu¹ sin perdón y merecedor de la muerte.

31. MORIR TRES VECES

Morir en la guerra atómica es morir tres veces: ante todo es morir por nada puesto que aquello por lo que se da la vida muere al mismo tiempo; es morir para los descendientes; es morir junto con toda la naturaleza; en fin, es la muerte del alma junto con la del cuerpo, puesto que el hombre viene a ser víctima del crimen perpetrado contra sí mismo.

32. BLANCUERA DUDOSA

¡Oh, Hombre Blanco,

¡Pluguiera al cielo que fueses pagano!

Pues el Héroe, ya se llame Aquiles o Artús, Perseo o Lance-lote del Lago, Ulises o Parsifal, por cargado que pueda estar de homicidios, de locuras o de amores culpables, no obstante queda del todo libre de tres cosas: de cobardía, de mentira, de avaricia.

Es capaz de todo para demostrar que nada teme.

Y como todos los hombres intrépidos, es franco y arrogante antes que hipócrita, derrochador antes que mezquino. ¡Esto labra su mal y su desdicha, pero forja también su belleza en la desdicha y en el mal!

En cambio tú, eres cobarde, falso, calculador. ¡Lo que te indujo a buscar el Arma Absoluta es la ponzonosa perfidia propia del haragán! ¡Una proeza bacteriológica pondría en tu yelmo una pluma más!

¹ "Dios dió al hombre inteligencia para que pueda conocer a su Creador.

"El hombre usó mal de esta inteligencia y olvidó a su Creador" (Chandi, La Creación de Eiloi).

¡Cobardía, mentira, avaricia: cómprate como un cobarde con tu estrategia, tu política, tu técnica, mente escudado en ellas, sé fundamentalmente mezquino! ¡Héroe sinuoso, Paladín económico, Cristiano frustrado!
¡Esto, oh Hombre Gris, es lo que hace tu específica fealdad!

33. DE LA JUSTICIA DE DIOS

Nosotros no creemos en la Ciega Fatalidad.
Creemos en la Justicia de Dios y en la fatalidad derivada de la ceguera culpable.

¿En qué se conoce la Justicia de Dios? En esto: que cada cual se la aplica con pasión y la ajusta a su caso.

Cada cual recoge lo que ha sembrado y, gracias a Dios, centuplicado.

Al sembrador corresponde conocer la semilla, pues la simiente no se engaña nunca y brota según su especie.

Cada cual es medido con la medida de que se sirve.

Quien se apega a su cuerpo irá donde van los cuerpos: bajo tierra.

Quien ama su alcancía encierra su amor en el sótano y en la caja.

Quien empuña la espada perece por la espada.

Quien encadena a esclavos queda encadenado al cabo de la cadena.

Quien adora un ídolo acaba por asemejársele.

Quien busca la liberación en las máquinas queda aprisionado en su engranaje.

Quien desintegra el átomo acaba desintegrado.

34. DE LA SEMEJANZA CON LA HIGUERA

¡Creemos en Su Justicia y también en Su Misericordia! ¡Acaso todavía no sea el fin! ¡Acaso se encuentren diez justos en Sodoma! ¡Acaso la apostasía no sea total!

Y aun cuando "las virtudes de los cielos quedan quebrantadas" por culpa del hombre, aun cuando los signos del fin resplandezcan en el horizonte, este fin quizá sea un retomo puesto que está escrito:

"Cuando veáis estos signos, alzad la cabeza porque vuestra liberación está cercana."

Considerad la semejanza con la higuera. Cuando sus ramas se ponen tensas y apuntan los botones, ello indica que comienza la hermosa estación...

Nosotros creemos haber visto ese brote verde y fuerte y no podemos permanecer con la cabeza gacha.

Nuestra esperanza procede de la relación providencial entre los dos descubrimientos más grandes de nuestro siglo.

"Dios dice: Mira, pongo ante ti tu vida y tu muerte."

Los dos descubrimientos más grande del siglo son: la No Violencia y la Bomba Atómica.

35. DE LAS DOS POTENCIAS CÓSMICAS

No en vano surgen simultáneamente en las antipodas del espacio y del espíritu.

Son términos de la Dialéctica de la Historia que no previeron Hegel ni Marx.

Son fuerzas cósmicas operantes desde el comienzo.

La violación del átomo desde la caída de los ángeles malos y la de nuestros primeros padres, según hemos mostrado.

La no violencia desde antes de la tierra y el cielo, cuando la sabiduría "estaba ante Dios, en el comienzo de sus caminos".

36. DESCUBRIMIENTO DE LA NO VIOLENCIA

Cuando hablamos de la no violencia como de un descubrimiento de este siglo, conviene precisar que no se trata de la revelación de un nuevo valor espiritual o concepción religiosa sino de la irrupción en la historia de los pueblos de un poder revolucionario y renovador.

"He visto —dice Romain Rolland en el prefacio a *La Joven India* de Gandhi— cómo se levantaba esta ola desde el fondo de Oriente, ola que no caerá antes que haya recubierto el mundo entero."

Este es el descubrimiento que el mismo siglo comienza a hacer, forzado a buscar una salida al estancamiento en que se halla.

37. CIENCIA MODERNA Y NO VIOLENCIA

"Yo no soy un gran sabio sino un pequeño sabio —dijo Einstein—. Me temo que mi saber y mis descubrimientos poco puedan contribuir al bien de los hombres. En nuestro siglo no hay más que un gran sabio: Gandhi!"

Esto muestra que entre los "dos Grandes Descubrimientos" se impone la confrontación aun a aquellos que no perciben la autonomía.

Es sugestivo relacionar la frase de Einstein sobre Gandhi con la frase de Gandhi sobre la no violencia:

"Los antiguos rishis que la descubrieron fueron sabios más grandes que Faraday y Papin..."

Titula la historia de su vida "Experiencias con la verdad", como si considerara la no violencia objeto de una ciencia experimental.

"Pero, ¿qué es este descubrimiento y qué tiene de nuevo esta novedad? —me pregunta con cierta irritación un amigo, católico sincero, activo y bondadoso—. ¿Qué puede enseñarnos ese hindú a nosotros, que tenemos el Evangelio?"

¿Y qué leemos en el Evangelio sobre la no violencia?"

"Si te pegan en la mejilla derecha, presenta la izquierda."

—Lo ha dicho usted muy bien. Pero ahora, una pregunta: ¿lo hizo usted?"

Sorprendido, vaciló y luego dijo:

—¡Eh!... No, confieso que nunca.

—Sin embargo, usted es cristiano y vivió siempre entre cristianos. ¿Vió alguna vez hacer algo semejante?"

—No, nunca.

—¿Por qué?"

Como no respondía, yo respondí por él:

—Pues porque es imposible... Sería ridículo... sería hasta... ¿cómo decirlo?... deshonroso.

Asintió.

Exclamé: "¡Ah, cristiano! ¡Y ésta es vuestra fe, que trasladada montañés! De modo que Cristo vino a enseñarnos cosas imposibles, ridiculas y hasta deshonrosas!"

Pero al leer las mismas palabras en el mismo libro, un hindú concluyó: "¡Pues bien, hagámoslo!"

¡He aquí lo nuevo de la novedad!

Dijo: "¡Intentemos hacerlo!" Y arriesgó en ello su vida y la de su pueblo.

Y he aquí el descubrimiento:

Fué un éxito estruendoso a los ojos del mundo estupefacto. Pero por una de esas justicias terribles del Destino, aquel hindú halló ante él, como perseguidores y como enemigos... ¿a quiénes?... ¡A los cristianos!

¡Pero aquel hindú había aprendido que hemos de "amar a nuestros enemigos!"

Y el mayor bien que pudo desearles, y que hizo a muchos, consistió en convertirlos.

No les hizo trocar la religión de ellos por la suya propia. No: los hizo convertirse a la religión de ellos.

Al mostrarles que, para ser cristianos, no basta con exclamar: "¡Señor, Señor!" y con haber sido bautizado sino que es preciso convertirse, es decir invertirse. E invertir de punta a cabo todos los modos (de pensar, de sentir y de hacer) de lo que Cristo denomina "este mundo".

¹ Por lo demás, esto enseñan Cristo y la Iglesia.

39. DE LA ANTIGÜEDAD DE LA NO VIOLENCIA

"La no violencia es tan vieja como las montañas", dice Gandhi.

Sí, fué enseñada en el Evangelio con una claridad y una fuerza que nada dejan que desear, y fué allí donde Gandhi la aprendió.

Cinco siglos antes fué predicada por Buda, quien añade:

"Tal es la ley antigua."

Está inscripta en los libros del Tao chino.

Los rishis védicos la conocen.

Aparece en la Biblia, ya en el libro del Génesis, en la historia de José y sus hermanos.

Gandhi no aporta pues ninguna revelación nueva. La no violencia es conocida y enseñada desde siempre, si bien con cierta reserva, debida sin duda al hecho de que exige un alto grado de santidad: cuando Jesús exige de los suyos que, a diferencia de los paganos, amen y bendigan a quienes los odian y persiguen, concluye: "Sed pues perfectos del mismo modo que es perfecto el Padre Celeste" (Mateo, V, 48).

Lo nuevo y de una osadía inaudita consiste en la aplicación de semejante principio de perfección interior a todos los planos de la vida y a la vida de todos: a la conducta de un Pueblo, a la conquista de la Libertad, al Ejercicio del Poder, al Mantenimiento de la Justicia, a la Diplomacia, a la Política, a la Economía, a la Educación, a la Medicina, al Régimen alimenticio, a la Vida Familiar y Cotidiana.

40. DEL HÉROE PURO

¿Fué Gandhi un santo, fué un sabio? Éstas son preguntas que se formulan a menudo. Y de cualquier modo que respondamos a ellas, es ya singular el hecho de que nos las formulemos, pues Gandhi se presenta como un conductor de hombres y como un provocador de disturbios con el mismo título que Garibaldi y Bolívar, y sobre esta índole de personas no solemos abrigar esta índole de dudas.

Gandhi se negó siempre a ser mirado como un santo, con gran energía e increíble éxito en un país donde el menor faquir de un cruce de caminos halla adoradores.

El mismo afirma que nunca fué directamente visitado ni inspirado. Jamás se oyó decir que haya curado al leproso ni marchado sobre las aguas. Su piedad era viva y sincera, sus opiniones sobre la religión sanas y simples... y hasta diría simplísimas. No es un sacerdote ni un maestro sino un fiel y un

devoto. Todo en él es razonable y natural, plena y altamente humano, aunque sólo humano.

¿Es un sabio?

Justo y juicioso, sí, ponderado y moderado, desprendido, sereno y bondadoso, todo esto y más aún. Pero, ¿qué es este sabio de Oriente que se mezcla en la política y asume los cuidados, las decepciones, las impurezas inevitables, en lugar de permanecer a solas consigo mismo?

Para situar correctamente a Gandhi, me parece que es preciso reconocer en él al Héroe Puro.

* * *

Hemos hablado del Héroe Pagano, que es un héroe impuro, del héroe guerrero y del héroe trágico, que son figuras tardías y degradadas del Héroe Puro.

Para hallar al Héroe en su pureza, hemos de remontarnos a los tiempos primordiales del Sacrificio Humano.

"Tiempos bárbaros" que no podemos recordar sin horror, si bien olvidamos advertir que nada ha cambiado de este espanto, como no sea para peor. Pues continuaban las carnicerías y los suplicios que nosotros continuamos llamando *carnicerías* y *suplicios* en memoria del sentido sagrado que ya no poseen. La única diferencia estriba en que ya no los ofrecemos a Dios.

Sin duda, las razones que mueven al Civilizado a entregarse a semejantes prácticas son demasiado complicadas para que podamos discernirlas, pero la razón que movía al Primitivo es simple y clara:

Si Dios es el Principio y el Primero y si le debemos todo bien, lo menos que podemos ofrecerle es lo primero y lo mejor en todo: las primicias.

Y nuestras propias primicias, las de nuestra casa, es el Primogénito, y las primicias del Reino es el Hijo del Rey.

El más hermoso, el más noble, el Príncipe educado en medio de honores y entre toda suerte de delicados tratamientos, es consagrado al ara y al cuchillo: tal es el Héroe Puro.

El Sacrificio constituye la cima y la coronación de su vida, y a él se entrega gozoso entre las Flores, los himnos y los incienso, representante de todo hombre ante Dios, semidiós entre los hombres.

* * *

La costumbre fué universal. En este país fueron precisos los severos decretos del Emperador Claudio para poner fin a ella. Entre los aborígenes de América perduró hasta la era moderna. Cuando Dios pide a Abraham su primogénito, el hijo de la Pro-mesa, Abraham comprende al punto de qué se trata: de una cosa corriente en la comarca. El relato bíblico señala el fin de

una institución. La elección que de él se desprende es que basta con la intención, que la ejecución está de más pero que, sin embargo, la intención es exigida.

Me atrevo a decir que, en este sentido, el Sacrificio Humano es el único válido y que los otros son de sustitución. La tradición Bíblica lo dice: "La nuca del cordero está puesta en lugar de la nuca del hombre; el corazón del cordero en lugar del corazón del hombre."

El Sacrificio Humano está en vigor hasta ese día. Y la Santa Misa es uno de ellos puesto que, en la plenitud de los tiempos, el Hijo del Hombre vino a poner el corazón del hombre en lugar del corazón del cordero, revelando así una cosa "oculta desde el comienzo".

* * *

A veces la víctima de sustitución sigue siendo un ser humano: el prisionero de guerra (preferentemente noble y bello) en lugar del hijo del país; de ahí las palabras *victima* y *hostia*!

Cuando la víctima, o héroe a pesar suyo, toma el lugar del Héroe en el ara, se denomina impropriadamente *héroe* al valiente que se ofrece al sacrificio voluntario por el bien de todos.

Tal es el héroe guerrero, como testimonian los monumentos a los muertos, y no sin razón pues el guerrero no es verdaderamente héroe sino cuando está muerto. En vida es un héroe muy impuro, por valeroso que sea. Pues va a la guerra para matar y no para ofrecerse a la muerte, a la que rechaza o elude con todas sus fuerzas. El guerrero es un héroe, pero también un verdugo.

La Tragedia Griega, que hemos escrutado aunque sin som-
dearía a fondo, es un sacrificio humano que degeneró en espectáculo. El Coro desempeña el papel de los oficiantes y el Héroe es el objeto de la oblación. La fatalidad que pesa sobre el Héroe consiste en que su función es morir inocente y honrado. Pero la significación sacramental se perdió y las ordenanzas litúrgicas se trocaron en encendamientos de actos y de pasiones que, cuanto más humanas y verdorosas se tornan por efecto del arte, más hacen parecer oscura, ciega, horrible la catástrofe final. Lo mismo cabe decir de la Tragedia de la Historia cuando se olvidan los temas sagrados de la Caída, de la Conversión, de la Redención, que son los valores que le confieren sentido.

A pesar de los estragos que hace, a pesar de los homicidios que ejecuta por deber de estado o que comete llevado por el arrebató, es decir por la fantasía, el guerrero es honrado por

1 *Victima*, de victimis: venado. *Hostia*, de hostis: enemigo.

los hombres, al paso que el honesto mercader jamás se granjeará la admiración de las multitudes, de los poetas y de las mujeres, por más comodidades que aporte y por más sonrisas que ensaye.

En semejante ingratitud hay una profunda justicia que sobrepasa la razón. Esta justicia se relaciona con el Primer Pecado y con el Fruto que fué su objeto. El mercader no come más que ese fruto¹, mientras que el guerrero acaso lo muerda... pero pronto lo escupe.

La guerra arranca a los hombres de las tareas sórdidas, de los cuidados mezquinos, de los pequeños placeres y de los pequeños cálculos, coloca al alma ante la vida, la muerte y el enigma del destino. ¡Cuántas conciencias se despertaron por semejante choque, conciencias que ninguna otra cosa podría haber conmovido! Esto explica que ninguna religión la haya maldecido totalmente, que siempre haya sido no sólo cantada y justificada sino hasta santificada y bendecida.

Gandhi, que había leído en la prisión el Mahabharata, me dijo un día: "De este admirable poema surgen dos conclusiones: por una parte, la exaltación del héroe y, por otra, la prueba de la completa inutilidad de la guerra." Y en efecto, en ese libro encontramos desde las primeras páginas las condiciones perfectas de la guerra heroica: una guerra que nace de una necesidad, de una ofensa más o menos imaginaria entre parientes, y el resultado de ella es la exterminación absurda de uno y otro partido. Sin embargo, los héroes hallan allí ocasión de expresar aquello para lo cual nacieron, cosa que vale por largos años vividos en el insignificante bienestar.

42. DEL HONOR

Así como la Sabiduría y la Santidad son formas distintas de perfección, que no se identifican en todos los puntos y carecen del mismo sentido y del mismo color, y sea preciso distinguirlas, si bien en la realidad se unen y, por lo demás, sólo alcanzan su plenitud cuando se complementan recíprocamente, del mismo modo es menester distinguir de una y otra el Honor, que es el patrimonio del héroe y su ley propia.

El héroe es un tercer tipo de hombre espiritual, el más simple, simple como el instinto, y el Honor es la moral en estado salvaje.

Despojada de las aberraciones supersticiosas que a menudo se mezclan a ella en la leyenda y en la historia, semejante moral primitiva es muy sana y muy elevada, a condición de que nos remontemos a sus principios, que son: el propio respeto y el

¹ El beneficio.

propio sacrificio, y que la depuremos de sus desviaciones, que son: orgullo o ignorancia-de-sus-limites y violencia o sacrificio-del-próximo.

El primer postulado del sistema, evidente como el de Euclides sobre la Línea Recta, consiste en que toda virtud es una victoria sobre el miedo y en que toda ocasión es buena para demostrar que uno ha obtenido sobre sí esta victoria.

Este desbordamiento de la vida que se llama Valentía, consiste en una extraña gracia; en el poder de la vida de superarse a sí misma, de lanzarse por la borda, es el don del hombre de apagarle antes a su superación que a su conservación.

Semejante testimonio posee un alcance metafísico. Sin entrar en las circunvoluciones de las teorías y poniendo fin a las argucias verbales, el Héroe afirma mediante su vida y su muerte que hay algo que lo sobrepasa y que sólo por y para Eso existe. Si está presto y hasta pronto a morir, ello se debe a que sabe (como la Guiltá lo enseña y, justamente, al héroe) que la Vida no puede morir, que no muere cuando el cuerpo muere sino que abandona una vestidura para tomar otra, más luminosa.

La segunda exigencia e implicación del Honor es el Decoro¹ o Belleza del Honor. Aquí la Belleza se completa en virtud. La Belleza del Héroe no consiste en poseer facciones más o menos regulares o agradables sino que consiste en lo que constituye la verdadera definición de la belleza: esplendor de lo verdadero; la significación exterior de algo interior. El héroe es transparente a lo que significa: su faz, su cuerpo, sus gestos, su vestido, todos sus actos y sobre todo su acto supremo—su muerte—significan y representan algo. Por ello el héroe verdadero y el héroe trágico teatral se explican el uno por el otro. La modestia de la violencia no es el perfume que le sienta, y ello sería para él incurrir en disimulo y pusilanimidad. Todo en él es magnífico y un tanto espectacular. En efecto, preciso es que la víctima del Sacrificio no tenga tacha, sea resplandeciente y esté coronada de flores.

Por lo demás, la suya es una gran obra de énfasis, de hinchazón, de vanidad. Comprende las sobrias palabras de Juana de Arco, de San Luis, con las largas retahílas de Corneille, Víctor Hugo o Rostand, y mide la distancia que separa al héroe verdadero de la imagen barroca, romántica o burguesa del héroe crendo por la fantasía. Nada consiste más al decoro del héroe que la reserva, el pudor y hasta la profunda humildad. Su persona es exaltada y glorificada nada más que para el sacrificio. El héroe se borra en su gloria como el sacerdote bajo la casulla de oro.

¹ De Decus, que significa Honor.

Lo contrario de la vanidad (o vacío) es el valor o plenitud que sobrepasa lo visible. El héroe no puede ni debe sufrir las ofensas ni la infamia, pues la mácula podría contaminar el mensaje de que es depositario. La medida del Héroe es la Dignidad, la cual consiste en el alto deber de ser y de parecer digno de aquello que se representa.

La Dignidad se llama Altivez cuando se expresa mediante ciertas negativas: la negativa de rebajarse, de entrar en promiscuidad, de aferrarse obstinadamente a una situación, de callarse, de retroceder, de fingir, de quejarse, de comprometerse... Pero la más importante de todas las negativas es la de obtener beneficios personales.

En este respecto, el héroe marcha contra la corriente como el hombre convertido, como el Santo, pues el Sacrificio Ofendido es lo contrario del Fruto Morrido, y por ello precisamente la negativa de obtener beneficios personales es un signo de redención.

Los mandamientos del Honor contradicen la moral económica e ignoran la moral racional. El héroe no considera la utilidad colectiva como valor superior, no opone los intereses de muchos al propio interés sino que opone la Gratiitud al Beneficio. Situada en algún punto entre el éxtasis del sacrificio y la excitación del juego, su aventura cobra a menudo un giro desconcertante. Nada significa para él el Imperativo Categórico kantiano; obedece a su señor, hombre vivo a quien admira y ama, o a Dios como un señor vivo a quien se admira y escucha.

"La acción —dice la Guitã— te pertenece y la acción es mejor que la inacción, pero el Fruto de la Acción no te pertenece." El guerrero permanece bajo el fuego del combate tan despegado, calmo y libre como el monje que medita con las piernas en cruz. Existen en India, en Persia, en Tibet, en Japón, escuelas de contemplación impasible en la cima del esfuerzo y del peligro (la lucha, la esgrima, el tiro con arco, la música y la danza son practicadas allí en ese sentido).

La Dignidad o Respeto de sí mismo (contariamente al orgullo) implican el respeto del prójimo, de donde resulta la Justicia, que es la única pasión del héroe. A él se aplica esta Bienaventuranza: "Bienaventurados aquellos que tienen hambre y sed de justicia pues serán saciados." La justicia en modo alguno es para él una aplicación de leyes escritas o de una moral aprendida, pues se le presenta a su instinto con la exigencia y urgencia de una necesidad corporal, de un hambre y una sed. Exento de codicia y, por lo tanto, de perturbaciones, paciente frente a las tribulaciones, al esfuerzo y a las fatigas, moderado en la fortuna y en el infortunio, el héroe todo lo soporta, menos las ofensas a la equidad. Lo posee en-

tonces la gran cólera de Justicia, que es la Indignación, cólera sin pecado, inspiración divina que conviene al cordero apto para el sacrificio en un león combatiente, en un arcángel que empuja la espada...

Este es por lo menos lo que le parece a esta alma recta, sencilla, falta de sutileza. Pero hay algo que no encaja bien en este cuadro.

Algo se ha embrollado y falseado.

¿Qué es ello?
Se equivocó de enemigo. Pero ya volveremos sobre esto.

43. DEL ERROR DEL HÉROE

"Ahora —dijo Mahoma el día siguiente de su victoria—, la Guerra Santa ha terminado, por lo menos la Pequeña Guerra Santa, ¡pues la Grande, la Verdadera es la que cada cual libra dentro de sí mismo sin odio y sin efusión de sangre!"

Frase sublime que lamentamos que el Profeta-Héroe no haya convertido en la cumbre de su predicación, pues es lastima que tanto en su vida como en la de sus adeptos la pequeña Guerra Santa haya tenido más lugar que la Grande, la falsas más lugar que la Verdadera.

El error del Héroe consiste en creer que empeña una lucha contra el mal cuando sólo la libra contra los malvados, y que, al matar a algunos malvados y a otros que quizá no lo sean, suprime el Mal. Otro error consiste en considerar al enemigo un malvado y una encarnación del Mal, cuando esto sólo puede ser a medias cierto, si no casi falso.

44. DE LA CAIDA DEL ÁNGEL

Las disposiciones interiores del Héroe no mudan si la mano del sacrificador queda reemplazada por la mano del verdugo. El suplicio se troca entonces en Ceremonia de Expiación en lugar que de Glorificación y se enlaza con los Ritos primordiales. Lo prueba la Gesta del Héroe Perfecto, que fué la Cruz. Todo mártir participa de los sufrimientos de la Cruz y recoge la herencia legítima de la Tradición heroica.

Pero cuando el Sacrificio se reemplaza por el Combate, todo cambia y hasta se invierte. Aun cuando el combate esté justificado, aun cuando la justicia se mantenga en el combate mediante la observancia de las reglas más estrictas. Combate con armas iguales, en campo cerrado y en terreno llano. Cortesía y respeto para con el enemigo. Negativa —aun cuando se arriesgue la vida— de recurrir a la astucia o aun de aprovecharse de un accidente favorable. Esto demanda un alto dominio de la

cólera y del miedo, elimina el odio y la bajeza y hace del combate la más noble de las artes y el más bello de los juegos.

De todos modos, queda abierto un abismo entre una cerro-nia religiosa y un juego—aun cuando éste sea el más hermoso—, entre la ofrenda y el golpe inflexible.

Todo el aparato de la cortesía caballeresca es falso: ficción del juego, juego de fuerza y de destreza, pero juego con la vida y la muerte, juego prohibido. Cierto que se aborran a la vanidad del adversario las bajas injurias, pero no hay que pasar por alto que el desgarrarle las tripas con un hierro y escupirle la carga de un mosquito a la cara son, desde luego, faltas de respeto bastante lamentables y, por lo demás, sumamente groseras.

Las justificaciones religiosas de la guerra conservan un fuerte sabor pagano o bárbaro.

Las matanzas de Josué, las devastaciones de Mahoma, la batalla de la Guita, constituyen sobre todo enseñanzas en virtud de la imagen que presentan. La epopeya siempre exalta, siempre es magnífica, pero la guerra es "un hecho lastimoso".

Como juego figurativo, la guerra es la imagen del Combate Universal del Bien y del Mal. Pero en el choque de los polos la imagen es demasiado viva para no ser falsa. Es un cuadro pintado con sangre y, antes que pintado, borroneado; antes que un cuadro es una mancha.

Las justificaciones justificadas de la guerra son falsas. Los Dioses lo quieren; y los Dioses lo quieren: recibieron de los hechos un desmentido ejemplar, pues a Dios no le agrada que así se disponga de su voluntad y que los hombres así se atribuyan su preferencia.

La voluntad de Dios se expresó mediante Mandamientos Absolutos. Quien blande la espada para realizar la Voluntad de Dios debería recordar el mandamiento: "No matarás".

El hombre armado por "la justicia divina" y que se precipita sobre otro hombre para darle muerte, lo ha juzgado ya malo al igual que el Mal mismo y merecedor de la muerte, pero olvida que está escrito: "No juzguéis".

También está escrito: "Ama a tu prójimo como a ti mismo", así como: "Haz al prójimo lo que te hagan a ti." Si la voluntad de Dios ha cambiado como el viento, si por una inspiración especial se le dictó que hiciera, por excepción, lo contrario de Sus Mandamientos Absolutos, he aquí que éste es un hecho inusitado del que el hombre en cuestión tiene que aportar una prueba irrefutable.

Pero, ¿puede acaso mantenerse largo tiempo la ficción, como no sea en las novelas de la Tabla Redonda y en los Torneos otre-

cidos a los bellos ojos de las Damias? En los campos de batalla y en las ciudades tomadas se perpetraron en todo tiempo todas las atrocidades, aun en las épocas heroicas, bajo la bandera de las causas más nobles. Hasta diríase que cuanto más justa es la causa, más horrores se cometen en su nombre y más horrores justifica.

Por otra parte, apenas se haya justificado una guerra, será justo justificar todas las demás.

Si la guerra santa está justificada, no será difícil santificar cualquier rapida, habida cuenta que la voluntad de Dios es un misterio demasiado grande para prestarse a discusión.

Si la guerra civilizadora está justificada, la tarea de civilizar el mundo entero mediante cañonazos aún está lejos de haber acabado.

Si la guerra de defensa está justificada, será preciso que ataquemos al punto a nuestro vecino, que constituye una amenaza perpetua para nuestras fronteras. Conquistaremos así un territorio que servirá de muralla para nuestra defensa. Luego, cuando con el tiempo el país conquistado nos pertenezca, necesitaremos otras tierras para que sirvan de defensa de nuestras defensas. Cuantas más fronteras tengamos que defender, más enemigos tendremos que las amenacen y más ataques deberemos prevenir.

"De esto se sigue—dice Aristóteles—que la guerra es un medio de adquisición natural, ya que la guerra es una parte de este arte. De esta suerte, la guerra es una caza de animales y de hombres nacidos para obedecer y que se niegan a aceptar la esclavitud. Al parecer, la naturaleza imprime el sello de la justicia a semejantes hostilidades. He aquí la especie de especulación conforme a la naturaleza, que forma parte de la economía." (Política, I, 5.)

Hechos aquí lejos de la Guerra Santa y lejos de la Epopeya, compareció ante Alejandro el Grande para ser juzgado, y el Grande le preguntó: "¿Por qué te dedicas a ese triste oficio?" y el pequeño respondió: "Yo lo hago para sostener mi miserable vida pero tú, que no necesitas de nada, ¿por qué te dedicas a él?" Este quid pro quo entre el bandolaje en grande y la Búsqueda del Gral, esta báscula en la Conquista Española entre la exportación de la Cruz y la Importación del Oro, estas oscilaciones entre los Inmortales Principios de la Revolución y el Petróleo, el algodón y el caucho, estos juegos de mano del Honor y del Pecce se prestan mejor que cualquier otra cosa a "aquella especie de especulación conforme a la naturaleza, que forma parte de la Economía", y que no es otra que la Ciencia-del-Bien-y-del-Mal, cuyos teoremas forman una cadena irrefutable y cuya conclusión es la muerte.

45. DE LA EXTREMA IGNOMINIA Y DEL RETORNO DEL HÉROE

Recuerdo haber visto el día de la Liberación en un muro de la avenida Saint-Michel, entre las cruces de Lorena y los "¡Pé-tain al paredón!", esta inscripción:

"¡Viva el Material Norteamericano!"

¡Oh, Rolando de Bonnevallés! ¡Oh, Juana de Arco! Hermoso tambor, dame tu Rosa.

Y pensé: ¡Tiempos de la extrema ignominia!

Ante semejantes victorias de la Masa y del Material, en estas guerras que consisten en "operaciones de limpieza", empresas industriales de destrucción, la mentira secular se extendió, el énfasis acaba por callar, la epopeya se desinfla.

Y puesto que la violencia se muestra ahora desembarazada de toda apariencia de honor, puesto que ha arrojado la máscara y el velo y exhibe su obscena fealdad y su abrumadora bajaza, fué preciso que alguien salvara el Honor depurándolo de toda violencia para afirmar la Bondad de Dios, el Valor del Hombre, el Poder de la Justicia que es la No Violencia o Sacrificio de Sí, para mostrar, frente a los monstruos de la época, la Figura del Héroe Primordial.

46. DE LOS TRES MILAGROS HISTÓRICOS

No son numerosos los héroes sin tacha, aquellos que no derramaron sangre, aquellos que no han derramado otra sangre que la propia.

Gandhi llevó a buen término una obra igual en grandeza a la de los más grandes conquistadores, dominadores y legisladores de la tierra... ¡pero cuánto más superior en nobleza y en pureza!

Llegó a tiempo, marcó su tiempo, se insertó en la corriente de la historia. Pero no siguió tal corriente. Unos lo repudian por ello y otros lo lavaron de semejante acusación. Su actitud merece glorificarse.

"Nunca en la Historia —le dijo uno de sus contradictores, hacia 1934— un pueblo se liberó de sus opresores sin empuñar las armas." "Pues bien —respondió él con sencillez—, escribiremos una nueva Historia." Doce años después estaba escrita y hecha la nueva Historia.

"Crear que no pueda existir lo que nunca se vió equivale a desacreditar la dignidad del hombre", dijo¹.

¹ En *Hind Swaraj* o *La Civilización Occidental y nuestra Independencia*. (Editado en castellano por Sra. 1959.)

"La Historia nos refiere con escrupulosos exactitud cómo vivían y cómo se mataban los hombres unos a otros, pero si en el mundo no hubiera ocurrido nada más que eso, hace mucho tiempo que el mundo no existiría..."¹

Y en otro lugar: "La Historia es una lista de interrupciones sobrevinidas en el curso natural de las cosas..."²

Cierto que Gandhi no curó al leproso ni marchó sobre las aguas, pero si por milagro entendemos un hecho extraordinario será atribuirle tres milagros, tres milagros históricos. Y esos tres milagros constituyen toda su historia.

Los tres milagros son:

Una liberación nacional sin efusión de sangre.

Una revolución social sin revuelta.

La detención de una guerra.

47. DE UNA LIBERACIÓN NACIONAL

"¿Por ventura el pequeño hindú piensa que con ayunos eternecerá a los ingleses?", decían ayer las personas serias y reían. Un indio me decía en 1932: "¡Los ingleses abandonan la India! ¡Antes abandonan su isla!"

Ahora las mismas gentes dicen: "¿Se fueron? ¡Pues bien! ¿Qué hay en ello de asombroso? Se fueron porque la cosa les convenía. Sólo habían ocupado el país con fines comerciales. No eran más que un puñado de hombres para subyugar a un pueblo numerosísimo. Los ayunos de Gandhi nada tienen que ver con la partida de los ingleses. No es esto lo que los asustó sino las turbulencias y sabotajes producidos cuando Gandhi estaba en la cárcel. Por lo demás, ¿la India es verdaderamente libre ahora que los ingleses la abandonaron?" ¡Y vuelven a reír, porque son muy propensos a la risa los hombres serios! Cuando ya no pueden reír de una cosa, rién de lo contrario. Siempre tienen y siempre han tenido razón. Para ellos todo se explica de un modo risible.

Si, la Liberación de la India fué un equívoco. No resolvió ningún problema. Lejos de ello, los plantea todos. Pero, ¿creéis que Inglaterra o Francia sean verdaderamente libres? Gandhi es la última persona a quien pudieran engañar los cambios de régimen y de decoración que nada cambian. Nadie sabe mejor que él, ni nadie lo expresó tan claramente, que el *Swaraj* o *Independencia* es el *Raj* o *Realza* de uno, o sí mismo. Sólo el dominio de sí mismo constituye el principio de la libertad (lo cual traslada el problema del plano social al plano espiritual). La

¹ *La Civilización Occidental y nuestra Independencia*, p. 104.

Libertad Política y la Independencia Nacional son negativas y ficticias; la única libertad real es la de cada hombre en su fuero interno. El bien que ha de esperarse de la acción consiste en haberla hecho bien; no hay que apegar-se, según enseña la Guita, al "fruto de la acción". El Eclesiastés dice: "Lo que tu brazo halle que hacer, hazlo con fuerza, pues ésa es tu parte." El resultado está en manos de Dios.

Si, los ingleses abandonaron la India porque la cosa les convenía. Y hasta económicamente les convenía. Pero ello es que Gandhi creó condiciones tales que ya no les convenía permanecer allí. Jamás creyó que la liberación consistiera en armar estrepito en la calle. Sólo es independiente quien hace por sí mismo lo que necesita hacer. No se trata de protestar contra la ocupación sino que es preciso prescindir del ocupante. Apenas el explotado cesa de ser cómplice del explotador en la codicia, el negocio quiebra y hay que cerrar la tienda.

Pero el Imperio de la India era algo muy distinto de una tienda. Y el pueblo inglés, orgulloso entre todos, no renunció a él sin pesar. Partió porque se vio forzado a hacerlo. Pero, ¿por qué fuerza? Esto es lo que habrá que explicar.

Pues los ingleses no abandonaron la India vencidos. Partieron el día siguiente de una grande y difícil victoria. Se retiraron con todas sus tropas y todas sus armas, sin combatir. Y sermante retirada no fue una derrota ni un cobarde abandono, sino una renunciación necesaria, que los honra. "El más noble acto de la Historia de Inglaterra"¹. Siempre le conviene irse a una nación que oprime a otra. Es lo mejor y más honroso que pueda hacer. Cierro que ha de comprender en qué estriba su honor, pues siente la tentación de hacerlo consistir en perseverar en el mal.

Y la obra de Gandhi consiste también en haber puesto a los ingleses en la necesidad de comprender que ya no podían permanecer en la India sin perder el honor.

Y tal es la fuerza de la no violencia: radica en forzar a reflexionar, en forzar a comprender. Por ello se llama Satyagraha o Fuerza de la Verdad.

48. DEL SATYAGRAHA

"Una soía negativa cura treinta y seis males", dice un proverbio indio.

Plutarco dice que "los habitantes del Asia cayeron en la servidumbre por no haber sabido pronunciar una soía palabra de una soía sílaba, que es No".

¹ Vinoba (Ed. sur).

"El pueblo —observa Mirabeau— sólo tendría que cruzarse de brazos para ser formidable."

El Satyagraha es la formidable revolución que consiste en cruzar los brazos.

Puesto que el régimen ha llegado al descrédito, sea por imponernos una ley injusta, sea por violar su propia ley, ha llegado el momento de mostrar que ya no tiene razón de ser. Esperaremos para volver a nuestras tareas que vuelva a ser razonable.

El Satyagraha comienza generalmente por un *Hartal*, jornada nacional de ayuno, de duelo, de oración, de recogimiento antes de que el pueblo se lance a una acción directa.

La acción de decir no, y de hacerlo, sí, de hacer el no. Entonces comienza la Huelga General del Ciudadano. No sólo los obreros abandonan la fábrica y los empleados la oficina, sino que los magistrados abandonan el tribunal, los profesores el colegio, los comerciantes la tienda. Todas las puertas se cierran y todo se detiene. Las dimisiones se multiplican.

Sin embargo, los habitantes de las ciudades y los campesinos se entienden para el abstencimiento. Las familias se agrupan para instruir a los hijos en casa de una de ellas. Los que pletan buscan un arbitraje que concilie los intereses opuestos. Y entonces replandee esta evidencia: en rigor, podemos pasarnos sin el Gobierno, pero éste no puede pasarse sin nosotros.

En caso de que las cosas se prolonguen demasiado, cabe apremiar aun más al gobierno con la no violencia, mediante la Infracción deliberada de la Ley o Desobediencia Civil. Desobediencia, sí, pero civil, es decir, disciplinada y moral. Hay que guardarse de toda ofensa a la vida, a los bienes, al honor, a la tranquilidad del prójimo, sea éste quien fuere, comprendidos los perseguidores, que deben dedicarse a sus ocupaciones (o persecuciones) sin que se vean trabados en su acción.

Puédese ya infringir una ley considerada injusta y odiosa, como fue el caso de la Marcha de la Sal, ya toda ley que no sea la Ley Moral.

Por ejemplo, aquí se lee: "Prohibido pasar". Como no es inmoral pasar por allí, pasemos pues, pasemos en masa y bloqueemos el paso.

Aquí no se lee: "Prohibido sentarse." Son los rieles del tranvía. Sentámonos pues sobre los rieles del tranvía. Acortémoslos sobre los rieles del tranvía y permanezcamos allí tres días. Aquí no se lee: "Prohibida la entrada". Es la puerta de la prisión. Acampemos ante la puerta y, si nos arrojan, digámos que nos sentimos cómodos aquí pero que nos sentiríamos mucho más cómodos en el interior de la prisión.

Por todos los medios permitidos al hombre honrado, trátese de hacernos golpear o hacernos arrojar en la cárcel, en la medida de lo posible en gran número y todos juntos. La Ley Penal se funda en el temor de los castigos. Está prevista para la persecución de gentes que se escondan y huyen. Contra aquellos que se precipitan al encuentro de los policías, los carceleros y los verdugos se siente perpleja. Cuando las cárceles estén llenas, no quedará otro remedio que volver a abrirlas...

Pero, ¿de dónde viene todo este ruido? El comandante de la plaza está rojo de cólera. ¡Otra vez este Gandhi, este nativo esta especie de negro, este semimono!... ¡A la cárcel y que no se hable más de él! Rápidamente se cumple la orden. Tan rápidamente como un pez se arroja sobre un gusano para advertir en seguida que él mismo se ha metido un garfio en las entrañas. ¡De esta suerte a veces el Poder se ensaña con un ciudadano inofensivo y sin defensa, en todo semejante a un gusano!

Ocho días después, un coche resplandeciente que exhibe el gallardete del Virrey se detiene ante la puerta de la prisión. El señor Gandhi sube a él, pues en estos días se ha convertido en señor. Es recibido en Palacio para convenir las condiciones de la reanudación de la vida normal. Las condiciones son las mismas que había fijado desde el principio. Parecen modestas, atendida la amplitud del movimiento que asombró a todo el mundo, y a él también. Estarían dispuestos a concederle más. Pero no es cortés abusar de las circunstancias ni de las buenas disposiciones momentáneas del adversario. Jamás se cede antes de haber obtenido lo que se reclamaba, pero la demanda no aumenta porque las resistencias hayan cedido.

Y así, de cárcel en cárcel, hasta la Liberación.

49. DE UNA REVOLUCIÓN SOCIAL

La Redención de los Parias es de una bondad intrínseca más indiscutible, de un éxito más asombroso, más milagroso en verdad.

La razón por la cual semejante redención impresionó menos en Occidente que en el resto del mundo estriba en que nadie puede percibir los datos iniciales del problema en su profundidad y singularidad si no está íntimamente familiarizado con la Ley de Manú y las observancias, ritos y costumbres del país.

Es habitual el error de asimilar las castas hindúes a clases sociales y ver en ellas un problema de justicia distributiva cuando el factor económico no desempeña allí ningún papel. Cier-

tos autores extreman la ignorancia hasta considerar el rechazo del paria como un prejuicio racial¹.

El Paria no es asimilable ni a los esclavos de la Antigüedad, ni a los negros de los Estados Unidos, ni a los siervos de la Edad Media, ni a los proletarios de la Era Industrial. Son *excomulgados*, objeto de una maldición, de un tabú y, es más, de una prohibición hereditaria.

El rechazo de semejantes seres está claramente enunciado en la Ley de Manú, e informa la vida cotidiana y las costumbres de la familia. No es un problema social sino la consecuencia social de una creencia religiosa.

Y Gandhi, cuya misión consistió en dar a los problemas sociales una solución bebida en la fuente de la Verdad Religiosa, debía salir al encuentro de aquel monstruo sagrado para medirse con él.

En ello arriesgaba mucho más que la vida. Arriesgaba caer él mismo bajo la maldición, ver cortados todos los vínculos con su prójimo, con su familia y su pueblo. ¡Y hasta es un milagro que no se haya reunido un consejo de Príncipes de los Sacerdotes y Fariseos para fulminarlo!

Lo que rara vez se observa es que este patriota único en su género hubo de chocar menos con los enemigos de su patria que con sus compatriotas, que este hindú fiel a Rama hasta su último aliento jamás se permitió la menor crítica a lo que los cristianos o mahometanos consideran sagrado, aunque sin dejar de denunciar las "supersticiones", los "vicios", las "taras" que contaminan la religión brahmanica, la suya propia. El juicio bien ordenado comienza por sí mismo. Tal es la primera regla de la justicia no violenta.

* * *

La misma exigencia explica el necesario vínculo entre la Liberación Nacional y la Redención del Paria, con un derecho de prioridad para la Redención del Paria. ¿Me he hecho comprender? "Y perdonanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores", dice la oración dominical. ¿Me he hecho por lo menos comprender por aquellos que la repiten dos veces por día? Seremos juzgados así como juzgamos a los otros y merecemos que se nos trate como tratamos al prójimo.

De esta suerte, antes de quejarnos por que el Extranjero nos pisotee, preguntémosnos si no hacemos otro tanto con nuestros hermanos. ¡He aquí que nosotros, los indios, nos hemos con-

¹ Di cuenta de estas hipótesis gratuitas en *Peregrinación a las Fuentes*, IV, 33 y ss. (Ed. Sur).

vertido en los parias del mundo entero, con toda justicia mientras haya parias entre nosotros! No busquemos la causa de nuestras miserias en la malicia de nuestros enemigos. ¡Acusemos a nuestros pecados, que ellos son la causa!

50. DE LA ORIGINALIDAD REVOLUCIONARIA

Con apariencia de destruirlo y renovarlo todo, todas las revoluciones parecen imitar servilmente el mismo modelo. Ya sea las de la Píebe Romana o la del Pueblo de Londres, de los *maillots* en París o la de los Ciompi en Florencia, la de Cotrona en el siglo III A. J. o la de Cuba en el siglo XX D. J., se repiten y se copian tanto en el triunfo como en la derrota.

Sólo la de Gandhi lleva el sello de la originalidad. Es una revolución al revés de todas las demás. No se vale de los mismos instrumentos ni de los mismos recursos.

Ante todo, se efectúa sin efusión de sangre, lo cual está lejos de ser común.

Sin rebelión. ¿Eh? Sí, sin rebelión.

Sin odio, sin reivindicaciones, sin venganzas, sin ejecuciones, sin persecuciones. ¿Eh? ¡Sí, sin nada de eso!

51. REVOLUCIÓN AL REVÉS DE LAS OTRAS

Jamás se oyó decir que los parias de la India se hayan rebelado.

La ininteligible prohibición que pesaba sobre ellos desde milenios atrás los había como hechizado. Habían constituido en su abyección una suerte de contractualización, de contramoral y de contrarreligión de que pueden dar una idea entre nosotros; el Sabat de los Brujos y las Mises Negras. Gandhi no se apoyó en el odio ni en la cólera de los parias para que les hicieran justicia quienes los habían rechazado. Hizo avergonzarse a los privilegiados de su dureza de corazón, de su indiferencia criminal y degradante. Con riesgo de perder su rango, hombres y mujeres generosos de todas las castas trabajaron para la rehabilitación de los Intocables, y singularmente los brahmanes y los "Hijos de Principes" creando para ellos escuelas, hospitales, aldeas, y esforzándose luego, lo que es mucho más difícil, por hacerlos admitir en las escuelas comunales, en los hospitales comunes, en las aldeas de los aldeanos.

Pero el último paso era introducirlos en el Templo y en el Santo-de-los-Santos, para que quedara al fin consagrado el Levantamiento de la Excomunión.

Y al paso que todas las revoluciones suelen renatarse mediante persecuciones religiosas, ésta se corona con el retorno

a Dios de aquellos a quienes se denominaba Parias y que en lo sucesivo se llamarán Haridjans (Hijos del Señor).

52. DE LA OBRA SUPREMA

En cuanto al tercer milagro, no se trata sólo de un acontecimiento raro y maravilloso sino de un hecho único y del que la Historia, que yo sepa, no muestra otros ejemplos.

Hablaré poco de él, porque habría mucho que decir al respecto. Cuanto se dice en este libro podría servirle de comentario. Dejo al lector que plantee él mismo el problema, lo pondere y lo solucione.

He aquí lo que enseña la "Nueva Historia":

Los pueblos¹, estrechamente entremezclados a pesar suyo sobre la misma tierra desde diez siglos antes, animados recíprocamente de un odio profundo, íntimo y, para decirlo todo, religioso, desembarazados al fin de un opresor común que los excitaba a uno contra otro manteniéndolos, empero, amordazados;

en fin libres de entregarse sin remordimiento, de diezmarse, de despedazarse a más y mejor;

se detienen porque un hombre dijo: "Entrego mi vida, doy mi vida, la ofrezco para vuestra paz. No tomaré ningún alimento hasta que hayáis concertado la paz. Entretanto esperaré, sufriré, oraré."

Y esa vida está tan cargada de méritos y de amor, es tan firmemente querida por los pueblos de la India que sirve de trampazo a aquel odio secular.

Y se concluye la paz.

53. DE LA FUERZA DE LA JUSTICIA O NO VIOLENCIA

El Héroe es el defensor de la justicia mediante la fuerza.

El Héroe Puro es el defensor de la justicia mediante la fuerza de la justicia.

La fuerza de la justicia es la definición correcta de la no violencia.

54. DE LA JUSTICIA O RAZÓN EN ACTO

¿Acaso es necesario decir qué es la Justicia? El más estúpido de los hombres entregado a la calumnia o al abuso muestra con su despecho que sabe qué es la justicia.

En realidad, la cosa es tan sencilla como la suma de dos más dos.

¹ Hindúes y musulmanes.

Para que dos y dos sumen cuatro, es preciso que uno sea igual a uno.

La Unidad y la Igualdad son el fundamento común de las certezas morales y de las verdades matemáticas. La Línea recta y la Rectitud poseen medidas paralelas.

El que uno sea igual a uno no ofrece dificultades a nadie Pero, ¿y si ese uno soy yo?

Apenas entra en la cuenta esta enorme unidad, todos los cálculos se embrollan.

Para que tanto en pensamiento como en acto yo continúe confesando que uno es igual a uno, debo forzar mi naturaleza. Pero si uno de los axiomas de la justicia enuncia que no se debe hacer diferencia alguna entre yo y cualquier otro, y si debo forzarle a observar la justicia, de ello se sigue que debo forzar también a los otros a observarla.

Esto explica que la justicia vaya casi siempre acompañada del empleo de la fuerza.

La justicia es la sustancia de todas las virtudes. Toda virtud sin justicia—el amor sin justicia, la valentía sin justicia—se cambian en aberraciones y defectos.

La justicia es la sustancia del deber. Es justo cumplir el deber de estado, pero el primer deber consiste en preguntarse si nuestro estado está justificado¹. Tenemos el deber de obedecer a nuestros jefes a condición de que la autoridad de éstos sea legítima, pero ello no nos dispensa del deber de preguntarnos si la orden que nos imparten es justa. Estamos obligados a someternos a la ley del país, pero ante todo a preguntarnos si semejante ley es justa. Pues bien cabe que haya sido impuesta por tiranos y conquistadores, por un impostor o por aventureros o no se deba sino a supersticiones o antiguos errores. El primer deber consiste entonces acaso en desobedecer abiertamente o en atacar la ley de cualquier otro modo.

Sea ello lo que fuere, nuestro primer deber es observar la justicia, y nuestro segundo deber no tolerar que se la viole.

El testigo de una injusticia que desvía la cabeza so pretexto de que aquel asunto no le concierne, so color de discreción o de impasibilidad, no es más que un cobarde. Su no intervención, lejos de llevarlo a desentenderse de la cuestión, lo compromete por el contrario con el injusto.

La vida es una perpetua batalla y la Guerra Santa el alto deber del hombre.

¹ En el capítulo II hemos mostrado cuántos oficios honorables aparecen mal justificados, y en el capítulo III hasta qué punto las fortunas se asientan sobre el abuso.

55. DE LAS DOS FUERZAS

La Justicia se presenta con la balanza en la mano izquierda y la espada en la derecha. La Justicia sin la Fuerza no es justicia.

Pero, ¿qué fuerza? ¿Y no hay más que una?

"Hay dos fuerzas en el mundo: la fuerza de la espada y la fuerza del espíritu. La fuerza del espíritu acabará siempre por vencer a la fuerza de la espada". Si creéis que la frase pertenece a San Francisco o a Ramakrishna, os equivocáis: es de Napoleón.

Otro mostró la verdad de la sentencia, un Héroe que no derramó la sangre de sus hermanos. El término Satyagraha se traduce: Fuerza del Espíritu.

56. SIMPLES PREGUNTAS

Sí, ¿pero acaso la fuerza del espíritu impedirá que los ladrones entren en mi casa?

¿Acaso por la fuerza del espíritu haremos detener a ese hombre brutal que maltrata a un niño indefenso o a una bestia inocente?

¿Acaso por la fuerza del espíritu rechazaremos al Invasor o derribaremos al Déspota?

¿Acaso nos defenderemos con la fuerza del espíritu cuando nos ataquen de noche en una esquina?

No nos precipitemos a responderlo todo y guardémonos de las respuestas irresponsables.

57. DEL GRAN ESCANDALO INADVERTIDO

Pero consideremos a qué nos compromete la negativa de responder o la obstinación en responder, como se hizo durante siglos, que no hay más freno a la injusticia que el temor y la compulsión.

Nos comprometemos a resignarnos a un escándalo milenario que únicamente la costumbre nos vela.

Que la Justicia, virtud de las virtudes y deber de los deberes, es más sanguinaria, más cruel, más maligna que las pasiones, más furiosas y los desbordamientos más bárbaros, y que no existe crimen que haga tantas víctimas y estragos.

Si esto os asombra, id a visitar el museo de los suplicios. ¡Mirad bien las tenazas, los garfios, las cuerdas, los cepos, la rueda, el hierro candente, el garrote, la bola de hierro y la

cadena, la caldera y la hoguera, la canga y el patibulo y, lo que denuncia más atrociamente la justicia de los hombres, la Cruz!

Las mazorras y las parillas, tumbas y osarios de los vivos! Admirad el genio de los verdugos refinados y de los justicieros prudentes, mucho más fértil que el de los enamorados y los poetas.

Considerad —tan diferentes de la vulgar cuchillada del asesino— esas llagas formadas con mesura y arte para dar satisfacción a la justicia, como suele decirse.

¡Ah, obra maestra de la Ciencia-del-Bien-y-del-Mal! ¡Toda la maldad de los buenos, concentrada y largo tiempo reprimida, halla expresión perfecta en las altas obras de la Justicia!

58. DEL MANEJO DE LA LEY

Pero tanto para el espíritu de Beneficio como para el espíritu de Dominación, ¿qué instrumento de elección es el Aparato legal?

¡Qué ingenuos, qué torcos son esos pillos que toman el arte de robar por un oficio manual cuando se trata de un ejercicio del espíritu!

En un abrir y cerrar de ojos, con un buen proceso se rapiñan, sin riesgo ninguno, dominios, castillos, minas, fortunas.

Para atar las manos del prójimo mientras se le pega en la cabeza, no hay nada mejor que el Derecho.

Las leyes son las llaves y las palancas del Poder y de la Riqueza. Quien sepa manejarlas estará por encima de toda reprobación. Empuña el cuchillo por el mango.

59. ¡ATENCIÓN CON LAS VIRTUDES!

Todos los predicadores de moral nos ponen en guardia contra el vicio, pero ¿quién nos protegerá de nuestras virtudes, oh gentes de bien tan bien provistas de bienes?

Quienes odiaron y condenaron a Jesucristo no fueron los ladrones ni los asesinos, los libertinos ni los borrachos, las prostitutas ni los proxenetas.

No fué a los ladrones, ni a los asesinos, ni a los libertinos, ni a los borrachos, ni a las prostitutas, ni a los proxenetas a quienes Jesucristo condenó y maldijo.

¿Qué le dice al pecador? Lo cura y le dice: "Vé y no vuelvas a pecar, no sea que te ocurra una cosa peor."

A quienes maldice, y sobre su cráneo derrama un torrente de imprecaciones, es a los fariseos, dicho de otro modo, los justificados-por-la-Ley.

Éstos no tendrían perdón por la sencilla razón de que nunca lo pedirán.

¿Y quién condenó a Jesús (y además lo colocó entre dos ladrones) sino las gentes de bien, los magistrados, los jueces, los sacerdotes, el gobernador, el rey, los soldados y los otros servidores de la Ley?

60. DE LA FUERZA DEL PECADO

San Pablo dice: "La Ley es la fuerza del pecado."

Y prosigue: "No porque la ley sea mala..."

¿Habéis comprendido ahora por qué?

¡Pues bien! Entonces, tened cuidado con vuestras virtudes!

61. LECCIÓN DE CALCULO

Volvamos al cálculo: a la suma de dos más dos.

En la escuela aprendí que no se deben multiplicar zanahorias por coles.

¿Cuántas locomotoras suman dos tenedores más tres elefantes? Y ahora responded: ¿cuántos meses de prisión suman un jamón robado más un puñetazo en el estómago propinado por el salchichero?

Y aun esto, puesto que sois tan fuertes en cálculo: se aplica a un hombre que mató a otro. ¿Qué se le hará?

Le cortarán el pescuezo.

¡Bien! ¿Cuál es entonces la suma de los muertos?

¡ $1 + 1 = 2$ o, como todo el mundo parece creer, 0?

¿Habéis reparado el mal con la pena? ¿O lo habéis duplicado?

En los sueños se realizan adiciones semejantes. Así se razona, y muy seriamente, en los manicomios.

62. EL COMPLEMENTO DE LA LEY

"No se detiene un mal con un mal sino con un bien. Tal es la ley antigua", dice Buda.

"Matar a un hombre para bien del mundo no es labrar el bien del mundo. Ofrecerse a sí mismo en sacrificio por el mundo es hacer el bien", dice Mō-Tsé.

Y Gandhi: "Hemos de sacrificarnos a nosotros mismos. Es cobarde matar a los otros. ¿A quién creamos liberrar mediante el asesinato?"¹

¿Quién se pregunta, ante un mal, qué bien podría oponer a semejante delito en lugar de qué mal podrá inferir al malhechor?

¹ La Civilización de Etnos.

Y puesto que la justicia exige la igualdad en la medida, ¿qué bien igual a semejante delito?

"Señor, haz de mí un instrumento de Tu Paz.

Haz que allí donde está el odio ponga el amor.

Que allí donde está la discordia ponga la unión.

Que allí donde está la ofensa ponga el perdón.

Que allí donde está la desesperación ponga la esperanza.

Que allí donde está la duda ponga la fe

Que allí donde están las tinieblas ponga la luz.

Que allí donde está la tristeza ponga la alegría!"

"Si amáis a quienes os aman, ¿dónde está el mérito? Los pecadores aman también a quienes los aman.

"Si hacéis el bien a quienes os hacen el bien, ¿dónde está el mérito? Los pecadores no se comportan de otro modo..."

"Pero amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada en cambio..." (Lucas, VI).

"Hace mil ochocientos años que se escribió el Nuevo Testamento —exclama Henry Thoreau—, ¿pero dónde está el legislador que posea suficiente sabiduría y talento para aprovecharse de la luz que difunde sobre la ciencia de la legislación?"

63. JUSTICIA Y GUERRA O CRIMEN DE LA VIRTUD

No son los ladrones ni los asesinos, ni los libertinos ni los borrachos, ni las prostitutas ni los proxenetas quienes preparan y conducen la guerra.

No poseen suficientes virtudes.

Dícese que los mejores bandidos resultan malos soldados.

No es con defectos, flaquezas y vicios con lo que se llega a hacer estragos tan grandes.

La guerra no se libra con cóleras, odios, ni con ningún mal sentimiento. Se empeña con fuertes virtudes y, sobre todo, con un vivo sentido de la justicia. La rabia de tener razón es lo que vuelve la guerra encarnizada y desmesuradamente feroz.

Es necesario mucho valor, mucha abnegación, disciplina, mérito, saber, celo, habilidad, rapidez, ardor, perseverancia, paciencia, prudencia y audacia, fidelidad y genio para consumir devastaciones tan magníficas.

Preciso es ser hombres honrados, desbordantes de elevadas virtudes, para llegar a producir más homicidios, incendios y atrocidades que todos los malhechores del mundo.

¹ Oración de San Francisco.

64. EL AGUIJON DEL PECADO ES LA MUERTE ¹

Lo que torna inevitable la guerra es la ley de los tratados, la obligación con los aliados, la fidelidad a la palabra de honor, la lógica de la ciencia-dolbier-y-del-mal, las especulaciones (en las que la buena voluntad no tiene menor parte que la mala) sobre los intereses y el prestigio, sobre los derechos y los deberes.

Haciendo trampas en el seno del átomo, piratando en los espacios intersticiales, fabricando en el seno de la desintegración, a fuerza de larga paciencia y de hualzgos geniales, a fuerza de torcer y de falsear con fines útiles las leyes de la naturaleza so pretexto de investigar su verdad, se acaba por volver irremediables e ilimitados los efectos de la guerra inevitable. La muerte en el punto final de todas las justificaciones de la violencia es la más hermosa de las demostraciones por el absurdo.

65. ACTO DE ESPERANZA

¡Y he aquí que el almenbro duro y gris como el hierro acaba de estallar en súbitas flores y que los capullos se abren, verdes o rosados!

¡Ah, hermano humano, mira rápido, mira rápido el cielo mientras sea aún azul, vé rápido a tocar la tierra antes de que se haya fundido!

Rápido, antes de que esos hombres bravos, inteligentes y diligentes hayan acabado de cumplir su deber, de ejercer su buena voluntad, su talento y su valor, de llevar hasta el extremo sus hazañas y sus explotaciones.

¡Pero ten esperanza mientras haya una higuera que se aventurase a mostrar su capullo!

66. ACTO DE FE

La no violencia tiene por fundamento dos actos de fe: uno en Dios y el otro en el hombre.

El acto de fe en Dios, con mayor precisión, el corolario de la fe, se formula así:

Dios es absolutamente justo y, al mismo tiempo, es omnipotente.

Por consiguiente:

¹ San Pablo a los corintios.

Existe un Poder de la Justicia, y la no violencia es semejante poder, el Poder de Dios.

(Y añadamos: aunque omnipotente, El no fuerza a nadie a amarlo ni a practicar el bien.)

Por consiguiente:

Tampoco yo puedo forzar a nadie y, por lo demás, no debo valerme de mi fuerza.

Quien quiera poner en acción la no violencia no ha de desarrollar su fuerza, sus virtudes, sus talentos, su intelecto, su saber, sus dotes¹, no ha de "afirmar su personalidad", según se dice hoy, ni ha de "sostener sus opiniones".

Ha de aplicarse, por el contrario, a vaciarse de sí mismo, a convertir su propio ser en un canal (empleará todas sus fuerzas para mantener apuntalados los diques, lo cual es suficiente), un canal por donde pueda pasar el Poder de la Justicia.

Si aplico a la defensa de una causa justa la fuerza bruta, la misma de que, con más lógica, se sirven los malvados para cometer sus maldades, ello significa que ignoro la existencia de una fuerza que resulta de la justicia misma de mi causa.

A causa de este desconocimiento me extravo y me comprometo. Avanzo por una vía indirecta, recorro a un expediente apresurado y grosero para arribar al resultado que me parece más justo, escogiendo el menor mal que es un ir de mal en peor. Me siento justificado si no hay ningún otro medio a mi disposición o si, acosado por la necesidad, no encuentro un medio mejor.

"Es noble —dice Gandhi— defender los propios bienes, el honor, la religión, con la punta de la espada, pero mucho más lo es defenderlos sin hacer mal al agresor..."

"Lo cobarde, criminal, lo que va contra la naturaleza, es abandonarlo a merced del violento."

Si no hay más opción que entre la violencia y la cobardía, es preferible la violencia.

Pero es menester hacerlo todo por salir del falso dilema de semejante opción que, tanto de un lado como del otro, lleva a esos encadenamientos de que está hecho nuestro mundo y de que está hecha la fatiudad de las Plagas.

Los medios brutales que infligen dolores, frustraciones o muertes no pueden nunca considerarse neutros. Son intrínsecamente malos. Resta probar que sean el menor mal. Pero si la regla de la justicia consiste en devolver al malo "un mal igual", ¿cómo sostener que sea menor? Añadamos que seme-

¹ Nada de esto es menospreciable. Al hombre bien dotado todo puede servirle para cumplir su misión. Pero como el hombre está dado, todo cuanto necesita también está dado, tal como muestra la experiencia, y todo le sirve, a veces hasta sus defectos, sus ardores y sus enfermidades.

janos medios son azarosos por naturaleza, que están empujados a la excitación y al exceso y que será culpable quien no prevea que surtirán efectos imprevisibles.

Las amenazas y la intimidación pertenecen a la misma especie. La astucia y las maniobras pertenecen a una especie más baja. Aunque de apariencia más suave, la seducción y la corrupción son peores aun y, por buenas que sean las intenciones y santa la causa, llevan impresos el estigma de la infamia.

Recurrir a los malos medios no es oponer resistencia al mal, sino, por el contrario, entrar en el mal y agravarlo. Lo cual equivale a entrar en la fatiudad de las Plagas.

Si me opongo al injusto con los mismos medios de éste, en el mismo terreno, n.e confundo con él y no podré pedir a Dios que "discierna mi causa de la de los impíos, que me aleje del hombre inicuo y falso"¹. Si quiero defender la Justicia y recurrir a medios dudosos, añado la impotencia a la injusticia.

Uno de los puntos más sólidos de la enseñanza gandhiana consiste en la refutación de aquel adagio según el cual los fines justifican los medios. Entre fines y medios existe la misma relación que entre la simiente y el árbol. Así como "jamás se vio que la zarza diera vuas, no cabe esperar que muchos medios sirvan a una buena causa. Si deforma la justicia, preciso será que empuje la espada de la justicia. Pero ¿cuál es esta arma, cuál es su esgrima, cuál es su eficacia, cuál es su victoria? Aquí interviene el acto de fe en el hombre.

El segundo acto de fe —el acto de fe en el hombre— depende del primero, del mismo modo que el hombre depende de su Creador de quien, sin saberlo, es imagen y semejanza.

Tiene pues, sin saberlo, la verdad dentro de sí mismo y es accesible a la verdad.

Dos y dos suman cuatro para el francés, para el papú, para el esquimal, para el chino, tanto para los buenos como para los malos, tanto para el enemigo como para el amigo.

Si la justicia de mi causa se me aparece tan clara como dos y dos suman cuatro, no ha de ser imposible inducir a mi enemigo a reconocerlo.

Y aquí Gandhi formula una proposición que se podría calificar de aventurada y de ingenua si no supiéramos que es el fruto de medio siglo de experiencias llevadas por él hasta las conclusiones extremas:

"El hombre que se ve forzado a reconocer ante sí mismo que no tiene razón no puede proseguir la lucha."

Por consiguiente:

¹ Introito de la Misa.

Mi enemigo, ese malvado, ese hombre brutal, ese vicioso, ese ambicioso, ese avaro, esa gata cruel y solapada, ese frío calculador, ese celoso envenenado, ese traidor, ese tramposo astuto, ese tirano, ese pillito.
Se equivoca.

De esta certeza derivan tres importantes consecuencias:

La primera es que mi deber consiste en sacarlo del error.

De este modo pondré fin a la lucha y labraré mi propio bien, pero también el de mi enemigo, para quien la propia aberración no es en nada beneficiosa.

Segunda: que el desprecio y el odio nada tienen que hacer aquí.

Tercera: que el conflicto nos ha unido a mi enemigo y a mí con un lazo como de parentesco, con una obligación semejante a la del médico frente al enfermo o del padre frente al hijo. Esto me coloca al punto en una posición superior justamente cuando soy la víctima pisoteada.

Pero ello no implica ninguna pretensión de mi parte a superioridad alguna: ni el médico ni el padre piensan en tales tonterías.

67. BLANCO DE LA NO VIOLENCIA

¿Dónde castigar al enemigo?

En el centro.

¿Como? ¿En la cabeza? No.

¿En el pecho? No.

¿En el vientre? No.

¿Dónde, entonces?

En el centro: en la conciencia.

68. PIEDRA DE TOQUE DE LA NO VIOLENCIA

¿En qué se conoce al no violento?

¿En que es dulce, amable, afable, indulgente, paciente, conciliante, sereno, somniente?

No, pues así suele mostrarse el hipócrita.

¿En que es calmó, apacible, de humor igual?

Así también suele comportarse el indiferente.

¿En que es dueño de sí mismo, en que sabe frenar la cólera que asciende en él?

Un hombre de mundo bien educado no procede de otro modo. El no violento es aquél que ordena toda su táctica para sacar las cosas a la luz y que apunta a la conciencia.

En el conflicto (y allí es donde se revela pues sólo cabe hablar

de no violencia en los casos en que la violencia sea, si no legítima, natural; no cabe hablar de ella si no resuelve las cuestiones que exigen ordinariamente el empleo de la fuerza) no procura eludir la cólera del enemigo, ni provocar su piedad, ni empujarlo hábilmente, sino obtener un entendimiento en la claridad.

Dicho esto, las palabras rudas pueden ser tan buenas como las dulces, así como los gestos vivos que asombran, los sarcasmos que duelen, las imprecaciones que advierten y aun, llegado el caso, los golpes, sí, los golpes con tal que estén libres de violencia, ni más ni menos que como una amputación practicada por el cirujano para curar al enfermo.

69. DEL AMOR DE LOS ENEMIGOS

¿Y qué quiere decir amar al enemigo?

¿Quiere decir: te amo, te amo, ven que te doy un beso?

¿Qué quiere decir amar al enemigo?

¿Soñar con él en la cama, como la novia sueña con el novio?

Pero, ¿qué quiere decir amar al enemigo?

¿Enviarle ramos de flores o cajas de bombones?

Amar a alguien es desearle y hacerle el bien. El primer bien que ha de hacerse al enemigo es despojarlo de su enemistad. Pero como la caridad bien entendida comienza por uno mismo, mientras será que uno mismo se libere de toda malquerencia a su respecto. Esto exige un gran coraje de amor, una inversión y un desgarramiento, pues amamos nuestros odios tanto como nuestros amores, y a veces más que éstos, y nos apegamos a nuestras penas tanto como a nuestros placeres.

Pero, ¡qué recompensa cuando los antiguos enemigos llegan a estrecharse las manos y a mirarse con lágrimas en los ojos! Creo que ni el amor de los amantes ni la amistad de los amigos proporcionan una emoción tan profunda, tan intensa, tan delicada.

70. DE LA NO VIOLENCIA, DEL AMOR Y DE LA CARIDAD

Pues que hemos hablado del amor de los enemigos, debemos —y habiéramos podido comenzar por aquí— determinar las relaciones de la no violencia con el amor.

En varias ocasiones Gandhi dijo: "La no violencia o amor". En *Perogrullación a las Fuentes* escribió: "Tal como Gandhi la practica y la enseña, la no violencia no se diferencia en nada de la caridad cristiana". Me retracté en Vinoba sobre este punto. Creo que es indispensable ser preciso en materia tan grave y

que toda vaguedad confunde en el alma lo que es menester que se distinga.

Hay allí dos cosas bien distintas. No digo opuestas ni separadas, y hasta digo necesariamente enlazadas y unidas, pero que son distintas por su naturaleza. Y aun tres cosas, y es una forma que haya tres palabras para designarlas, que son amor, caridad, no violencia.

Para evitar la confusión de la no violencia con el amor, basta considerar que el amor implica la violencia casi tan seguramente como lo implica su contrario, el odio. Y ante todo, el amor implica el odio pues uno y otro son los polos alternativos de un mismo sentimiento.

Si amáis a una persona, odiaréis necesariamente a quienes la odian y la malquieren. Todo amor tiene un reverso de odio apasionado. Esta es la materia de las novelas y de los dramas, así como la razón por la cual la pasión empuja tan naturalmente al crimen y al suicidio; del mismo modo que todo cuerpo que refleja la luz "comporta de sombra una apagada mitad"¹, así todo amor proyecta una sombra de odio. Es dudoso que su sombra sea igual a la luz que refleja, pues casi siempre el reverso de sombra sobrepasa la faz iluminada. A veces el rayo de amor no toca más que un punto, al paso que el cono de sombra todo lo cubre hasta el horizonte.

La cosa es más penosa cuando el amor es celoso, pues entonces no se odia sólo a los que odian a la persona amada sino también a quienes la aman. Y hasta se acaba por odiar a la persona amada si ella no odia suficientemente a quienes la aman.

Pero los amores furiosos y dramáticos no son los únicos que comportan un reverso. El simple apego de un hombre a los suyos —el más tibio y el más común— comporta un reverso que no es el odio pero que puede surtir los efectos mortales de éste: la indiferencia.

Y la indiferencia es siempre muy superficial. Basta que el indiferente nos pise por inadvertencia, que se interponga por azar en nuestro camino o que obstruya nuestros proyectos sin saberlo para que lo detestemos lanzando alaridos de rabia. La indiferencia es una delgada superficie extendida sobre abismos de odios latentes y, por lo demás, hace sufrir y morir a más hombres que el odio y formula un asentimiento tácito a todos los abusos y a todas las maldades.

Por lo tanto, no cabe relacionar la no violencia con el amor, pues aquél no dimana naturalmente de éste: no es de la misma naturaleza, aun cuando pertenezca al dominio de la Naturaleza.

La no violencia se relaciona con algo que casi siempre se opone al amor: la justicia y el respeto. Por ello sus máximas y sus leyes dependen del honor y de la moral heroica.

¹ Valéry.

Impónese aquí dos interrogantes de capital importancia. ¿Existe un amor sin reverso de odio? ¿Puedese conciliar el amor con la justicia?

71. DE LA CARIDAD

Existe un amor sin reverso de odio, amor que lleva el nombre bien distinto de caridad. Tal podría ser su definición, la cual lo distingue de todo amor natural.

Otro rasgo distintivo: la caridad no es un sentimiento pues carece del carácter móvil y pasivo del sentimiento.

Si fuera un sentimiento, no podría ser objeto de mandamiento y ello es que constituye el segundo artículo del "mayor de los mandamientos" y del cual "dependen la Ley y los profetas". No cabe decir: "adilgete" o bien: "regocíjate", como no sea en tono exhortativo. No cabe decir: "¡Siente! ¡Te lo ordeno!" Por lo tanto, si "tú amarás" es un mandamiento, preciso es que semedante una virtud difícil y hasta diría casi imposible para la naturaleza. Virtud que es el mismo tiempo gracia, virtud casi sobrenatural: teológica, para hablar canónicamente, término muy ajustado, pues significa: "que-dimans-del-conocimiento-de-Dios".

En realidad, la caridad es el amor convertido, y Conversión significa Inversión.

¿Cómo —dicen las gentes— acaso amar no es la cosa más simple del amor? Simple, sí y la caridad se expresa así, del modo más simple: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Cosa sumamente fácil de decir y de comprender.

Pero simple no quiere decir fácil.

Lo más simple es lo más difícil para aquéllos a quienes es: conocimiento serpentina privó de inocencia.

"¿Y quién es mi prójimo?", preguntaba el Doctor de la Ley. La respuesta es muy simple: "Cualquiera. El que se halle ante ti".

Y ahora, a la obra: ¡ama, si puedes hacerlo!

¡No, no es fácil, por cierto que no lo es! El prójimo no siempre tiene hermoso rostro y mi experiencia me muestra que muy a menudo sus ideas no son nada limpias.

Y si amo a la hermosa muchacha que también es mi prójimo por su hermoso rostro, por sus hermosos ojos, por sus lindos rizos y por su boca de fresa, ¿es esto pura caridad? Graves dudas se alzan en el aspecto teológico del asunto.

Duré que la caridad es pura allí donde sea difícil practicarla y que comienza con el prójimo que nada significa para mí, que nada posee que me complazca y que nada tiene que darme. Esta es la razón por la cual el santo se dirige al pobre y lo quiere servir antes que a nadie; no hace tal llevado por una preocupación de reforma social.

Ésta es la razón por la cual el misionero abandona su casa y a los suyos para volar en socorro del tártaro o del zulú, pues para amar al prójimo hemos de cesar de inundar con nuestro afecto a los nuestros; no empuja al misionero la ambición de una lejana conquistista ni de realizar una anexión a la Iglesia. "Quema lo que has adorado, adora lo que has quemado"; la frase de San Remigio a Clodoveo es la que dirige la santidad a todos los convertidos.

"Abandona tu casa y a los tuyos, abandónate a ti mismo y sígueme", tal es el llamado a la caridad, porque la caridad es muy poco "social" y hasta surge como el "fuego arrojado a este mundo" y como un escándalo para las honradas gentes y las buenas familias donde todos dormían tan bien, alejados de cuidados y sobre todo del cuidado de las desgracias del prójimo!

Amar al prójimo significa simplemente: ¡ama a quienes no amas!

En verdad, no existe nada más simple ni claro. Sólo a este precio tu amor no tendrá aquel reverso de odio ni aquella macula de indiferencia.

72. DEL AMOR Y DE LA JUSTICIA

Y ahora, ¿cómo se concilian el amor y la justicia y, para decirlo todo, tiene el hombre el derecho de amar?

No respondámos demasiado rápido ni creamos que la cosa no plantea cuestiones o que la cuestión pueda ser resuelta con una palabra.

Es un interrogante milenario con el que tarde o temprano tropezará todo hombre amante u honrado.

La justicia es una matemática de la acción, pero quien ama no mide ni calcula.

Amar es unirse, pero la justicia separa el bien del mal y, por consiguiente, al malo del bueno, y combate y disocia.

San Pablo dice que la caridad "todo lo soporta, todo lo perdona y no mira el mal..." Pero la justicia que soportara todas las iniquidades, perdonara de antemano a los malvados y cerrara los ojos ante sus delitos no sería justicia sino complacencia y complicidad.

En todo momento grave de nuestra vida nos preguntaremos: ¿Debo seguir aquí la justicia o la caridad? Pues hemos de optar y, según sea el modo en que hayamos optado, seremos crueles o perdonaremos, abriremos o cerraremos los ojos, besaremos o rechazaremos...

Aun la caridad, tal como la hemos definido —amor convertido—, comporta un modo de justicia. Si la justicia dice: "Da lo mismo que sea yo u otro", la caridad, que consiste en amar al

prójimo como a sí mismo, habla el mismo idioma en este punto crucial.

Pero en otros puntos la caridad y la justicia están lejos de coincidir. El Evangelio da al interrogante milenario su respuesta, y bien podría decirse del Evangelio, en sus pasajes más vivos y desconcertantes (los Trabajadores de la Vitis, el Economo Infiel, el Sermón de la Montaña y, en fin, la misma Pasión), que es la reivindicación de los derechos de la Caridad ante la Justicia o Ley.

Pero la justicia y la ley no pueden quedar "abolidas" ni tampoco invalidadas. Hay que conciliar la justicia con la caridad.

Y aquí es donde se hace la llave. La llave es la No Violencia. Si queréis que las dos virtudes mayores no choquen en el seno del bien y no se confundan en sangre, quitad a una y otra lo que tienen de común con su contraria.

¿Y qué tienen de común la caridad y la justicia con sus contrarias, la injusticia y el odio?

—¡La violencia!

Quitad la violencia y la conciliación está consumada. Pero si la dejáis, todo permanecerá confundido y discordante, a pesar de la más extrema buena voluntad y de la más alta virtud. Habréis de elegir entre una y otra y, en el embarazo de la elección, no optaréis por una ni por otra.

73. DE LA REGLA TÁCTICA

La regla táctica de la no violencia está enunciada en el Evangelio con una precisión que no deja nada que desear:

"Si te pegan en la mejilla derecha, has de ofrecer también la izquierda."

"Si quieren arrancarte el manto, has de dar también la túnica."

"Si te obligan a andar mil pasos, andaráis dos mil." (Mateo, V, y Lucas, VI).

¿Cuál es la regla? Empujar al enemigo a hacer dos veces más mal del que pensaba, con asombrosa y decepcionante facilidad.

¿Para qué?

Para que caiga en el vacío y se halle ante la evidencia.

Porque quien se apretaba a arrasar un obstáculo y no lo encuentra, cae en el vacío y se contiene. Traducida al lenguaje cotidiano, semejante actitud se llama retorno sobre sí y reflexión.

Por brutal que sea el agresor y por encoquecido que esté por la pasión, es un hombre y el espíritu de justicia opera en él, queriendo o no lo quiera. Si te castiga injustamente, sabe lo que merece y lo espera. Pero no sólo no recibe medida por medida

sino que se deja arrastrar a cargarte con lo que él debería soportar duplicando así la medida. Es imposible que en determinado momento algo no se mueva en su alma oscura.

74. DE LOS RIESGOS Y PELIGROS

Si, ¿pero si el imbécil, en lugar de darme otro bofetón en la mejilla que le ofrezco, tuviera necesidad, para comprender que no puede continuar, de propinarme un centenar de bofetadas? ¿O si le fuera necesario nada menos que asestarme un mazazo en la cabeza para abrir los ojos?

¿O si aquel, en lugar de comprender en ocho días adónde quería llegar yo con mi ayuno, hiciera esperar su comprensión ocho meses?

¿Entonces?

Pues sí, amigo mío, eso podría ocurrirte. En todo caso, lo menos que pueda ocurrirte es arriesgar mucho y sufrir mucho. Pero si tenéis miedo de arriesgar, de sufrir y de morir, no servís ni para la no violencia ni para la violencia.

Calzáos entonces las pantuflas y permaneced en vuestro aposento hasta que la gripe, la desintegración del átomo o la decrepitud den cuenta de vuestra prudencia.

75. DE UNA BELLA AUDACIA

De modo que, si comprendo bien, la no violencia es un modo de forzar al adversario (pues hay allí una fuerza), de forzarlo a reflexionar, de hacerle ver su error, de mantenerlo con los ojos abiertos ante sus fechorías hasta que la verdad se le imponga. Y usted se tituba no violento, ¿no es cierto?

¡Pues bien! ¡Me parece entonces que hace gala usted de una bella audacia!

¡Pues si comprendo bien, es usted quien posee la verdad!

¡La verdad es su propiedad, su coto de caza, su negocio!

¡Y los otros, los pobres! ¡A éstos que giran en las tinieblas del pecado sólo los dejará usted tranquilos cuando hayan dicho Amén!

El argumento es sólido pero cabe invalidarlo.

Cabe asimismo devolverlo, pues enuncia la posición exacta de todos los violentos.

Todos ellos tienen razón en todos los puntos, mientras que sus adversarios se equivocan en todo en forma absoluta, ridícula, enloquecida.

Todos los que disputan explican esto y aquello, cada cual se explica y nadie escucha.

Ya sean dos ramerías que se dan de escobazos ante las puertas

de sus casas o dos naciones que hacen lo propio por vía diplomática.

Antes de toda acción, Gandhi pide a los suyos que se interroguen a sí mismos para percibir cuál pueda ser su parte de culpa en el conflicto creado.

En segundo lugar, que se acusen ante el enemigo (estamos lejos de los procedimientos de la propaganda justificadora).

En tercer lugar, que ofrezcan una reparación y que hagan penitencia en público.

En fin, que consideren los golpes, las injurias y las pérdidas que hayan de sufrir en el combate mucho menos injustas de lo que parecen. Que las soporten en expiación de los pecados del mundo, en los que tienen una parte, y de los del enemigo, de los que son corresponsables.

Aun cuando en este asunto nuestra parte de falta sea como una brizna de paja y la del enemigo como una montaña, nos será preciso sacar aquella brizna a la luz y quemarla en el fuego antes de que nos asista el derecho de ocuparnos de la montaña.

¡Es locura —diréis— dar a los otros el palo con que me castigarán! El enemigo ignora mi falta y la mejor prueba consiste en que me acusa de todo, salvo de ella!

(Sí, y esto ofrece una doble ventaja: la seguridad de que vuestras fechorías quedarán bien ocultas y la de poder responder a las acusaciones con la noble indignación del inocente.)

Cierto: vuestro enemigo nada sabe. ¡Nada sabe, pero lo sabe! Como quiera que sea, mientras mantengáis oculta vuestra falta (aquella falta que el enemigo no descubrió ni adivinó y cuya confesión lo asombrará), no recibiréis otra respuesta a vuestras acusaciones que este grito: ¿Y tú?

Al paso que vuestra confesión lo inducirá a retornar sobre sí mismo.

76. DE LA NO VIOLENCIA EN EL ERROR

Pero, ¿y el no violento que se engaña? ¿El desdichado que, con heroica valentía, presta testimonio en favor de un derecho imaginario o de una idea falsa?

Nunca faltan estos fanáticos, dispuestos a morir por cualquier ensañación incongrua.

Si alguien ha de ser fanático, más vale que lo sea a sus propias expensas dentro del marco de la no violencia antes que descarrilar sobre otro sus furros. Por lo que toca al error que acaso sobrevenga en un espíritu sincero y sano, la experiencia de la no violencia ha probado su eficacia y, así, una y otra vez ocurrió que en los ayunos, los sufrimientos, la larga espera, los fracasos reiterados, aquella verdad que el propio testimonio debía imponer

al adversario, pero que era ignorada por quien debía imponerla, se impuso al ayunador.

En otros términos, no cabe servirse de la no violencia para "dar cuenta del adversario", pues la no violencia siempre da la razón a la razón.

77. DE LOS ABUSOS DE LA NO VIOLENCIA

¿Es posible abusar conscientemente de la no violencia?

Quien se entrega al abuso busca en general el propio beneficio o el propio placer, pero, como la no violencia no promete nada semejante, no se presta a ello.

Sin embargo, existe algo que pueda parecersele: lo que vulgarmente se llama "chantaje sentimental". Este se practica frecuentemente entre padres e hijos así como entre amantes. Hace entonces palanca sobre las debilidades del apego y no sobre los resortes de la justicia y de la conciencia, y extrae sus fuerzas de una fuente enfermiza. No puede salirse de un círculo estrecho, en el cual no es más que una indecencia entre otras.

Pero si la no violencia es la fuerza de la verdad, apenas la verdad le falte su punta se embotará y ya no encontrará donde clavarse. El abuso es pues en ella casi imposible, al paso que, en la fuerza, por lo contrario, es casi imposible la distinción entre uso y abuso cuando se trata de conflictos o de penas infligidas al prójimo.

78. DE UNA DETESTABLE MODESTIA

Todo esto es sin duda muy hermoso, pero no somos santos, dicen las gentes con detestable modestia.

¿Qué dice de sí mismo aquel Gandhi de quien se discute si fué más santo que sabio o más héroe que santo?

Dice: "Soy un hombre como los demás". Percíbese en la frase la humildad del santo y la moderación del sabio. No obstante, ni por humildad ni por moderación Gandhi habría dicho una cosa que no hubiera creído verdadera.

Y en un sentido es cierto: no era ni extraordinariamente inteligente o sabio, o cultivado, o elocuente, ni estaba dotado para las artes ni inspirado por el cielo, ni lucía, por cierto, una fascinante belleza.

Pero el mismo hecho de ser "como los demás" constituye una de las enseñanzas más demostrativas y estimulantes que nos da, pues si, siendo como nosotros, supo alcanzar tan grandes cosas, entonces no poseemos, para no hacer nada, la excusa demasiado fácil de nuestra mediocridad.

No se trata de ser "santo". Se trata de ser hombres. Se trata

de vivir. De sobrevivir. De que no quedemos sumergidos en cuerpo y alma. La no violencia nos invita a los esfuerzos y a los sacrificios, pero la violencia y la cobardía nos empujan al abismo.

79. DE LA CAPACIDAD DE LOS EUROPEOS

¿Son capaces los europeos de no violencia? ¿No son, al menos en número, extraños y refractarios a ella por naturaleza y por tradición?

Ciertos pueblos están mejor dotados y mejor preparados que otros para este género de hazañas. Después de los hindúes, los negros están acaso llamados a ocupar un lugar de primer orden a causa de aquella misma sencillez de que las otras razas se aprovecharon para reducirlos a esclavitud y obrarlos con su derecho. Acaso éstos "últimos sería los primeros", esta piedra olvidada en el cantero sea aquella "que se erigió en piedra fundamental". Comenzaron a mostrar en Ghana y en los Estados Unidos de Norteamérica que la lección de Gandhi les llegó al corazón.

Existe una profecía antigua en África Central que reza poco más o menos así (citado de memoria):

"Eristamos en el Comienzo... y nosotros fuimos quienes obrieron las puertas."

"Luego llegaron hombres más claros que nos dominaron, nos pusieron a trabajar pero no nos despreciaron. Y luego perecieron."

"Luego vinieron hombres más claros que nos sojuzgaron y despreciaron. Y perecerán."

"Nosotros, los últimos, cerraremos las puertas."

Responderé: ¿son los europeos hasta ese punto inferiores a los hindúes y a los negros? ¿Son tan estúpidos que no saben rendirse a la evidencia, adoptar una actitud razonable y valerosa y seguiría mejor que nadie hasta las últimas consecuencias?

Ningún pueblo, en su masa, se siente llevado a la no violencia. Si existe elección entre las armas buenas y malas, todos, sin titubear, optan por las malas.

Si los indios siguieron a Gandhi en número tan grande, ello se debe a que no se les ofrecía otra alternativa. Se hallaban sin armas y desposeídos ante un Imperio superiormente armado y organizado.

Pero he aquí que, en virtud de un giro de la Dialéctica de la Historia, Occidente se halla en el mismo caso, si bien aun no lo ha advertido, pues el absurdo exceso de armas que los propios poseedores temen tocar constituye una impotencia semejante a la falta de armas.

Y los creadores del Progreso y de la "Modernización de la Defensa" son rezagados que se creen en los hermosos días de Napoleón o de la reina Victoria.

80. DE LA CAPACIDAD DE LOS MILITARES

Hoy mismo vemos en Inglaterra a un mayor orgulloso de sus condecoraciones que estudia y publica un plan de Defensa no violenta del país.

Hasta el presente, la no violencia era un negocio de profetas que no andaba muy bien. ¡Pero ahora que los militares se mezclan en él, dará beneficios!

Bromas aparte no es la primera vez que los guerreros se alistan en las filas de la no violencia, y la cosa no sorprenderá a nadie que haya leído las páginas precedentes sobre el Héroe. Quienquiera sea noble de sangre y de corazón ha de reconocer que no hay lugar para las virtudes heroicas en las repulsivas matanzas en masa y mecánicas, y ha de rechazar la guerra moderna en tanto que guerra. Al paso que en las nobles disciplinas de la no violencia hallará pan para el valor y agua para la sed de honor.

Abundan los ejemplos de guerreros convertidos —desde el emperador Ashok hasta San Martín de Tours— que arrojaron las armas de muerte para empuñar las armas de vida. Pero para volver a nuestro tiempo, ningún ejemplo más admirable que el de aquel general Rondon, héroe nacional del Brasil, pacificador de los indios salvajes de las lejanas zonas del país y cuya divisa era: "Más vale hacerse matar que matar".

Gandhi no tenía discípulo más ferviente que un gran jefe guerrero de las tribus montañosas del noroeste, musulmán por añadidura, Abdul Ghaffar Khan. Los Sikhs, guerreros tradicionales desde tiempos inmemoriales, se alistaron no en masa sino disciplinadamente en la revolución gandhiana y realizaron una salida memorable, vestidos de gala, con el turbante en alto, las armas a los costados, el pecho condecorado y descubiertos, en aquellas batallas disciplinadas de la no violencia que fueron las jornadas de Bombay. Agreguemos que Vinoba intenta reclutar en la India un verdadero ejército no violento y procura poner en pie de guerra pacífica a setenta mil hombres.

Y usted, general de Gaulle, que a veces logra asombrarnos con acentos humanos que poseen un sentido común muy poco común en estos días, ¿qué espera usted para extraer las consecuencias prácticas de sus comprobaciones sobre el carácter

¹ National Defence in Nuclear Age, de Kih-Sell.

demenzial del conflicto que amenaza con devorar continentes en un abrir y cerrar de ojos.

La no violencia tiene una larga historia en Occidente. Tuvo aquel sus apóstoles, sus héroes, sus teóricos, sus poetas, sus revolucionarios. Logró aquí sus victorias, sin duda menos célebres que las de Gandhi en la India, pero no obstante grandes y significativas, que invitan a reflexionar y permiten esperar.

81. LA CARTA DE LA NO VIOLENCIA

El Evangelio es la carta de la No Violencia occidental:

"Bienaventurados los mansos, pues poseerán la tierra..."

"Amad a vuestros enemigos, bendecid a quienes os maldecen..."

"Si te pegan en la mejilla derecha, ofrece la mejilla izquierda. Si te quitan el manto, has de dar también la túnica."

"Envaina, Pedro, la espada: quien emplea la espada perecerá por la espada..."

He ahí los artículos de la Carta en su texto original, tales como están enunciados, sin explicación, pues bastan y sobran para quienes tienen oídos para oír; sin otro comentario que los de los hechos y de las actitudes y evangélicas, y sobre todo, del hecho supremo: la Pasión.

El cristianismo que niega, pasa por alto, olvida la enseñanza de la No Violencia contenida en estos artículos quita al "fuego" que Jesús vino a "encender en la tierra" su llama, quita la punta a la "espada" que nos ha traído, quita "el sabor" a la "sal".

82. LA NO VIOLENCIA, ARMA DE LOS MARTIRES

Desde nuestra infancia, los actos de los primeros cristianos son para nosotros más un motivo de veneración que de reflexión crítica.

Pero si consideramos su actitud constante como un método, lo asimilaremos a lo que Thoreau y Gandhi llaman Desobediencia Civil, cuya actitud culminante y decisiva era la negativa a ofrecer sacrificios a los ídolos¹, generalmente corrobora por otras negativas: la de recurrir a los tribunales para defenderse, la de

¹ Acompañaban a veces la negativa destruyendo estatuas; notemos aquí, como en la India, el aspecto agresivo, provocador, vehementemente de la no violencia que, preciso es decirlo, nada tiene que ver con la no resistencia, la fuerza de inercia, la resignación a la fatalidad, el consentimiento a la injusticia, a las mentiras, a los desbordamientos del prójimo, sino que se define de este modo: resistencia al mal por la fuerza del Espíritu.

defenderse ante los tribunales, la de poseer legalmente, la de llegar al poder, la de empuñar armas...

Semejante resistencia les valió la execración del mundo civilizado, comprendida la de grandes espíritus como Tácito, Marco Aurelio, Plotino. Para la mirada de la prudencia mundana, preciso es decir que la negativa a ofrecer incenso a los ídolos parece del todo insensata: si el ídolo es un trozo de madera o de metal y el incenso un poco de humo, el sacrificio fácil ejecutado bajo coerción es un hecho vano y nulo, pero capaz de calmar a la multitud estúpida y hostil. Mucho más vano y hasta loco sería rehusarse a ofrecerlo, exponiéndose así a hacer caer, una después de otra, las mejores cabezas de la comunidad, a diezmar a los muy poco numerosos portadores de una herencia infinitamente preciosa... Pero aquí como siempre, la prudencia mundana se muestra negativa, presuntuosa, ciega, incapaz de aprehender la realidad en su profundidad y, por consiguiente, de prever el futuro, aun el próximo. Sólo la No Violencia fue perspicaz y efectiva. Adoptada por un grupo estrechamente unido, consciente de los principios doctrinarios, de las resonancias místicas, de las disciplinas personales, de las consecuencias prácticas y sociales que de ella derivan, venció y trastornó de punta a cabo el mundo antiguo y, uno tras otro, a todos los pueblos bárbaros. A medida que estos avanzaban como vencedores, los iba venciendo.

83. ATILIA ANTE LOS LEONES Y LOS LOBOS DE LA NO VIOLENCIA

Oleada tras oleada, las Invasiones bárbaras habían roto los diques del Imperio romano cuando surgió el flujo de marea que empujaba a todas: Atilia, con sus jinetes avasalladores y sin número. Se decía: la hierba no vuelve a brotar por donde él pasa.

Pero el "Azote de Dios" se golpeó dos veces contra la No Violencia, y la segunda vez el choque lo dejó quebrado.

Primero fué en Troyes. Tomó la plaza y entró en la catedral, adonde la población despavorida se había refugiado junto a San Lupo¹, su obispo. Todo el mundo volvía la espalda al que entraba y mantenía los ojos fijos en la hostia, alzada por el ofi-ciante. Ante aquel silencio poderoso, el vencedor permaneció estupefacto, salió, llamó a sus hombres, y abandonó la ciudad sin saquearla.

El año siguiente entraba en Italia y se precipitaba sobre Roma, donde cuando adolescente había quedado como rehén. Se proponía vengarse de esta ciudad ejemplarmente, con una vengaza digna de su orgullo herido. Un río obstruía la ruta. Ya había descubierto el vado y empujaba hacia el agua a su cabalgadura

¹ En italiano lupo: lobo (N. del T.).

cuando percibió en la otra orilla una columna que subía a su encuentro, pero que no iba armada con lanzas sino sólo con un crucifijo. A la cabeza y sobre una mula, tocado con la tiara, iba el papa San León. La procesión cantaba mientras avanzaba. El bárbaro se turbó, dió media vuelta y jamás volvió a Roma.

84. LA NO VIOLENCIA, FUNDAMENTO DE LA IGLESIA

Cuando la Iglesia se constituyó en cuerpo soberano, cuando todo el mundo pudo entrar en ella sin pena y sin riesgo, entonces también entró el espíritu del mundo, y el "Príncipe de este Mundo" tuvo su desquite. La Iglesia cristiana trató con las potencias de este mundo más o menos cristianizadas, y ella misma era una potencia de este mundo más o menos semejante a las otras. Entonces la No Violencia y la pobreza evangélicas (la una no se da nunca sin la otra), entonces el espíritu de profecía, las curaciones, los milagros, las gracias sobrenaturales se hicieron cada vez más raras. Surgieron los ejércitos papales, los presídios papales, las Cruzadas, las hogueras, las guerras de religión, la justificación de las guerras nacionales o coloniales, de las opresiones y represiones de toda especie. No podemos negar tales hechos, no nos proponemos erigirnos en defensores de ellos... pero tampoco en sus acusadores.

Esto sentido, sostenemos que se trata de un aspecto accidental y temporal de las cosas. La doctrina auténtica y permanente de la Iglesia sigue siendo profundamente pacífica, superior a las divisiones de razas, de naciones, de clases, respetuosa de la naturaleza y de lo humano, y moderada.

Lo mismo es su estructura esencial. Ninguna dignidad puede adquirirse a mano armada y en ella la autoridad se ejerce sin ninguna forma de coerción. Su título más alto es el infantil y familiar "Papá". Por esto difiere totalmente de todos los Imperios y de todas las Repúblicas. Las inmensas riquezas que recauda proceden de contribuciones semejantes a los impuestos con que todo los Estados gravan a sus súbditos, pero aun en esto la diferencia es harto apreciable. Pues en todos los regímenes el cobro de los impuestos depende del temor de las sanciones para el menor retraso, mientras que, en todo su esplendor, la Iglesia sigue siendo un portoso parado en una esquina...

85. ENTRE LOS SANTOS Y EN LAS SECTAS

La carencia de virtudes evangélicas en el grueso la Cristianidad dió lugar a sobresaltos, despertares y retornos. En todos los siglos se irguieron dos clases de hombres cuya historia es la de la No Violencia en Occidente: los Santos Reformadores y los

Fundadores de Sectas. Se oponen y se asemejan. Unos corrigen la Iglesia desde dentro, la renuevan con su fervor, fundan en su seno una Orden, una Obra, una Escuela de espiritualidad, y los otros se rebelan o se hacen arrojar de ella e intentan fundar una Iglesia nueva, semejante a la de los primeros tiempos.

Pero cuando obedece a Dios antes que a los hombres, a menudo el Santo pasa por herético o rebelde, padece persecución y condenación y sólo se lo canoniza después de habérselo dado muerte. Mientras que a veces el Herejarca ostenta las altas virtudes, el fervor, la pureza, la caridad y los carismas que son la marca de los Santos.

La más célebre secta de la Edad Media es la de los albigenses, que se decían Cátaros, o Puros, y que practicaban, en efecto, la pureza y la No Violencia. Fueron exterminados por una guerra que extinguió la amable y floreciente civilización provenzal. Podría verse en esta tragedia un fracaso total de la No Violencia. Pero dos observaciones invalidan semejante conclusión: la primera consiste en que no se trata de una resistencia no violenta que la fuerza brutal hubiera suprimido, sino de una guerra en la que la violencia se desencadenó en ambos bandos; la segunda, en que bajo el nombre de albigense se confundieron dos especies de hombres que, para su desdicha, permanecieron harto separados: de un lado, el pequeño número de los "puros" o "Perfectos", y del otro, el gran rebaño del pueblo que ellos habían separado de la Iglesia, sin admitirlos en su comunión por no encontrarlos dignos de ella y a quienes aquella doctrina demasado pura, que rechazaba cuanto perteneciera a la naturaleza y la carne, dejaba librados al abandono, la desmoralización y desesperación. No fué la No Violencia de los Cátaros sino la violencia y la impureza de sus defensores lo que perdió a unos y a otros.

* * *

Luego vino el Renacimiento de los dioses paganos, la Reforma y las guerras de religión. Batíanse para ver quien era mejor cristiano y parecía evidente que el mejor sería el que matara al otro. Pero existían las sectas para reformar la Reforma, y los Santos para impedir que prevaleciera las Puertas del Infierno. Existieron los menonitas y los mormones, los amish de Holanda, los dukhobora de Rusia, los huteritas de Suiza y de Alemania, todos los cuales buscaron refugio en América contra las persecuciones y allí formaron comunidades fraternales, pacíficas y cerradas. Hoy existen entre nosotros los Testigos de Jehová, los adventistas, los Amigos del Hombre.

* * *

Hay que conceder un lugar aparte a los cuáqueros, a sus predicaciones y tribulaciones en tierra cristiana, tan semejantes

a las de los primeros cristianos en las sinagogas judías y en el mundo pagano. Uno de ellos, William Penn, en su aventura en la región de las selvas que aún lleva su nombre¹, mostró que cabe abordar al salvaje de otro modo que para matarlo, subyugarlo o pervertirlo so color de convertirlo y de civilizarlo, que cabe correr el riesgo de abordarlo como hermano y de confiar en él.

* * *

De ello los jesuitas del Paraguay realizaron una experiencia más completa, más perdurable, más admirable aun en sus "Reducciones", donde pusieron al indígena al abrigo de la esclavitud y de la corrupción y le otorgaron, en la igual repartición de los trabajos y de las cargas, la distribución gratuita de todos los bienes y la libre elección de los jefes, el régimen de independencia rural y artesanal que Gandhi y Vinoba soñaron con instaurar en la India bajo el nombre de *Gramradj*?

86. LA NO VIOLENCIA REVOLUCIONARIA DEL SIGLO XIX

El siglo XIX inaugura la era de las guerras santas de la revolución social. El motivo legítimo de los homicidios colectivos y sistemáticos no es ya la Caridad de Cristo ni la Gloria de Dios sino la Felicidad de la Humanidad. Algunos pocos solitarios cayeron en la cuenta de que, para obtener fin tan deseable, debían existir medios mejores que las intrigas, las conspiraciones, los golpes de Estado, los asesinatos, el terror. Que para alcanzar la justicia y la paz era menester hallar medios justos y pacíficos. Que tales medios seguían siendo los mejores aun cuando fueran más lentos y más difíciles, pero que también era posible que, siendo más lógicos, fuesen más sencillos y expeditivos.

Había nacido la doctrina de la No Violencia cívica. Tuvo sus dos grandes apóstoles en los dos extremos de Occidente: en América, *Theoreau*; en Rusia, Tolstoi. Puédese añadir en Inglaterra el nombre de John Ruskin. (Gandhi bebió en estas tres fuentes, además de en el Evangelio y la Gurrá, halló allí casi todos los elementos de su pensamiento.)

Theoreau había meditado sobre las páginas inmortales de Etienne de la Boétie, *De la Servidumbre Voluntaria* (mediados del siglo XVII). Descubrió en ellas el punto de apoyo de la palanca de la acción directa no violenta. La Boétie se asombra de que, a diferencia de los animales no racionales, el hombre se subyugue a sí mismo con tanto celo y afán. En realidad, los poderosos que lo oprimen no cuentan con más poder que el que

¹ Pensilvania.

² Clovis Lugon, *La République des Guaranis*.

él les otorga. Los tiranos nada pueden por sí mismos, sino que los súbditos los tornan poderosos al creer que lo son.

Thoreau extrae de esto la conclusión de que el ciudadano que obedece las leyes y las órdenes sin discutirías en su fuero interno sólo cumple la mitad de su deber y, a menudo, hace lo contrario de lo que debiera, pues cada vez que la Ley funciona contra la justicia, cada vez que a un jefe se le ocurre convertirse en déspota, el ciudadano se vuelve instrumento y cómplice de la injusticia. Para su bien y para el de todos, deberá pues aprender la "Desobediencia Civil".

Apenas los hombres se unen en número suficiente y aplican este principio con audacia y rigor, desplégase un poder considerable hasta el punto de que sea posible liberar de sus ocupantes a una nación sometida sin que se dispare un solo tiro, des-hacer ejércitos sin que se libere una batalla, rehabilitar una clase oprimida sin que se alcen barricadas, abatin un régimen sin que se cuelgue a nadie de los faroles, poner fin a los abusos financieros, detener guerras, como Gandhi y otros debían probarlo.

87. JAQUE AL EMPERADOR EN HUNGRÍA, REBELIÓN FUNERARIA EN POLONIA Y EL CRISTO DE LOS ANDES

En la segunda mitad del siglo pasado, los húngaros, que sufrían el yugo austriaco, se separaron disciplinadamente del gobierno de Viena, proveyeron ellos mismos a la instrucción pública, la justicia, la producción industrial y agrícola, se negaron a comprar mercaderías austriacas y a pagar el impuesto. Las confiscaciones y las ventas que sobrevinieron costaron más de lo que rindieron. La policía, los tribunales, las prisiones quedaron rebasadas por el número de delincuentes de honor. Las fuerzas del orden ocuparon el país. Los húngaros albergaron y alimentaron a oficiales y soldados, pero nadie les dirigió la palabra. El Emperador creyó oportuno entonces imponer a los húngaros el servicio militar obligatorio y chocó contra una nueva y más completa negativa. En 1857, después de cinco años de lucha y sin que se derramara una gota de sangre, los húngaros ganaron su causa.

En la misma época Polonia gemía bajo la bota rusa. En vano reclamaba al zar un Parlamento. El alzamiento que entonces tuvo lugar podría llamarse Rebelión Funeraria.

Había muerto un poeta patriota y su cortejo fúnebre no acababa de desfilar. La policía se alarmó e impartió a los asistentes la orden de dispersarse, pero el cortejo continuaba desfilar. Lanzó sobre ellos una carga de caballería, pero el cortejo, de-

jando muertos y heridos en el pavimento, volvió a formarse y desfiló hasta la noche. A todos los muertos de esta jornada se rindieron funerales parecidos. Toda la nación se entoló por un año. Resultado: Polonia obtuvo del zar un Parlamento. Contrapueba: tres años después, Polonia recurrió a la rebelión armada, y los rusos, que no pedían nada mejor, la aplastaron.

* * *

Habiéndose puesto tensas las relaciones entre Argentina y Chile, los dos ejércitos marcharon uno hacia otro por los altos desfiladeros de los Andes. Pero de uno y otro lado un obispo se adelantó a las tropas. Los dos obispos se encontraron para cambiar el beso de paz bajo las miradas de los soldados. Y en lugar de combatir, sellóse un pacto de alianza y de amistad perpetua entre las dos naciones. En aquel paso se alza una cruz para conmemorar la victoria sin víctimas.

88. PRESENTE Y FUTURO DE LA NO VIOLENCIA

Hay una respuesta y una compensación a las guerras mundiales del siglo xx: la respuesta, la compensación es la Epopeya gandhiana.

¡Que quien tenga oídos para oír, oiga! ¡Que quien no esté ensordecido por el miedo y el ruido, que quien no esté cegado por el lucro o el odio, perciba la significación de este paralelo! ¡Y que nadie diga que la Providencia no vela, que el mundo es absurdo!

¿Puedese señalar algunos altos hechos de la No Violencia en el Occidente contemporáneo?

La liberación de Irlanda se cumplió casi paralelamente a la de la India. En conjunto, fué extremadamente sangrienta, si bien algunos actos no violentos la ennoblecieron, el más famoso de los cuales fué el sacrificio del joven alcalde de Cork, que se dejó morir de hambre en la prisión por el avance de la causa nacional.

En 1909 las mujeres de España opusieron obstáculos a la guerra impopular de Marruecos tendiéndose a través de los ríeles, ante los trenes que debían transportar las tropas. En 1914 un millón de obreros impidió al gobierno de Madrid entrar en guerra junto a los Aliados. El año pasado los estudiantes de Salamanca y la ciudad de Barcelona opusieron una resistencia silenciosa a la dictadura.

En 1950, Viena, devastada y arruinada por la guerra, estaba dividida en cuatro zonas, la más importante de las cuales la fiscalizaban los rusos.

Los soviéticos pensaron que el pequeño país desmoralizado y sometido les caería en las manos como un fruto maduro.

Hicieron lanzar una orden de huelga general que suminstraría el pretexto para una ocupación completa. La muchedumbre de obreros que iba al trabajo halló obstruido por barricadas el puente Floritzdorfer, detrás del cual se alineaban tanques blindados. Durante algún tiempo el muro humano y el muro de acero permanecieron cara a cara.

Luego, en silencio, el muro humano avanzó, las barricadas fueron barridas en un abrir y cerrar de ojos y los tanques blindados se batieron en retirada.

En el África negra, N'Krumah, inspirándose en Gandhi, liberó de los ingleses a su país, Ghana.

En mayo último, en Colombia, la "dictadura mejor armada del hemisferio" se desplomó en un día ante la resistencia unánime de la población, y en particular de las mujeres, que se hicieron arrearar en masa. El conductor de esta ofensiva fulminante y pacífica se llama Alberto Lleras.

El solitario, oscuro y silencioso sacrificio en todos los países de Europa y América, de quienes oponen razones de conciencia a la guerra, no llegará a resolver el problema de la guerra, pues el ejército no es más que el instrumento de ésta y no su causa, y la negativa deja intacta la causa permanente de las guerras, que es el Abuso. Mas por lo menos lograrán hacer reconocer un derecho fundamental del hombre, derecho que las democracias pisotean más de lo que lo hicieron los imperios bárbaros: el derecho de no matar.

El suizo Pierre Cérésolle era uno de ellos. Se negó no sólo al servicio armado sino también a pagar los impuestos de guerra y, renunciando a su herencia, fué a vagabundear por el vasto mundo, ofreciendo sus servicios a quienes lo albergaban. Al término de la primera guerra mundial, hizo pasar las razones de conciencia de lo negativo a lo positivo e instauró, como contrapartida del servicio militar obligatorio, un Servicio Civil Internacional Voluntario que había de socorrer a toda población castigada por un azote, en particular por las devastaciones de guerra. ¡Este ejército de la paz es diminuto para librar el inmenso combate que, hasta ahora, no había comenzado por falta de combatientes! ¹

¹ No olvidemos el don de toda su vida que hicieron por la objeción de con-

Más pequeña aun, la Orden laboriosa del Arca es, sin embargo, única en esto: que se trata al mismo tiempo de una escuela de vida interior y que la no violencia encuentra en ella aplicación en todos los planos: el religioso, educativo, médico, social, judicial, económico, estético, alimenticio.

La lucha de los negros de Alabama en los Estados Unidos contra la segregación finalizó no hace mucho con una victoria total. Conducida por un pastor, Martin-Luther King, dió lugar a arrebatos religiosos colectivos.

En la Norteamérica blanca, un grupo de católicos encabezado por Dorothy Day y Ammon Hennacy publica un periódico titulado *The Catholic Worker*. Se distinguen por su audacia, su caridad y su buen sentido (que los hace pasar por una especie de locos). Todos los años conmemoran mediante ayunos públicos de expiación el crimen de Hiroshima, rechazan el servicio militar y los impuestos de guerra, se presentan en los centros experimentales de la bomba, se hacen apresar por la policía y los vecinos incendian sus casas, practican la pobreza voluntaria, fundan asilos de vagabundos y comunidades rurales e incurrren en otras extravagancias de este género.

Hubo en París el relumbrón de Garry Davis, quien hizo una entrada feliz y espectacular. No era más que una actitud y ruido. No aportaba una acción y ni siquiera una dirección. Y luego desapareció.

En fin, surgió el bandido de Sicilia, el más enojoso de todos los bandidos, enemigo de la buena tranquilidad de las gentes de bien: *"Danilo Dolci, Hombre de profunda bondad, de perfecta sencillez, joven y no obstante ya sabio, parlante y fuerte como un buey, es, me atrevo a decirlo, de la madera de que estaba hecho Gandhi."*

El socorro de los pobres, a que se entrega con el sacrificio de su presencia y perfecta disponibilidad entre ellos, con ayunos y llamamientos de ayuda al mundo entero, se emparenta con las empresas del Abate Pierre y del doctor Schweitzer, que cabe incorporar, me parece, a la historia de la No Violencia revolucionaria, tanto por la madurez de conciencia que exigen de todos como por aquella pizca de "cólera de amor" que jamás puede faltar a la Fuerza-de-la-Verdad.

El escándalo de las torturas en la guerra de Argelia (guerra tanto más atroz por llamársela pacificación: la violencia y la ciencia los pastores André Trocandé y Henri Roser, así como Camille Drevet, Tampooco los estudios, escritos, ayunos y protestas de Louis Massignon para alcanzar la paz con el Islam dentro de la comprensión y la justicia.

mentira van en pareja) dió lugar a diversas protestas provenientes de los sectores más contrariados: católicos, protestantes, militantes de tal o cual partido, se sorprendieron al encontrarse unos junto a otros. Se produjeron dimisiones de generales y de universitarios; académicos y filósofos salieron a la calle y otros ayunaron. Todo ello se hizo espontánea y simultáneamente, pero sin coordinación.

Abandonando las labores de primavera y a sus amigos, los Compañeros del Arca Invadieron la cercana usina de Marcoule, rompiendo los cordones policiales, para protestar contra el proyecto de fabricación de la bomba de plutonio, y se negaron a evacuar aquellos lugares hasta que fueron arrojados de allí a empujones. Poco después, emprendieron un ayuno de quince días en las cercanías de la misma usina, mientras otro equipo hacía lo propio ante el Palacio de las Naciones, en Ginebra.

En dos ocasiones, en Inglaterra, largos cortejos de tres kilómetros se dirigieron, el día de Pascua desde Londres hasta la usina atómica de Aldermaston. Otros ingleses emprendieron un asalto no violento a las Rampas de Lanzamiento de Skerffham y fueron brutalmente maltratados y arrojados a la cárcel en número de cuarenta.

Entre las resistencias no violentas hay que citar la negativa de los dieciocho sabios alemanes a colaborar en la fabricación de la Bomba, y su noble dimisión.

Quienes se oponen a la guerra por razones de conciencia son por lo demás más numerosos en Alemania y en Japón que en cualquier otra parte.

Admirable por el valor fué la tentativa de dos capitanes de navío de dirigirse con sus familias a la zona del Pacífico vedada y peligrosa. Las tripulaciones del *Golden Rule* y del *Phoenix* estaban dispuestas a contraer la lepra atómica para llamar la atención del mundo sobre la Desintegración.

• • •
¿Cuál es el porvenir de la No Violencia en Occidente? El interrogante podría formularse también en estos términos: ¿tiene Occidente un porvenir?

La buena nueva, lo único eternamente nuevo, consiste en que otro camino se abre.

No hay que desdeñarlo como demasiado fácil: ¡el camino de la paz no es reposado, no es suave el camino que llevará a los mansos a la posesión de la tierra!

89. DE LOS PRIMEROS PASOS

Vayamos a las conclusiones prácticas, pues el tiempo apremia: ¿cómo impedir a los dos bloques que fabriquen más bombas

y que se las envíen luego por encima de nuestras cabezas a través de nosotros?

El tiempo apremia, en efecto. Un sabio decía: "Sepamos, entonces, no apresurarnos".

Su amplitud de visión y su abnegación lo honran. ¡Piensa usted poner orden inmediatamente en los asuntos mundiales y... hace más que distraerse!

No hay que ensayar, se pretexto de que le tiempo apremia, dar el paso 33º antes que el primero, pues se perdería el tiempo. Os pregunto: ¿podrías, por magnánimos que fuéis, dar lo que no poseéis? Antes de instaurar la paz en el mundo es preciso que la hayáis hecho reinar en vuestra casa; y no puede estar en vuestra casa si no está en vuestro corazón.

No podéis instaurar la justicia en el mundo sin violencia ni coerción, imponiendo a vuestros actos y a los del prójimo los trucos para burlar la ley y otras reglas del juego. La justicia es no violencia y libre cuando la acción procede de dentro y cuando su orden refleja el orden que reina dentro.

Háblase de la no violencia como de una técnica o de una táctica, pero no es nada de esto y, cuando así se la determina, no se recurre más que a una imagen. No es ni un procedimiento, ni una receta, ni un sistema.

"Es una manera de hacer derivada de una manera de ser" 1. Como vimos, la justicia se funda en la Unidad y en la Igualdad. Precisemos: en la Igualdad exterior y en la Unidad interior.

Pero, ¿poseéis esta Unidad interior?

¿Sabéis sólo qué es?

Pero sobre todo, ¿sabéis que no la poseéis?

Si el lector se molesta porque aventuro sobre él un juicio temerario sin conocerlo, ello indico que él en el blanco y que mis palabras se dirigen a él no para insultarlo sino para advertirlo. Pero el hombre que posee semejante unidad interior y sepa qué es ella, no será alcanzado, pues sabe cuán rara es y de cuán difícil adquisición. Por lo demás, es inaccesible a los puntos triablas del amor propio.

Ante todo es menester que os preparéis para la no violencia. Todo el mundo sabe que para la guerra son necesarios años de preparación y, es más, una preparación para tal preparación, desde la infancia, en la familia y en la escuela.

¿Cómo habría de ganarse la paz con menores esfuerzos?

Doble tarea: debemos no sólo aprender el modo nuevo sino desprendernos del antiguo que nos fué inculcado en todos los tiempos y cuyo modelo se nos impone todos los días a través de cuanto nos rodea.

1. Aldo Capitini, *La Revolución Aperta*.

La preparación para la no violencia no exige que nos procuremos costosos equipos ni que nos despluguemos en un terreno de maniobras. Pero es menester que nos ejercitemos asiduamente y sin ahorrar esfuerzos, y de tres modos: *en secreto, en privado, en público.*

90. DE LA PREPARACION SECRETA

Por definición, no es publicable. No es que se trate de una conspiración ni de misas negras, ni de ritos mágicos, ni de contrasenas de una Sociedad secreta, celosa de sus privilegios ocultos.

Por lo contrario, nada es por naturaleza más sencillo ni más claro: trátase de la paulatina adquisición del conocimiento y de la posesión de sí mismo en vista del don del propio ser, de la concentración mental, del dominio de las emociones y de los sentidos, del adiestramiento corporal y de la regla de vida que a todo esto corresponde.

De derecho, es universal y está abierta a todos, pero resulta incommunicable por escrito (así como la escritura o la música no se aprenden en un libro). La transmisión ha de verificarse de labios a oídos, y exige demostraciones, vigilancia y precaución.

Respecto de ella nada más podemos decir; justamente por eso, debemos insistir tanto más sobre la importancia de este punto ignorado u olvidado por tantas personas, ignorancia y olvido que constituye la razón de sus fracasos, a pesar de la abnegación y buena voluntad, pues tales seres pasan de largo junto a lo esencial.

91. DE LA PREPARACION PRIVADA

"La no violencia es la más fina cualidad del alma, pero se desarrolla por la práctica" (Gandhi).

Si la no violencia es el arte de apaciguar los conflictos, no faltarán ocasiones de ejercitarla y hoy mismo podéis comenzar... o más bien mañana, pues la noche aconseja.

En efecto, los conflictos son lo que más abunda: no hay nadie que no tenga uno, pendiente o vivo, con sus padres o sus hijos, su esposa o su esposo, sus obreros o su patrón, su portera, su vecino o un transeúnte que lo pisa o le arrebató la cartera.

Comenzar por casos sencillos cuyo desenlace os parezca fácil (si bien lo será menos de lo que pensáis y, en desquite, aquél que parecía de solución desesperada se revelará por este medio, y sólo por éste, de solución factible).

Ejercitós ante todo con personas a quienes amáis y estimáis y quienes os estiman y aman. Antes de llegar a amar a vuestros enemigos, comenzad por combatir a vuestros amigos.

Dejad de lado las querrelas, las discusiones y las predicciones y ayunad hasta que el prójimo comprenda lo que por su bien y por el bien de todos debe comprender: que tal acción o tal actitud no son dignas de él, que tal abuso o tal abandono no le están permitidos... Sed pacientes y calmos en la medida de lo posible, pero sobre todo intrépidos y firmes, sin rodeos ni disimulos. Y buscad a alguien que os aconseje y aliente.

92. DE LA ACCION PÚBLICA

La preparación secreta y la preparación privada os hacen aptos para la acción pública, pero la acción pública es asimismo una preparación para la acción subsiguiente. No hay que librarse a ella sin preparación, pero tampoco hay que esperar ser perfecto para comenzar, en cuyo caso nos pasaríamos la vida aguardando, y ello es que los acontecimientos no aguardan para abatirse sobre nosotros. Por lo demás, cada uno de estos planos ofrece bases de experiencia distintas y específicas; por lo tanto, lo mejor es desarrollar los tres paralelamente y no sucesivamente. Basta con que los proyectos sean proporcionados a las fuerzas y a la iluminación de cada cual.

A menos que tenga una vocación especial, un neófito no debe lanzarse solo a la acción pública. Debe procurar entrar en una agrupación bien dirigida. Es necesario distinguir los maestros de la no violencia de los soldados o servidores de la no violencia. Los primeros son capaces de extraer desde el fondo de su ser un proyecto, de conducir y de instruir a los hombres. Gandhi recogió por millares a sus colaboradores en la calle, y éstos se ejercitaron y formaron siguiéndolo.

Diversos movimientos nacieron en Francia que realizaron manifestaciones silenciosas. Nosotros mismos lanzamos un movimiento de Acción Cívica No Violenta e instalamos Campamentos Periódicos de Instrucción y de Formación, sin hablar de nuestros Grupos de Amigos del Arca en las principales ciudades.

93. DE LOS DOS HOGARES DE EUROPA Y DE DANILLO

Dos hogares de no violencia gandhiana se encendieron en Europa en la última década: el de Danilo Dolci, en Sicilia, y el Arca, en Francia¹.

El manso bandido es nuestro amigo. Ayunamos juntos en el barrio de las Santas Espinas, en Paríntico, y dos hijos suyos

¹ En Bollène, Vaucluse, y en Puymergen, Charente.

pasaron un verano de prueba entre nosotros. Nuestras opiniones difieren sobre casi todo, tanto como nuestras personas y nuestros modos de ser, lo cual no impide un profundo acuerdo. Sobre muchos problemas que a nosotros nos parecen vitales y cruciales, él no tiene opinión alguna. Procura dar solución a una cuestión local que conoce a fondo y en semejante empresa está comprometido a fondo; no la abandonará, mientras viva, antes de haberla rematado. El hábito espiritual y religioso es muy insuficiente en él y en torno de él (expreso aquí un pesar y no una censura). Inventó la Huelga al Revés y supo —creo que por primera vez en Europa— hacer ayunar a aldeas enteras. Todos los que acuden a él para dar y servir tienen mucho que ganar y que aprender en su proximidad.

94. DEL ARCA O COFRADIA DE GANDHIANOS DE OCCIDENTE

Al Arca cabría hacerle el reproche inverso: que está más comprometida en la preparación espiritual y en una enseñanza completa que en una acción pública particular.

Nuestras intervenciones no han sido nunca más que testimonios y signos; no han sido empresas llevadas hasta el éxito.

Ello es que, para hacer, antes hay que ser, y nosotros nos hemos esforzado en lograr esto último. No consideramos la preparación espiritual como un medio sino como algo más importante que toda manifestación o victoria exterior. Nada más deseable en sí que colocar al hombre ante Dios y ante sí mismo. Los actos caerán del Arbol de Vida recobrado como frutos maduros y sabrosos.

La acción más eficaz, el testimonio más significativo en favor de la no violencia y de la verdad son éstos:

Vivir es más importante que descender a la calle, repartir volantes, hablar a las multitudes, ir de puerta en puerta, promover marchas y campañas, hacer irrupción en las usinas donde se fabrican bombas, emprender ayunos públicos, afrontar a la policía, sufrir golpes y cárcel (cosas que hacemos en ocasiones, y muy de buena gana);

Llevar una vida que esté presidida por el signo de la unidad y donde todo se dirija en el mismo sentido, pasar de la oración y meditación a la faena para obtener el pan de cada día, de la enseñanza de la doctrina al abono de las tierras, de la cocina al canto y a la danza en torno del fuego;

mostrar que una vida exenta de violencia y de abuso (tanto de violencia oculta como de violencia brutal, de abusos legales y permitidos tanto como de abusos ilegales) es posible, y que

hasta no es más difícil que una vida ávida de ganancias, ni más desagradable que una vida de placer, ni menos natural que una vida "ordinaria";

encontrar a todos los interrogantes que se formulan al hombre de hoy y de todos los tiempos la respuesta no violenta, enunciarla claramente y esforzarse en llevarla a la práctica: ¿existe una economía no violenta que no suponga ninguna presión y no se preste a ningún abuso? ¿Una educación no violenta de los niños y una enseñanza de la no violencia para los pequeños y los grandes? ¿Una autoridad no violenta que no se apoye en la fuerza y no comporte ningún privilegio? ¿Una justicia no violenta, una justicia exenta de sanción, o de sanciones exentas de violencia? ¿Una agricultura y una ganadería no violentas? ¿Una medicina no violenta? ¿Una psiquiatría no violenta? ¿Un régimen alimenticio no violento? Y ante todo, ¿está eliminada de nuestra vida religiosa toda violencia, aun la verbal, la mental, la violencia disimulada y disfrazada?

95. DE LOS ELEMENTOS DE UNA ECONOMIA NO VIOLENTA

Después de cuanto dijimos acerca del espíritu de lucro y del espíritu de juego, a nadie sorprenderá saber:

Que nos esforzamos en obtener directamente de la tierra nuestro sustento mediante el trabajo de las manos, evitando en la medida de lo posible el empleo de máquinas y el uso de dinero.

Que nos esforzamos en no violar ni deshacer el vínculo que Dios y la naturaleza establecieron entre lo que la boca pide y lo que las dos manos pueden producir.

Que reducimos nuestros deseos a nuestras necesidades, y nuestras necesidades a lo mínimo a fin de librarnos del trabajo excesivo.

Que vendemos el excedente de lo que producimos para nosotros mismos, pero nunca compramos para vender ni obtener beneficios con el intercambio.

Que ponemos en común nuestros recursos, si los tenemos, que puedan servir a la Comunidad, y renunciamos a lo demás. Pero que nuestras Comunidades permanecen pobres y no acumulan recursos superiores a las provisiones del año.

Que observamos la regla de oro de no pagar a nadie y de no permitir que nadie nos pague.

Que no explotamos a ningún hombre, aun cuando alguno nos lo pidiera, ni nos hacemos cómplices de ningún aprovechado permitiéndole que nos explote, aun cuando esto pueda resultar nos ventajoso. Pues así como estamos consagrados al servicio, del mismo modo nos negamos a dejarnos subyugar.

Que, por lo demás, no explotamos nada, ni animales, ni plantas ni tierras: cultivamos, dejamos vivir, dejamos perder, hacemos vivir, pues siempre se acaba por tratar a los hombres como se trata a la naturaleza.

Que, en la práctica de todos los oficios, nos cuidamos menos de la cantidad del producto que de su calidad, menos del producto que del trabajador.

Que no consideramos el trabajo y el oficio cosas exteriores a la vida personal, a la vida espiritual, sino que miramos la obra de las manos como un acto sagrado; y asimismo, como un acto de vida, y por ello queremos que sea interesante, variado, armónico, fortalecedor, instructivo, edificante.

Que todos participamos, y los jefes antes que nadie, en las tareas y menesteres más bajos a fin de que éstos no rebajen ni abrumen a nadie.

Que entre nosotros, todo artesano conoce y practica su oficio de punta a cabo, fabrica el objeto desde la materia prima hasta la última decoración. Ninguno está atado a una tarea fragmentaria ni hace un trozo de objeto, para que no acabe por convertirse en un trozo de hombre. Pues los hombres se hacen al hacer las cosas. Entre nosotros, ninguno quedará confinado en un solo oficio sino que poseerá varios y los alternará, sin contar con que todos serán requeridos en el momento oportuno para realizar los trabajos de la tierra, los más apropiados para fortalecer la salud y la sanidad. Todo artesano perseguirá el ritmo y el sentido de su oficio y volverá a hallar los secretos de él, perdidlos a partir de la ruina de las Corporaciones.

El Arca no es una Orden religiosa ni una Orden caballeresca. Sin embargo, participa de ambas: es una Orden laboriosa. No es una cofradía de monjes, sino un nuevo pueblo, formado por tribus y familias que constituyen cepas y educan a sus hijos, un pueblo bien distinto pero que no conoce las fronteras de las naciones, de las clases, de las razas, de las confesiones. Un pueblo que no entra en colisión sin motivos con las autoridades constituidas ni con las leyes de los países, pero que se considera—por más pequeño que sea en número y en fuerzas—libre y soberano, al igual de los nómades del desierto y de los gisones.

96. ELEMENTOS DE UNA AUTORIDAD NO VIOLENTA

Después de cuanto dijimos de las formas del Poder y de los agentes del Príncipe de este Mundo, a nadie sorprenderá saber que estamos constituidos en Tribus Patriarcales, aun cuando nuestro parentesco no se funde en los vínculos de la sangre sino

en la libre elección y en los votos, aun cuando la autoridad no sea entre nosotros hereditaria sino que esté fundada, asimismo, en la libre elección; así cada jefe designa en vida a su sucesor y lo inicia en el ejercicio del cargo.

El Consejo de los Compañeros y de las Compañeras, reunido en torno del Patriarca, decide por unanimidad sobre todo cuanto concierne a la marcha de la Casa, así como sobre la aceptación de un compañero nuevo. Si no se lograra la unanimidad—cosa que nunca ocurrió hasta este día— todos se recogerían y ayudarían hasta que ella se lograra.

El Patriarca se alimenta, viste y está alojado como los otros. No le es debido ningún servicio personal. Realiza sus jornadas de trabajo en los campos y en el taller. Está a cargo de las almas. Es el custodio de la Regla y de las Tradiciones. Nada puede ordenar que no dimane de la Doctrina y de la Regla o no sea dictado por la necesidad de la hora. Bendice el pan y entona la oración común. Otrora dispensas o estrecha la disciplina. Se ocupa del abono.

Pero en la acción directa, cívica, revolucionaria, el Patriarca general de la Orden manda como capitán.

Por otra parte, en todos los cargos de autoridad y en todas las funciones, cada uno de los Compañeros es probado por un tiempo, en forma rotativa, para volver luego a su puesto en las filas. Aristóteles dice en la Política que "la libertad es la alternancia del mando y de la obediencia". Pero para nosotros uno y otra, que son dos formas de servicio, se ejercen simultáneamente gracias a la Regla de Corresponsabilidad.

97. DE LOS ELEMENTOS DE UNA JUSTICIA NO VIOLENTA

Ningún hombre libre tiene el derecho de castigar a otro. El hombre libre es el que conoce la Ley, reconoce sus faltas y se castiga a sí mismo.

Quienquiera sea testigo de la falta de su hermano, no debe denunciarla sino que debe buscarlo a solas para preguntarle, en nombre de la Regla, qué penitencia se propone hacer. Si el culpable se resiste, el testigo debe asumir la penitencia.

De esta suerte desaparecen del escenario de la justicia, el policía, el espía, el juez y el verdugo. Toda la justicia de la Orden se funda en semejante práctica, que es la "Joya de la Regla".

Después de la oración vespertina, los Compañeros se reúnen para denunciar sus culpas. Cada cual enumera las transgresiones a la Regla en que ha incurrido y ofrece la reparación.

Cabe censurar la disciplina general observada durante el día, pero sin que se acuse a nadie.

La oración vespertina se corona con el ósculo de paz; por consiguiente, toda disputa es ya imposible, o por lo menos no puede durar, pues haría imposible la clausura de la jornada. Toda la comunidad velaría, oraría, ayunaría y aguardaría hasta la reconciliación.

98. DE LAS RELACIONES DE LA ORDEN CON EL MUNDO

Los Compañeros no están fuera del mundo. Están en el mundo, pero no son del mundo. Están dentro de él pero en contra de él, están en contra de él y, por consiguiente, dentro de él. De cuando en cuando se los envía al mundo, encargados de determinada misión. La hospitalidad, la considerable correspondencia, el consejo, la asistencia, las obligaciones de vecindad, las manifestaciones públicas, son otros tantos lazos con el mundo.

Por lo demás, ciertos Compañeros permanecen fuera de la Comunidad por razones de su servicio, solos o por equipos: son los Hermanos de Trabajo y los Peregrinos. En fin, en las ciudades se forman grupos de Amigos del Arca que se aprovechan de la enseñanza espiritual y de los consejos, participan si lo quieren en las acciones cívicas, pasan períodos de prueba en la Comunidad y toman parte en las Reuniones de las Grandes Fiestas.

99. DE LAS CUATRO FIESTAS

En la orden laboriosa, la Fiesta es más importante que el Trabajo, pues la Fiesta es el trabajo de Dios.

Es lo contrario de la Distracción, de la Diversión, del Juego. Es la Celebración del Llamado, del Retorno a Sí, del Retorno al Señor, la alegría de unirse y de ligarse, la hora de las resoluciones, de las promesas y de los votos.

El Arca celebra, sobre todo, cuatro grandes fiestas colocadas en los cuatro hitos del año: Navidad, Pascua, la fiesta de San Juan y la fiesta de la Santa Vña de Noé, en el equinoccio de otoño.

Emociondese entonces hogueras en la cocina, redoblan entonces los tambores y los cantos estallan con una piedad salvaje durante toda la noche.

100. ELEMENTOS DE RECONCILIACIÓN RELIGIOSA

La Orden no es una Orden religiosa. No pretende en modo alguno instaurar una nueva religión. Su esfuerzo apunta a la reconciliación humana, a la purificación de los medios de exis-

tencia, a una orientación hacia la vida espiritual y a una iniciación en los caminos de la Sabiduría.

La Orden no se propone atacar, criticar, reformar o reemplazar ninguna Iglesia establecida. No pretende aportar ninguna revelación concerniente a los Fines Últimos, no preconiza ningún modo nuevo de adoración. Por consiguiente, no puede chocar con la Iglesia por la sencilla razón de que no se coloca en el mismo plano de ésta sino por debajo de ella, ni se propone invadir el dominio del Dogma, de la Liturgia y de los Sacramentos.

La Orden es como un padre de familia cuya primera preocupación consiste en honrar a Dios. Pero cuando se quiere vivir santamente, hay que intentar ante todo ser honesto y no mostrarse piadoso a expensas del prójimo.

Los hombres de religión diferente deben entenderse sobre la base de estos principios y vivir unos junto a otros en una profunda amistad espiritual, a condición de que se considere que Dios es Uno, Único y el Mismo, que es El-que-Es, que está en todo lo que es así como en la unión de todos los que se unen, a condición de que se considere el fondo común de todas las tradiciones y de que se suspendan las discusiones y el juicio sobre las diferencias.

Nuestra Regla invita a cada hombre a convertirse a su propia Religión, a convertirse, es decir a pasar del estado profano al estado religioso o interior. En la Orden se toleran todas las religiones, pero no la intolerancia ni la irreligión.

No discutimos con los no creyentes ni les predicamos. Si acuden a nosotros, los volvemos hacia la contemplación de su propia alma. Allí está la imagen de Dios; el Reino de los Cielos está en su corazón. Que vean y toquen lo que es. ¿Para qué habríamos de predicar y discutir?

101. ELEMENTOS DE UNA RECONCILIACIÓN POLÍTICA

Como el problema social se halla resuelto de raíz y definitivamente en la Orden patrilca, inmutable desde los tiempos de Set, Enoch y Melquisedec, no tomamos ninguna parte en los arrebatos que llevan a las revoluciones sangrientas; igualmente, no participamos en ninguna de las obras, ninguno de los abusos, ninguna de las excitaciones que conducen a la guerra. Nos está estrictamente vedado profesar opiniones políticas, ocupar cargos oficiales, adueñarnos del poder. No es que nos apartemos de los asuntos del mundo ni que despreciamos a nuestros semejantes, o permanezcamos indiferentes a su miseria, a su servidumbre, a sus disensiones; nuestro retiro no es más que el paso atrás indispensable para considerar los acontecimientos, abrir las vías y buscar el remedio.

El fin perseguido por la Orden es crear en el corazón de las naciones islotes de vida perfecta, no porque nos creamos perfectos y nos ofrezcamos como ejemplo sino porque, si siendo imperfectos y, en muchos aspectos, los "últimos", hallamos desde ahora el jardín y el Reino de los Cielos, la demostración será mucho más sólida. En multiplicar en enjambres tales islotes de vida perfecta, apartar la mayor cantidad posible de hombres de las filosofías locas en boga y, en lugar de arrojar a los unos contra los otros, a las naciones contra las naciones, a una clase contra una clase, a un partido contra un partido, a una religión contra una religión sin que se sepa qué podrá resultar de semejante choque, unirlos y apaciguarlos desde ahora y oponer su paz a la agitación del mundo.

102. DE LOS SIETE VOTOS DE LOS COMPAÑEROS

He aquí cómo recuerdan sus votos los Compañeros, todas las noches durante la oración común, en torno del fuego bajo las estrellas:

"Dios eterno, fuerte, justo y bueno, no permitas que jamás olvidemos que hemos hecho voto de mantenernos y de progresar en la dirección de las Siete Realizaciones, que son:

1. Trabajo

"De darnos al servicio de nuestros hermanos, lo que comienza con el trabajo de las manos, a fin, por lo menos, de no pesar sobre nadie, a fin de hallar, para nosotros y para los otros hombres, una solución a las miserias, a los abusos, a la servidumbre y a las perturbaciones del siglo.

"De trabajar sobre nosotros mismos, de ejercitarnos todos los días para la posesión, el conocimiento y el don de nosotros mismos.

2. Obediencia

"De obedecer a las reglas y a las disciplinas del Arca, así como a los jefes que sirven mediante el mando y el consejo, y de llamarnos unos a otros a la obediencia.

3. Responsabilidad

"De asumir la responsabilidad de nuestros actos, de reparar nuestras faltas y de compensarlas, de castigarnos a nosotros mismos bajo la observación de nuestros compañeros si la falta es conocida, en secreto si somos los únicos que la conocemos.

De asumir la corresponsabilidad de la Justicia en la Orden y de castigarnos por nuestro compañero, si rehusa reconocer su falta y corregirse.

4. Purificación

"De purificarnos de nuestros apegos, de nuestras distracciones, de nuestras pretensiones, de nuestros prejuicios, de nuestros rencores, de nuestras cóleras, de nuestra indiferencia, de nuestras codicias y nuestros fingimientos, de nuestras aversiones, de nuestros odios y de nuestras complacencias, de nuestra pereza y de nuestras cobardías, por el ayuno y la penitencia, la apelación a la conciencia y la oración.

5. Pobreza

"De vivir de modo sencillo, sobrio y pulcro, y de amar la pobreza a fin de encaminarnos al desprendimiento y a la caridad perfectas.

6. Veracidad

"De decir la verdad con valentía a menos que la prudencia, la caridad, el respeto del prójimo nos obliguen a callar. De deterrar el fraude, la intriga, la maledicencia, el artificio.

7. No violencia

"De no agraviar a ningún ser humano y, si es posible, a ningún ser vivo, por placer, por provecho o comida. De resolver los conflictos, de detener los desbordamientos, de enderezar los entuertos por la no violencia que es la fuerza de la verdad, para convencer y no para vencer, para conciliar y no para dominar, para conquistar la paz.

"Concedenos, Señor, cargar con nuestra cruz hasta el fin, concerte, servírte, amarte,

"En fin, ser.

"Amén"

No comentaremos estos siete votos, que no son más que uno y que consiste en darse, en abrir al fin estas manos siempre prestas a tomar, a golpear, en abrir para la alabanza y el llamado esta boca siempre presta a comer el fruto y a mordér. Pues todo este libro los ha comentado de antemano, cosa que es a la vez demasiado y demasiado poco. Que nuestra vida y nuestra muerte completen el comentario.

Pascua de 1959.

I N D I C E

1. GÉNESIS DE LAS PLAGAS Y SU APOCALIPSIS	9
1. De las cuatro plagas creadas por el hombre	11
2. De los reformadores y predicadores de moral	11
3. De la cólera de Dios	12
4. Del pecado original	13
5. Del placer y del dolor	13
7. Del alimento	15
8. De la bebida	16
9. Del sueño	16
10. De la comunidad	17
11. Del placer del amor	17
12. Del vestido	18
13. Del trabajo	20
14. Del conocimiento	22
15. De la sabiduría	22
16. De la sabiduría de las artes y los oficios	24
17. De la magia	25
18. De la vulgarización o profanación	27
19. Del sacrilegio de Occidente	28
20. De la bestia que emerge del mar	29
21. De la verdad de la ciencia moderna	31
22. De la filosofía	31
23. De la adoración de la bestia	32
24. De la segunda caída	33
25. De la bestia que emerge de la tierra	33

26. De la máquina	35
27. Del estado	36
28. Del número seiscientos sesenta y seis	37

2. EL DIABLO EN EL JUEGO

1. Del espíritu del juego	39
2. De la inocencia del juego	41
3. Del retazo	41
4. De los juegos figurativos	42
5. De los juegos organizados	43
6. De los juegos de azar	44
7. Del juego y del trabajo	45
8. Del juego y de la guerra	45
9. Del juego de la política	46
10. Del juego y del comercio	48
11. Mediodía a las dos de la tarde	49
12. Del juego de las finanzas	54
13. De los juegos del progreso	55
14. De la velocidad	56
15. Del envilecimiento	56
16. Del envilecimiento colonial	58
17. Del juego más sacrilego	60
18. Del envilecimiento del trabajo	61
19. De la industria mecanizada, otro gran juego	64
20. El envilecimiento por el control	64
21. El envilecimiento por los ocios	65
22. De la gran cólera	66
23. El juego del diablo	66
24. Del juego, del mal y de la nada	67
25. Nota complementaria sobre el trabajo	67

3. POSESION Y POSEIDOS

1. Cómo el conocimiento del bien y del mal engendra la posesión	75
2. Cómo la posesión engendra la miseria	77
3. Por qué un bien se llama un bien	78
4. De la malignidad de la riqueza	79
5. De la degradación de los ricos	79
6. Cómo la posesión engendra la guerra	80
7. De la posesión-poder o soberanía a la posesión-goce o piedad	83
8. De la confusión del yo con la cosa poseída	85
9. De la exaltación y decepción que de ello resultan	87

10. De las sangrientas consecuencia derivadas de la confusión ..	88
11. Lo que puede esperarse del pueblo y de su voluntad de paz ..	88
12. De la posesión como vicio	90
13. De la guerra de los pueblos ricos y de los pueblos pobres ..	90
14. Cómo la posesión engendra la servidumbre	91
15. De la quiebra fraudulenta de los mecenas y filántropos ..	93
16. De la riqueza u ociosidad	93
17. De la riqueza y del trabajo	94
18. Tres razones que divorcian a la riqueza del trabajo	95
19. De los tres, de los siete, de los nueve felices, de los tres pobres y de los tres desdichados	96
20. Del Capital de Marx, del valor como trabajo incorporado a los objetos	97
21. Observación que echa todo por tierra	98
22. De un obrero medio multiplicado por n	99
23. Del valor como categoría	100
24. Del valor como potencia del bien	101
25. De un obrero fantasmal	101
26. De los seis factores de la producción	101
27. De los diez personajes en busca de unidad	103
28. De la enajenación del trabajador	104
29. De la honestidad de la economía liberal y burguesa	106
30. Razon del comercio	107
31. ¿Economía científica o daño moral?	109
32. Del valor y del precio	110
33. De las tres especies de reuniones	111
34. Épica del negocio	111
35. Mística del comercio	112
36. Del valor infinito y sustancial a la ficción monetaria	113
37. Poética de la moneda	115
38. Del mundo de los negocios	117
39. De la ventaja del beneficio mutuo sobre el simple robo ..	120
40. Un consejo de amigo	121
41. La ley veía	122
42. De los tres estados de la materia económica	122
43. Del estado gaseoso y de la evolución de la avaricia	124
44. Filosofía de las finanzas	127
45. De la neutralidad de la economía	129
46. De la economía política	130
47. De la degradación de la moral en economía	133
48. Del deslizamiento de la religión a la ciencia	134
49. Deslizamiento a la política	135
50. La consigna de la revolución	138
51. Donde están los cristianos	139

52. Del materialismo	139
53. De los materialistas	141
54. Fuerza y debilidad de la rebelión	141
55. Buen corazón en las horas malas y malo en las buenas	141
56. Materia y muerte	142
57. Saltos del materialismo	142
58. De la dialéctica	144
59. Crímenes y castigos metafísicos	145
60. De la lucha de clases	146
61. Del proletariado	147
62. Esperanzas negativas	149
63. Cuatro errores derivados de una carencia	150
64. Carácter inauténtico del proletariado	150
65. Proletariado y pueblo	151
66. ¿Dictadura o abolición del Estado?	152
67. Retorno del poder y nuevas divisiones	153
68. Temble reverse de la deposición	154
69. Posesión y poder	154
4. PODERIO Y JUSTICIA	157
1. Rueda de las revoluciones y revoluciones de la rueda	159
2. Definición del poderío	162
3. Poderío y conocimiento	162
4. Del primer piso del edificio pagano	164
5. De la unidad y desigualdad de la tribu	167
6. De la tribu y de las plagas	168
7. Bendición de las tribus	172
8. De los límites de la tribu	174
9. De los reinos, de su nacimiento y de su naturaleza	174
10. De los santos ramos del poderío	175
11. La mano del poder	176
12. De las ilusiones del poder	177
13. Del rey, del derecho, de la derecha y del rayo	178
14. De la magia del poder	178
15. De los reyes y de los dioses	179
16. De la ciencia y del pecado en el mito y en la ciencia	180
17. Del sacerdocio real	184
18. Del abandono del sacerdocio y del progreso que de ello se sigue	185
19. De las dos espadas	185
20. De la consagración y de sus consecuencias	187
21. De los reinos y de la guerra	189
22. De la superstición de la sangre y de los crímenes que de ella se siguen	190
23. De las alianzas reales y de la guerra	194
24. Del reino de la zarza	194
25. Del reinado de la nulidad	195
26. De la realza al desnuo	196
27. De la servidumbre voluntaria	197
28. De la servidumbre: desdicha y mal	198
29. De la voluntad de entrar la servidumbre o de la fundación de las ciudades	200
30. Del juego de la libertad y del poderío o revolución poppeca	202
31. De una tercera cosa de la que no hay que hablar	203
32. De los dos conejos y de la rigidez de las leyes	203
33. De los contrastes y del contrato	204
34. Del reverse de las libertades civiles: la esclavitud	204
35. De la servidumbre entre los hombres libres	205
36. Del origen, naturaleza y crecimiento de la plebe	206
37. Naturaleza y razón de la resistencia patricia	206
38. De los pisos de la servidumbre en la casa noble. De la sujeción de los hijos	207
39. De la sujeción de las mujeres	208
40. Sujeción del cliente	210
41. Del soldado, de la prostituta y del asalariado	211
42. Del prisionero, del forzado y del loco	214
43. De una cadena y de un látigo	214
44. De la libertad dentro de la ley según Jean-Jaques Rousseau	215
45. Aspecto negativo de la libertad civil	216
46. Del aspecto ficticio de la libertad civil	216
47. Del don total o sacrificio	218
48. De un hallazgo: el sacrificio provechoso	219
49. Del contrato: intercambio ventajoso	219
50. Del equívoco de la solidaridad	221
51. Del temor y del cebo de la ganancia	221
52. Del espíritu de cuerpo	222
53. Del contramior	223
54. De la pasión amorosa de la fuerza	223
55. Del hipócrita orgullo del espíritu de cuerpo	224
56. De la ferocidad sistemática del espíritu de cuerpo	225
57. De la naturaleza bestial de las naciones	226
58. De los ídolos de las naciones	226
59. De las paganerías desnaturalizadas	228
60. Las cuatro soberanías posibles	228
61. De la purificación del espíritu de cuerpo	229
62. De una mística desnaturalizada	230
63. Del juego de la igualdad y de la libertad o la refriega social	231
64. De la refriega social mecanizada	234

65. Del juego de la licencia y de la necesidad o decadencia	235
66. De las leyes mecánicas de la conquista	236
67. Conclusión de la historia	238
68. De la ciudad y de la guerra	238
69. De la naturaleza de la tiranía	238
70. La hora del tirano	239
71. Del golpe de estado, tema y variaciones	239
72. De la convivencia del tirano y del pueblo	239
73. De las orgías y desbordamientos del tirano	240
74. De las insipideces de la tiranía	240
75. De la dictadura y del imperio	241
76. De los cuatro regimenes	244
77. Fuerza de la ley y ley de la fuerza	244
78. Mecánica de la tiranía	244
79. Males y remedios de todos los regimenes	246
80. De los regimenes y de las edades	246
81. De la aceptación valerosa y circunspecta	247
82. Revolución de la rueda y retorno al primer punto	248
83. Frente a las leyes y fatalidades de la historia	248
5. FATALIDAD O LIBERACION	255
1. De los bloques	257
2. Similitud de los opuestos	257
3. Violencia y mentira	257
4. Irreligión y mecánica	258
5. Hipocresía y cinismo	258
6. Del padre y del hijo	259
7. A demócrata, demócrata y medio	259
8. De las tres gradías democráticas	259
9. Dialéctica de la historia o encadenamiento de la violencia	260
10. De la interpenetración de la enemistad	260
11. De la incapacidad de ser uno	261
12. De los deslizamientos inadvertidos	261
13. Doctrina y fe, no: mas astucia y poder	261
14. De la rivalidad	262
15. De la elección	263
16. De las confluencias del mal	264
17. Del remate	264
18. De la fatalidad	266
19. Prueba experimental del destino	266
20. Lógica y mecánica de la fatalidad	266
21. De los orígenes de la tragedia occidental	267
22. De la fatalidad y del pecado	269
23. De la condenación del héroe	269
24. Definición del hombre blanco	270
25. De la inversión y del retorno	270
26. Del reino de los cielos	271
27. Del infierno terrestre	272
28. De los renegados	273
29. De la obra de desintegración	273
30. De la recompensa	273
31. Morir tres veces	275
32. Blancura dudosa	275
33. De la justicia de Dios	276
34. De la semejanza con la higuera	276
35. De las dos potencias cósmicas	277
36. Descubrimiento de la no violencia	277
37. Ciencia moderna y no violencia	277
39. De la antigüedad de la no violencia	279
40. Del héroe puro	279
42. Del honor	282
43. Del error del héroe	285
44. De la caída del ángel	285
45. De la extrema ignominia y del retorno del héroe	288
46. De los tres milagros históricos	288
47. De una liberación nacional	289
48. Del Satyagraha	290
49. De una revolución social	292
50. De la originalidad revolucionaria	294
51. Revolución al revés de las obras	294
52. De la obra suprema	295
53. De la fuerza de la justicia o no violencia	295
54. De la justicia o razón en acto	295
55. De las dos fuerzas	297
56. Simples preguntas	297
57. El gran escándalo inadvertido	297
58. Del manejo de la ley	298
59. ¡Atención con las virtudes!	298
60. De la fuerza del pecado	299
61. Lección de cálculo	299
62. Del complemento de la ley	299
63. Justicia y guerra o crimen de la virtud	300

OTRAS PUBLICACIONES

64. El aguijón del pecado es la muerte 301
 65. Acto de esperanza 301
 66. Acto de fe 301
 67. Blanco de la no violencia 304
 68. Piedra de toque de la no violencia 304
 69. Del amor de los enemigos 305
 70. De la no violencia, del amor y de la caridad 305
 71. De la caridad 307
 72. Del amor y de la justicia 308
 73. De la regla táctica 309
 74. De los riesgos y peligros 310
 75. De una bella audacia 310
 76. De la no violencia en el error 311
 77. De los abusos de la no violencia 312
 78. De una detestable modestia 312
 79. De la capacidad de los europeos 313
 80. De la capacidad de los militares 314
 81. La carta de la no violencia 315
 82. La no violencia, arma de los mártires 315
 83. Atila ante los leones y los lobos de la no violencia 316
 84. La no violencia, fundamento de la Iglesia 317
 85. Entre los santos y en las sectas 317
 86. La no violencia revolucionaria del siglo XIX 319
 87. Jaque al emperador en Hungría, rebelión funeraria en Polonia y el Cristo de los Andes 320
 88. Presente y futuro de la no violencia 321
 89. De los primeros pasos 324
 90. De la preparación secreta 326
 91. De la preparación privada 326
 92. De la acción pública 327
 93. De los dos hogares de Europa y de Danilo 327
 94. Del Arca o cofradía de gandhianos de Occidente 328
 95. De los elementos de una economía no violenta 329
 96. Elementos de una autoridad no violenta 330
 97. De los elementos de una justicia no violenta 331
 98. De las relaciones de la orden con el mundo 332
 99. De las cuatro fiestas 332
 100. Elementos de reconciliación religiosa 332
 101. Elementos de una reconciliación política 333
 102. De los siete votos de los Compañeros 334

NOVELAS

ALEXANDRE ARNOUX: La cifra
 RICCARDO BACCHELLI: El hijo de Stalin
 RICCARDO BACCHELLI: Una pasión conyugal
 RICCARDO BACCHELLI: La mirada de Jesús
 SAMUEL BECKETT: Malone muere
 SAMUEL BECKETT: Molloy
 MASSIMO BONTEMPPELLI: Gente en el tiempo
 ALBERT CAMUS: La peste
 E. M. FORSTER: El paso a la India
 E. M. FORSTER: Donde los ángeles no se aventuran
 JOHN GALSWORTHY: El manzano
 DAVID GARNETT: Aspectos del amor
 CAROLINE GORDON: Los hijos extraños
 JUAN GOYTISOLO: Para vivir aquí
 JULIEN GREEN: Medianoche
 GRAHAM GREENE: El revés de la trama
 GRAHAM GREENE: El fin de la aventura
 GRAHAM GREENE: El que pierde gana
 GRAHAM GREENE: Un caso acabado
 GRAHAM GREENE y HUGH GREENE: El libro de cabecera del espía
 CHRISTOPHER ISHERWOOD: Adiós a Berlín
 JAMES JOYCE: Estebar, el héroe
 HERMAN KASACK: Falsificaciones
 NIKOS KAZANTZAKI: La última tentación
 NIKOS KAZANTZAKI: El pobre de Asís
 JACK KEROUAC: El ángel subterráneo
 ALEXANDER LERNER-HOLENIA: El barón Bagge
 A. PIERRE DE MANDIARGUES: La muchacha debajo del león
 YUKIO MISHIMA: Confesiones de una máscara
 HENRY DE MONTHERLANT: Los solterones
 H. A. MORENA: El centro del infierno
 H. A. MORENA: La fatalidad de los cuerpos
 H. A. MORENA: Las leyes de la noche

ROBERT MUSIL: Las tribulaciones del estudiante
Tortless
VLADIMIR NAVOKOV: La verdadera vida de Sebastián
Knight
VLADIMIR NAVOKOV: Lolita
OLIVIA: Olivia
SHONEI OKRA: Hogueras en la llanura
JUAN CARLOS ONETTI: Los adioses
CESARE PAVESI: Noche de fiesta
KATHERINE ANNE PORTER: Pálido caballo, pálido jinete
ABRAHAM TERZ: El juicio continúa
ANONIMO: ¿Qué es el realismo socialista?

T E A T R O

MARCEL AYMÉE: Las cuatro verdades
ALBERT CAMUS - WILLIAM FAULKNER: Réquiem para
una reclusa
ANITA LOOS-COLETTE: Gigi
JEAN GENET: Las criadas
GRANAM GREENE: El cuarto en que se vive
GRANAM GREENE: La casilla de las macetas
GRANAM GREENE: El amante complaciente
JAMES JOYCE: Desterrados
ARCHIBALD MACLEISH: J. B.
VICTORIA O'CAMPO: Habla el algarrobo
JOHN OSBORNE: Recordando con ira
DYLAN THOMAS: Bajo el bosque de leche
HEINRICH VON KLEIST: Pentestilea
TENNESSE WILLIAMS: Orfeo desciende
THOMAS WOLFE - KETTI FRINGS: Acuérdate del ángel

B I O G R A F I A S

J. F. ANGELLOZ: Rilke
LANZA DEL VASTO: Peregrinación a las fuentes
LANZA DEL VASTO: Vinoba
T. E. LAWRENCE: Los siete pilares de la sabiduría
T. E. LAWRENCE: El troquel
PHILIP LINDSAY: El poseso - Retrato de Edgard Allan

ANTONINA VALLENTIN: El drama de Alberto Einstein
VIRGINIA WOOLF: Diario de una escritora

P O E S I A

JOAQUÍN O. GIANNUZZI: Nuestros días mortales
ALBERTO GIRRI: Línea de la vida
ALBERTO GIRRI: Propiedades de la magia
ALBERTO GIRRI: Examen de nuestra causa
ALBERTO GIRRI: La penitencia y el mérito
ALBERTO GIRRI: La condición necesaria
EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA: Transitable cristal
EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA: Coplas de ciego
H. A. MURENA: El círculo de los paraisos
SILVINA O'CAMPO: Espacios métricos
SALVATORE QUASIMODO: Obras completas.

E N S A Y O S

FRANCISCO AYALA: El escritor en la sociedad de masas
ARTURO BARRA: Unamuno
WERNER BOCK: Momento y eternidad
ROGER CAILLOIS: La incertidumbre que nos dejan los
sueños
ALBERT CAMUS: Bodas
ALBERT CAMUS: El veterano
CYRIL CONNOLLY: La tumba sin sosiego
RICHARD CHASE: La novela norteamericana
LEÓN CHESTOV: La noche de Gese-maní
CHARLES DE GAULLE: El ejército del porvenir
LANZA DEL VASTO: Principios y preceptos del retorno
a la evidencia
T. S. ELIOT: Sobre la poesía y los poetas
DORIS V. FALK: Eugenio O'Neill y la tensión trágica
JOSÉ FERRATER MORA: La filosofía de Ortega y Gasset
M. K. GANDHI: La civilización occidental y nuestra
independencia
JEAN GIONO: El caso Dominici
ROMANO GUARDINI: El fin de los tiempos modernos

- ALBERT HARNNESS JR.: Antología de la prosa norteamericana
- MARTIN HEIDEGGER: ¿Qué es eso de la filosofía?
- KARL JASPERS: Leonardo como filósofo
- KARL JASPERS: Esencia y forma de lo trágico
- VICTORIA KENT: Cuatro años en París
- SUSANNE K. LANGER: Nueva clave de la filosofía
- LANCELOT LAW WHYTE: La forma de lo desconocido
- Literatura contemporánea
- ДВИЖИТ МАКDONАЛО: El cine soviético: Una historia, una elegía
- EDUARDO MALLEA: La vida blanca
- ANDRÉ MALRAUX: Discurso ante el Acrópolis
- THOMAS MANN: Advertencia a Europa
- P. MANSSELL JONES: Charles Bandelaire
- JACQUES MARTYAN: Los judíos entre las naciones
- KRISHORLAL MASHROUWALA: Gandhi y Marx
- HENRI MICHAUX: Un bárbaro en Asia
- LEWIS MUMFORD: Las transformaciones del hombre
- Ирис МУРДОСН: Sartre
- H. A. MURENA: El pecado original de América
- VICTORIA OCAMPO: Testimonios
- VICTORIA OCAMPO: Virginia Woolf en su diario
- GEORGE ORWELL: Ensayos críticos
- Panorama de la cultura de los Estados Unidos
- DENIS DE ROUCEMONT: El amor y occidente
- ALBERTO SALAS: Relación parcial de Buenos Aires
- JEAN PAUL SARTRE: Reflexiones sobre la cuestión judía
- JEAN PAUL SARTRE - MARTIN HEIDEGGER: Sobre el humanismo
- MAX SCHULER: Amor y conocimiento
- ALBERT SCHWETZER: El camino hacia ti mismo
- PIERRE-HENRI SIMON: Los católicos, la política y el dinero
- CECIL SPRUCE: Benedetto Croce
- END SPARKLE: André Gide
- LEONEL TRILLING: Imágenes del yo romántico
- EMUND WILSON: Literatura y sociedad
- VERGINIA WOOLF: Un cuarto propio
- ELÉNIRE ZOLLA: Antropología negativa